



Alexander
Berkman

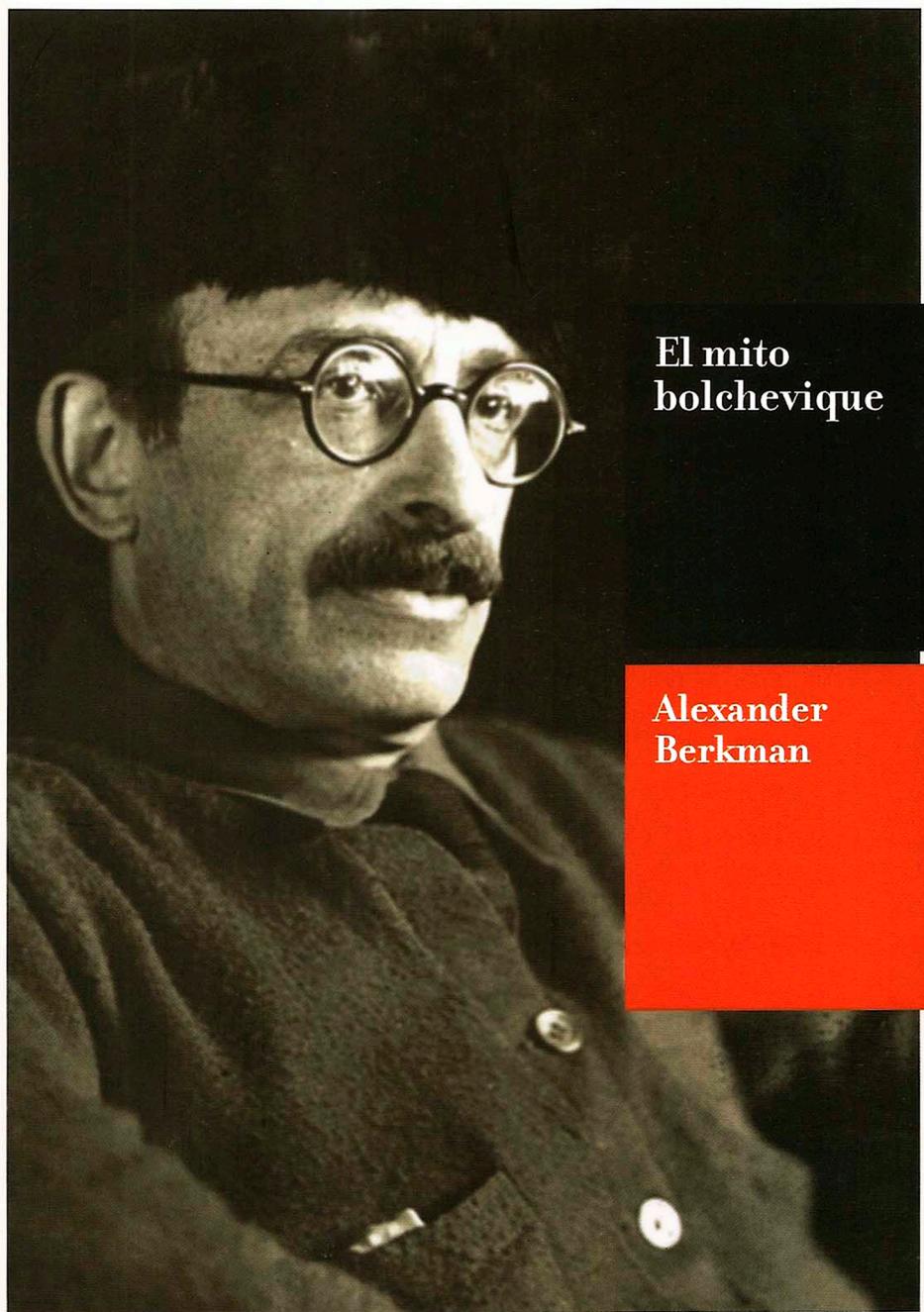
EL MITO BOLCHEVIQUE



En 1919, Alexander Berkman, Emma Goldman y otras 247 personas (socialistas, anarquistas, sindicalistas...) son deportados desde los Estados Unidos de Norteamérica a la Rusia revolucionaria. Llegarán cargados de ilusiones y dispuestos a dar lo mejor de sí mismos para ayudar a crear el paraíso de los trabajadores. Pronto descubrirán el lado oscuro de ese paraíso: la revolución se autodevora. Burocracia y represión se dan la mano para destruir los últimos vestigios revolucionarios.

Durante dieciocho meses, Alexander Berkman se mantuvo al lado de los bolcheviques, perdonando todos sus desmanes y detenciones absurdas de revolucionarios y obreros, esperando que tras la victoria militar se convirtieran en emancipadores. La insurrección de Kronstadt fue la chispa que acabó con los sueños de Berkman.

Unos 500 días necesitó Berkman, aproximadamente, para percatarse de lo que allí pasaba. Un español, Ángel Pestaña, mucho menos famoso que Berkman, solo necesitó 70 días, y también nos dejó un testimonio impagable, al igual que el de Berkman, en sus memorias *Setenta días en Rusia*. Dos textos a comparar ineludiblemente.



**El mito
bolchevique**

**Alexander
Berkman**

Alexander Berkman

EL MITO BOLCHEVIQUE

Diario, 1920—1922

Edición en papel:

Tierra de Fuego:

Correo-e: grupotierradefuego@yahoo.es

LaMalatesta Editorial:

<http://lamalatesta.net/>

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE

- I. A Bordo del U.S.T. Buford
- II. En tierra soviética
- III. En Petrogrado
- IV. Moscú
- V. La casa de huéspedes
- VI. Chicherin y Karakhan
- VII. El mercado
- VIII. En la moskommune
- IX. El club de la Tverskaia
- X. Una visita a Piotr Kropotkin
- XI. Actividades bolcheviques
- XII. Visiones y perspectivas
- XIII. Lenin
- XIV. En la frontera de Letonia 15 de Marzo, Petrogrado
- XV. De vuelta a Petrogrado
- XVI. Casas de reposo para trabajadores
- XVII. El Primero de Mayo
- XVIII. La misión laborista británica
- XIX. El espíritu del fanatismo
- XX. El otro pueblo
- XXI. En ruta hacia Ucrania
- XXII. Primeros días en Járkov
- XXIII. En las instituciones soviéticas
- XXIV. Iósif el Emigrante
- XXV. Néstor Makhno
- XXVI. Prisión y campo de concentración
- XXVII. Más allá del sur
- XXVIII. Los pogromos de Fastov
- XXIX. Kiev
- XXX. Varias excursiones
- XXXI. La Checa
- XXXII. Odesa: vida y perspectivas
- XXXIII. “Gente oscura”
- XXXIV. Un juicio bolchevique
- XXXV. De vuelta a Petrogrado
- XXXVI. En el lejano norte
- XXXVII. Principios de 1921
- XXXVIII. Kronstadt
- XXXIX. Últimos eslabones de la cadena
- El “anti—clímax”. El capítulo final de *El mito bolchevique*
- El autor

CAPÍTULO I

Diario de a bordo del Transporte Buford

A Bordo del U.S.T. Buford

23 de diciembre de 1919.— Estamos en algún sitio cerca de las Azores, llevamos ya tres días en alta mar. Nadie parece saber hacia dónde nos dirigimos. El capitán alega que navega bajo órdenes selladas. Los hombres se están volviendo locos por la incertidumbre y la preocupación por sus mujeres y niños que dejaron atrás. Y lo que sucedería si desembarcáramos en territorio de Denikin¹.

Hemos sido secuestrados, literalmente arrastrados de la cama a altas horas de la noche.

Era tarde por la noche, el 20 de diciembre, cuando los carceleros entraron en nuestra celda en la Isla de Ellis² y nos ordenaron que nos preparásemos inmediatamente. En ese momento me estaba desnudando; los demás estaban en sus literas, dormidos. Fuimos cogidos totalmente por sorpresa. Algunos esperábamos ser deportados, pero nos habían prometido que nos avisarían con antelación, algunos debían ser liberados bajo fianza, pero sus casos finalmente no habían pasado por los tribunales.

Fuimos conducidos a un espacio grande, sin techo. Atropelladamente los hombres se apiñaron, arrastrando sus cosas, mal embaladas por las prisas y la confusión. A las cuatro de la mañana dieron la orden. En silencio desfilamos

por el patio de la prisión, conducidos por los guardias y flanqueados a un lado por la ciudad y por el otro los agentes federales. Estaba oscuro y frío; el aire de la noche me heló hasta los huesos. Luces dispersas en la distancia desvelaban la enorme ciudad dormida.



Como sombras pasamos por el patio hacia el barco, tropezándonos por lo accidentado del terreno. No hablábamos; los carceleros también estaban callados. Pero los agentes se reían bulliciosamente, soltaban palabrotas y se mofaban de la fila silenciosa.

—¡No os gusta este país, malditos! Ahora os largaréis, hijos de p***.

Por fin alcanzamos el vapor. Pude ver a tres mujeres, nuestras compañeras prisioneras, siendo llevadas a bordo. Sigilosamente, con sus sirenas silenciadas, el navío se puso en marcha. En media hora embarcamos en el Buford, que nos aguardaba en la bahía.

A las 6 a.m. del domingo 31 de diciembre, comenzamos nuestro viaje. Lentamente la enorme ciudad retrocedió, cubierta en un velo lechoso. Los altos rascacielos, con sus contornos difusos, eran como castillos encantados iluminados por estrellas parpadeantes y luego, todo fue tragado por la distancia.

34 de diciembre.— El Buford es un viejo barco construido en 1885. Fue usado como transporte militar durante la Guerra de Filipinas, y ya no está en condiciones de navegar más. El agua inunda la cubierta constantemente, y se

introduce por las escotillas. Dos pulgadas³ de agua cubren el suelo, nuestras cosas están mojadas y no hay sistema de calefacción.

Nuestras tres compañeras ocupan un camarote separado. Los hombres estamos hacinados, en camarotes mal olientes de tercera clase. Dormimos en literas de tres. Los muelles flojos del somier de la cama que está encima de mí sobresalen tanto por el peso de su ocupante, que rasguñan mi cara cada vez que el hombre se mueve.

Somos prisioneros. Centinelas armados en la cubierta, en los pasillos, y en cada puerta. Están callados y malhumorados; tienen órdenes estrictas de no dirigirse a nosotros. Ayer ofrecí a uno de ellos una naranja, pensé que estaba enfermo. Pero la rechazó.

Hoy oímos un comunicado radiofónico sobre las detenciones a gran escala de radicales en muchas partes de Estados Unidos. Probablemente estaban relacionadas con las protestas en contra de nuestra deportación.

Hay mucho resentimiento entre nuestros hombres por la brutalidad que acompañó a la deportación, y por lo inesperado de los juicios. No les dieron ni una oportunidad para coger su dinero o su ropa. Algunos de los chicos fueron detenidos en sus puestos de trabajo, llevados a la cárcel, y deportados sin ninguna posibilidad de cobrar sus sueldos. Estoy seguro de que los americanos, de ser informados, no permitirían otra deportación de seres humanos a la deriva por el Atlántico sin ropa suficiente para mantenerlos calientes. Tengo fe en el pueblo americano, pero los funcionarios norteamericanos son inexorablemente burocráticos.

Se manifiesta el amor por la tierra natal, por el hogar. Lo noto sobre todo entre aquellos que han pasado sólo unos pocos años en Norteamérica; más frecuentemente entre los hombres del sur de Rusia de habla ucraniana. Añoran llegar a Rusia rápidamente, para contemplar la tierra que habían dejado en manos del zarismo y que es ahora la más libre del planeta.

Hemos organizado un comité para hacer un censo. Hay 246 hombres, además de las tres mujeres. Varios tipos y nacionalidades: rusos de New York y Baltimore; mineros ucranianos de Virginia; letones, lituanos y un tártaro. La

mayoría son miembros de la Unión de Trabajadores Rusos, una organización anarquista con sedes por todo los Estados Unidos y Canadá. Unos once pertenecen al Partido Socialista de los Estados Unidos, mientras que otros no militan en ningún partido. Hay redactores, profesores y trabajadores manuales de todo tipo entre nosotros. Unos llevan patillas, como es típico entre los rusos; otros van afeitados, americanos en apariencia. La mayor parte de los hombres tiene un semblante claramente eslavo, de cara ancha y pómulos elevados.

—Trabajaremos como demonios por la Revolución, anuncia el Gran Samuel, el minero de Virginia Occidental, al grupo congregado a su alrededor. Él habla ruso.

—Puedes estar seguro de que lo haremos, se oye en inglés desde una litera de la esquina. Es la mascota de nuestro camarote, un joven de mejillas sonrosadas, de unos seis pies de alto⁴ a quien hemos bautizado El Bebé.

—Yo a Bakú, añade un hombre mayor. Trabajo en las plataformas petrolíferas como perforador. A ellos les haré más falta.

Reflexiono sobre Rusia, un país en revolución, una revolución social que ha arrancado de raíz sus bases políticas, económicas, éticas. Está la invasión Aliada, el bloqueo y la contrarrevolución interna. Todas las fuerzas deben estar concentradas, ante todo, para asegurar la victoria absoluta de los trabajadores. La resistencia burguesa en el interior debe ser aplastada; la interferencia del exterior derrotada. Todo lo demás vendrá más tarde. ¡Pensar que se le ha brindado a Rusia, esclavizada y tiranizada durante siglos, la oportunidad de entrar en la Nueva Era! Es algo completamente inaudito, más allá de la comprensión humana. Ayer era el país más atrasado; hoy está a la vanguardia. Simplemente un milagro.

Sin duda los años restantes de mi vida serán consagrados al servicio del maravilloso pueblo ruso.

25 de diciembre.— La fuerza militar del Buford está al mando de un coronel del Ejército de Estados Unidos, alto y de mirada severa, de unos cincuenta años. A su cargo están varios oficiales y un número considerable de soldados,

la mayor parte de ellos del ejército regular. La supervisión directa sobre los deportados está a cargo del representante del Gobierno Federal, el Sr. Berkshire⁵, quien se encuentra aquí con unos cuantos hombres del Servicio Secreto. El capitán del Buford obedece las órdenes del coronel, que es la autoridad suprema a bordo.

Los deportados quieren que el ejercicio se haga en cubierta y que sea posible reunirse libremente con nuestras compañeras. Elegido como portavoz presenté sus demandas a Berkshire, pero él me envió a hablar con el coronel. Rechacé dirigirme a éste, alegando que somos presos políticos, no militares. Más tarde el representante federal me informó que las más altas autoridades nos habían concedido lo del ejercicio, pero que la relación con las mujeres había sido rechazada. Me darían permiso, sin embargo, para convencerme de que las damas están recibiendo un trato humano.

Acompañado por Berkshire y uno de sus ayudantes, me permitieron visitar a Emma Goldman⁶, Dora Lipkin—Perkus⁷ y Ethel Bernstein⁸. Las encontré en la cubierta superior, Dora y Ethel abrigadas y en peores condiciones debido al mareo, con la enfermera atendiéndoles maternalmente. Aquellas enemigas peligrosas de los Estados Unidos me miraron desesperadas. El poderoso gobierno norteamericano nunca me había parecido tan ridículo.

Las mujeres no tuvieron ninguna queja que hacer: se les trata bien y reciben una buena alimentación. Pero estas tres compañeras están encerradas en un pequeño camarote pensado para una única persona; día y noche centinelas armados, custodian su puerta.

Ningún rastro de Cristo se ha visto por el barco este Día de Navidad. La vigilancia y el espionaje habitual, la misma disciplina y severidad. Pero en el comedor general, durante la cena, hubo un añadido a la comida regular: pan de pasas y arándanos. Sin embargo, más de la mitad de las mesas estaban vacías: la mayor parte de los hombres están en sus literas, enfermos.

26 de diciembre.— El mar agitado, y más hombres descompuestos. Bebé es el que peor se encuentra. Las escotillas han estado cerradas para evitar que entre el agua, y es asfixiante estar bajo cubierta. Hay cuarenta y nueve hombres en nuestro compartimiento; el resto está en los dos contiguos.

El médico del barco me ha pedido ayuda en sus rondas diarias, como intérprete y enfermero. Los hombres sufren sobre todo del estómago y de dolencias intestinales; pero también hay casos de reumatismo, ciática y enfermedades cardíacas. Los hermanos de Boris⁹ están en unas lamentables condiciones; el joven John Birk¹⁰ se encuentra cada vez más débil; otros tantos están en mala forma.

27 de diciembre.— El deportado de Boston, un antiguo marinero, afirma que el curso del Buford ha cambiado dos veces durante la noche.

—Quizás nos dirigimos a la costa de Portugal, comentó.

Se rumorea que podemos pasar a manos de Denikin. Los hombres están muy preocupados.

En todas partes la psicología humana tiene un elemento básico. Incluso en prisión contemplé las más profundas tragedias aderezadas con una pizca de humor. A pesar de la gran ansiedad en cuanto a nuestro destino, hay muchas risas y bromas en nuestro camarote. Algun ingenioso entre los muchachos ha bautizado el Buford como el Barco del Misterio.

Por la tarde Berkshire me informó que el coronel deseaba verme. Su camarote, no muy grande, pero iluminado y seco, es bastante diferente a nuestro camarote de tercera clase. El coronel me preguntó a qué parte de Rusia esperábamos ir. A la parte soviética, desde luego, le dije. Comenzó una discusión sobre los bolcheviques. Los socialistas, insistió, quisieron llevarse la riqueza bien merecida del rico, y dividirlo entre el holgazán y el perezoso. Quien esté dispuesto a trabajar podría tener éxito en el mundo, me aseguró; al menos en Norteamérica, el país más libre sobre la Tierra, se da a todos igualdad de oportunidades.

Tuve que explicarle el ABC de la ciencia social, advirtiendo que ninguna riqueza puede ser creada si no es por el trabajo; y que por complejos juegos malabares, legales, financieros, económicos, el productor es privado de su producto. El coronel admitió defectos e imperfecciones en nuestro sistema, incluso en el mejor sistema del mundo, el americano. Pero esos son defectos humanos; necesitamos mejoras, no la revolución, pensaba. Escuchó con

impaciencia no disimulada cuando hablé del crimen de castigar a los hombres por sus opiniones y la locura de deportar ideas. Cree que el gobierno debe proteger a su pueblo, y que a estos agitadores extranjeros no les incumbe ningún asunto de Estados Unidos, de todos modos.

Era inútil discutir con una persona con una mentalidad tan infantil, y concluí la conversación preguntando por el punto exacto de nuestro destino. Navegando bajo órdenes selladas, fue toda la información que el coronel concedería.

Día de Año Nuevo de 1920.— Nos volvemos amigables con los soldados. Nos venden su ropa extra, zapatos, y todo lo que pasa por sus manos. Nuestros muchachos hablan sobre la guerra, el gobierno y el anarquismo con los centinelas. Unos cuantos de éstos están muy interesados, y anotan direcciones de New York donde pueden conseguir nuestros escritos. Uno de los soldados, Sam el Largo, como le llamaban, se muestra muy franco en contra de sus superiores.

—Ése es un tocapelotas, dice Sam. Él debía haberse casado en Navidad, pero recibió órdenes de realizar un informe sobre el Buford. No soy ningún maldito soldadito de hojalata como los Nacionales (Guardia Nacional), dice; llevo siete años de regular, y así es como me lo agradecen. En lugar de estar con mi chica estoy en este vertedero flotante, entre el infierno y ninguna parte.

Hemos organizado una comisión para saber cuántos miembros poseedores hay en nuestro grupo para ayudar a los deportados que carecen de ropa de abrigo. Los hombres de Pittsburgh, Erie y Madison, habían sido transportados a la Isla de Ellis con sus ropas de trabajo. A muchos otros tampoco les dio tiempo de coger sus enseres.

Una gran pila de ropa acumulada, trajes, sombreros, zapatos, ropa interior de invierno, calcetería, etc., yace en el centro de nuestro camarote, y el comité distribuye las cosas. Hay muchos gritos, risas, y chistes. Este es nuestro primer intento de comunismo práctico. La muchedumbre que rodea al comité somete a debate las necesidades de cada solicitante e inmediatamente da su veredicto. Un sentido vital de justicia social se manifiesta.

2 de enero de 1920.— En el Golfo de Vizcaya. El barco escora mucho a una banda y luego a la otra. Los marineros dicen que la tormenta de la noche pasada nos desvió de nuestro curso. Algún barco, al parecer japonés, estuvo haciendo señales de socorro. Nosotros también estábamos en una situación grave de modo que no pudimos ayudarles.

Al mediodía el Capitán me llamó.

—El Buford no es un barco moderno, dijo con cautela, y estamos en aguas difíciles. Mal tiempo en esta época del año, además; estación tormentosa. Ningún peligro en particular, pero se debe estar siempre bien preparados.

Asignaría doce botes salvavidas a mi cargo, y yo debería instruir a los hombres sobre qué hacer en caso de que surja alguna contingencia.

He dividido a los doscientos cuarenta y seis deportados en varios grupos, con los compañeros más viejos a la cabeza. (Las tres mujeres han sido asignadas al barco de los marineros). Debemos hacer varios simulacros para enseñar a los hombres cómo manejar los salvavidas, ponerse en su lugar en la fila, y subirse a sus respectivos botes. La primera prueba, esta tarde, fue un poco floja. Pronto tendremos, de improviso, otro simulacro.

3 de enero.— Hay rumores de que vamos a Danzig¹¹. Con certeza nos dirigimos al Canal de la Mancha y esperamos alcanzarlo mañana. Nos sentimos enormemente aliviados.

4 de enero.— Ningún canal. Ninguna tierra. Muy mala noche. La vieja tina ha estado saltando arriba y abajo como un zapato de goma arrojado al océano por veraneantes en Coney Island. Ocupado toda la noche con el mareo.

Todos excepto Bianky¹² y yo se mantienen en sus literas. Algunos están seriamente enfermos. El sobrino de Bianky¹³, un joven muchacho de edad escolar, ha perdido la audición. John Birk está grave. Novikov¹⁴, el antiguo redactor del semanal anarquista de Nueva York, *Golos Truda*, no ha tocado la comida desde hace días. En la Isla de Ellis, pasó la mayor parte de su tiempo en el hospital. Rechazó la libertad bajo fianza mientras los demás que habían sido detenidos con él permanecieran en prisión, aceptándola sólo cuando ya estaba

a punto de morir, y cuando se recuperó fue arrastrado al barco para ser deportado.

Es difícil ser arrancado del suelo en el que uno se ha arraigado durante más de treinta años, y dejar el trabajo de una vida entera tras de sí. Aún me alegro: afronto el futuro, no el pasado. Ya en 1917, al estallar la Revolución, tuve muchas ganas de ir a Rusia. Shatov¹⁵, íntimo amigo y camarada, estuvo a punto de marcharse, y esperaba unirme a él. Pero el caso de Mooney¹⁶ y las necesidades del movimiento pacifista me retuvieron en los Estados Unidos. Luego vino mi detención por oponerme a la matanza mundial, y dos años de encarcelamiento en Atlanta.

Pero pronto estaré en Rusia. ¡Qué alegría poder contemplar la Revolución con mis propios ojos, ser parte de ella, y ayudar al maravilloso pueblo a transformar el mundo!

5 de enero.— ¡La lancha del práctico! ¡Qué alegría! Se ha enviado un telegrama a nuestros amigos en New York para aliviar la ansiedad que ellos deben estar sintiendo por nuestra misteriosa desaparición.

7 de enero.— Nos encontramos en el Mar del Norte. Despejado, tranquilo, fresco. Un poco agitado por la tarde.

El canto de los chicos llega desde cubierta. Oigo el fuerte barítono de Alyosha, el *zapevalo*¹⁷, con que inicia cada estrofa, y la muchedumbre entera que participa en el coro. Viejas canciones tradicionales rusas con su triste estribillo, empapado de una silenciosa resignación y el sufrimiento de siglos. Canciones que palpitán de profundo odio de un *bourzhoi*¹⁸ y de belicosidad ante una lucha inminente. Himnos religiosos con sus crescendos recitados, parafraseados con palabras revolucionarias. Los soldados y marineros están de pie alrededor, envueltos por las extrañas melodías que llegan hasta el alma. Ayer oí a nuestro guardia distraídamente tarareando *Stenka Razin*¹⁹.

Hemos llegado a entablar una relación tan amistosa con nuestros guardias que hacemos lo que queremos bajo cubierta. Se ha establecido la norma entre soldados y exiliados de nunca recurrir a los oficiales en el caso de una disputa. Todos los asuntos de esta índole se me remiten, y mi opinión es respetada.

Berkshire ha insinuado repetidamente su descontento por la influencia que he ganado. Se siente completamente ignorado.

La monotonía de la comida es vergonzosa. El pan está rancio y pastoso. Hemos protestado varias veces, y finalmente el administrador principal ha accedido a mi proposición de poner dos hombres de nuestro grupo a cargo de la panadería.

8 de enero.— Hemos anclado en el Canal de Kiel. Fugas en la caldera; han comenzado la reparación. Los hombres están furiosos, el accidente podría causar mucho retraso. Estamos hartos del viaje. Ya llevamos dieciocho días en el mar.

La mayor parte de los exiliados dejaron su dinero y efectos en Estados Unidos. Muchos tienen depósitos bancarios que no pudieron sacar debido a lo repentino de su detención y deportación. He preparado una lista de los fondos y cosas que posee nuestro grupo. El total asciende a más de cuarenta y cinco mil dólares. Hoy entregué la lista a Berkshire, quien prometió hacerse cargo del asunto en Washington. Pero pocos son los que tienen alguna esperanza de recuperar su ropa o su dinero.

9 de enero.— Mucho alboroto. Durante dos días no hemos tenido aire fresco. Según las órdenes, no se nos permite estar en cubierta mientras permanezcamos en aguas alemanas. Temen que podamos comunicarnos con el exterior o saltar al agua, como dijo jocosamente Berkshire. Le dije que el único lugar al que queremos saltar es a la Rusia soviética.

Mandé a decir al coronel que los hombres exigen hacer ejercicio todos los días. La atmósfera en tercera clase es horrorosa: las escotillas están cerradas, y casi nos asfixiamos. Berkshire se ofendió por la manera en la que me dirigí al Jefe.

—El coronel es la más alta autoridad en el Buford, gritó.

Una sonrisa se dibujó en los rostros del grupo de exiliados.

—Berkman es el único “coronel” que reconocemos, riendo.

Dije a Berkshire que repitiera nuestro mensaje al coronel: insistimos en tener aire fresco; en caso de rechazo subiremos a cubierta por la fuerza. Los hombres están preparados para llevar a cabo su amenaza.

Por la tarde las escotillas fueron abiertas, y nos permitieron ir a cubierta. Nos damos cuenta de que el destructor Ballard, U.S.S. 367, está a nuestro costado.

10 de enero.— Estamos en la Bahía, frente a la ciudad de Kiel. A nuestro alrededor extensiones de tierra con hermosas casas y pulcros cortijos, cubierto todo por un silencio de muerte. Cinco años de matanzas han dejado su señal indeleble. La sangre ha sido limpiada, pero la mano de la destrucción es todavía visible.

El oficial del servicio de intendencia alemán vino a bordo.

—¿Están sorprendidos por la calma?, dijo. Nos morimos de hambre por los amables poderes que intentan crear un mundo seguro para la democracia. No estamos aún muertos, pero estamos tan débiles que no podemos ni llorar.

11 de enero.— Nos pusimos en contacto con los marineros alemanes del Wasserversorger²⁰, los cuales trajeron agua dulce. Nuestros panaderos les dieron comida. Por las portillas arrojamos pan, naranjas y patatas a un bote. Su tripulación recogió las cosas, y leyó las notas escondidas en ellos. Uno de los mensajes era *Un Saludo de los Deportados Políticos Americanos al Proletariado de Alemania*.

Más tarde.— La mayor parte del convoy y varios oficiales están borrachos. Los marineros consiguieron schnapps²¹ de los alemanes y han estado vendiéndolo a bordo. El Largo Sam fue cazado por su teniente primero. Varios soldados me convocaron para una reunión secreta y propusieron que yo me encargara del barco. Ellos detendrían a sus oficiales, me cederían el mando del barco, y vendrían con nosotros a Rusia.

—¡A la mierda el ejército de Estados Unidos, estamos con los bolcheviques!, gritaron.

12 de enero.— Al mediodía Berkshire me llevó ante el coronel. Estaba tan nervioso como preocupado. El coronel me miró fijamente con recelo y odio.

Había sido informado de que yo estaba incitando a un motín entre sus hombres.

—Usted ha estado confraternizando con los soldados y debilitando la disciplina, dijo. Declaró que faltaban armas, municiones y ropa de los oficiales, y ordenó a Berkshire que tomara los efectos personales de los exiliados. Protesté: los hombres no se someterían a semejante humillación.

Cuando volví abajo me enteré de que varios soldados estaban bajo arresto por insubordinación y embriaguez. Las guardias han sido dobladas en nuestra puerta, y los oficiales del convoy se hacen notar más.

Pasamos el día en una nerviosa incertidumbre, pero no se llevó a cabo ningún intento por registrarnos.

13 de enero.— Nos pusimos en marcha otra vez a la 1:40 p.m. Rumbo al Báltico. Me pregunto cómo este barco agujereado navegará por el mar del Norte y se enfrentará contra el hielo. Los muchachos, incluyendo a los soldados, están muy nerviosos: vamos por una ruta peligrosa, llena de minas de guerra.

Dos miembros de la tripulación del barco están en la nevera por haber abusado de su permiso para bajar a tierra. Retiro a nuestros hombres de la panadería en protesta por la detención de los marineros y los soldados.

15 de enero.— Vigésimo día en el mar. Nos sentimos agotados, cansados de tan largo viaje. Nos encontramos en constante tensión ante la posibilidad de que choquemos contra alguna mina.

Nuestro rumbo ha cambiado de nuevo. Berkshire insinuó esta mañana que las condiciones en Libau no permitirán que lleguemos hasta allí. Deduje de su conversación que el gobierno de Estados Unidos hasta ahora no ha sabido tomar las medidas necesarias para nuestro desembarco en algún país.

Los marineros han oído por casualidad al coronel, al capitán y a Berkshire discutiendo sobre si ir a Finlandia. La idea es enviarme, en compañía de Berkshire, con una bandera blanca, setenta millas tierra adentro, llegar a algún

entendimiento con las autoridades sobre nuestro desembarco. Si tenemos éxito, debo permanecer allí, mientras Berkshire regresa con nuestra gente.

Los exiliados se oponen al plan. Finlandia es peligrosa para nosotros debido a que la reacción de Mannerheim²² está masacrando a los revolucionarios fineses. Los hombres rechazan que me quede allí.

—Iremos todos juntos, o nadie irá, declararon.

Más tarde.— Esta tarde dos corresponsales norteamericanos subieron a bordo, cerca de Hango, y el coronel les dio permiso para entrevistarme. El cónsul americano de Helsingfors está también a bordo con su secretario. Trata de conseguir un poder de los exiliados para sacar su dinero de Estados Unidos. Muchos de los muchachos traspasan sus cuentas bancarias a parientes.

16 de enero.— 4:25 p.m. Llegamos a Hango, Finlandia. Helsingfors es inaccesible, nos dicen.

17 de enero.— Desembarcamos a las 2 p.m. Enviadas por telégrafo a Chicherin²³ (Moscú) y Shatov (Petrogrado) sendas notificaciones de la llegada del primer grupo de exiliados políticos de Norteamérica.

Debemos viajar en vagones sellados por Finlandia hasta la frontera rusa. El capitán del Buford nos concedió tres días de raciones para el viaje.

La despedida de la tripulación y los soldados me emocionó profundamente. Muchos de ellos se encariñaron con nosotros, y nos trataron como blancos²⁴, usando su propia expresión. Nos hicieron prometer que les escribiríamos desde Rusia.

18 de enero.— Cruzando el país nevado. Vagones helados, sin calefacción. Los compartimientos están cerrados, con guardias finlandeses en cada plataforma. Incluso en el interior hay soldados Blancos, en cada puerta. Callados, prohibido mirar. Rechazan establecer conversación.

2 p.m.— En Viborg. Estamos prácticamente sin comida. Los soldados finlandeses han robado la mayor parte de los productos que se nos dieron en el Buford.

Por las ventanas del coche vemos a un trabajador finés de pie sobre una plataforma y a escondidas haciéndonos señales con una bandera roja en miniatura. Agitamos las manos en señal de reconocimiento. Media hora más tarde abrieron las puertas de nuestro coche, y el trabajador entró para reparar las luces, como él mismo dijo.

—La reacción aquí tiene miedo, susurró; terror blanco contra los trabajadores. Necesitamos la ayuda de la Rusia revolucionaria.

Telegramas enviados hoy de nuevo a Chicherin y Shatov, es urgente que se envíe cuanto antes a una comisión para que venga a buscar a los deportados en la frontera rusa.

19 de enero.— En Teiyoki, cerca de la frontera. Ninguna respuesta de Rusia aún. Las autoridades militares finlandesas exigen que crucemos la frontera inmediatamente. Nos oponemos porque la guardia fronteriza rusa, no informada de nuestra identidad, podría considerarnos invasores fineses y dispararnos, dando así a Finlandia un pretexto para la guerra. Una especie de tregua armada existe actualmente entre los dos países, y la situación está muy tensa.

Mediodía.— Los finlandeses están molestos por nuestra larga estancia. Rechazamos abandonar el tren.

Los representantes del Ministerio de Asuntos Exteriores finlandés estuvieron de acuerdo en permitir a una representación de los exiliados ir a la frontera rusa a explicar la situación al puesto fronterizo soviético. En nuestra reunión se eligieron a tres personas, pero los militares finlandeses sólo consintieron a uno.

En compañía de un oficial finlandés, un soldado y un intérprete, y seguidos por varios corresponsales (entre ellos, ni que decir tiene, un hombre de la prensa norteamericana) avancé hasta la frontera, caminando sobre una nieve profunda a través de un bosque poco denso al oeste del puente del ferrocarril fronterizo destruido. Con gran inquietud caminamos con dificultad por aquellos bosques blancos, temiendo el posible ataque de un bando o del otro.

Después de un cuarto de hora llegamos a la frontera. Frente a nosotros estaban preparados los guardias bolcheviques, hombres altos y robustos vestidos con extraños atuendos de piel, con un oficial de barba negra al mando.

—¡*Tovarishtch!*²⁵ Grité en ruso a través del riachuelo congelado, permítanme hablar con ustedes.

El oficial me hizo señas para que me acercara, sus soldados se fueron alejando a medida que me aproximaba. En pocas palabras le expliqué la situación y nuestro aprieto por la dejadez de Chicherin al no contestar a nuestros repetidos mensajes por radio. El escuchó de forma impertérrita, luego dijo:

—El comité soviético acaba de llegar.

Eran buenas noticias. Las autoridades finlandesas consintieron que el comité ruso entrase en territorio finlandés no más allá del tren, para reunirse con los deportados. Zorin²⁶ y Feinberg²⁷, representando al Gobierno soviético, y la Sra. Andreyeva²⁸, la esposa de Gorki²⁹, que vino con ellos de forma no oficial, nos acompañaron a la estación de ferrocarril.

—Kolchak³⁰ ha sido arrestado y su Ejército Blanco aplastado, anunció Zorin, y los exiliados recibieron la noticia con gritos de entusiasmo y vivas. Al poco tiempo, se habían realizado todos los preparativos para transportar a los hombres y sus equipajes al otro lado, y por fin cruzamos la frontera de la Rusia revolucionaria.

Notas capítulo I

1.— Antón Ivanovich Denikin. militar de carrera nacido en 1873. Tras participar en la Guerra Russo-Japonesa, será nombrado General de la División del distrito de Kiev hacia 1914. Apoyará la Revolución de Febrero de 1917 aunque en septiembre participará en un intento de golpe de estado contra el gobierno provisional, siendo encarcelado. Finalmente, con la Revolución de Octubre, logrará huir, levantando un ejército contrarrevolucionario que con el tiempo será conocido como Ejército Blanco. Tras fracasar en su avance sobre Moscú, decidirá exiliarse en París, dejando sus fuerzas al mando de Wrangel. Rechazará colaborar con las fuerzas invasoras alemanas, exiliándose a Estados Unidos, en donde morirá en 1947.

2.— La Isla de Ellis fue la principal aduana de New York desde 1892 a 1954 y era el sitio por donde pasaban los inmigrantes para ser inspeccionados o por donde embarcaban los deportados.

3.— Una pulgada equivale a 25,4 mm.

5.— Frank W. Berkshire. Poco se sabe de este personaje que actuará dentro de la Oficina de Inmigración de Estados Unidos, inicialmente en la frontera canadiense en la zona de New York persiguiendo la inmigración ilegal china y que, en 1907 recibirá el encargo de controlar la frontera mexicana. En 1918 tenía el cargo de Inspector Supervisor en la zona de Los Ángeles, manteniéndose en su cargo, como director, al menos hasta 1934.

6.— Emma Goldman, de origen ruso, será una de las figuras más destacadas del anarquismo en Estados Unidos y en todo el mundo. Nacida en 1869, entrará en contacto con el anarquismo en las campañas que siguieron al montaje policial de Chicago que llevaría al patíbulo a seis anarquistas. Relacionada sentimentalmente con Johan Most, conocerá por esa época a Alexander Berkman que, más que un amante, será su compañero de toda la vida. Juntos editarán *Mother Earth*, una revista dedicada a divulgar el anarquismo. En 1917 serán expulsados de Estados Unidos y deportados a Rusia, en donde rápidamente se desencantará del régimen bolchevique, como expresará en su libro *Mi desilusión en Rusia*. Al estallar la revolución social en España, mostrará todo su apoyo a la CNT, manteniendo una campaña internacional a favor de esta central anarcosindicalista. Morirá en mayo de 1940 en Toronto.

7.— Anarquista perteneciente a la ilegalizada Federación de Sindicatos de Obreros Rusos de Estados Unidos y Canadá, que se había fundado en 1911 para apoyar el derrocamiento del régimen zarista. Detenida el 8 de octubre de 1919 durante una manifestación en Washington Square en contra del bloqueo al régimen soviético, será condenada a seis meses de trabajos forzados aunque finalmente se le deportará a Rusia. En 1937 residiría en la ciudad de Kitaigorodskia.

8.— La más joven de las deportadas en el Buford, con dieciocho años, había emigrado a Estados Unidos en 1911. Muy activa entre los anarquistas de New York, formaría junto a su compañero Samuel Lipman, Maiy Abrams, Samuel Adel, Zalman Deaminy otros, el grupo anarquista *Frayhat* (Libertad) que editaría *The Anarchist Soviet Bulletin*, por el cual sería procesada y deportada. En Rusia, trabajaría en el Comisariado de Asuntos Exteriores en 1931. Terminaría casándose con Lipman, con quien tendría dos hijos. Deportada a un campo de concentración a finales de los años 20, en donde permanecerá durante diez años, estaría viva en 1972 en Moscú.

9.— No sabemos a quién hace referencia Alexander pues en el Buford había dos parejas de hermanos, Mike y Sam Orloff, y Gregoiy y Pavel Melnikoff. Por otro lado, entre los deportados hay un Valdimir Borisiuk.

10.— Entre la lista de los deportados, no encontramos a ningún John Birk. Se sabe que entre los detenidos, había un tal John Berg, pseudónimo del danés Jens Bjerregaard Peterson, militante de la IWW y arrestado en Seattle en marzo de 1918, pero tenía 58 años y parece que fue liberado finalmente.

11.— Gdansk, en alemán Danzig, es la sexta mayor ciudad de Polonia y la mayor ciudad portuaria de este país.

12.— Peter J. Bianky según la lista de deportados. Natural de Odesa, había llegado a Estados Unidos antes de 1914, participando activamente en la federación de Sindicatos Obreros Rusos en donde ejercería como secretario general. Detenido en 1919, con veintiocho años de edad.

13.— Thomas P. Buhkanova. Con diecisiete años, era conocido por el nombre de Tommy the Kid. Trabajaba como maquinista en la Greenpoint de Brooklyn, ejerciendo como tesorero de su sindicato. Sería detenido en diciembre de 1919.

14.— Ivan Novikov. Escasos son los datos que tenemos de este anarquista ruso, la mayoría proveniente del propio libro de Berkman. Había emigrado a Estados Unidos, en donde actuaría como editor del periódico anarquista *Golos Truda* de New York entre 1911 y 1917 hasta que fue clausurado en la denominada *Red Scare*. Detenido en noviembre de 1919 por hacer propaganda a favor de una huelga general en contra del bloqueo aliado a los soviéticos. Actuaría como miembro del Comité Ejecutivo de la Federación de Sindicatos de Obreros Rusos. Sabemos que seguía vivo en 1930, y que se negaba a colaborar con los bolcheviques.

15.— Vladimir Sergeivich Shatov, oriundo de Rusia, emigró a Canadá y Estados Unidos en donde desarrollaría su actividad anarcosindicalista dentro de la IWW, siendo redactor del periódico ruso de Nueva York, *Golos Truda*. Regresó a Rusia en 1917 participando activamente en el proceso revolucionario. Miembro del Comité Revolucionario Militar de Petrogrado y oficial del Décimo Cuerpo del Ejército Rojo. Jugará un papel decisivo en la defensa de la ciudad en 1919. A partir de entonces, asumirá cargos de responsabilidad en la industria y el transporte, sufriendo las purgas estalinistas a finales de los años 30.

16.— Se refiere a Thomas Mooney, líder obrero de San Francisco, condenado por los atentados con bombas durante el desfile militar del Preparedness Day (Día de la Movilización) en julio de 1916 con motivo de los preparativos para la entrada norteamericana en la Primera Guerra Mundial.

17.— *Zapevalo* en ruso significa capataz. Berkman está haciendo referencia al protagonista de la obra de Fiódor Dostoyevski *Los Hermanos Karamazov*.

18.— *Bourzhooi* es un término empleado durante la revolución para caracterizar a alguien como burgués, con todo el carácter peyorativo que tenía ese término en esos momentos. Así, los campesinos denominaban como *bourzhooi* a los contrarrevolucionarios y en la ciudad, este término llegó a ser sinónimo de bolchevique.

19.— Balada rusa que narraba las epopeyas del líder cosaco y héroe popular Stepan Timofeyevich Razin, que dirigió una gran sublevación contra la nobleza y la burocracia del zar en el sur de Rusia en 1670-1671.

20.— Literalmente, surtidor de agua en alemán. Berkman hace referencia al barco que surte de agua al Buford.

21.— Un tipo de aguardiente alemán.

22.— Berkman hace referencia al barón Cari Gustaf Emil Mannerheim, comandante en jefe a partir de enero de 1918 del casi inexistente ejército de la autoproclamada independiente Finlandia.

23.— Georgi Vasilyevich Chicherin. De orígenes aristocráticos, su formación tendrá un verdadero carácter ilustrado, permitiéndole hablar buena parte de los principales idiomas europeos y asiáticos. Hacia 1897 entra a trabajar en el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, en donde permanecerá hasta 1903. Pronto entrará en contacto con el movimiento socialista, poniendo su riqueza al servicio de la revolución, lo que le llevó a exiliarse en 1905. Antimilitarista, con el estallido de la I Guerra Mundial, será detenido en Londres por hacer campaña en contra de la contienda. Trotski, Comisario de Asuntos Exteriores, aprovechará un intercambio de prisioneros británicos en 1918 para lograr su liberación a sabiendas de su capacidad en el campo diplomático. A su llegada a Rusia, se incorpora al Partido Comunista y, en 1922, asumirá la representación del Comisariado de Asuntos Exteriores, cargo en donde permanecerá hasta 1930 en que la enfermedad lo aparta de la vida activa, tras una intensa carrera diplomática. Morirá en 1936.

24.— El término no hace referencia a los Guardias Blancos contrarrevolucionarios, sino que tiene un carácter racista al distinguir el trato entre blancos y negros; así, decir que los trajeron como blancos, viene a significar que los trajeron bien.

25.— Camarada.

26.— Zorin, pseudónimo de Sergei Gumberg, judío ucraniano, que emigrará hacia finales del S. XIX a Estados Unidos, regresando a Rusia en 1917 junto a Trotski y otros bolcheviques exiliados, e incorporándose al Partido Comunista. Asumirá el cargo de Primer Secretario del Partido Comunista en Petrogrado. Será purgado por Stalin por su amistad con Trotski y Zinóiev, quien sería su mentor.

27.— Seguramente, se refiere a Joe Feinberg, marxista británico de origen judío que acude a Rusia al poco de estallar la Revolución. Actuaría como traductor al inglés de los trabajos de Lenin, trabajando en la editorial del Partido junto a su hermano Bram. Actuaría como Secretario de la sección británica. Será detenido en las purgas de 1988 aunque sobrevivirá tras un proceso de depuración, volviendo a ocupar, al poco tiempo su puesto en la editorial.

28.— María Fiodorovna Andreyeva. Nace en 1868 en el seno de una familia estrechamente vinculada al teatro (su padre dirige un teatro y su madre es actriz), lo que determinará que ella misma estudiara arte dramático y se convirtiera en una actriz de renombre. Aunque casada desde los dieciocho años, y con dos hijos, Andreyeva dejará a su marido por Maxim Gorki a partir de 1903, al tiempo que se afilia secretamente al Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. Junto a este viajará a Estados Unidos e Italia, intentando desarrollar un teatro proletario que dará lugar hacia 1919 a la fundación del Bolshoi y que la llevará a asumir el Comisariado de Teatro y Espectáculos Públicos de Petrogrado hasta 1921.

Posteriormente, entre 1931 y 1948, ejercerá como directora de la Gasa de los Científicos en Moscú, en donde morirá en 1953.

29.— Aleksey Maksimovich Peshkov. Más conocido por su pseudónimo Maxim Gorki, nace en 1868 en una familia muy pobre. Tras una niñez y juventud muy dura, descubrirá la literatura, reflejando sus escritos la dura realidad del pueblo ruso. En 1902 logrará su primer éxito teatral, conociendo a Andreyeva y estrechando sus vínculos con los marxistas. Entre 1906 y 1913 tendrán que exiliarse a Estados Unidos y, sobre todo, a Italia, por su campaña en contra del Zar. Protegido por Lenin, apoyará la Revolución Bolchevique, aunque eso no supuso que no mantuviera una postura muy crítica frente al régimen comunista, lo que le llevó a tener que abandonar el país en 1921. Regresará en 1928 y bajo el patrocinio de Stalin asumirá la presidencia del Sindicato de Escritores aunque en 1934 será detenido, sufriendo arresto domiciliario, y su hijo asesinado por orden de Stalin. Morirá de neumonía en 1936.

30.— Alexandre Vassilievitch Kolchak. Nace en 1874 en el seno de una familia noble de Ucrania, desde joven hará la carrera militar en la Armada. Participará en la Guerra Ruso-Japonesa y, posteriormente, en varias expediciones al Polo Ártico, alcanzando el grado de Almirante. Con la Revolución de Febrero, se mantendrá fiel a la monarquía, lo que conllevará que sea depuesto por su tropa. En el exilio se convertirá en el peón de las fuerzas aliadas, quien avituallará a sus tropas cuando desembarque en Siberia y constituya un gobierno contrarrevolucionario en Omsk. Las primeras fases de la Guerra Civil vendrán marcadas por su arrollador avance, aunque en 1920 el Ejército Rojo logrará derrotar sus ejércitos, siendo apresado por sus propios soldados y entregado a los bolcheviques, quienes lo ejecutarán inmediatamente.

CAPÍTULO II

En tierra soviética

20 de Enero de 1920.— Al final de la mañana de ayer, tomamos tierra en la Rusia Soviética.

Expulsados de los Estados Unidos como criminales, fuimos recibidos en Belo—Ostrov con los brazos abiertos. El himno revolucionario, tocado por la banda militar del Ejército Rojo, nos dio la bienvenida cuando cruzamos la frontera. Los vivas de los soldados con sus gorras rojas se mezclaban con los vítores de los deportados, repitiéndose a través del bosque, desplazándose en la distancia como un reto de alegría y desafío. Con mi cabeza descubierta, estaba en presencia de los invisibles símbolos de la revolución triunfante.

Un sentimiento de solemnidad, de temor, me abrumó. De esta manera debieron sentirse mis beatos ancestros cuando entraban en lo más sacrosanto de los templos. Un fuerte deseo me condujo a arrodillarme y besar el suelo, el suelo consagrado por la sangre de generaciones de mártires y sufridores, consagrado nuevamente por los revolucionarios actuales. Nunca antes, ni incluso con las primeras caricias de la libertad en ese glorioso Primero de Mayo de 1906, después de catorce años en la prisión de Pensilvania, me había sentido conmovido tan profundamente. Anhelaba abrazar a la humanidad, poner mi cabeza a sus pies, poner mi vida miles de veces al servicio de la Revolución Social.

Era el día más sublime de mi vida.

En Belo—Ostrov se organizó un mitin multitudinario para darnos la bienvenida. El amplio local estaba repleto de soldados y campesinos que habían llegado para saludar a sus camaradas provenientes de Norteamérica. Nos miraban con sus ojos maravillados, y nos hacían muchas preguntas extrañas:

— ¿Están hambrientos los obreros en América? ¿La revolución está a punto de estallar? ¿Cuándo se alzarán para ayudar a Rusia?

El ambiente del atestado local era pesado por el olor humano y el humo del tabaco. Muchos se agolpaban y empujaban, y vociferaban a gritos en un ronco hablar. Cayó la oscuridad aunque el salón continuó sin iluminarse. Sentí una peculiar sensación al percibir el balanceo de aquí para allá por el ruidoso movimiento de la gente, sin ser capaz de distinguir ninguna cara. Entonces, las voces y los movimientos cesaron.

Mis ojos se fijaron en torno a la plataforma. Estaba iluminada por unas cuantas velas de cebo, y con su débil luz pude apreciar las figuras de varias mujeres vestidas de negro. Parecían monjas recién salidas del claustro, con sus semblantes severos, imponentes. Una de ellas se irguió en el borde de la plataforma.

Tovarishtchi, comenzó, y la significativa palabra vibró por todo mi cuerpo con la intensidad del ardor de la oradora. Hablaba apasionada, vehementemente, con una pizca de desafío frente a la hostilidad de todo el mundo. Habló del supremo heroísmo del pueblo revolucionario, de sus sacrificios y luchas, del ingente trabajo que quedaba por hacer en Rusia. Censuraba los crímenes de los contrarrevolucionarios, la invasión de los Aliados y el criminal bloqueo. En incendiarias palabras pronosticaba la llegada de la gran revolución mundial, la cual destruiría el capitalismo y la burguesía a lo largo de Europa y América, como había ocurrido en Rusia, y que dejaría en manos del proletariado internacional la tierra y todos los bienes.

La audiencia aplaudía de manera tumultuosa. Sentía la atmósfera cargada con el espíritu de la lucha revolucionaria, simbólica, de la titánica contienda

entre dos mundos, él nuevo abriéndose camino violentamente por sí mismo entre la confusión y el caos de las pasiones opuestas. Tenía conciencia de un mundo en potencia, de una revolución social desarraigada en acción, y yo en medio de todo ello.

A la mujer de negro le siguió Zorin, quien dio la bienvenida a los recién llegados en nombre de la Rusia Soviética, y reclamándoles su cooperación en pro de la revolución. Varios de los deportados aparecieron en la tribuna. Se sentían profundamente conmovidos por la estupenda recepción, dijeron, y se encontraban completamente maravillados con el gran pueblo ruso, el primero en sacudirse el yugo del capitalismo y establecer la libertad y la camaradería sobre la Tierra.

Me conmovieron en lo más profundo de mi ser estas palabras. Pronto fui sacado de mi ensimismamiento al darme codazos y susurrarme los presentes:

—¡Habla, Berkman, habla! ¡Contéstale!

Me encontraba absorto en mi emoción y no había escuchado al hombre en la plataforma. Lo miré. Estaba hablando Bianky, el joven ruso de orígenes italianos. Me quedé horrorizado ante sus palabras que poco a poco empecé a comprender.

—Nosotros los anarquistas, decía, deseamos trabajar con los bolcheviques si ellos nos tratan bien. Pero yo les aseguro que no aceptaremos censuras. Si lo intentan, eso significará la guerra entre nosotros.

Salté a la plataforma.

—No dejemos que este gran momento sea degradado por unos pensamientos indignos, grité. Desde este momento todos estamos juntos, somos uno en la sagrada labor de la revolución, uno en su defensa, uno en nuestro objetivo común de la libertad y bienestar del pueblo. Socialistas o anarquistas, nuestras diferencias teóricas deben ser dejadas de lado. Todos somos revolucionarios en estos momentos, y hombro con hombro debemos alzarnos, juntos, para luchar y trabajar por la revolución libertadora. Camaradas, héroes de la gran lucha revolucionaria de Rusia, en nombre de los

deportados de Norteamérica, os saludo. En su nombre os digo: venimos a aprender, no a enseñar. Para aprender y para ayudar.

Los deportados aplaudieron, siguieron otros discursos, y pronto el desagradable incidente de Bianky fue olvidado. En medio de un gran entusiasmo el mitin finalizó tarde en la noche, con toda la audiencia cantando en conjunto *la Internacional*³¹. Camino de la estación, donde un tren nos esperaba para llevarnos a Petrogrado, una gran caja de galletas norteamericanas cayó de la plataforma. Los hambrientos soldados que nos acompañaban, se abalanzaron sobre ella pero cuando les dijimos que esas provisiones eran para los niños de Petrogrado, inmediatamente nos devolvieron la caja.

—Completamente de acuerdo, dijeron, los pequeños las necesitan más.

En Petrogrado nos aguardaba otra ovación, seguida de un desfile en el Palacio Tauride y un extenso mitin. Posteriormente, marchamos hacia Smolny, en donde los deportados seríamos alojados esa noche.

Nota capítulo II

31.— *La Internacional*, himno universal del movimiento obrero, será compuesto, la letra por Eugéne Pottier en 1871 y la música por Pierre Degeyter en 1888. Esta canción se convertirá en el himno de la Revolución de Octubre. Hasta ese momento, como había ocurrido en 1905, los insurrectos entonaban *La Marsellesa* como himno revolucionario; sin embargo, los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, buscando distinguirse de los mencheviques, buscarán una melodía menos burguesa para el pueblo e impondrán *La Internacional* como única melodía genuinamente revolucionaria, abriendo o cerrando todos sus actos con la misma.

CAPÍTULO III

En Petrogrado

21 de enero de 1920.— El brillante sol de invierno reluce sobre el amplio lecho blanco del Neva. Edificios majestuosos a orillas del río, con el delgado pico del Almirantazgo levantándose sobre la ciudad, vanidosamente elegante. Edificios majestuosos hasta donde la vista puede alcanzar, el Palacio de Invierno altísimo en la fría tranquilidad. El jinete de cobre sobre el corcel trepidante está posado sobre la áspera roca finlandesa³², listo para saltar sobre la alta aguja de la Fortaleza de San Pedro y San Pablo vigilando la ciudad de sus sueños.

La vida familiar de mi juventud transcurrió en la capital del Zar. Pero la gloria dorada del pasado se ha acabado, el esplendor real, los alegres banquetes de la nobleza, y las columnas de hierro de los militares eslavos que marchan al estruendo de los tambores. La mano de la revolución ha transformado la ciudad, de la lujosa holgazanería a la casa del trabajo. El espíritu de sublevación ha cambiado incluso los nombres de las calles. La Nevski, inmortalizada por Gogol, Pushkin³³, y Dostoyevski, se ha transformado en el Futuro del 25 de Octubre; la plaza enfrente del Palacio de Invierno ahora se llama Uritski³⁴ en su honor—, el Kamenovstrovsky se llama ahora el Alba Roja. En la Duma el busto heroico de Lassalle encara a los transeúntes como el símbolo de la Nueva Era; sobre el Bulevar Konoguardeisky se yergue la estatua de Volodarski, con el brazo extendido, dirigiéndose a la gente.

Prácticamente todas las calles me recuerdan luchas pasadas. Allí, delante del Palacio de Invierno, el clérigo Gapón estuvo de pie entre miles que habían venido a suplicar al Padrecito clemencia y pan. La plaza se tiñó de carmesí con la sangre de los trabajadores aquel aciago día de enero de 1905. Sobre sus tumbas, un año más tarde, se erigió la primera revolución, y otra vez los gritos de los oprimidos fueron ahogados por el sonido de la artillería. Un reinado de

terror sobrevino, y muchos fallecieron en el patíbulo y en las prisiones. Pero una y otra vez se levantó el fantasma de la revuelta, y finalmente el zarismo cedió, impotente para poder defenderse, abandonado por todos, sin que nadie lo lamentara. Entonces vino la gran Revolución de octubre y el triunfo del pueblo, con Petrogrado siempre en primera línea de combate.

La ciudad parece desierta. Su población, de casi tres millones en 1917, se ha reducido a quinientos mil. La guerra y las epidemias han diezmado prácticamente a Petrogrado. En las luchas contra Kaledin³⁷, Denikin, Kolchak, y otras fuerzas Blancas, los trabajadores de la Ciudad Roja perdieron a muchos de los suyos. Los mejores elementos proletarios murieron por la revolución.

Las calles están vacías; la gente está en las fábricas, en el trabajo. En la esquina una joven *militcioner*³⁸, rifle en mano, anda de un lado a otro, dando patadas con sus botas al suelo para mantenerse caliente. De vez en cuando pasa una figura solitaria, toda abrigada y encorvada, arrastrando una carga pesada en un trineo.

Las tiendas están cerradas, echados sus postigos. Los carteles aún cuelgan en sus lugares acostumbrados, frutas y verduras pintadas anunciando los productos que ya no se encuentran en su interior. Puertas y ventanas están cerradas y atrancadas, y todo está silencioso.

El famoso Apraksin Dvor³⁹ ya no existe. Toda la riqueza del país, comprada o robada, se solía exhibir allí para tentar al transeúnte. La noble barinya⁴⁰ y la camarera, el campesino rubio bondadoso y el tártaro malhumorado, el estudiante distraído y el ladrón mañoso, se mezclaban aquí en la libre democracia libre de la plaza del mercado. Se podía encontrar cualquier cosa en el Dvor; cuerpos humanos eran comprados y vendidos, y las almas se trocaban por dinero.

Todo ha cambiado en la actualidad. En la entrada del Templo del Trabajo arde la leyenda: Quien no trabaja no podrá comer.

En el stolovaya (comedor) público, se sirven la sopa de verdura y la kasha (gacha). Los comensales traen su propio pan, repartido en los puntos de distribución. El gran salón no tiene calefacción, y la gente se sienta con sus sombreros y abrigos puestos. Parecen fríos y pálidos, lamentablemente demacrados.

—Si tan solo levantasen el bloqueo, me dice un comensal a mi lado, estaríamos a salvo.

Algunas partes de la ciudad muestran claras evidencias de la reciente campaña de Yudenich⁴¹. Aquí y allá hay restos de barricadas, pilas de sacos de arena, y artillería apuntando hacia la estación de ferrocarril. La historia de aquella batalla está todavía en boca de todos.

—Fue un esfuerzo sobrehumano, relató la pequeña Vera con entusiasmo. El ejército enemigo era cinco veces superior en número al nuestro y estaban ante nuestras propias puertas, en Krasnaya Gorka⁴², a siete millas de la ciudad. Hombres y mujeres, incluso niños, se volcaron para construir barricadas, llevar municiones a los combatientes, y prepararse para defender nuestras casas hasta las últimas consecuencias.

Vera tiene sólo dieciocho años, blanca y delicada como un lirio, pero manejó una ametralladora.

—Tan seguro estaban los Blancos de su victoria, siguió Vera, que ya habían distribuido las carteras ministeriales y habían designado al gobernador militar de Petrogrado. Los funcionarios de Yudenich con todo su personal estaban en secreto en la ciudad, esperando sólo la entrada triunfante de su jefe. Estábamos en una situación desesperada; parecía que todo se perdería. Nuestros soldados, reducidos en número y agotados, estaban desmoralizados.

Fue en ese mismo momento cuando Bill Shatov apareció en escena. Reunió al pequeño ejército, y lo comandó en nombre de la revolución. Su poderosa voz alcanzó las líneas más alejadas; su apasionada elocuencia reavivó las llamas del entusiasmo revolucionario, infundiendo una nueva fuerza y fe.

— ¡Adelante, muchachos! ¡Por la Revolución!, tronaba Shatov, y con furia desesperada los trabajadores se lanzaron sobre el ejército de Yudenich. La flor del proletariado de Petrogrado pereció en aquella batalla, pero la Ciudad Roja y la Revolución se salvaron.

Con un orgullo justificado Shatov me mostraría la condecoración de la Bandera Roja fijada en su pecho.

—Por Krasnaya Gorka, me dijo, con una feliz sonrisa.

Ha dejado de ser el muchacho jovial que conocí en Norteamérica; se ha vuelto más maduro y más serio debido a su experiencia en la revolución. Ha ocupado muchos puestos importantes, y ha conseguido una reputación como un trabajador eficiente y un excelente organizador. No se ha afiliado al Partido Comunista; mantiene que discrepa en muchos puntos vitales con los bolcheviques. Se ha mantenido como anarquista, pues cree en la abolición absoluta del gobierno político como el único camino seguro a la libertad individual y el bienestar general.

—En estos momentos estamos pasando por la difícil etapa de la revolución social violenta, dijo Shatov. Debemos defender distintos frentes, y necesitamos un ejército fuerte, bien disciplinado. Hay tramas contrarrevolucionarias de las que hay que protegerse y la Checa debe mantener un ojo vigilante sobre los conspiradores. Desde luego, los bolcheviques han cometido muchos errores; son humanos. Vivimos en un período de transición, de mucha confusión, peligro constante y ansiedad. Es el momento del esfuerzo y se necesitan hombres para ayudar en el trabajo de la defensa y la reconstrucción. Los anarquistas debemos permanecer fieles a nuestros ideales, y no criticar por el momento. Debemos trabajar y ayudar a construir.

Los deportados del Buford están alojados en el Smolny⁴³. Por invitación de Zorin me hospedo en el Hotel Astoria, ahora conocido como la Primera Casa del Soviet. Zorin, quien trabajó en América como lechero, es ahora el Secretario de la Sección de Petrogrado del Partido Comunista, y el redactor del *Krasnaya Gazetta*, el diario oficial del Soviet. Me impresiona por ser el más fiel comunista y un infatigable trabajador. Su esposa, Liza⁴⁴, también una emigrante americana, es la típica wobbly⁴⁵. Aunque es muy femenina físicamente, es brusca y parlanchina, y una entusiasta bolchevique.

Juntos visitamos el Smolny. Anteriormente una casa exclusiva de señoritas nobles, ésta es ahora la sede ajetreada del Gobierno de Petrogrado. La sede de la Tercera Internacional también se encuentra aquí, y el sanctasanctórum de Zinóviev⁴⁶, su secretario, una cámara grande sumtuosamente amueblada y decorada con flores y plantas en macetas. Sobre su escritorio vi una cartera de cuero de enorme tamaño, un regalo de sus compañeros de trabajo.

En el comedor del Smolny encontré a un grupo de comunistas y oficiales soviéticos destacados. Unos llevaban el uniforme militar, otros llevaban camisas de estudiante, de pana negra, con un cinturón atado a la cintura y con los faldones traseros. Todos están pálidos, con los ojos hundidos y los pómulos elevados, resultado de una desnutrición sistemática, el trabajo agotador y la preocupación.

La cena fue muy superior a las comidas servidas en el stolovaya público.

—Sólo los “trabajadores responsables”, comunistas que mantienen cargos importantes, cenan aquí, comentó Zorin.

Hay varios niveles de *pyock* (raciones), me explicó. Los soldados y marineros reciben una libra y media de pan por día⁴⁷; también azúcar, sal, tabaco, y carne cuando es posible. Los trabajadores de la fábrica obtienen una libra, mientras que los no productores, la mayor parte de ellos intelectuales, reciben media libra e incluso menos. Según cree Zorin, no hay ninguna discriminación en este sistema; sencillamente es un reparto de acuerdo con el valor del trabajo de cada uno.

Recuerdo la observación de Vera.

—Rusia es muy pobre pero independientemente de lo que haya, todo se debería repartir por igual. Eso sería lo justo, y nadie se quejaría.

Por la tarde asistí a la celebración del aniversario de Aleksandr Herzen⁴⁸. Por primera vez me encontraba entre los muros del Palacio del Zar, cuya mención me atemorizaba en mi niñez. Nunca me hubiese imaginado que el nombre prohibido de Herzen, el temido nihilista y enemigo de los Romanov, un día sería glorificado aquí.

Banderas rojas y empavesados decoraban la tribuna. Con interés leí las inscripciones:

El Socialismo es la religión del hombre;

Una religión no del cielo sino de la tierra.

Por siempre el reinado de los trabajadores y campesinos.

Una gran pancarta carmesí mostraba una campana (Kolokol), el nombre del famoso periódico publicado por Herzen en el exilio. En un lado estaba inscrito, 1870—1920, y en la parte baja, las palabras:

No has muerto en vano;

Lo que has sembrado crecerá.

Después de la reunión, los presentes se encaminaron a la casa de Herzen, todavía conservada en la calle Nevski. La manifestación por las oscuras calles, alumbradas sólo por las antorchas de los asistentes, el son de la música revolucionaria, el entusiasmo de los hombres y mujeres indiferentes al frío glacial, todo me impresionó profundamente. Las siluetas móviles parecían las sombras del pasado cobrando vida, los mártires del zarismo elevándose para vengarse de los muchos años de injusticias.

Cuan cierta es la consigna de Herzen:

No has muerto en vano;

Lo que has sembrado crecerá.

El salón de actos del Palacio Tauride⁴⁹ estaba repleto de autoridades soviéticas e invitados. Se había convocado una sesión especial para tratar la difícil situación creada por el severo invierno, y la creciente escasez de alimentos y combustible.

Filas y más filas se extendían ante mí, ocupadas por hombres y mujeres vestidos con ropas de trabajo mugrientas, con sus caras pálidas y sus cuerpos demacrados. Diseminados había hombres con la vestimenta tradicional de campesino. Se sentaron silenciosamente, conversando poco, como agotados por el duro trabajo del día.

La banda militar empezó a tocar *la Internacional*, y la audiencia se puso en pie. Entonces Zinóviev ascendió a la tribuna. El invierno ha causado mucho sufrimiento, dijo; la fuerte nevada impide el tráfico del ferrocarril, y Petrogrado está prácticamente aislada. Lamentablemente se hace necesaria otra reducción del *pyock* (ración). Tenía plena confianza en que los trabajadores de Petrogrado, los más revolucionarios, la vanguardia del comunismo, entenderían que el Gobierno se veía obligado a tomar esta decisión y aprobarían su acción.

La medida es temporal, continuó Zinóviev. La revolución está triunfando en todos los frentes, el glorioso Ejército Rojo está obteniendo grandiosas victorias, las fuerzas Blancas serán pronto completamente derrotadas y económicamente, el país se pondrá en pie y los trabajadores podrán recoger los frutos de su largo martirio. Los imperialistas y capitalistas de todo el mundo están en contra de Rusia, pero el proletariado de todos los lugares está con la revolución. Pronto la revolución social estallará en Europa y América, lo que no

puede quedar muy lejos ya que el capitalismo se está derrumbando en todo el mundo. Entonces finalizará la guerra y el derramamiento de sangre fratricida, y Rusia recibirá la ayuda de los trabajadores de otros países.

Radek⁵⁰, quien hacía poco había regresado de Alemania donde había estado preso, siguió a Zinóiev. Dio cuenta interesante de su experiencia, tachando a los alemanes de patriotas sociales con un sarcasmo mordaz. Un partido pseudosocialista, expresó, está ahora en el poder, pero demasiado cobarde para introducir el socialismo; traidores a la revolución eso es lo que son, los Scheidemann⁵¹, los Bernstein⁵², y demás, reformistas burgueses, agentes del militarismo Aliado y del capital internacional. La única esperanza está en el Partido Comunista de Alemania que crece a pasos agigantados y está apoyado por el proletariado alemán. Muy pronto ese país será barrido por la revolución, no una falsa socialdemocracia, sino una revolución comunista, como la de Rusia, para que posteriormente los trabajadores de Alemania acudan en ayuda de sus hermanos en Rusia, y el mundo aprenderá lo que el proletariado revolucionario puede lograr.

Joffe fue el siguiente orador. De aspecto aristocrático, bien vestido, barba bien arreglada, parecía extrañamente fuera de sitio en aquella asamblea de trabajadores pobemente vestidos. Gomo Presidente del Comité de Paz presentó un informe sobre las condiciones del tratado recién alcanzado con Letonia, recibiendo los aplausos de la asamblea. La gente está claramente impaciente por obtener la paz, independientemente de las condiciones.

Había esperado oír hablar a los diputados y conocer las opiniones y sentimientos de las masas a las que ellos representaban. Pero los miembros del Soviet no tomaron parte activa en ninguna de las sesiones. Escucharon silenciosamente a los oradores, y votaron mecánicamente sobre las resoluciones presentadas por el Comité Ejecutivo. No hubo ninguna discusión; las sesiones carecieron de vitalidad.

Algunas fricciones se han producido entre los exiliados del Buford. Los anarquistas se quejan de discriminación a favor de los miembros comunistas del grupo, y repetidamente me han llamado al Smolny para allanar las dificultades.

Los compañeros se irritan por el retraso al asignarles trabajo. He preparado el anquettes [sic]⁵⁴ del grupo, distribuyendo a los deportados según su oficio y su capacidad, para ayudar a colocarles en algún buen puesto. Pero ya han pasado dos semanas, y los hombres todavía frecuentan las distintas oficinas del Soviet, haciendo cola de pie durante horas, buscando obtener los *propuski*⁵⁵ y los documentos necesarios para poder trabajar.

He señalado a Zorin lo valiosos que son estos exiliados para Rusia: entre ellos hay mecánicos, mineros, tipógrafos, necesarios ante la actual escasez de trabajadores cualificados. ¿Por qué malgastar su tiempo y energía? Aproveché la ocasión para sacar el tema del cambio de moneda norteamericana. La mayor parte de los exiliados trajeron algo de dinero. Su *pyock* es insuficiente, pero se pueden comprar algunos artículos; pan, mantequilla y tabaco, incluso carne se siguen vendiendo en los mercados. Al menos cien de nuestros muchachos han cambiado su dinero norteamericano por dinero soviético. Considerando que cada uno tuvo que averiguar por si mismo dónde se podía realizar el cambio, a menudo siendo mal informados, y el tiempo que han invertido en los departamentos financieros soviéticos, se puede asumir que en promedio cada hombre ha necesitado tres horas para llevar a cabo la transacción. Si los exiliados tuvieran un comité responsable, todo el asunto podría haberse realizado en menos de un día.

—Ese comité podría atender todos sus asuntos, y ahorrarles tiempo, le insté.

Zorin estuvo de acuerdo conmigo.

—Debería intentarse, dijo.

Propuse acercarme al Smolny, reunir a todos los hombres, explicarles mi proposición, y elegir un comité.

—También se debería asignar un pequeño cuarto como oficina del comité, con un teléfono para poder resolver los asuntos, sugerí.

—Eres muy norteamericano, sonrió Zorin. Lo quieres todo hecho. Pero ese no es el camino, añadió de forma seca. Someteré tu plan a las autoridades adecuadas y ya veremos.

—Por lo menos, dije, espero que se pueda hacer pronto. Y puedes contar siempre conmigo, ya que estoy ansioso por ayudar.

—A propósito, comentó Zorin, mirándome con curiosidad, el comercio está prohibido. La compra y la venta es especulación. Tu gente no debería hacer semejantes cosas. Habló con severidad.

—No puedes llamar a la compra de una libra de pan especulación, contesté. Además, la diferencia en el *pyock* incita al comercio. El Gobierno todavía emite dinero, legalmente sigue en circulación.

—Sí..., dijo Zorin, disgustado. Pero mejor dile a tus amigos que no especulen más. Sólo los *shkumiki*, oportunistas desplumadores, hacen eso.

—Eres injusto, Zorin. Los hombres del Buford han cedido la mayor parte de su dinero, las provisiones y medicinas que trajeron, a los niños de Petrogrado. Incluso se han privado de cosas necesarias, y el poco dinero en efectivo que han guardado el mismo Gobierno lo ha cambiado a moneda soviética para ellos.

—Mejor advierta a los hombres, repitió Zorin.

Notas capítulo III

32.— Se refiere a la estatua de Pedro el Grande.

33.— Aleksandr Sergeievich Pushkin, escritor romántico considerado por muchos como el mejor poeta ruso y quien dará categoría literaria a su lengua vernácula. Morirá en 1837.

34.— Moiséi Solomónovich Urtski. Nacido en 1873, estudiara la carrera de derecho, entrando en su época universitaria en contacto con los socialistas. Su labor política le supondrá diversas deportaciones hasta que, en 1914 emigra a Francia. Con la Primera Guerra Mundial, asume las tesis internacionalistas de no intervención proletaria en la guerra. Jugará un papel fundamental en el regreso de Lenin a Rusia, al actuar de enlace entre los alemanes y éste, aunque hasta julio de 1917 no se afiliará al Partido, pasando a formar parte de su Comité Central, al tiempo que dirigirá la Checa en Petrogrado. Con la Paz de Brest-Litovsk, rechazará las tesis del Partido, incorporándose a la corriente Comunistas de Izquierdas, renunciando a todos sus cargos. Sin embargo, con el ataque del Ejército Blanco, y ante la gravedad de la situación, volverá a dirigir la Checa, siendo asesinado en agosto de 1918 por el joven Kannegisser, lo que daría lugar a una oleada masiva de detenciones y fusilamientos de todo elemento considerado como reaccionario.

35.— Pseudónimo de Moisei Markovich Goldstein, marxista revolucionario nacido en Ucrania, se unirá a los bolcheviques en julio de 1917, convirtiéndose en uno de sus más destacados agitadores y propagandistas. Ocupará distintos cargos, entre ellos, miembro de la Duma en mayo de 1917. Morirá durante una operación militar contra el Partido Social Revolucionario en junio de 1918.

36.— Georgi Apolónovich Gapón, clérigo ortodoxo. A principio del S. XX encabezará una maniobra de la secreta del zar para alejar a los obreros de las tendencias socialistas, fundando la Asamblea de Obreros Industriales Rusos, una organización determinada por su fuerte tendencia religiosa. Sin embargo, hacia 1904 se había posicionado en contra del régimen zarista, apoyando el levantamiento revolucionario de 1905. Encabezaría a los obreros de Petrogrado en su intento de hacer llegar al Zar sus demandas, siendo reprimida la manifestación violentamente por el ejército. Exiliado, se vincularía al Partido Social Revolucionario, aunque finalmente será ajusticiado por un miembro de dicho partido al considerársele un agente provocador del zar.

37.— Alekséi Maksímovich Kaledin. Nace en 1861, siendo un militar de carrera en el cuerpo de caballería. Se negará a reconocer la legalidad del nuevo régimen surgido en la Revolución de Febrero, lo que conllevará que fuera depuesto de su cargo al frente de las fuerzas cosacas del Don, aunque con el apoyo de la caballería, que lo nombrará atamán, mantendrá el control efectivo en la zona, hasta el punto de encabezar las fuerzas contrarrevolucionarias en octubre de 1917. Finalmente, los reveses durante la guerra civil le llevará a suicidarse en enero de 1918.

38.— Literalmente miliciano en ruso, aunque en realidad denominaba a un policía. Actualmente se sigue utilizando en ese sentido.

39.— Grandes almacenes de Petrogrado fundados a mediados del S. XIX y que se encontraba entre la calle Sadovaya y el río Fontanka.

40.— Un tipo de danza y música del folclore ruso. Textualmente, significa señora feudal (landlady) y era la manera en que los campesinos pobres se dirigían a las mujeres de la clase alta.

41.— Nikolai Nikolaevich Yudenich, general del ejército ruso, con el estallido revolucionario será nombrado comandante del ejército del Cáucaso, aunque al poco tiempo es destituido, exiliándose en Francia y posteriormente en Estonia, en donde en 1919 forma un ejército contrarrevolucionario Blanco de veinte mil hombres, con los cuales ataca, en octubre de ese año Petrogrado. Fracasa en este asalto, lo que le lleva a retirarse de nuevo a Estonia, donde desmoviliza a sus tropas y de nuevo se exilia a Francia, donde se mantiene al margen de la actividades contrarrevolucionarias.

42.— Krasnaya Gorka es el nombre de diversas localidades rusas, aunque seguramente Shatov hace referencia al fuerte, cercano a Oranienbaum, que formaba parte del sistema defensivo de Kronstadt.

43.— El Instituto Smolny, construido a principios del S. XX como un verdadero palacio, recibe su nombre del cercano convento Smolny. Elegido por Lenin como cuartel general de los bolcheviques durante la Revolución de Octubre, quedará como sede del Comité Central del Partido Comunista en Petrogrado. Desde 1991 es la sede del Ayuntamiento de San Petersburgo.

44.— Esposa del dirigente comunista Zorin.

45.— Término utilizado para designar a los miembros del IWW (Industrial Workers of the World, Trabajadores Industriales del Mundo), sindicato revolucionario de los Estados Unidos.

46.— Grigori Yevseyevich Zinóviev, conocido también por el pseudónimo Hirsch Apfelbaum o simplemente como Grigori. Comunista ucraniano de origen judío, será uno de los fundadores de la facción bolchevique del Partido Laborista Social Demócrata Ruso. Su vida política vendrá caracterizada por el constante bandazo, ora apoyando a Lenin, ora enfrentándose a él, apoyando a Stalin contra Trotski para posteriormente aliarse con este último. Miembro destacado del Partido, se le encomendará el control de Petrogrado y su provincia, al tiempo que ocupará el cargo de presidente del Komintern. Con Zinóviev y otros comunistas, Stalin inicia la denominada Gran Purga en 1934; sentenciado a diez años de cárcel, en 1936 volverá a ser juzgado y sentenciado a la pena de muerte.

47.— La libra corresponde a 453,6 gr., con lo cual reciben aproximadamente 680 gr. de pan.

48.— Aleksandr Ivánovich Gertsen o Herzen, fue un escritor ruso del Sjox que desarrolló lo que se podría denominar como socialismo campesino, al considerar que la revolución debía partir del campesinado ya que en Rusia no había casi proletariado. Desterrado en varias ocasiones por el régimen zarista, finalmente se exilia a Francia, residiendo en París.

49.— Tavricheskyi Dvorets, mandado a construir a finales del S. XVIII por el Príncipe Tavricheskyi, será el modelo de palacio de la alta nobleza a lo largo del S. XIX. En 1906 se convertirá en la sede del primer parlamento ruso, la Duma, y con la Revolución de Octubre, en la sede del gobierno provisional, en donde se reunirá la abortada Asamblea Constituyente.

50.— Karl Radek nació en Ucrania y desde finales del S. XIX se vinculará al movimiento socialdemócrata polaco y alemán. Al estallar la Revolución rusa, se incorporará al Partido Comunista, recibiendo el encargo de organizar la revolución en Alemania entre 1918 y 1920. Ese año regresa a Rusia, pasando a trabajar para la Internacional Comunista. Enfrentado a Stalin, será expulsado del partido en 1937 acusado de apoyar a Trotski, aunque en 1930 vuelve a afiliarse y encargarse hasta 1936 de la dirección del *Izvestia*, cuando cae en las purgas estalinistas, muriendo en prisión en 1937.

51.— Philipp Scheidemann, político socialdemócrata alemán que apoyó la declaración de guerra del Kaiser alemán. Con la abdicación de éste, y temiendo el estallido de una verdadera revolución social,

unilateralmente declarará la república en noviembre de 1918, siendo posteriormente el segundo canciller de la República de Weimar. Al no estar de acuerdo con la firma del Tratado de Versalles, dimitirá abandonando toda actividad política y exiliándose con la llegada al poder de los nazis.

52.— Eduard Bernstein, socialdemócrata alemán, será considerado como padre del revisionismo del marxismo al rechazar la vía revolucionaria. Consideraba que el proletariado podía mejorar su situación dentro de una democracia capitalista a través de su voto. Perseguido por el gobierno Bismarck, se exiliará en Londres, regresando a Alemania en 1901, siendo elegido diputado entre 1902 y 1918. Apoyará la proclamación de la república de Weimar, siendo elegido de nuevo diputado en el nuevo parlamento hasta 1928, momento en que se retira de la vida política, muriendo en 1932.

53.— Adolph Abramovich Joffe, nace en Crimea a finales del S. XIX Inicia su vida política en las filas socialdemócratas, lo que le lleva rápidamente al exilio. Regresa a Rusia en 1905, actuando activamente en el movimiento revolucionario, iniciando una larga amistad con Trotski. Detenido en 1912, será desterrado a Siberia en donde le encuentra la revolución de 1917. Se incorporará al partido bolchevique, ocupando cargos importantes en el mismo. Encabezará la delegación que negociará la paz de Brest-Litovsk que supuso la salida de la Primera Guerra Mundial de Rusia; posteriormente, será nombrado representante del Gobierno soviético en Alemania hasta que, con la proclamación de la república, será expulsado del país. Actuará como representante soviético en diversos tratados de paz a principios de los años 20, para finalmente actuar como embajador en China y otros países. Con la llegada al poder de Stalin y el inicio de la persecución de toda disidencia a su autocracia, llevó a Joffe a suicidarse en 1927.

54.— Creemos que este término corresponde al francés enquête, aunque mal escrito por Berkman. Significaría lista, encuesta, expediente.

55.— Permiso

CAPÍTULO IV

Moscú

10 de Febrero de 1920.— La oportunidad para visitar la capital llegó de improviso: Lansbury⁵⁶ y Barry⁵⁷, del londinense *Daily Herald*, se hallaban en Petrogrado, y me pidieron que los acompañara a Moscú como intérprete. Aunque no me encontraba completamente recuperado de mis recientes fiebres, acepté la rara oportunidad, ya que viajar entre Petrogrado y Moscú estaba restringido a cuestiones de absoluta necesidad.

Las condiciones de la línea ferroviaria entre las dos capitales (ambas ciudades son consideradas como tales) son deplorables. Las máquinas son antiguas y están en malas condiciones, las vías necesitan de reparaciones. En varias ocasiones nos quedamos sin combustible, y nuestro maquinista dejaba el tren y se dirigía al bosque a por una nueva reserva de madera. Algunos de los pasajeros acompañaban a la tripulación para ayudarlos con la carga.

Los coches estaban atestados por soldados y oficiales soviéticos. Durante la noche, muchos viajeros subían a nuestro tren. Se oía un fuerte vocerío y maldiciones, y el lloriqueo lastimero de los niños. Entonces se producía un repentino silencio y un imperioso mandato, Lárguense, malditos. No se echen aquí.

—La Checa del ferrocarril, el *provodnik* (el mozo de cuerda) llegó a nuestro coche para avisarnos. Tengan sus papeles a mano, *tovarishtchi*.

Un hombre fornido, de oscuro, entró. Mis ojos apreciaron el brillo de un gran colt en su cinto, sin funda. Detrás de él, se mantenían dos soldados, con sus rifles con las bayonetas.

—Sus papeles, exigió.

—Viajeros ingleses, expliqué, enseñando nuestros documentos.

—Oh, perdón, tovanshtchi, su actitud cambió instantáneamente, cuando echó un vistazo, a Lansbury, cubierto con su gran abrigo de pieles, largo y peludo, el típico *bourzhooi* británico.

—Perdón, repetía el chequista, y sin mirar nuestros documentos se pasó al otro vagón.

Nos encontrábamos en un coche especial, reservado para los altos oficiales bolcheviques e invitados extranjeros. Estaba iluminado por medio de velas, con sillones tapizados y relativamente limpio. El resto del tren consistía en coches de tercera clase, con doble hilera de bancos de madera y algunos *teplushki* (coches de carga) empleados para llevar pasajeros, sin luz ni calefacción, increíblemente abarrotados y mugrientos.

En cada estación éramos rodeados por las masas que clamaban por ser admitidos.

—*iN'yet mesta!, iN'yet mesta!* (¡No hay sitio!) gritaban los milicianos que escoltaban el tren, al tiempo que mostraban sus armas. Señalé a los oficiales que en nuestro compartimiento había plazas vacías, aunque me ignoraron.

—Estas no son para ellos, me dijeron.

A nuestra llegada a las cocheras en Moscú, nos encontramos en la plataforma y la sala de espera una masa compacta, la mayoría con un pesado equipaje a sus espaldas, maldiciendo y gritando a los que se encontraban delante intentando que los guardas armados les dejaran pasar. La gente parecía cansada y sucia, la mayoría había pasado varios días en la estación, durmiendo por las noches en el suelo, esperando su turno para partir.

Con dificultad, nos abrimos paso hasta la calle. Una marabunta de mujeres y niños cayó sobre nosotros, cada uno intentando llevarnos a sus pequeños trineos y asegurándonos que llevarían nuestras pertenencias a cualquier sitio por un módico precio.

—Un pedazo de pan, padrecito, mendigaban los niños; sólo un poquito, en el nombre de Cristo.

Hacía un frío terrible, con el suelo cubierto de nieve. Los niños permanecían de pie helados, golpeando un pie con el otro para calentarse. Sus caritas demacradas estaban azules y ateridas, y algunos chicos estaban descalzos sobre el hielo.

—¡Qué hambrientos parecen, y que pobemente están vestidos!, señalé.

—No peor que los que puedes ver en las estaciones londinenses, replicó Lansbury cortante. Eres hipocrítico, Berkman.

En un automóvil del Comisariado de Asuntos Exteriores fuimos conducidos a una gran casa, con una gran verja de hierro y guardas en la puerta, la antigua residencia de Y***, el Rey del Azúcar de Rusia, actualmente ocupada por Karakhan.

Una casa palaciega, con costosas moquetas, raros tapices y pinturas. El joven que nos recibió y que se presentó a sí mismo como el secretario de Chicherin, asignó a Lansbury y Barry el ala de los huéspedes.

—Lamentamos no tener una habitación libre para usted, me dijo—, no le esperábamos. No obstante, le enviaremos al Kharitonenski.

Este último resultó ser el albergue para invitados de los soviets, en la calle del mismo nombre. Anteriormente pertenecía a un mercader alemán, y nacionalizado en la actualidad, sirve de albergue para los delegados y visitantes provenientes de otras zonas del país.

En el Kharitonenski se me informó que el commandant del albergue estaba ausente, y que nada se podía hacer sin su consentimiento. Esperé durante dos horas, y cuando finalmente apareció el commandant me comentó que a él no se le había notificado mi llegada, que no había recibido instrucciones para preparar una habitación para mí y que, además, no había habitaciones vacías.

Esto era un dilema. Un extraño en una ciudad sin hoteles ni pensiones, y que no podía ser hospedado sin el mandato de una u otra de las instituciones soviéticas. Como no había sido invitado o enviado a Moscú por ningún estamento gubernamental, no podía contar con que me reservaran una habitación para mí. Moscú está terriblemente abarrotado y los crecientes

departamentos del Gobierno constantemente necesitan de nuevos espacios. Los visitantes que no pueden encontrar una plaza, suelen pasar la noche en la estación de ferrocarriles, me sugirió el commandant. Estaba a punto de hacer caso a la indirecta cuando se me abrazó un hombre que llevaba una gorra de piel blanca con unas orejeras que les llegaba hasta sus rodillas. Un siberiano, pensé, por su vestimenta.

—Si el commandant no tiene objeción alguna, ¿tal vez podría quedarse en mi habitación hasta que quede otra libre?, dijo pausadamente, hablando un muy buen inglés.

El commandant, tras examinar mis papeles, lo permitió, y rápidamente fui instalado en la amplia y confortablemente cálida habitación de mi amigo.

Me miró atentamente, y me preguntó:

—¿Provienes de San Francisco?

—Sí, solía vivir allí. ¿Por qué me lo preguntas?

— ¿Te llamas Berkman?

—Sí.

—¿Alexander Berkman?

—Sí.

Me abrazó, besándose tres veces, según la tradición rusa.

—¿Por qué?, me dijo, porque te conozco. Yo también viví en Frisco [San Francisco]. Te vi en muchas ocasiones, en los mítines y charlas. ¿No te acuerdas de mí? Soy Sergei. Vivía en Russian Hill. No, por supuesto, no te acordarás de mí, continuó diciendo. Bien, volví a Rusia al estallar la Revolución de Febrero, a través de Japón. Estuve en Siberia, en Sakhalin y en el Este, y ahora he traído el informe al Partido.

—¿Eres comunista?, inquirí.

—Un bolchevique, sonrió, aunque no miembro del Partido. Yo era un social revolucionario de izquierdas aunque actualmente estoy muy cercano a los comunistas, y estoy trabajando con ellos desde la Revolución.

De nuevo me abrazó.

Notas capítulo IV

56.— George Lansbury nacerá en Suffolk (Inglaterra) en la primera mitad del S. XIX siendo hijo de un contratista de ferrocarriles. Pronto entrará en la vida política, militando en diversos partidos para finalmente convertirse en uno de los líderes del Partido Laborista. En 1911 ayudará a fundar el *Daily Herald*, convirtiéndose en su editor en 1913, desde donde, en consonancia con su postura cristiana socialista, hizo campaña en contra de la más que previsible guerra mundial. Llegaría a Rusia a través de Finlandia en febrero de 1930 en la Delegación británica laborista. En 1923 abandonaría el periódico ante su giro conservador, iniciando la edición del *Labour Weekly*. Con la llegada al poder de los laboristas, pasará a ocupar un alto cargo dentro del ministerio de economía, aunque dimite ante las medidas conservadoras tomadas ante el crack del 29. De nuevo, iniciará una campaña contra la guerra recorriendo toda Europa intentando tender puentes de entendimiento entre los distintos bandos; sin embargo, fracasará en sus negociaciones. Morirá en mayo de 1940.

57.— Griffin Barry, nacido en Wisconsin (Estados Unidos) a finales del S. XIX, rápidamente se trasladará a la capital de la bohemia en Norteamérica: Greenwich Village en donde se iniciará como reportero. Viajará a Berlín para cubrir el final de la I Guerra Mundial y de ahí se encaminará a Rusia, atraído por los acontecimientos revolucionarios. Será un izquierdista acérrimo defensor del amor libre y de la liberación de la mujer. Hacia 1928 entabla amistad con la mujer de Bertrand Russell, Dora Black, con quien tendrá un romance y hará su segundo viaje a la Rusia comunista en 1929. De esta relación nacerán dos niños. A finales de sus días, se expatriará voluntariamente a Irlanda en donde morirá en 1957.

58.— Lev Mikhailovich Karakhan, también conocido como Karakhanian, se incorporará al Partido Comunista Ruso en 1917, y ocupa un cargo en el Concejo Revolucionario Militar. En la delegación que firmará la Paz de Brest-Litovsk, actuará como secretario. Posteriormente ocupará el cargo de Comisario de Asuntos Exteriores entre 1918 y 1920 y entre 1927 y 1934, actuando como embajador en Polonia, China y Turquía. Será arrestado en 1937 y ejecutado, durante las purgas estalinistas.

CAPÍTULO V

La casa de huéspedes

25 de febrero⁵⁹.— La vida en el Kharitonensld es interesante. Esta es una *ossobniak* (casa privada), grande y espaciosa, y hay unos cuantos delegados e invitados. A la hora de comer nos juntamos en el comedor común, amueblado al gusto burgués del típico comerciante alemán. La casa ha resistido la revolución sin ningún cambio. Nada ha sido tocado en ella; inclusive el óleo del antiguo propietario, de tamaño natural, al lado de los de su esposa y sus hijos, todavía cuelga en el lugar acostumbrado. Se siente la atmósfera de respetabilidad y corrección.

Pero durante las comidas prevalece un espíritu diferente. La cabecera de la mesa está ocupada por V***, un oficial del Ejército Rojo con el uniforme militar de corte inglés. Es el jefe de la delegación ucraniana que viene a una importante conferencia en el centro. Alto, robusto, de no más de treinta años, de porte militar y dominante. Ha estado en muchas batallas contra Kaledin y Denikin, y ha sido herido en repetidas ocasiones. Siendo oficial en el Ejército del Zar se convirtió en revolucionario. Más tarde su partido, el Partido Social Revolucionario de Izquierda del Sur, se unió a los comunistas de Ucrania.

A su lado se sienta K***, de cabellos y barbas negros, miembro de la Rada Central⁶⁰ cuando fue disuelto por Skoropadski⁶¹ con la ayuda de bayonetas alemanas.

A su derecha está otro delegado de Ucrania, un estudiante con barba suave y negra, el único que entiende inglés. El redactor del periódico comunista de Kiev y dos mujeres jóvenes están también en este grupo.

Uno de los visitantes extranjeros es Hermán, un alemán de mediana edad encanecido y envejecido en la lucha revolucionaria. Fue enviado por la minoría del Partido Spartacus para buscar apoyo moral y financiero de los bolcheviques; pero Radek se queja, rechaza reconocer la minoría rebelde. Cerca de Hermán se sienta el joven L***, un wobbly americano, que vino de polizón a Rusia sin permiso ni dinero. Hay también varios corresponsales de Suecia, Holanda, e Italia, dos japoneses, y un comunista coreano que fue traído como preso desde Siberia debido a algún peculiar malentendido.

El samovar humeante está sobre la mesa, y una joven con mucho busto está sirviéndonos. Tiene las mejillas sonrosadas y parece del campo, pero su conducta es libre y natural, y usa el *tovarishtch* con una facilidad que indica un maduro sentido de la igualdad. De los fragmentos de su conversación con los comensales deduzco que había estado trabajando en una fábrica de zapatos hasta que entró en el servicio del antiguo propietario de la casa, antes de la revolución, y ha permanecido en el *ossobniak* desde que fue nacionalizado. Se llama a sí misma una bolchevique, y habla normalmente sobre las actas de las reuniones del círculo comunista de mujeres, el cual a menudo preside.

Parece la personificación de la gran agitación revolucionaria: el amo expulsado de la casa, el criado es tratado por los huéspedes de igual a igual, todos *tovarishtchi* en una causa común.

Por la mañana se sirve *surrogat*⁶² de té o café, uno no logra notar la diferencia entre ambos. El desayuno consiste en varias rebanadas pequeñas de pan negro, un poco de mantequilla y, de vez en cuando, una loncha mínima de queso. En el almuerzo recibimos una sopa diluida de pescado o verduras; a veces hay también un pedazo de carne, cocinada o frita. La cena es por lo general similar al desayuno. Siempre tengo hambre después de las comidas, pero por suerte todavía tengo galletas americanas. Todos vigilan ansiosos por si hay algún asiento desocupado en la mesa. Pude leer en sus ojos la franca esperanza de que quien falta no pudiese venir: habrá un poco más de sopa para los demás.

Los ucranianos traen paquetes privados a la mesa, trozos de *salo* (grasa) o salchichas de carne de cerdo, envueltas en pedazos de papel escritos por

ambos lados. Ayer casualmente eché un vistazo a una de estas envolturas. Era una circular de la policía zarista, sobre un hombre acusado del asesinato de su hermano. Claramente fue arrancada de un expediente. El papel escasea, e incluso los periódicos viejos son demasiado valiosos para ser usados como envoltura.

Los ucranianos nunca ofrecen sus manjares a los demás comensales. Hoy en la cena coloqué mi lata de leche condensada delante del hombre sentado a mi lado, pero necesitó que lo exhortara antes de atreverse a poner un poco en su café. Le pedí que la fuera pasando a los demás. Consternado protestó.

—*Tovarishtch*, guárdala para ti, la necesitarás.

Todos los demás la rechazaron al principio, pero sus ojos ardían en deseos por el producto americano. La lata se vació rápidamente entre relamidos y palabras de admiración con superlativos eslavos. Extraordinario, excelente, gritaron.

Paso un tiempo considerable con los ucranianos, aprendiendo mucho sobre su país, su historia, lengua, y su larga lucha revolucionaria. La mayor parte de los delegados, aunque jóvenes en edad, son viejos en el movimiento revolucionario. Actuaron en la clandestinidad durante el régimen del Zar, participando en numerosas huelgas y levantamientos, y lucharon contra el Gobierno Provisional. Más tarde, a finales de 1917, cuando la Rada se volvió reaccionaria e hizo causa común con Kaledin y Krasnov⁶³, los destacados generales Blancos, estos delegados ayudaron a los bolcheviques a combatirles. Entonces vino la invasión alemana y el Hetmán Skoropadski. Nuevamente estos hombres lucharon contra el Direktorium y Petliura⁶⁴, su dictador, después de que estos molestaran al Hetmán. Finalmente se unieron al Partido Comunista para hacer la guerra contra Denikin y sus fuerzas contrarrevolucionarias.

Una larga y desesperada lucha, llena de sufrimiento y miseria. La mayor parte de ellos han perdido a personas queridas y cercanas a manos de los Blancos. Los tres hermanos del miembro de la Rada fallecieron en diferentes combates. La joven esposa del estudiante fue ultrajada y asesinada por un oficial de Denikin, mientras su marido esperaba ser ejecutado. Más tarde consiguió

escaparse de la cárcel. El me mostró la foto de su esposa que estaba sobre el escritorio de su cuarto. Una criatura hermosa, radiante. Sus ojos se humedecieron mientras relataba la triste historia.

Muchos visitantes vienen a ver a los ucranianos. No hay ningún sistema de *propusk*⁶⁵ en el Kharitonenski, y la gente va y viene libremente. He conocido a gente interesante, y he pasado muchas horas escuchando a los delegados ucranianos que intercambian experiencias con sus amigos rusos. Algunos días son como un calidoscopio de la revolución, a cada vuelta mezclando nuevos aspectos de tonos multicolores y luminosos: commovedores incidentes de lucha y contienda, historias de martirio y proeza heroica. Recordaban la oscuridad de las mazmorras zaristas repentinamente iluminadas por las llamas de la Revolución de Febrero, y el glorioso entusiasmo de la liberación. La alegría sin par por la libertad, y luego la tristeza de las grandes esperanzas incumplidas, quedando la libertad como una palabra hueca, vacía. Otra vez crecientes olas de protesta; los soldados confraternizando con el enemigo; y luego los grandiosos días de octubre que barrieron al capitalismo y a la burguesía de Rusia, y que anunciaron el nuevo mundo y la nueva humanidad.

Estos hombres me maravillan y me llenan de admiración. Trabajadores comunes y soldados, ayer esclavos mudos, son hoy los dueños de su destino, los soberanos de Rusia. Hay dignidad en su porte, confianza en sí mismos y determinación, el espíritu de aplomo que viene con la lucha y el ejercitarse la iniciativa. Los fuegos de la revolución han forjado nuevos hombres, nuevas personalidades.

Notas capítulo V

59.— En el texto original, el capítulo V narra los hechos del 25 de febrero, mientras que el capítulo VI los del 24 de febrero. Probablemente sea un error de la edición original, pues se trata del diario del autor y, por lógica, debería seguir un orden cronológico.

60.— La Rada Central o Tsentralna Rada. El término Rada, proveniente del germánico Rat viene a significar Concejo. En 1917, dentro del proceso independentista en Ucrania, las fuerzas nacionalistas constituirán la Rada central, como parlamento del futuro Estado. Sin embargo, los ucranianos tendrán que hacer frente a un doble peligro: por un lado, los bolcheviques, que no reconocían la independencia de Ucrania, y que llevarán a cabo diversas campañas militares, y por otro lado, los alemanes, que buscaban crear un “Estado tapón” frente al avance bolchevique. Finalmente, por un golpe de estado orquestado por Alemania, se impone una dictadura y se disuelve la Rada en abril de 1919.

61.— Pavlo Skoropadski. Aristócrata ruso que hará carrera militar en el ejército del zar, llegando a comandar el 34 Cuerpo del Ejército, acantonado en Ucrania. Con el estallido revolucionario de febrero de 1917 y la constitución de un gobierno ucraniano nacionalista, transformará sus fuerzas militares en el 1^{er} Ejército de Ucrania. De carácter extremadamente conservador, buscará el apoyo de los alemanes para dar un golpe de estado contra la Rada central en abril de 1918, autoproclamándose Hetmán (Caudillo), e iniciando un gobierno eminentemente contrarrevolucionario formado por ministros monárquicos rusos. Sin embargo, en la cambiante situación política de la región, pronto perderá el apoyo germánico y en diciembre de 1918 será depuesto por fuerzas progresistas, huyendo escondido entre las tropas alemanas en retirada, exiliándose en ese país, en donde, durante la II Guerra Mundial se convertirá en un interlocutor oficioso de Ucrania ante el régimen nazi. Morirá en un bombardeo aliado en abril de 1945.

62.— Término alemán que significa sucedáneo.

63.— Piotr Nikolaevich Krasnov. De origen nobiliario cosaco, desde muy joven inicia su carrera militar en el Ejército ruso, lo que le llevará a comandar distintas unidades cosacas y misiones en el extranjero, como por ejemplo en Abisinia, China, Japón y otros lugares. Al estallar la I Guerra Mundial, es ascendido a General-Mayor, lo que le colocará en una situación un poco comprometida con los movimientos revolucionarios de febrero de 1917 pues no reconoce al gobierno de Kerenski; sin embargo, con el ascenso al poder de los bolcheviques, temiendo más la revolución obrera que las reformas de Kerenski, se aliará con este y avanzará con su ejército contra Petrogrado. La campaña se salda con derrota y es hecho prisionero. Los bolcheviques, intentando hacer un gesto de buena voluntad con los cosacos, lo ponen de nuevo en libertad. Al poco tiempo, buscando crear una república independiente cosaca, es nombrado atamán (máximo representante del ejército cosaco) lo que le llevará a enfrentarse tanto a los generales Blancos (no aceptan la división del antiguo reino ruso) como a los bolcheviques (no reconocen la independencia de los cosacos). Finalmente, renunciará a su cargo y se exiliará en 1920. Al estallar la II Guerra Mundial, se pondrá al servicio de

los nazis, movilizando a los cosacos contra los rusos; finalmente, apresado al final de la guerra, será entregado a la URSS, siendo ejecutado en 1947.

64.— Simón Petliura. Político ucraniano nacionalista de tendencia socialista. Detenido en 1903 por sus actividades independentistas, a principios del S. XX estará vinculado a diversas revistas políticas y culturales. Al estallar la revolución de 1917, será nombrado presidente del Comité Militar de la Rada Central, firmando un pacto con Polonia para hacer frente común a los bolcheviques a cambio de reconocer Polonia la independencia de Ucrania. La derrota final de las tropas polaco-ucranianas, le lleva al exilio, pasando a residir en Francia, en donde morirá en 1926 a manos de un judío como venganza de los numerosos pogromos que organizó en Ucrania.

65.— Tarjeta de residente.

CAPÍTULO VI

Chicherin y Karakhan

34 de febrero.— Son las tres de la tarde. En el Comisariado de Asuntos Exteriores los correspondientes y los visitantes esperaban su entrevista con Chicherin. Al Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores le había pillado el alba en su despacho.

Hallé a Chicherin en su escritorio, en un amplio y frío despacho, y con un viejo chal alrededor de su cuello. Como siempre, su primera pregunta fue: ¿cuánto debemos esperar para la revolución en los Estados Unidos? Cuando le contestaba que los obreros norteamericanos estaban muy influenciados por sus líderes reaccionarios, me llamó pesimista. En un momento revolucionario como el actual, pensaba, incluso la Federation of Labor⁶⁶ debía rápidamente cambiar hacia una actitud más radical. El estaba completamente esperanzado con el desarrollo revolucionario en Inglaterra y Norteamérica en un futuro cercano.

Hablamos sobre la Industrial Workers of the World⁶⁷, manteniendo Chicherin que creía que yo exageraba su importancia como el único movimiento proletario revolucionario en Norteamérica. Consideraba que el Partido Comunista en este país tenía una mayor influencia e importancia. Se había entrevistado poco con varios comunistas estadounidenses, me explicó, y le habían informado sobre la situación del proletariado y la revolución en Norteamérica.

Un funcionario entró con una hoja mecanografiada. Chicherin la revisa con atención, y comienza a hacer correcciones. Su chal cayó sobre la hoja e impacientemente, lo colocó sobre sus hombros. Leyó el documento de nuevo, y realizó nuevas correcciones, con cara de preocupación.

—Terriblemente confuso, musitó irritado.

—Lo volveré a escribir, comentó el funcionario, tomando el papel.

Chicherin, impacientemente, lo cogió, y sin otra palabra, con su figura enjuta y encorvada, desapareció a través de la puerta. Oía sus nerviosos y cortos pasos por el corredor.

—Estamos acostumbrados a sus maneras, remarcó el funcionario pidiendo disculpas.

—Lo hallé en las escaleras sin sombrero ni abrigo cuando llegué, dije.

—Él siempre está entre el segundo y el cuarto piso, dijo sonriendo el funcionario. Insiste en llevar por sí mismo cada papel a la radio.

Chicherin regresó casi sin Allento, y retomó la conversación otra vez. Los mensajeros y el teléfono nos interrumpían pues Chicherin contestaba personalmente cada llamada. Parecía cansado y preocupado, con dificultad para seguir el hilo de nuestra conversación.

—Debemos dedicar todos nuestros esfuerzos para que se nos reconozca pronto, especialmente para levantar el bloqueo. Esperaba mucho, en esa cuestión, de la actitud amigable de las masas obreras y estaba complacido de oír el creciente sentimiento en los Estados Unidos que reclamaba la vuelta de los soldados norteamericanos de Siberia.

—Nadie quiere más la paz que Rusia, enfatizó. Si los Aliados recobran la cordura, estaremos pronto preparados para comerciar con ellos. Sabemos que los comerciantes de Inglaterra y Norteamérica están impacientes por tener tal oportunidad.

—El problema con los Aliados, continuó, es que no quieren creer que tenemos al pueblo tras de nosotros. Ellos todavía se aferran a la esperanza de que algún general Blanco consiga atraerse al pueblo bajo su bandera. Una estúpida y vana esperanza, ya que Rusia está sólidamente unida al Gobierno soviético.

Le comenté a Chicherin la experiencia de los deportados del Buford en la frontera de Finlandia, y reiteré la petición de un cierto corresponsal norteamericano que me había encontrado allí, solicitando ser admitido en Rusia.

—Él viene de parte de un periódico burgués, señaló Chicherin, recordando que el corresponsal había rechazado un visado soviético. ¿Cuál era su excusa para pedirla de nuevo?

—Me comentó que te dijera que su periódico fue uno de los primeros en Norteamérica en tomar una actitud amistosa hacia los bolcheviques.

Chicherin comenzó a interesarse, y prometió reconsiderar su solicitud.

—Yo también necesito de algunos “papeles” tuyos, comenté en broma, explicándole que yo sería, probablemente, la única persona en la Rusia Soviética sin documentos, ya que había partido de Petrogrado antes de que se hubieran emitido para los deportados del Buford. Se rió de mi situación de no identificado, y recordó el mitin masivo de los marineros y obreros de Kronstadt en la plaza Tshinizelli en Petrogrado, en 1917, para protestar contra mi identificación con el caso Mooney y mi extradición a California.

Ordenó al funcionario que preparara los papelitos para mí, y los firmó, recordándome que había mucho trabajo en el Comisariado de Asuntos Exteriores, y que tenía la esperanza de que los ayudara con las traducciones.

Cuando ojeé el documento, pude ver que se refería a mí en unos términos muy favorables como el bien conocido revolucionario norteamericano, aunque no hacía ninguna mención a mi carácter de anarquista. ¿Podía creerme que se había obviado tal término sin intención? ¿Cuál era la causa de que esto ocurriera en la Rusia soviética? Sentí como si se hubiera desplegado un velo sobre mi personalidad.

Ese día, más tarde, visité a Karakhan. Alto, de buena apariencia y acicalado, sentado cómodamente en su suntuoso despacho, sus pies descansando sobre una fina piel de tigre. Su apariencia justificaba la descripción humorística que había escuchado en la antesala. Un bolchevique capaz de llevar unos guantes blancos con elegancia, había dicho alguien.

Karakhan me pidió que habláramos en ruso.

—La naturaleza no me ha otorgado el talento para las lenguas, señaló.

Discutimos sobre la situación del proletariado en el extranjero, y me comentó, a modo de confidencia, la rápida bancarrota del capitalismo internacional. Estaba entusiasmado acerca de la creciente influencia del Partido Comunista en Inglaterra y Norteamérica, mostrándose muy disgustado cuando le señalaba que ese optimismo estaba completamente injustificado por el estado actual de las cosas. Me escuchó con una sonrisa de cortés incredulidad cuando le hablaba de la reacción que siguió a la guerra y la persecución de los radicales en los Estados Unidos.

—Pero los obreros de Inglaterra y Norteamérica, inspirados por los comunistas, forzarán en poco tiempo a sus gobiernos a levantar el bloqueo, insistía.

Traté de convencerlo de que Rusia debía prepararse para depender de sí misma para reconstruir su economía.

—Por supuesto, por supuesto, asentía, pero no había convicción en su tono.

—Nuestra esperanza es que levanten el bloqueo, decía de nuevo, y entonces, nuestras industrias podrán desarrollarse rápidamente. En la actualidad, tenemos la desventaja de la carencia de maquinaria y obreros especializados.

Refiriéndose a los campesinos, Karakhan afirmaba que los granjeros se habían beneficiado por la revolución mucho más que otro grupo social.

—¡Por qué, exclamaba, en los pueblos podemos encontrar mobiliario tapizado, espejos franceses, gramófonos y pianos, todo entregado a ellos por las ciudades a cambio de comida. Los lujos de las mansiones han sido transferidos a las casuchas, se rió, encantado con su *bon mot*⁶⁸ y elegantemente se golpeaba su bien cuidada barba negra. Hemos declarado la guerra a los palacios y la paz a los cobertizos, continuó, y en la actualidad el *mujik* (campesino) vive como un *barin* (señor); no obstante, el campesinado ruso está atrasado y profundamente imbuido por el espíritu de la propiedad de la pequeña burguesía. El *kulaki* (campesino acomodado) en ocasiones se niega a contribuir con sus ganancias, aunque el ejército y la ciudad proletaria deben ser alimentados, por supuesto. Por lo tanto, nos hemos visto obligados a recurrir a la *razvyorstka* (requisa), un sistema nada agradable, forzado por el bloqueo aliado. El campesinado debe entregar su parte para sustentar a los soldados y a los trabajadores que se hallan a la vanguardia de la revolución, cosa que hacen de manera general. Ocasionalmente, el *mujik* se resiste a las requisas, y en esos casos se recurre al ejército. Hechos desafortunados, pero no muy frecuentes. Suele ocurrir en Ucrania, nuestra región más rica en trigo y cereales, en donde los campesinos en su mayoría son *kulaki*.

Karakhan encendió un cigarrillo y continuó:

—Por supuesto, cuando se hace una requisita, el Gobierno la paga. Eso sí, les entrega, a los campesinos, obligaciones por escrito, como prueba de su buena voluntad. Estos papeles serán amortizados tan pronto como la guerra civil haya concluido, y nuestra economía esté reorganizada.

La conversación se encaminó hacia los recientes arrestos en Moscú vinculadas con una conspiración contrarrevolucionaria descubierta por la Checa.

—Oh, sí, sonrió Karakhan, ellos todavía están conspirando. Se quedó pensativo un momento, y a continuación añadió, hemos abolido la pena de muerte, aunque en ciertos casos se hacen excepciones.

Se apoyó confortablemente en su sillón y continuó:

—Uno no debe ser un sentimental. Recuerdo lo duro que fue para mí, allá por 1917, cuando yo mismo tuve que arrestar a mis antiguos compañeros de la universidad. Sí, con mis propias manos, extendió ambas manos, blancas y bien cuidadas, aunque, ¿qué le vamos a hacer? La revolución nos impone duros sacrificios. No debemos ser sentimentales, reiteró.

El tema cambió hacia la India, indicando Karakhan que acababa de llegar de ese país un delegado. El movimiento allí era revolucionario, aunque con caracteres nacionalistas, pensaba, y podía ser utilizado para mantener en jaque a Inglaterra. Al saber que mientras estuve en California mantuve contactos con revolucionarios y anarquistas de la organización Hindustan Gadar⁶⁹, me sugirió que sería conveniente que nos mantuviéramos en contacto. Le prometí tratar esta cuestión.

Notas capítulo VI

66.— American Federation of Labor (AFL) sindicato mayoritario en Estados Unidos hasta la primera mitad del siglo XX. Fundado en 1886 por Samuel Gompers, quien lo presidiría hasta su muerte en 1924. De carácter eminentemente conservador, concebía que dentro del sistema capitalista el trabajador podía mejorar su situación.

67.— Industrial Workers of the World (IWW). Conocidos sus afiliados como wobblies, será un sindicato revolucionario fundado en Estados Unidos en 1905 con la confluencia de organizaciones obreras socialistas y anarquistas, para hacer frente al predominio de la AFL. El inicio de su declive comienza con la I Guerra Mundial y el divorcio entre sus bases (antibelicistas) y sus dirigentes, y la posterior persecución gubernamental con el estallido de la Revolución rusa, en el conocido como *Red Scare* (Pánico Rojo) ante la acción revolucionaria en Estados Unidos.

68.— En francés en el original. Ocurrencia en castellano.

69.— Organización independentista hindú, fundada en California en 1913 y que pronto se expandirá a Canadá. De ideología socialista, rechazaban las divisiones religiosas existentes en la India. Con el inicio de la I Guerra Mundial, recibirá apoyo económico de Alemania como medio de debilitar al Imperio Británico. Sin embargo, esta “alianza” llevaría a la detención de la mayoría de sus líderes en Estados Unidos y su desmantelamiento como organización política hacia 1919.

CAPÍTULO VII

El mercado

Me gusta la sensación de la nieve dura crujiendo bajo mis pies. Las calles están llenas de vida, un contraste asombroso con Petrogrado, que me dio la impresión de un cementerio. Las estrechas aceras son sinuosas y resbaladizas, y todos caminan por el medio de la calle. Rara vez pasa un tranvía, a pesar de los crujidos del vagón de vez en cuando. La gente está mejor vestida que en Petrogrado y no se ve tan pálida y exhausta. Más soldados por los alrededores y personas vestidas de cuero. Hombres de la Checa, me dicen. Casi todos llevan un bulto sobre sus espaldas o tiran de un pequeño trineo cargado con un saco de patatas que gotea un fluido negruzco. Andan con un aire de preocupación y se abren paso a empujones.

Al girar en la esquina hacia la calle Miasnitskaya, vi un gran cartel amarillo sobre la pared. Mis ojos captaron la palabra *Prikaz* en letras rojas grandes. *Prikaz* (orden), instintivamente asocié la expresión en mi mente con el viejo régimen. El cartel estaba escrito en el estilo habitual, yo mando, yo ordeno, repitiéndose con la misma frecuencia que en las proclamas de la antigua policía. Ordeno a los ciudadanos de Moscú, leí. ¿Ciudadanos? Busqué la fecha. Era del 15 de enero de 1920, y estaba firmado por el Comisario de la Milicia⁷⁰. El *Prikaz* de forma vistosa reclamaba a los gendarmes y a los cosacos que preservaran el orden de las cosas, y me ofendió. La revolución debería buscar otro lenguaje, pensé.

Pasé por la Plaza Roja donde los héroes de la revolución están enterrados a lo largo de la muralla del Kremlin⁷¹. Otros miles, tan leales y heroicos, yacen en tumbas desconocidas por todo el país y en los frentes. Un nuevo mundo no

nace sin dolor. Rusia todavía padece mucha hambre y miseria, herencia del pasado que la revolución ha venido para suprimir para siempre.

Sobre la pared de la vieja Duma, cerca de la Puerta Iverskaya⁷², leí la leyenda esculpida en la piedra: *La religión es el opio del pueblo*. Pero en la capilla cercana se celebraban los servicios religiosos y el lugar estaba atestado. El sacerdote con sotana, con el pelo largo hasta su espalda, estaba recitando melódicamente la letanía ortodoxa. Los feligreses, en su mayoría mujeres, estaban arrodillados en el frío piso, persignándose continuamente. Algunos hombres, pobemente vestidos y con maletines, entraban silenciosamente, se arrodillaban y se santiguaban con reverencia.

Un poco más lejos encontré por casualidad un mercado, el histórico Okhotni Ryad, enfrente del Hotel Nacional. Hileras de pequeños puestos a un lado, las tiendas más pretenciosas al otro, la acera entre ellos, todo se mantiene como antaño. Se ofrecía pescado y mantequilla, pan y huevos, carne, caramelos y cosméticos, una imagen viva de lo que la revolución ha suprimido. Una señora mayor con rasgos finamente tallados, con un abrigo raído, estaba de pie sosteniendo silenciosamente, un jarrón japonés. Cerca de ella había otra mujer, más joven y con aire de intelectual, con una cesta que contenía copas de cristal para el vino de extraña artesanía. En la esquina había niños y niñas vendiendo cigarrillos y lepyoshki, una especie de *crêpe* de patata, y más lejos vi a una muchedumbre rodear a una anciana que repartía afanosamente tshtchi (sopa de col).

—¡Cinco kopeks, cinco kopeks!, gritó con una voz ronca. Tshtchi delicioso, sólo cinco kopeks!

La olla humeante desprendió un olor apetitoso.

—Deme un plato, dije, dando a la mujer un rublo.

— El Señor esté contigo, joven, y me miró con desconfianza, cuesta cinco, cinco kopeks.

—Aquí tiene todo un rublo, contesté.

La muchedumbre rió con ganas.

— Ella quiere decir cinco rublos, explicó alguien, un rublo es sólo un kopek.

— Eso no lo vale, tampoco, intervino un pequeño pilluelo.

El líquido caliente templó agradable mi cuerpo, pero el sabor a voblia (pescado) era insufrible. Hice un movimiento para devolver el plato.

— Por favor permítame, me cogió por el codo un hombre. Era de mediana edad, evidentemente un intelectual, y hablaba con un acento de ruso culto. Sus ojos brillantes oscuros destacaban sus rasgos de una palidez enfermiza. Con su permiso, repitió, indicando el plato.

Le di el plato. Con avidez, como un hombre hambriento, tragó el tshtchi caliente, tomando hasta el último trozo de col. Entonces me lo agradeció profundamente.

Noté un libro grueso bajo su brazo.

— ¿Lo compró aquí?, pregunté.

— ¡Ah, no, cómo sería eso posible! He estado intentando venderlo desde esta mañana. Soy ingeniero civil y éste es uno de los últimos, acarició el libro con afecto.

Pero discúlpeme, debo apresurarme a ir a la tienda antes de que sea demasiado tarde. No han repartido el pan desde hace dos días. Estoy en deuda con usted.

Sentí un tirón en el codo.

— Compre algunos cigarrillos señor, una muchacha joven, extremadamente demacrada, tendió sus manos hacia mí. Sus dedos, tiesos por el frío, sostenían de forma insegura los cigarrillos sueltos en la palma de su mano. Estaba sin sombrero o abrigo, un viejo mantón ajustado envolvía su delgada figura.

— Compre, *barin*, suplicó con una voz débil.

— Qué *barin*, una muchacha próxima se molestó. No hay más *barin* (señor), ahora todos somos *tovarishtchi*. No lo sabes, suavemente le reprendió.

Era atractiva, de no más de diecisiete, sus labios rojos contrastaban fuertemente con la palidez de su rostro. Su voz era suave y musical, su manera de hablar agradable.

Por un momento sus ojos me miraron fijamente, luego me hizo señas para ir aparte.

—Cómpreme un poco de pan blanco, dijo modestamente, pero no avergonzada en absoluto; es por mi madre enferma.

—¿No trabajas?, pregunté.

—¡Que no trabajo!, exclamó, con un poco de resentimiento. Soy mecanógrafa en el Sovnarkhoz⁷³, pero ahora sólo conseguimos media libra de pan, y un poco de algo más.

—¡*Oblava!* (redada) ¡*Militsioneri!*!

Hubo llantos y gritos, y oí el sonido metálico de sables. El mercado fue rodeado por hombres armados.

La gente estaba muerta de miedo. Unos intentaron huir, pero el círculo militar estaba cerrado; no permitieron a nadie marcharse sin que mostraran sus papeles.

Los soldados estuvieron groseros y despóticos, maldiciendo, soltando tacos y tratando a la muchedumbre con brusquedad.

Un *militsioner* dio una patada a la olla de tshtchi, que arrastraba la anciana por el brazo.

—Déjeme coger mi olla, señor, mi olla, suplicó la anciana.

—Le mostraremos ollas, maldita especuladora, la amenazó el hombre, tirando de ella.

—No maltrate a la mujer, protesté.

—¿Quién es usted? ¡Cómo se atreve a inmiscuirse!, me gritó un hombre con un gorro de cuero. ¡Sus papeles!

Le mostré mi documento de identidad. El chequista⁷⁴ le echó un vistazo, y sus ojos rápidamente captaron el sello del Comisariado de Asuntos Exteriores y la firma de Chicherin. Su trato cambió.

—Perdóneme, dijo. Paso al *tovarishtch* extranjero, ordenó a los soldados.

Por la calle los *militisioneri* conducían a sus prisioneros. En la vanguardia y en la retaguardia marchaban los soldados con rifles con bayonetas sostenidos en posición horizontal, listos para la acción. En los flancos iban hombres de la Checa, con sus revólveres apuntando a las espaldas de los prisioneros. Miré a la mujer del tshtchi y al alto ingeniero, el grueso volumen aún bajo su brazo; vi a la vieja señora aristocrática en la retaguardia, las dos muchachas con las que había hablado, y varios muchachos, algunos de ellos con los pies desnudos.

Me giré hacia el mercado. Porcelana rota y encajes rasgados tirados por el suelo; cigarrillos y *lepyoshki* sobre la nieve, aplastados por botas mugrientas, y los perros peleándose ferozmente por los restos de comida. Niños y mujeres acurrucados en las entradas de la acera de enfrente, sus ojos observando cómo los soldados son dejados de guardia en el mercado. Los chequistas apilaron el botín requisado a los comerciantes en un carro.

Miré las tiendas. Permanecían abiertas; no habían sido asaltadas.

Por la tarde cené en el Hotel Nacional con varios amigos comunistas que me conocían de Norteamérica. Aproveché la ocasión para llamar su atención sobre la escena que había presenciado en el mercado. En lugar de indignarse, como esperaba, ellos me reprendieron por mi sentimentalismo. No debería tener piedad por los especuladores, dijeron. El comercio debe ser eliminado de raíz: comprar y vender cultiva la psicología mezquina de la clase media. Debería ser suprimido.

— ¿Llamas a aquellos hombres descalzos y a aquellas ancianas especuladores?, protesté.

— De la peor clase, contestó R***, anteriormente miembro del Partido Socialista Laborista de América. Viven mejor que nosotros, comen pan blanco, y tienen dinero oculto.

—¿Y las tiendas? ¿Por qué las permiten?, pregunté.

—Cerramos la mayoría de ellas, apuntó K***, comisario de un albergue de los soviets. Pronto ninguna de ellas estará abierta.

—Escucha, Berkman, dijo D***, un líder influyente de los sindicatos, con un abrigo de cuero, no conoces a esos “pobres ancianos”, como tú les llamas. De día venden *lepyoshki*, pero de noche trafican con diamantes, y con divisas. Siempre que sus casas son registradas encontramos objetos de valor y dinero. Créeme, sé de qué hablo. Yo mismo he estado a cargo de dichos pelotones de registro. Me miró con severidad, luego continuó: te digo, esas personas son unos especuladores empedernidos, y no hay ningún modo de pararlos. Lo mejor es ponerlos contra la pared, razstreyat (ejecutarlos), alzó la voz irritado.

—¿No lo dirás enserio?, protesté.

—¿No? ¿Cómo?, gritó enojado. Lo hacemos cada día.

—Pero la pena capital está abolida.

—Hoy en día raramente se recurre a eso, R*** trató de suavizar el tema, y sólo en la zona militar.

El chequista obrero me miró fijamente de forma fría, hostil.

—Defender la especulación es contrarrevolucionario, dijo, abandonando la mesa.

Notas capítulo VII

70.— La revolución construyó su propio lenguaje. Así, frente al término ciudadano, empleado al inicio de la revolución para referirse al pueblo, va siendo sustituido por otros términos por su carácter burgués (los propios nobles del régimen zarista se referían a sí mismos como ciudadanos), imponiéndose, con la expansión de los bolcheviques, la palabra camarada como símbolo revolucionario. De ahí la extrañeza de Berkman al ver, en 1920, el uso de la palabra ciudadano en un cartel público editado por los bolcheviques.

71.— El término Kremlin Wall se refiere a las antiguas murallas que defendían la ciudad de Moscú. Los bolcheviques construirán una necrópolis a los pies de la muralla, al pasar por la Plaza Roja. Se inaugurará con dos fosas comunes en donde descansan 238 soldados y guardias rojos muertos durante la Revolución de octubre. En esta necrópolis se encuentra el mausoleo de Lenin.

72.— Realmente, es la capilla cercana la que recibe el nombre de Iverskaya, mientras que las puertas se conocen como Puertas de la Resurrección.

73.— Soviet de Economía Pública. De este dependía la Vesenka (Soviet Supremo de Economía Nacional) que controlaba las industrias nacionalizadas. Posteriormente, hacia los años 50, la Vesenka se convirtió en un concejo nacional, quedando el Sovnarkhoz como concejo regional de economía.

74.— Miembro de la Checa, antigua policía secreta soviética, precursora de la conocida KGB.

CAPÍTULO VIII

En la moskommune

El comisario de nuestro *ossobniak*, teniendo que ir a por provisiones, me invitó a acompañarlo a la *Moskommune*. Esta es un gran centro de alimentación, una enorme organización que alimenta Moscú y sus alrededores. Sus trenes tienen derecho de paso prioritario en todas las líneas y traen alimentos de lugares tan distantes como Siberia y Turkestán. Ni una libra de harina puede ser distribuida a las tiendas, los puntos de distribución dispersos a lo largo de la ciudad, sin una orden firmada y revalidada por las diversas oficinas de la *Kommune*. A partir de este centro, cada distribuidor recibe todo lo necesario para hacer frente a las demandas de su distrito, de acuerdo con lo estipulado en las cartillas del pan y otros productos.

La *Moskommune* es la institución más popular y más activa; es una colmena con un enjambre de miles de trabajadores, ocupados en determinar las diferentes categorías de *pyock* y otorgando autorizaciones. Junto a las raciones de pan, azúcar, té, etc., otorgadas a los ciudadanos por las tiendas de sus distritos, reciben igualmente sus raciones en la institución que les emplea. El *pyock* se diferencia de acuerdo a la calidad del ciudadano y la posición que ocupa. En estos momentos, los soldados y los marineros reciben dos libras y media de pan cada día; los funcionarios de los Soviets tres libras cada dos días; aquellos que no trabajan, por su edad, enfermedad o invalidez por causa militar, reciben tres cuartos de libra. Existen categorías especiales de *pyock* preferentes; el académico para viejos científicos y profesores cuyos méritos son reconocidos por el Estado, e igualmente para viejos revolucionarios que no se oponen activamente a los comunistas. Hay *pyock* preferentes en instituciones importantes, como el *Komintern* (la Tercera Internacional), el *Narkominodel* (Comisariado de Asuntos Exteriores), *Narkomput* (Comisariado

de Ferrocarriles), Sovnarkhoz (Soviet de Economía Pública) y otros. Los miembros del Partido Comunista tienen la posibilidad de recibir raciones extras a través de sus organizaciones comunistas, y se les da preferencia en los departamentos que gestionan la ropa. Existe también un *sovarkom pyock*, el mejor, para los oficiales comunistas importantes, comisarios, sus ayudantes y otros altos funcionarios. Los Hoteles Soviéticos, donde se alojan los visitantes y delegados influyentes, tales como el Ossobniak de Karakhan y el Hotel Lux, reciben suministros especiales de alimentos. Estos incluyen grasas y fécula (manteca, queso, carne, azúcar, dulces, etc.) de los cuales la masa de ciudadanos casi no reciben nada.

Discutí sobre esta cuestión con el comisario de nuestro albergue, un fiel miembro del Partido.

—La esencia del comunismo es la igualdad, le decía; debería haber un solo tipo de *pyoch*, de modo que todos estén igualados.

—El Er—Kah—Peh (Partido Comunista) tomó una decisión sobre la cuestión hace tiempo, y por lo tanto todo está bien, me replicó.

—Pero, ¿cómo puede estar bien?, protesté. Una persona recibe generosos *pyock*, más allá de lo necesario para vivir, mientras otros no reciben casi nada; y el tercer grupo no recibe nada. Ustedes tienen un sinfín de categorías.

—De acuerdo. El Ejército Rojo en el frente debe recibir más que los habitantes de la ciudad; ellos mantienen una dura lucha. El soldado en la retaguardia debe también ser alentado, tanto como los marineros; ellos son la columna de la revolución. Al mismo tiempo, los oficiales con responsabilidades también se merecen un poco de los mejores alimentos. Mira cómo trabajan, diecisiete horas cada día o más, dando por la causa todo su tiempo y energías. Los empleados de importantes instituciones como Narkomput y Narkominodel deben tener alguna preferencia. Al mismo tiempo, esos privilegios dependen de cómo están organizadas ciertas instituciones. Muchas de las más grandes consiguen sus propios víveres directamente de los campesinos, por medio de representantes especiales y cooperativas.

—Si alguien debería recibir privilegios, pienso que tendrían que ser los obreros, le repliqué. Sin embargo, ellos reciben la mayor parte de los *pyock* más pobres.

—¿Qué podemos hacer, *tovarishtch*? Si no tuviéramos a los malditos Aliados y su bloqueo, tendríamos alimentos para todos, comentó con tristeza. Pero esta situación no durará por mucho tiempo. ¿Has leído en *Izvestia*⁷⁵ que ha estallado una revolución en Alemania e Italia? El proletariado de Europa pronto llegará en nuestra ayuda.

—Lo dudo, pero tengamos esperanza. Entre tanto, no podemos esperar sentados a que las revoluciones tengan lugar. Debemos hacer todo lo posible para poner el país en pie.

El comisario volvió a la cola, y fue llamado a una oficina interior. Debíamos esperar durante horas en los pasillos de varias oficinas. Me daba la sensación de que se debía pasar por diversas puertas antes de que nos aseguráramos suficientes *resolutsyi* (aprobaciones), y se obtuviera la orden final para acceder a los suministros. Existe un continuo movimiento de subalternos y administrativos de una oficina a otra, cada uno peleando y maldiciendo a los primeros de la fila. Los que esperan se cuidan mucho de que nadie se cuele. Frecuentemente algunos iban directamente hacia la puerta de la oficina e intentaba entrar, ignorando la cola.

—A la cola, a la cola, todos gritaban a la vez.

—¡Maldito! Aquí estamos durante horas de pie, y él pretende llegar y entrar.

—Soy un *vne otcherek* (prioritario), contestaba el aludido con desdén.

— ¡Muestra tu autorización!

Una y otra vez llegaban esos hombres y mujeres *vne otcherek*, con un pedazo de papel que les aseguraba la admisión inmediata, mientras la fila poco a poco iba haciéndose más larga.

—Estoy de pie hace más de tres horas, comentaba un anciano; en mi oficina, la gente me espera para unas importantes gestiones.

—Tenga paciencia, padrecito, le replicaba un trabajador con humor. Míreme a mí, estuve en la cola todo el día de ayer, desde temprano por la mañana, y constantemente llegaban *vne otcherevi*, y serían las 2 de la tarde cuando logré pasar la puerta. Sin embargo, el encargado, miró su reloj y me dijo: “Nada más por hoy; ninguna orden se tramita a partir de las 2 p.m. Venga mañana”. “Tenga piedad, querido”, suplicó. “Vivo a siete verstas⁷⁶ y me tuve que levantar a las cinco para venir aquí. Hágame el favor, golubtshik⁷⁷, una simple marca de su pluma y ya está”. “Váyase, váyase ya” me dijo el canalla, “no hay tiempo, venga mañana”, y me echó de la oficina.

—Ciento, cierto, corroboraba una mujer por detrás de él. Yo estaba detrás suyo, y no quiso atendemos a ninguno, el insensible.

El comisario salió de la oficina.

—¿Ya?, pregunté.

—No, todavía no, sonreía cansinamente. Sería mejor que volvieras a casa, o perderás tu cena.

En el Kharitonenski, Sergei me esperaba.

—Berkman, me dijo cuando entré, ¿puedo compartir tu habitación?

¿Qué quieres decir?

He recibido la orden de dejar la habitación. Ya pasó mi tiempo, me dijeron. No obstante, no tengo a donde ir. Buscaré por la mañana en otro lugar pero mientras tanto...

—Puedes quedarte conmigo.

—Pero el comisario del albergue puede oponerse.

—¿Estás dispuesto a irte a la calle con este frío? Quédate bajo mi responsabilidad.

Notas capítulo VIII

75.— Literalmente significa noticias. En marzo de 1917, el Soviet de Petrogrado comienza la edición de su vocero oficial, *Izvestia*. Sin embargo, con el control bolchevique de la revolución, pasó a convertirse en el órgano del Comité Ejecutivo Central del Soviet Supremo de la URSS. Su cabecera se mantiene hasta la actualidad.

76.— Una versta (en singular) es una antigua unidad de longitud rusa, y equivalía a 1,06 Km.

77.— Literalmente, pequeña paloma y también, inocente o pacífico. Está haciendo un juego de palabras con la pluma con que tiene que firmar.

CAPÍTULO IX

El club de la Tverskaia

En el Club Universalista⁷⁸ en la Calle Tverskaia me sorprendió encontrar a varios de los exiliados del Buford. Se habían cansado de esperar por una asignación de trabajo en Petrogrado, me dijeron, y habían decidido venirse a Moscú. Se alojan en la Tercera Casa del Soviet, donde reciben menos de una libra de pan y un plato de sopa como ración diaria. Su dinero norteamericano se ha agotado: las autoridades de Petrogrado les habían pagado dieciocho rublos por dólar, pero en Moscú descubrieron que el precio es de quinientos.

—Robados por el gran Gobierno revolucionario, comentó amargamente Alyosha, el *zapevalo* del barco.

—Vamos a vender nuestros últimos enseres norteamericanos, remarcó Vladimir.

—Afortunadamente hay algunos mercados que aún están abiertos.

—El comercio está prohibido, le advertí.

—¡Prohibido!, se rió con desdén. Sólo a las campesinas y a los niños que venden en la calle cigarrillos. Pero mira en las tiendas, si pagan un soborno adecuado pueden mantener abiertas sus tiendas todo lo que quieran. No has visto semejante corrupción; en Estados Unidos no es así. La mayor parte de los chequistas son de las antiguas policía y gendarmería, y son corruptos a más no poder. Los milicianos son unos ladrones y bandoleros que se libraron de ser fusilados al ingresar en la nueva policía. Yo tenía unos cuantos dólares cuando llegué a Moscú; un chequista me los cambió.

Gente de todas las tendencias revolucionarias se reúne en el Club: revolucionarios socialistas de izquierda y partidarios extremistas de Spiridónova⁷⁹; maximalistas, individualistas, y anarquistas de varias facciones. Hay viejos katorzhane (prisionero) entre ellos, que han pasado años en prisión y destierro en Siberia bajo el antiguo régimen. Liberados por la Revolución de Febrero, desde entonces han participado en todas las grandes luchas. Uno de los más prominentes es Bramas⁸⁰, que había sido condenado a muerte por el Zar, de algún modo evitó la ejecución, y más tarde jugó un papel destacado en los acontecimientos de febrero y octubre de 1917. Askarov⁸¹, activo durante muchos años en el movimiento anarquista en el extranjero, es ahora un miembro del Soviet de Moscú. B*** fue diputado laboral en Petrogrado en tiempos de Kerenski. A muchos otros los he conocido en la oficina central del Universalista, hombres y mujeres encanecidos y envejecidos en la lucha revolucionaria.

Hay una gran divergencia de opinión en el Club sobre el carácter y el papel de los bolcheviques. Unos defienden al régimen comunista como una etapa inevitable del período de transición. La dictadura del proletariado es necesaria para asegurar el pleno triunfo de la revolución. Los bolcheviques están obligados a recurrir a la *razvyorstka* y a la confiscación, porque los campesinos rechazaron apoyar al Ejército Rojo y a los trabajadores. La Checa es necesaria para acabar con la especulación y la contrarrevolución. Si no fuera por el constante peligro de conspiración y rebelión armada, incitada por los Aliados, los comunistas derogarían las severas restricciones y permitirían más libertad.

Los elementos más extremos condenan al Estado bolchevique como la más absoluta tiranía, como una dictadura sobre el proletariado. Replican que el terrorismo y la centralización del poder en manos exclusivas del Partido Comunista han alienado a las masas, han limitado el crecimiento revolucionario, y han paralizado la actividad constructiva. Acusan a la Checa de contrarrevolucionaria, y llaman a la *razvyorstka* robo directo, responsable de las crecientes insurrecciones de campesinos.

La política bolchevique y sus métodos son el tema de discusiones incansables en el Club. Pequeños grupos se enzarzan en animadas conversaciones, y K***,

el famoso antiguo Schlüsselburgets⁸², arenga a algunos trabajadores y soldados en la esquina.

—La seguridad de la revolución está en que las masas se interesen por ella, dice. No había ninguna contrarrevolución cuando teníamos soviets libres; en aquel entonces cada hombre defendía la revolución, y no necesitábamos ninguna Checa. Su terrorismo ha intimidado a los trabajadores, y ha llevado al campesinado a sublevarse.

—¿Pero si los campesinos rechazan darnos alimento, cómo vamos a vivir?, replica un soldado.

—Los campesinos nunca se opusieron mientras sus soviets pudieran tratar directamente con los soldados y trabajadores, contesta K***. Pero los bolcheviques han arrebatado el poder a los soviets, y desde luego los campesinos no quieren que su alimento vaya a los Comisarios o a los mercados donde ningún trabajador puede permitirse comprarlo. “Los Comisarios están gordos, pero los trabajadores pasan hambre”, dicen los campesinos.

—Los campesinos se declaran en rebelión en nuestras zonas, apunta un hombre alto con un gorro de piel. Soy de los Urales. Allí la *razvyorstka* les ha arrebatado todo a los agricultores. Incluso no ha dejado suficientes semillas para la próxima cosecha de primavera. En un pueblo rechazaron rendirse y mataron a un comisario, y luego vino la expedición punitiva. Azotaron a los campesinos, y a muchos les pegaron un tiro.

Por la tarde asistí a la Conferencia Anarquista en el Club. Primero se leyeron los *dokladi*, informes de actividades de un carácter educativo y propagandístico; luego anarquistas de varias escuelas pronunciaron sus discursos, todos críticos con el régimen existente. Unos se mostraron muy francos, a pesar de la presencia de varios sospechosos, chequistas evidentemente. Los universalistas, una nueva corriente, claramente rusa, tuvieron una postura más centrista, no totalmente de acuerdo con los bolcheviques como los anarquistas del grupo moderado Golos Truda, pero menos antagonistas que el ala extrema. La charla más interesante fue un discurso improvisado por Roshchin⁸³, profesor de una universidad popular y viejo anarquista. Con mordaz ironía reprendió a la Izquierda y al Centro por su

indiferente, casi antagonista, actitud hacia los bolcheviques. Elogió el papel revolucionario del Partido Comunista, y calificó a Lenin como el hombre más grandioso de la era. Habló extensamente sobre la histórica misión de los bolcheviques, y afirmó que éstos están encauzando la revolución hacia la sociedad anarquista, que asegurará la completa libertad individual y el bienestar social.

—Es el deber de cualquier anarquista trabajar de lleno con los comunistas, que son la vanguardia de la revolución, declaró. Abandonen sus teorías, y hagan algún trabajo práctico para la reconstrucción de Rusia. La necesidad es imperiosa, y los bolcheviques os dan la bienvenida.

—Es un anarquista *sovietsky*⁸⁴, se oyó de forma sarcástica entre la audiencia.

La mayoría de los presentes se molestó por la actitud de Roshchin, pero su petición me conmovió. Sentí que sugería el único camino, dadas las circunstancias, de ayudar a la revolución y preparar a las masas para el comunismo libertario, no gubernamental.

La conferencia procedió con las principales cuestiones del momento, la creciente persecución de izquierdistas y las múltiples detenciones de anarquistas. Supe que ya en 1918 los bolcheviques habían declarado prácticamente la guerra contra todas las fuerzas revolucionarias no—comunistas. Los social—revolucionarios de izquierda, que se habían opuesto a la paz de Brest—Litovsk y habían matado a Mirbach⁸⁵ como protesta, fueron proscritos, y muchos de ellos ejecutados o encarcelados. En abril de aquel año Trotski⁸⁶ también ordenó la supresión del Club Anarquista de Moscú, una poderosa organización que contaba con sus propias unidades militares, conocidas como la Guardia Negra. La sede central anarquista fue atacada sin previo aviso por la artillería y las ametralladoras bolcheviques, y el Club disuelto. Se ha mantenido desde entonces la persecución de los partidos de izquierda, a pesar de que muchos de sus miembros están en el frente, mientras que otros cooperan con los comunistas en varias instituciones del Gobierno.

—Hemos luchado codo a codo con los comunistas en las barricadas, declaró el *schlüsselburgets*; miles de nuestros camaradas murieron por la Revolución.

Ahora la mayoría de nuestra gente está en la cárcel, y nosotros mismos vivimos en constante temor a la Checa.

—Roshchin dice que deberíamos estar agradecidos con los bolcheviques, se mofó alguien.

La resolución aprobada por la Conferencia hacía hincapié en su lealtad hacia la revolución, pero protestaba contra la persecución de elementos de izquierda y exigía la legalización del trabajo educativo y cultural anarquista.

—Puede que le parezca extraño que los anarquistas tengan que solicitar al Gobierno su legalización, me dijo el universalista Askarov. En realidad, no consideramos a los bolcheviques como un gobierno ordinario. Ellos todavía son revolucionarios, y reconocemos el mérito de lo que han logrado. Algunos de nosotros discrepamos con ellos de manera fundamental y desaprobamos sus métodos y tácticas, pero podemos considerarlos como camaradas.

Consentí unirme al comité escogido para presentar la resolución de la Conferencia a Krestinski⁸⁷, el secretario del Comité Central del Partido Comunista.

La antesala de la oficina de Krestinski estaba atestada por delegados comunistas y comités de diferentes partes del país. Algunos habían venido de puntos tan lejanos como el Turquestán y Siberia, para dar parte al centro o buscar soluciones a algún asunto serio por parte del Partido. Los delegados, con gruesos portafolios bajo sus brazos, eran conscientes de las importantes misiones que se les había confiado. Casi todos buscaban una entrevista personal con Lenin, o esperaban poder presentar un *doblado* (informe) verbal en una sesión del Comité Central al completo. Pero entiendo que raras veces logran ir más allá de la oficina del secretario.

Pasaron casi dos horas antes de que fuéramos recibidos por Krestinski, que nos recibió de un modo serio, casi brusco. El secretario del todopoderoso

Partido Comunista es un hombre de mediana edad, bajo, y de tez oscura, con el típico aspecto de ruso intelectual de los días prerrevolucionarios. Es muy miope y nervioso, y habla rápido, de un modo cortante.

Habiendo explicado el propósito de nuestra visita, hablamos de la resolución de la Conferencia, y expresé mi sorpresa y dolor al saber de anarquistas y otros elementos de izquierda encarcelados en la República Soviética. Los radicales norteamericanos no se creerían semejante situación en Rusia, comenté; una actitud más amistosa por parte de los comunistas permitiría una mayor comprensión y entendimiento frente a la situación, atrayendo a la izquierda, lo que podría ser el mayor servicio a nuestra causa común. Debería encontrarse un camino, exhorté, para tender un puente entre las partes y que permita el estrecho contacto y cooperación de todos los elementos revolucionarios.

—¿Usted lo cree posible?, preguntó secamente Krestinski.

Askarov le recordó los días de Octubre, cuando los anarquistas con tanta eficacia ayudaron a los bolcheviques, y se refirió al hecho de que la mayor parte de ellos todavía trabajan con los comunistas en distintos campos, a pesar de la política represiva del Gobierno. La ética revolucionaria exige la liberación de los anarquistas encarcelados, remarcó. Han sido detenidos sin ningún motivo, y no hay ninguna acusación contra ellos.

—Es sólo una cuestión de ser útiles a nuestro objetivo, comentó Krestinski. Algunos prisioneros pueden ser peligrosos. Quizás la Checa tenga algo contra ellos.

—Han estado en prisión durante meses, todavía no han tenido un proceso, replicó Askarov.

—¿Qué garantías tenemos de que si son liberados no mantendrán su oposición frente a nosotros?, exigió Krestinski.

—Reclamamos el derecho de continuar nuestro trabajo educativo sin obstáculos, contestó Askarov.

Krestinski prometió tratar el asunto en el Comité Central del Partido, y terminó la audiencia.

Notas capítulo IX

78.— Local abierto por los grupos anarcosindicalistas de Moscú, en donde tenía su redacción su vocero, *Golos Truda* (La voz del trabajo), que también servía de librería y que contaba con restaurante gestionado cooperativamente; semanalmente hacían reuniones abiertas para discutir libremente todos los problemas de la revolución.

79.— Mariya Aleksándrovna Spiridónova. Revolucionaria rusa vinculada al Partido Socialista Revolucionario que se hará mundialmente famosa cuando asesina al Inspector de Policía, General Luzhenovsky, que había reprimido brutalmente el levantamiento campesino de 1905. Una amplia campaña de solidaridad evitará que fuera ejecutada, aunque será desterrada en Siberia, de donde es liberada en febrero de 1917. Máximo dirigente del Partido Social Revolucionario de Izquierda, encabezará la rebelión contra los bolcheviques en 1918. Al fracasar será detenida en varias ocasiones y desterrada en USA, donde Stalin de nuevo la juzgará y condenará a veinticinco años de cárcel en 1937. Sin embargo, con la invasión nazi, y temiendo Stalin que pudieran utilizarla políticamente contra la URSS, decidió asesinarla junto a numerosos revolucionarios en 1941.

80.— Vladimir Bramas. Viejo anarquista ruso, será detenido en numerosas ocasiones por el régimen zarista. Con el estallido de la revolución, pasará a ser el editor del periódico *Anarkiia*, órgano de la Federación de Grupos Anarquistas de Moscú (creada en marzo de 1917), publicando su primer número el 13 de septiembre de 1917. A la muerte de Kropotkin, formará parte del comité que organiza su entierro. Aunque miembro del Soviet de Moscú, en noviembre de 1921 será detenido al clausurarse el Club Universalista por actividades clandestinas y sabotaje. Se le pierde la pista hasta que volvemos a encontrarlo en el comité de apoyo a Sacco y Vanzetti, autorizado por las autoridades comunistas, aunque al poco tiempo sufrirá la represión estalinista.

81.— Germann Askarov Jakobson. Militante anarquista, deberá exiliarse de Rusia en 1906 para evitar la muerte. Participará en numerosos periódicos libertarios, utilizando en ocasiones el pseudónimo de Oskar Burrit. Anarco-comunista por convicción, renegaba de la lucha sindical. Con la revolución, vuelve a Rusia, destacando por sus numerosas conferencias, entre el proletariado de Moscú. Participará en la redacción del periódico *Anarkiia* (fue suyo el nombre). Participará en un intento de unificar todo el movimiento libertario ruso hacia 1919, publicando su propio órgano *Trudi i Volia* (Trabajo y Libertad), prohibido tras seis números en mayo de ese mismo año. A finales de 1920, junto a otros anarquistas crea la sección Pan-Rusa de los Anarquistas Universalistas, mostrando una actitud más transigente frente a los bolcheviques; sin embargo, será detenido en noviembre de 1921. Desterrado, se le permitirá editar un manifiesto de denuncia del ajusticiamiento de Sacco y Vanzetti. Liberado, será de nuevo detenido hacia 1934, muriendo en un campo de trabajo en Siberia.

83.— Prisionero político en la Fortaleza de Schlüsselburg (nota de Alexander Berkman).

83.— Luda Solomonovich Grossman, conocido por su pseudónimo Roshchin o Rochtchine. Activo a principios de siglo en el grupo de ginebra de Kropotkin *Khleb i Volia*. Redactor del periódico *Buntar* (1908/1909), con el estallido de la I Guerra Mundial, se posiciona junto a Malatesta, Bertoni, etc., en

contra de la guerra, firmando el manifiesto *La Internacional anarquista y la guerra en 1915*, iniciando una campaña contra Kropotkin y su defensa de los Aliados. Regresa a Rusia hacia 1917, y rápidamente se posicionará a favor de los bolcheviques recibiendo de manera muy entusiasta la constitución de la III Internacional comunista. Considera a los bolcheviques la vanguardia revolucionaria e incluso parece que colaborará con estos para acabar con el problema del levantamiento campesino en Ucrania dilatando el envío de municiones y pertrechos a Makhno. Morirá a principios de los años 30.

87.— Nikolai Nikolaevich Krestinski. Comunista ruso, ingresará en el partido bolchevique en 1905, participando en el movimiento insurreccional de ese año en San Petersburgo. Con la I Guerra Mundial, será desterrado en Ekaterinburgo en donde lo encontrará la revolución, siendo nombrado presidente del Comité de la provincia de los Urales, para pasar posteriormente a ocupar un puesto en el Comité Central del Partido. Será nombrado Comisario de Finanzas, aunque su apoyo a Trotski le llevará a ser depurado nombrándosele embajador en Alemania. Finalmente, caerá en las purgas de Stalin, siendo ejecutado en 1938.

CAPÍTULO X

Una visita a Piotr Kropotkin

Kropotkin⁸⁸ vive en Dmítrov, una pequeña ciudad a setenta verstas de Moscú. Como consecuencia de las deplorables condiciones de la línea ferroviaria, viajar entre Petrogrado y Dmítrov era impensable. Sin embargo, hace poco me enteré de que el Gobierno había realizado gestiones especiales para permitir a Lansbuij visitar a Kropotkin, y con otros dos amigos aproveché la oportunidad.

Desde mi llegada a Rusia, había escuchado los rumores más contradictorios sobre el anciano Piotr. Algunos afirmaban que estaba a favor de los bolcheviques; otros, que se oponía a estos; se afirmaba que vivía en unas circunstancias materialmente satisfactorias y, de nuevo, que estaba prácticamente muriéndose de hambre. Estaba ansioso por conocer la verdad sobre todo ello y reunirme con mi viejo maestro personalmente. Desde hacía años mantenía esporádica correspondencia con él, pero nunca lo había visto en persona. Admiraba a Kropotkin desde mi más temprana juventud, cuando escuché por primera vez su nombre y me fui familiarizando con sus escritos. Un suceso, en particular, me marcó profundamente.

Fue alrededor de 1890, cuando el movimiento anarquista todavía estaba en pañales en Norteamérica. Eramos solo un puñado de mujeres y hombres jóvenes impulsados por el entusiasmo de un ideal sublime, y que con pasión difundíamos la nueva creencia entre los habitantes del gueto de Nueva York. Llevábamos a cabo nuestras reuniones en un oscuro local de la Orchard Street, aunque considerábamos nuestra labor sumamente satisfactoria: cada semana un número creciente de asistentes acudían a nuestros mítimes, manifestando mucho interés por las enseñanzas revolucionarias, y las cuestiones vitales se discutían hasta tarde en la noche, con profundas convicciones y una

perspectiva juvenil. Para la mayoría de nosotros, nos parecía que el capitalismo estaba alcanzando los límites de sus diabólicas posibilidades, y que la revolución social no estaba lejana. Pero existían cuestiones complejas y espinosos problemas relacionados con el creciente movimiento, que nosotros mismos no podíamos resolver satisfactoriamente. Ansiábamos contar entre nosotros con nuestro gran maestro Kropotkin, aunque solo fuera durante una breve visita, para que nos aclarara los diversos puntos complejos y recibir los beneficios de su ayuda e inspiración intelectual. En esos momentos, ¡qué estimulante para el movimiento hubiera sido su presencia!

Decidimos reducir nuestros gastos al mínimo y dedicar nuestros ingresos a sufragar los gastos que ocasionaría nuestra invitación a Kropotkin para que visitara Norteamérica. La cuestión fue discutida con pasión por nuestros camaradas más activos y devotos en las reuniones del grupo; todos estábamos de acuerdo con este gran plan. Se le envió una extensa carta a nuestro maestro, solicitándole que viniera a Norteamérica a dar una gira de conferencias, haciendo hincapié en nuestra necesidad de su presencia.

Su respuesta negativa nos conmovió: estábamos completamente seguros de su aceptación, convencidos como estábamos de lo necesario de su venida. No obstante, la admiración que sentíamos hacia él aumentó cuando supimos los motivos de su rechazo. Le hubiera gustado mucho venir, escribía Kropotkin, y apreciaba profundamente el sentido de nuestra invitación. Tenía la esperanza de visitar Estados Unidos en alguna ocasión en el futuro, y sería para él una gran alegría encontrarse entre tan buenos camaradas. Pero en esos momentos no podía hacer frente a los gastos de su viaje de su propio bolsillo y no quería emplear el dinero del movimiento ni siquiera para tales fines.

Sopesé sus palabras. Su punto de vista era correcto, pensaba, pero sólo se podía aplicar bajo circunstancias ordinarias. Su caso, sin embargo, lo consideraba excepcional, y lamenté profundamente su decisión de no venir. No obstante, esto mostró su humanidad excepcional y la grandeza de su naturaleza. Se me presentó como mi ideal de revolucionario y anarquista.

Reunirse con celebridades es generalmente decepcionante: raramente su realidad encaja con la imagen de nuestra imaginación. Pero no ocurrió en este caso con Kropotkin; tanto física como espiritualmente correspondía exactamente con mi imagen mental de él. Se asemejaba a sus fotografías, con sus bondadosos ojos, su dulce sonrisa y su generosa barba. Cada vez que Kropotkin entraba en la habitación, me parecía que la misma se iluminaba con su presencia. El sello del idealismo estaba profundamente marcado en él, la espiritualidad de su personalidad se podía sentir. Pero me conmovieron los signos de su demacración y debilidad.

Kropotkin recibía el *pyock* académico el cual es considerablemente mucho mejor que las raciones que recibían los ciudadanos ordinarios. Pero es muy insuficiente para vivir y son simples parches ante la miseria. El tema del combustible y de la luz es igualmente una cuestión de constante preocupación. Los inviernos son severos, y la madera muy escasa; el queroseno es difícil de conseguir y es considerado un lujo encender más de una lámpara a la vez. Esta carencia es particularmente sentida por Kropotkin; es un gran inconveniente para sus trabajos literarios.

En varias ocasiones la familia de Kropotkin ha sido desposeída de su hogar en Moscú, sus habitaciones han sido requisadas por necesidades gubernamentales. Por lo tanto, decidieron trasladarse a Dmitrov. Sólo hay medio centenar de verstas hasta la capital, pero en realidad es como si hubiera miles de millas, de tal modo que Kropotkin se encuentra completamente aislado. Sus amigos raramente lo pueden visitar; las noticias del mundo occidental, los trabajos científicos o las publicaciones extranjeras son inalcanzables. Naturalmente, Kropotkin padece profundamente la carencia de esta compañía intelectual y este esparcimiento mental.

Estaba ansioso por conocer sus puntos de vista sobre la situación en Rusia, aunque pronto comprendí que Piotr no se sentía libre de expresarse por sí mismo en presencia de los visitantes ingleses. La conversación fue, por lo tanto, de carácter general. Pero una de sus afirmaciones fue muy significativa, y me dio la clave de su actitud. Nos han enseñado, dijo, en referencia a los

bolcheviques, cómo no debe hacerse la revolución. Sé, por supuesto, que como anarquista, Kropotkin no está dispuesto a aceptar ningún gobierno, pero buscaba saber por qué no participaba en la reconstrucción económica de Rusia. Aunque anciano y físicamente débil, sus consejos y sugerencias pueden ser muy valiosos para la revolución, y su influencia fortalecería y estimularía al movimiento anarquista. Sobre todo, estaba interesado en oír sus ideas positivas sobre hacia dónde se encaminaba la revolución. Lo que había escuchado hasta esos momentos de la oposición revolucionaria es muy crítica, carente de aportaciones constructivas.

La tarde pasó en una intermitente charla sobre las acciones en los frentes, el crimen del bloqueo aliado impidiendo incluso el paso de las medicinas para los enfermos, y la extensión de las epidemias como consecuencia de la carencia de alimentos y las condiciones antihigiénicas. Kropotkin parecía cansado, aparentemente exhausto ante la mera presencia de los visitantes. Es un débil anciano; temo que no viva por mucho tiempo bajo las presentes condiciones. Está evidentemente mal nutrido, a pesar de que diga que los anarquistas de Ucrania estaban tratando de hacerle la vida más fácil suministrándole harina y otros productos. Makhno, igualmente, cuando todavía mantenía la amistad con los bolcheviques, le enviaba también provisiones.

Partimos pronto, perdiendo la noche en un tren que no partiría hasta la mañana por carecer de maquinaria. Llegamos a Moscú en torno al mediodía, hallando la estación abarrotada con hombres y mujeres que portaban fardos y esperaban una oportunidad para abandonar la hambrienta ciudad. Bandas de chiquillos deambulaban por el lugar, vestidos con harapos y mendigando pan.

—¡Qué demacrados y helados parecen!, señalé a mis compañeros.

—No tanto como los niños en Australia, contestó Lansbury, cubriéndose con su gran abrigo de piel.

Nota capítulo X

88.— Piotr Alekséyevich Kropotkin. Geógrafo y anarquista. Será uno de los principales pensadores del movimiento libertario del S. XX, definiendo en sus numerosos artículos y folletos el concepto de anarcocomunismo. Su acercamiento a las posturas socialistas le llevará a la cárcel, de la cual logrará escapar dos años después, exiliándose primero a Ginebra, para posteriormente residir en París (es encarcelado durante tres años) y en Londres durante treinta años. Aunque pacifista e internacionalista convencido, al estallar la I Guerra Mundial tomará partido por las fuerzas aliadas frente a la “barbarie” prusiana, lo que supondrá una verdadera fractura en el movimiento libertario mundial. Con la Revolución de Octubre, regresará a Rusia, apoyando al nuevo régimen; sin embargo, la política de mano férrea de los bolcheviques le llevará a distanciarse de ellos y ser muy crítico con la revolución. El régimen soviético lo mantendrá en una cárcel dorada, reteniéndolo en una localidad distante de Moscú, Dmítrov, en donde morirá en febrero de 1931.

CAPÍTULO XI

Actividades bolcheviques

1 de marzo de 1920.— La primera Conferencia Panrusa de Cosacos se reúne en el Templo del Trabajo. Algunas caras interesantes y uniformes pintorescos se pueden ver allí, el vestido caucásico destaca más; capas de pelo de camello que llegan hasta el suelo, cintos de balas cruzados en el pecho, pesados gorros de piel de cordero, con la parte superior roja. Hay varias mujeres entre los delegados.

Una mezcla de origen dudoso, mitad salvaje mitad guerrero, estos cosacos del Don, los Urales, y Kubán, fueron utilizados por los zares como policía militar, y se mantuvieron leales a cambio de privilegios especiales. Más asiáticos que rusos, apenas en contacto con la civilización, no tenían nada en común con el pueblo y sus intereses. Partidarios incondicionales de la autocracia, ellos eran el látigo de las huelgas de trabajo y manifestaciones revolucionarias, con la brutalidad desalmada que aplasta cada levantamiento popular. Fueron indescriptiblemente crueles en los días de la revolución de 1905.

Ahora estos enemigos tradicionales de los trabajadores y campesinos se ponen del lado de los bolcheviques. ¿Qué maravilloso cambio ha tenido lugar en su psicología?

Los delegados con los que conversaba parecían intimidados por sus nuevos roles; el desconocido ambiente los volvía tímidos. El espléndido Templo, anteriormente el recinto sagrado de la nobleza, el magnífico pasillo de columnas de mármol, las banderas carmesíes y carteles que insuflan, los grandes retratos de Lenin y Trotski amenazantes sobre la tribuna, los enormes candelabros intensamente iluminados, todo impresionó profundamente a los

hijos de las estepas salvajes. La presencia de muchas personas insignes obviamente los intimidó. Las luces brillantes, el color y el movimiento de la gran reunión eran para ellos los símbolos del gran poder de los bolcheviques, convincente, imponente.

Kámenev⁸⁹ era el presidente, y al parecer despachó todos los asuntos él mismo, sin que los cosacos pudiesen apenas tomar parte en el acto. Se mantuvieron muy callados, incluso sin conversar entre ellos, como se acostumbra en este tipo de reuniones en Rusia. Demasiado educados, pensé. De vez en cuando un delegado abandonaba la sala para encender un cigarrillo en el pasillo. Nadie se atrevía a fumar en su asiento, hasta que alguien en la tribuna encendió un cigarrillo; fue el propio Presidente. Unos pocos valientes en ese momento siguieron su ejemplo, y pronto la asamblea entera estaba fumando.

Kalinin⁹⁰, Presidente de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, saludó a la Conferencia en nombre de la República Soviética. Calificó la ocasión como un gran acontecimiento histórico, y profetizó que los cosacos, que han hecho causa común con el proletariado y el campesinado, acelerarían el triunfo de la revolución. Poco impresionante en apariencia y carente de personalidad, no consiguió despertar ninguna respuesta. Los aplausos fueron superficiales.

Kámenev fue más eficaz. Habló ampliamente del histórico valor de los cosacos y su espíritu de lucha, les recordó sus gloriosos servicios en el pasado en la defensa del país contra los enemigos extranjeros, y garantizó que con tales campeones la Revolución estaba asegurada.

Se esperaba que Lenin asistiera a la apertura, pero no pudo venir, y hubo mucha desilusión por su ausencia. Comunistas de diferentes partes del país, del Turquestán, Azerbaiyán, Georgia, la República del Lejano Oriente⁹¹ y varios delegados extranjeros se dirigieron a los cosacos, y trataron de convencerles de la poderosa expansión del bolchevismo en todo el mundo y el gran poder del Partido Comunista en todas las repúblicas soviéticas. Todos hablaron con un tono de seguridad sobre la próxima revolución mundial, y la Banda Roja interpretó *la Internacional* después de cada orador importante.

Finalmente llamaron a un delegado cosaco a la tribuna. Trajo saludos de su pueblo y su solemne disposición para cumplir con su deber con el Partido Comunista. Fue un discurso forzado, insulto y exánime. Otros delegados prosiguieron con elogios a Lenin que sonaban como las arengas tradicionales pronunciadas al Zar de Todas las Rusias por sus súbditos más leales. En las gradas, destacados comunistas comenzaron a aplaudir.

6 de marzo.— En la primera sesión del recién elegido Soviet de Moscú Kámenev actuó como presidente. Hizo un informe sobre la crítica situación de los suministros de alimentos y combustible, acusó a los mencheviques⁹² y a los social—revolucionarios de ayudantes contrarrevolucionarios de los Aliados, y concluyó manifestando su convicción sobre el inminente estallido de la revolución social en el extranjero.

Un diputado menchevique ascendió a la tribuna e intentó refutar las acusaciones formuladas contra su partido, pero los otros miembros del Soviet interrumpieron y silbaron tan violentamente que no pudo continuar. Los oradores comunistas continuaron, repitiendo en esencia las palabras de Kámenev. La muestra de intolerancia, tan indigna de una asamblea revolucionaria, me deprimió. Sentí que ofendía de forma extrema el espíritu y objetivo de la noble entidad, el Soviet de Moscú, cuyo trabajo debería expresar los mejores planteamientos e ideas de sus miembros y cristalizarlos en acertadas y efectivas medidas.

Después del cierre de la sesión del Soviet comenzó la reunión del primer aniversario de la Tercera Internacional⁹³, en el Teatro Bolshoi. Asistió prácticamente la misma audiencia, y Kámenev fue nuevamente el presidente. Era el acontecimiento más significativo para mí, esta reunión del proletariado de todos los países, representados por sus delegados, en la capital de la gran revolución. Veía en ella el símbolo del nuevo amanecer. Pero la total ausencia de entusiasmo me entristeció. La audiencia tuvo un carácter oficial y rígido, como en una parada militar; el acto fue impersonal, carente de toda espontaneidad. Kámenev, Radek, y otros comunistas hablaron. Radek bramó contra la sinvergonzonería de la burguesía mundial, vilipendió a los patriotas sociales de todos los países, y se extendió sobre las revoluciones venideras. Su discurso, largo y aburrido, me cansó.

Tienen lugar numerosas conferencias en la ciudad, todas con buena asistencia. Las clases de Lunacharski⁹⁴ son especialmente populares. Admiré la simplicidad de su método y la claridad con la cual abordó temas tales como el origen y el desarrollo de la religión, de las instituciones sociales, el arte y la música. La masiva audiencia de soldados y trabajadores parece sentirse en casa con él, discutiendo a gusto y haciendo preguntas. Lunacharski contesta de un modo paciente, amable, con la comprensión de la honesta sed de conocimiento que mueve a hacer incluso las preguntas más absurdas.

Luego visité a Lunatcharski en sus oficinas en el Kremlin. Habló con entusiasmo de su triunfo en la erradicación del analfabetismo, y me explicó el sistema de educación aplicado de forma que sea accesible para la gran masa proletaria. En los pueblos también se está haciendo mucho trabajo, dijo; pero la falta de profesores aptos y serios obstaculiza enormemente sus esfuerzos. Anteriormente la mayoría de la intelligentsia se oponía implacablemente al nuevo régimen, y saboteaba el trabajo. Esperaban que los comunistas no duraran mucho tiempo. Ahora vuelven poco a poco a sus profesiones, pero incluso en las instituciones educativas tuvieron que poner comisarios políticos, como en todas las demás organizaciones soviéticas. Estos tienen que proteger de sabotajes y tendencias contrarrevolucionarias.

Las nuevas escuelas y universidades preparan a profesores comunistas para que ocupen el lugar de los viejos pedagogos. La mayoría de estos últimos no simpatizan con el régimen bolchevique y se aferran a los antiguos métodos de educación. Lunacharski está llevando a cabo una dura lucha contra la camarilla que favorece el sistema reaccionario y el castigo de los niños menos avanzados.

Me presentó a la Sra. Lunacharskaia, y pasé la mayor parte del día con ella, visitando las escuelas y colonias a su cargo. Tiene el optimismo de la madurez,

es enérgica, le gusta su trabajo, y mantiene ideas modernas sobre la educación.

—Se debe dar a los niños la oportunidad de un desarrollo libre, remarcó, y desde luego les damos lo mejor que tenemos.

Las diferentes escuelas que visitamos estaban limpias y eran cálidas, aunque encontré muy pocos niños en ellas, en su mayoría niños y niñas menores de doce años. Bailaron y cantaron para nosotros, y nos mostraron su pluma y bosquejos de tinta, algunos muy encomiables. Los niños estaban bien abrigados y se veían limpios y bien alimentados.

—Nuestro mayor problema es la falta de buenos profesores, dijo la Sra. Lunacharskaia. También hay una gran escasez de papel, lápices y otras cosas necesarias para la escuela. El bloqueo impide la adquisición de libros y material en el extranjero.

En una escuela encontramos a una docena de niños cenando, y nos invitaron a comer. La cena consistió en una deliciosa kasha y pollo.

—Es mucho peor en otros colegios, comentó la Sra. Lunacharskaia, notando mi sorpresa al ver el ave servida. Carecen de combustible y alimento. Nuestra escuela está mejor en cuanto a esto. Pero depende mucho de la administración. La economía es mala e incluso se llega a robar en algunas instituciones.

—He visto niños mendigando y vendiendo en la calle, comenté.

—Una situación muy desafortunada, y difícil. Muchos jóvenes rechazan ir a la escuela o se escapan de ella.

—No puedo imaginarme que un niño se escape de su escuela para ir a pedir con este frío, dije.

—Desde luego que no, sonrió, pero todas las escuelas no son como la mía. Además, los niños rusos de hoy son diferentes de los de antaño. Los de hoy no son del todo normales, productos de largos años de guerra, revolución y hambre. El hecho es que tenemos muchos policías y mucha prostitución infantil. Nuestra terrible herencia, añadió tristemente.

Los chicos y las chicas se apiñaron alrededor de la Sra. Lunacharskaia, y parecían felices de ser acariciados por ella. Al inclinarse para besar a una de las chicas, se dio cuenta de una pequeña cadena de plata alrededor del cuello de la niña de la cual colgaba una cruz.

—¿Qué es eso que llevas? Déjame verlo, querida, dijo amablemente. La muchacha se sintió avergonzada y ocultó la cruz. La Sra. Lunacharskaia no insistió.

CAPÍTULO XII

Visiones y perspectivas

Caminé hacia el Hotel Savoy para reunirme con un amigo de Petrogrado que esperaba. Cerca de Okhotni Ryad me quedé sorprendido de hallar el mercado asaltado por la policía, de nuevo en plena ebullición. A lo largo de todo el día, mujeres y niños venden sus productos, reuniéndose una gran multitud, negociando y regateando. No se distingue a los vendedores de los compradores. Todo el mundo parece tener algo para vender, y cada cual le pone el precio a las cosas. Un viejo judío intercambia unos pantalones de segunda mano por pan; un soldado negocia con un par de botas altas nuevas a cambio de un reloj. Pañuelos de colores y encajes, un antiguo candelero de latón, utensilios de cocina, sillas, cualquier objeto imaginable se acumula allí, esperando comprador. En los mostradores de las tiendas se exponen para su venta carne, mantequilla, pescado y harina, incluso trigo. Sé que los soldados y los marineros venden sus excedentes, pero las cantidades que se pueden ver en Okhotni, Sukharevka y otros mercados son muy grandes. ¿Serán ciertos los rumores de que convoyes de provisiones desaparecen en ocasiones? He oído cuchichear sobre que algunos comisarios a cargo de los suministros alimenticios están vinculados con los vendedores. Estos comisarios siempre son bolcheviques, miembros del Partido. ¿Es posible que los propios comunistas, roben al pueblo, ayudando de manera oculta a la especulación, mientras que oficialmente la persiguen?

Tras pasar la esquina en donde me encontré con la redada la pasada semana, fui llamado por una voz joven:

—¡Zdrasmit, tovarishtch! ¿No me reconoces?

Era la muchacha con los labios rojos que había visto arrestar.

—Me has reconocido muy rápidamente, le indiqué.

—No te extrañe, con esas gruesas gafas que llevas, te reconocería en cualquier sitio. Debes ser norteamericano, ¿no es así?

—Vengo de ahí.

—Oh, es lo que pensé la primera vez que hablé contigo.

—¿Dónde está la otra chica que vendía cigarros?, le pregunté.

—Oh, ¿Masha? Es mi prima. Está enferma, en casa. Volvió enferma del campo.

—¿Qué campo?

—El campo de trabajos forzados. El juez le sentenció con dos semanas por especulación.

—¿Y tú?

—Le di todo el dinero que tenía y me dejó ir. Cogió hasta mi último rublo.

—¿No tienes miedo de que te vuelvan a arrestar?, le pregunté, al descubrir el paquete de cigarrillos en su mano.

—¿Qué puedo hacer? He vendido todo lo que tenía. Debo ayudar a alimentar a los pequeños en casa.

Sus grandes ojos negros se mostraban honestos.

—Voy a ver a un amigo, le dije, pero volveré en dos horas. ¿Me esperarás?

—¡Por supuesto, *tovarishtch*!

En el Savoy, la ceremonia de admisión estaba demostrado que era una cuestión complicada. Perdí media hora en una cola, y cuando finalmente llegué hasta la pequeña ventanilla tras la cual se encontraba la barishnya (señora) comenzó a preguntarme sobre mi identidad, ocupación, lugar de residencia y el sentido de mi visita. La batería de preguntas parecía no tener fin, justamente cuando yo tenía prisa.

—¿Qué interés puede tener el saber por qué quiero ver a una persona?, le señalé. Es mi amigo, ¿es suficiente?

—Estas son nuestras órdenes, me dijo la chica de manera cortante.

—Órdenes estúpidas, repliqué.

Hizo un ademán hacia el guarda cercano

—Serás enviado a la Checa si sigues hablando así, me advirtió.

—¡Ne razsuzhdait! (No discuta) me ordenó el militzioner.

Mi amigo K*** bajaba las escaleras con su maleta. El Savoy estaba atestado y se le había pedido que se fuera, me explicó; no obstante, contaba con una habitación en una casa privada, y se trasladaba allí.

Entramos en un grande y hermoso apartamento que contenía un magnífico mobiliario, cerámica china y pinturas. Una persona ocupando cinco habitaciones, la más pequeña de las cuales, de tamaño confortable, se había asegurado mi amigo mediante una recomendación. Un gran especulador con poderosas conexiones, me indicó.

Un apetitoso aroma de algo frito y horneado impregnaba la casa. Desde la habitación contigua, nos llegaba el sonido de unas voces, riendo y alegres. Oí el estrépito de los platos y el tintineo de las copas de vino.

—*iNa vashe zdorovie* (a tu salud), Piotr Ivanovitch!

—*iNazdorovie! iNazdorovie!*, gritaron media docena de voces.

—¿Lo has oido?, susurró mi amigo, al llegar a la sonido del descascarar botellas. Champaña.

Se produjo otro taponazo, y después otro más. La conversación aumentó de volumen, las risas más bulliciosas, y entonces alguien comenzó a recitar en una voz ronca y con hipo.

—Demian Bednyi⁹⁵, exclamo K***. Conozco muy bien su voz.

—¿Demian Bednyi, el popular poeta que elogian los periódicos comunistas?

—El mismo. Está borracho la mayoría del tiempo.

Salimos a la calle.

Había caído recientemente una nevada. Por las resbaladizas aceras la gente se daba empellones y empujones, caminando encorvados para evitar el cortante frío. En la Plaza Theatralnaia, cerca de la taquilla del tren, unas negras sombras permanecían de pie en una extensa cola, algunas apoyadas contra la pared, como si estuvieran adormecidos. La oficina estaba cerrada, pero ellos permanecían en la calle a lo largo de toda la noche para guardar su lugar en la cola, ante la posibilidad de conseguir un pasaje.

En la esquina permanecía un niño pequeño. ¿Quién quiere comprar? ¿Quién quiere comprar?, mascullaba mecánicamente, ofreciendo a la venta cigarros. Un viejo, de cara enjuta y ascética, tiraba de manera pesada de un leño atado a sus manos con un cordel. La madera se deslizaba de un lado a otro sobre el irregular suelo, ora golpeando contra la acera, ora quedando atrapado en un agujero. De repente, la cuerda se rompió. Con sus entumecidos dedos, el hombre trataba de atar el tronco, pero se le caía de las manos. La gente, con sus prisas, es poco probable que se percata de un viejo con su raído abrigo de verano, que se inclinaba sobre su tesoro.

—¿Puedo ayudarle?, le pregunté

Me dirigió una mirada de desconfianza y asustada, pisando la madera.

—No tema, le tranquilicé atándole el cordel y separándome.

—¡Cuánto se lo agradezco, bondadoso señor!, ¡cuánto se lo agradezco!, murmuró.

La chica me estaba esperando y la acompañé a su casa, al otro lado del Río Moskva. A través de una oscura escalera vencida, que crujía lastimosamente bajo mis pies, me llevó a su cuarto. Encendió una chisporroteante vela, y poco a poco comencé a discernir las cosas. El lugar estaba completamente vacío, salvo por dos pequeños catres, cuyo espacio entre ellos y la pared de enfrente era el justo para que una persona pudiera pasar. Viendo que no había ninguna

silla, me senté en la cama. Algo se movió bajo los harapos que la cubrían y rápidamente me levanté.

—No te preocunes, me dijo la chica, es mi madre y mi hermano.

Del otro catre, surgió una cabeza con pelos rizados.

—Lena, ¿me has traído algo?, inquirió una voz infantil.

La chica tomó un chusco de pan negro del bolsillo de su chaqueta, partiendo una pequeña porción, y entregándosela al niño.

—Mi madre está paralítica, se dirigió a mí, y Masha ahora está enferma, señalando al catre en donde descansaba la cabeza rizada del chico. Pude ver que estaban los dos allí.

—¿No va a la escuela?, pregunté, sin saber qué otra cosa decir.

—No, Yasha no puede ir. No tiene zapatos; están todos hechos trizas.

Le hablé de las magníficas escuelas que había visitado por la mañana, y sobre la comida a base de pollo que se les servía a los chicos.

—Oh, sí, dijo tristemente, son laspokazatelniya (nuevas escuelas). ¿Qué oportunidad tiene Yasha para ir allí? Hay varias como esas en la ciudad, en donde los niños están bien alimentados y abrigados. Pero las otras son diferentes. A Yasha se le congelan los dedos en su escuela. Es mejor para él que se quede en casa. Tampoco hay calefacción aquí; no tenemos leña durante todo el invierno, pero puede quedarse en la cama, y mantenerse caliente.

Pensé en el gran apartamento que había dejado hacía una hora; el apetitoso aroma, el sonido del descorchar las botellas de champaña, y Demian Bednyi recitando con su voz de borracho.

—¿Por qué estás en silencio?, me preguntó Lena. Cuéntame algo sobre Norteamérica. Tengo un hermano allí, y tal vez sabes alguna forma de ponerme en contacto con él. Estamos viviendo así desde hace dos años y no aguento más.

Sentada frente a mí, era la imagen de la desesperación.

—No puedo continuar así, repetía. No puedo robar. ¿Debo vender mi cuerpo para sobrevivir?

5 de marzo.— A mi amigo Sergei se le ordena abandonar Kharitonenski y pasa dos noches en la calle. Lo encontré hoy en una pequeña habitación sin calefacción en el albergue del Sindicato Central Cooperativo. Se encontraba abatido en la cama, febril, cubierto con su abrigo de pieles siberiano.

—Malaria, susurró con voz apagada, que cogí en la taiga (bosque siberiano) al esconderme de los Blancos. En ocasiones sufro estas recaídas.

No había visto a ningún doctor ni recibido cuidados médicos.

Localicé el dvomik (la portería) en donde varias chicas estaban trabajando en la cocina del sótano. Ellas estaban ocupadas, decían. Nada se podía hacer, de ninguna manera. Se debía contar con una orden especial para conseguir un médico, ¿y quién puede conseguir esa orden? Era una cuestión complicada.

Su indiferencia me dejó horrorizado. Los rusos, el hombre común del pueblo, nunca se habían mostrado insensibles frente a la miseria y la desgracia de los demás. Sus simpatías siempre han estado con los débiles y los desvalidos. En el lenguaje popular, el criminal era el desgraciado, y los campesinos siempre han sido sensibles a los gritos de ayuda. En Siberia, suelen colocar alimentos por fuera de sus cabañas, con el fin de que los prisioneros que se han escapado puedan aplacar su hambre.

Las hambrunas y la miseria parece que han endurecido a los rusos y ahogado su innata generosidad. Las lágrimas que han derramado han secado las fuentes de la solidaridad.

—El Comité de Vivienda es quien puede ver esta cuestión, me comentó el portero. Son sus asuntos y no les gusta que la gente interfiera su trabajo.

Se negó a dejarme utilizar el teléfono.

—Debes pedir permiso al comisario de la vivienda, me dijo.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Regresará por la tarde.

Sin embargo, mis cigarros norteamericanos le persuadieron. Telefoneé a Karakhan, quien me prometió enviarme un médico.

6 de marzo.— La señora Harrison⁹⁶, mi vecina en Kharitonenski, me acompañó a la habitación de Sergei, llevando consigo algunas de sus delicatessen norteamericanas. Ella es corresponsal de Associated Press, y parece muy inteligente. Su entrada en Rusia fue muy accidentada, conllevando su detención y dificultades con la Checa.

Encontramos a Sergei todavía más enfermo; no había llegado ningún médico. La señora Harrison me prometió enviar a la doctora con quien compartía su habitación en el *ossobniak*.

A nuestro regreso, pasamos por la Lubianka, el cuartel general de la Checa. Grupos de personas, en su mayoría mujeres y chicas, permanecía cerca de las grandes puertas de hierro. Algunos prisioneros serían sacados para ser llevados a distintos campos, y la gente tenía la esperanza de saber algo sobre sus amigos y parientes. De repente, se produjo una commoción, y gritos de espanto desgarraron el aire. Vi a hombres con abrigos de cuero que se precipitaban hacia la calle encaminándose hacia los grupos de personas. Revolver en mano, amenazaban a las mujeres, ordenándoles que se largaran. Con la señora Harrison, me encaminé hacia un portal, pero los chequistas nos siguieron con sus armas en la mano.

Rusia, la revolución, me parecía que desaparecía. Me sentí en los Estados Unidos otra vez, en medio de los obreros golpeados por la policía. La señora Harrison me hablaba, y el sonido en inglés fortalecía la veracidad de la ilusión.

Un tosco ruso retumbó en mis oídos. ¿Me encontraba en la Vieja Rusia? Estaba asombrado. ¿La Rusia de los cosacos y el látigo?

Notas capítulo XII

89.— Lev Borísovich Kámenev. Revolucionario ruso, será unos de los primeros afiliados del Partido Bolchevique. Mantendrá vínculos familiares con Trotski y, en el exilio, con Lenin, convirtiéndose en un revolucionario profesional. El crecimiento del partido a principios de la década de los años 10 del siglo XX, le conducirá a San Petersburgo, en donde lo encontrará la 1^a Guerra Mundial, siendo detenido y desterrado a Siberia. Con la Revolución de 1917, es liberado, pasando a jugar un papel fundamental dentro del Partido, oponiéndose a la nueva insurrección planeada por Lenin para imponer la dictadura de los bolcheviques; finalmente, cuando el Partido controle el Comité Militar Revolucionario y el Soviet de Petrogrado, cambiarán de posición. Ocupará el cargo de primer jefe de estado de lo que posteriormente se denominará la URSS, aunque este era un puesto más protocolario que efectivo. En 1918 presidirá el Soviet de Moscú, convirtiéndose en el segundo, tras Lenin, en la jerarquía del Partido. Con la muerte de este, formará junto a Stalin y Zinóviev un triunvirato conocido como troika, marginando a Trotski. Participará activamente en las luchas internas del Partido, cambiando constantemente de bando, que finalmente se saldrá con la concentración de todo el poder en manos de Stalin y la plena sumisión de Kámenev a sus dictados, aunque eso no impidió que cayera en la conocida como Gran Purga llevada a cabo por el estalinismo en 1934, siendo finalmente fusilado en 1936.

90.— Mijail Ivánovich Kalinin. Comunista ruso, será uno de los fundadores del Partido Bolchevique, siguiendo las tesis de Lenin. En 1912 formará parte del Comité Central del Partido, ocupando puestos relevantes dentro de las instituciones soviéticas a partir de la Revolución de 1917, siendo presidente del Comité Ejecutivo Central o miembro del Politburó. Como representante de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, será uno de los fundadores de la URSS en 1922. Kalinin será uno de las escasas dirigentes políticos soviéticos que no se verá inmerso en las purgas estalinistas, producto de su ciega fidelidad al líder.

91.— Estado nominalmente independiente establecido en Blagoveshchensk, y que cubría el Lejano Oriente Ruso y el este del Lago Baikal entre 1920 y 1922.

92.— Los mencheviques, encabezados por Julius Martov, eran la facción moderada y mayoritaria del Partido Socialdemócrata de los Trabajadores de Rusia, opuestos a la facción del mismo partido, liderada por Vladimir Ilich (Lenin), más conocidos como bolcheviques. Finalmente se dividirán en dos partidos en 1903.

93.— También conocida como Komintern, la Tercera Internacional será un organismo creado en 1919 en Petrogrado por los bolcheviques para intentar coordinar a todos los partidos comunistas del planeta en su lucha por la revolución proletaria. Se autoconsiderará como heredera de la Primera Internacional (1864) y de la Segunda Internacional (1889), autodenominándose como la verdadera organización revolucionaria, frente a los socialistas. Aunque en teoría era un órgano de coordinación, en la realidad fue un poderoso instrumento en manos del Partido Comunista de Rusia para imponer sus dictados al resto de organizaciones políticas comunistas. Finalmente será disuelta por Stalin, por exigencia de las fuerzas aliadas, en 1943, tras la Conferencia de Teherán.

94.— Anatoli Vasílievich Lunacharski. Dramaturgo y crítico literario, se unirá a los bolcheviques en 1903, aunque tras la revolución de 1905 se distancia de estos por sus discrepancias con Lenin, pasando al exilio. En París fundará el Círculo de Literatura Proletaria. En 1917 se reintegra en el Partido Bolchevique, siendo nombrado Comisario de Instrucción entre 1917 y 1929. Desde su puesto, impulsará la alfabetización del país, potenciará el arte dramático e impondrá los criterios artísticos oficiales a través de la Proletkult. En 1930 representará a la URSS en la Liga de Naciones y en 1933 Stalin le nombrará embajador en España, aunque nunca ejercerá su cargo pues morirá en Francia camino de su nuevo destino.

95.— Efim Alekseevich Pridvorov. Poeta ruso nacido en el seno de una familia campesina. Estudiará historia y filosofía en San Petersburgo entre 1904 y 1908. A partir de 1911 comenzará a utilizar su pseudónimo Demian Bednyi, afiliándose al Partido Bolchevique en 1912. Durante la I Guerra Mundial, actuará como médico en el ejército, incorporándose posteriormente en el Ejército Rojo. Sus composiciones, escritas en un lenguaje muy cotidiano, le harán muy famoso, sobre todo entre campesinos y soldados, que cantaban sus canciones y leían con avidez sus sátiras, convertido en el ejemplo de la nueva literatura comunista. Su mordaz crítica, a la larga le llevará a ser denostado por el Partido, del cual se le expulsa en 1938 al parecer por haber vertido diversas críticas contra Stalin en la intimidad y haberse permitido publicar sátiras sobre la historia de la Revolución rusa y sus héroes. Morirá en 1945.

96.— Marguerite Elton Baker (Harrison de casada). Nacida en Baltimore en una familia adinerada, lo que le permitió pasar largas temporadas en Europa, hablando perfectamente el francés y el alemán, y un poco el castellano. Al perder todas sus riquezas su familia, decide trabajar como periodista. Así, inicia sus primeras crónicas cubriendo las condiciones de trabajo de las mujeres en la retaguardia, para lo cual se hace pasar por trabajadora de una industria del metal. Anhelando cubrir la I Guerra Mundial, y ante la imposibilidad de obtener una autorización como periodista (por ser mujer), se pone en contacto con el servicio secreto norteamericano, el cual le encomienda actuar como espía en Berlín. Posteriormente, deberá informar de la situación en Rusia, llegando al país por Finlandia. Inmediatamente será identificada por la Checa, obligándola a trabajar como espía doble, informando sobre las actividades de las delegaciones extranjeras. De nuevo será detenida en 1930, pasando diez meses en prisión, y siendo liberada por un suministro de alimentos norteamericanos. De vuelta a Estados Unidos, se dedicará a viajar por el mundo para realizar reportajes geográficos siendo una de las fundadoras de la Sociedad Femenina de Geógrafas. Morirá en 1967.

CAPÍTULO XIII

Lenin

9 de marzo.— Ayer Lenin⁹⁷ envió su auto a buscarme, y fui al Kremlin. Los tiempos han cambiado, efectivamente: la vieja fortaleza de los Romanov es ahora la casa de Ilich⁹⁸, de Trotski, Lunatcharski, y otros comunistas destacados. El lugar está protegido como en los días del Zar; soldados armados en la verja, en cada edificio y entrada, escudriñan a quienes entran y cuidadosamente examinan sus documentos. Por fuera todo parece como antes, aunque sentía algo diferente en la atmósfera, algo simbólico producto del gran cambio que habla tenido lugar. Notaba un nuevo espíritu en el porte y la apariencia de la gente, una nueva voluntad y una enorme energía buscando tumultuosamente una válvula de escape, pero infructuosamente agotándose en una caótica lucha contra los problemas que se multiplican.

Como vivos centinelas entorno mío, los pensamientos se agolparon en mi mente mientras la máquina se apresuraba hacia el cuartel general del gran hombre de Rusia. Eran potenciados claramente por mis experiencias en el país de la revolución: pude apreciar muchos errores y maldad, la peligrosa tendencia hacia la burocracia, la desigualdad e la injusticia. Pero para Rusia, estoy convencido, éstos serían unos males menores cuando se volviera a una vida más ordenada, si los Aliados cesaran su interferencia y levantaran el bloqueo. Lo importante es que, la Revolución no ha sido simplemente política, sino profundamente social y económica. La propiedad privada todavía existe, es cierto, pero su grado es insignificante. Como sistema, el capitalismo ha sido arrancado, lo que es el gran logro de la revolución. Pero Rusia debe aprender a trabajar, a aplicar sus energías, a ser eficaz. No debería esperar la ayuda milagrosa desde más allá, a partir de revoluciones en Occidente: con sus propias fuerzas debe organizar sus recursos, incrementar la producción y

satisfacer las necesidades fundamentales de su pueblo. Sobre todo, la oportunidad de poner en práctica la iniciativa popular y la creatividad será sumamente estimulante.

Lenin me saludó de forma calurosa. El está por debajo de la estatura media y es calvo; sus pequeños ojos azules tienen una mirada segura, un centelleo astuto en lo profundo. En apariencia, el típico ruso importante, habla con un peculiar acento, casi judío.

Hablamos en ruso, Lenin afirma que puede leer, pero no hablar inglés, aunque yo había oído que conversó con delegados norteamericanos sin un intérprete. Me gustó su rostro, es abierto y honesto, y no hay la menor pose en él. Su actitud es franca y segura; me dio la impresión de un hombre tan convencido de la justicia de su causa que la duda no tiene sitio en sus reacciones. Si hay cualquier rastro de Hamlet en él, se reduce a la pasividad por el razonamiento lógico y frío.

La fuerza de Lenin es intelectual, la que emana de la convicción profunda de una naturaleza sin imaginación. Trotski es diferente. Recuerdo nuestra primera reunión en Norteamérica: estaba en New York, en los días del régimen de Kerenski. Me impresionó su fuerte carácter más por naturaleza que por convicción, que podría permanecer inflexible incluso si se sintiese mal.

La dictadura del proletariado es vital, recalcó Lenin. Esa es la condición *sine qua non* del período revolucionario, y debe ser fomentada por todos los medios posibles. Sobre mi postura de que la iniciativa popular y el interés activo son esenciales para el éxito de la revolución, me contestó que sólo el Partido Comunista podría salvar a Rusia del caos de tendencias e intereses contradictorios. La libertad, dijo, es un lujo que no se puede permitir en el presente marco de desarrollo. Cuando la revolución esté fuera de peligro, del exterior y del interior, entonces se podría permitir la libertad de expresión. El actual concepto de libertad es un prejuicio burgués, por decir algo. La mezquina ideología de la clase media confunde revolución con libertad; en realidad, la revolución es una cuestión de asegurar la supremacía del proletariado. Sus enemigos deben ser aplastados, y todo el poder centralizado en el Estado Comunista. En este proceso, a menudo el Gobierno se ve obligado

a recurrir a medios desagradables; pero ese es el imperativo de la situación, en la que no puede haber vuelta atrás. Con el tiempo estos métodos serán eliminados, cuando se hagan innecesarios.

—A los campesinos no les gustamos, Lenin rió entre dientes, como si fuese un chiste. Son unos retrógrados y están imbuidos en la idea de la propiedad privada.

Ese espíritu debe ser desalentado y erradicado. Además, la gran mayoría son analfabetos, aunque hemos estado haciendo progresos educativos en el pueblo. Ellos no nos entienden. Cuando seamos capaces de satisfacer sus exigencias de útiles de granja, sal, clavos, y otras cosas necesarias, entonces estarán de nuestra parte. Más trabajo y mayor producción, esa es nuestra necesidad apremiante.

Refiriéndose a la resolución de los anarquistas de Moscú, Lenin dijo que el Comité Ejecutivo había hablado del asunto, y pronto tomaría medidas al respecto.

—No perseguimos a anarquistas de ideas, recalcó, pero no toleraremos resistencias armadas o agitación de ese carácter.

Sugerí la organización de una oficina para la recepción, clasificación, y distribución de exiliados políticos esperados desde Estados Unidos, y Lenin aprobó mi plan y dio la bienvenida a mis servicios en el trabajo. Emma Goldman había propuesto la fundación de una Liga de Amigos Rusos por la Libertad Americana para ayudar al movimiento revolucionario en Norteamérica, y así reembolsar la deuda de Rusia con los Amigos Americanos por la Libertad Rusa, que en años anteriores había dado un enorme apoyo moral y material a la causa revolucionaria rusa. Lenin dijo que dicha sociedad en Rusia debería trabajar bajo los auspicios de la Tercera Internacional.

La impresión que me llevé fue la de un hombre con claridad de visión y objetivos fijos. No era necesariamente un hombre grande, pero poseía una mente fuerte y una voluntad inflexible. Un lógico insensible, intelectualmente flexible y suficientemente valeroso como para moldear sus métodos a las exigencias del momento, pero siempre manteniendo su objetivo final con clara

visión. Un idealista práctico decidido a la realización de su sueño comunista por cualquier medio, subordinando a dicho sueño toda consideración ética y humanitaria. Un hombre sinceramente convencido de que los peores métodos pueden servir para un objetivo bueno y ser justificados por ello. Un jesuita de la revolución que obligaría a la humanidad a volverse libre conforme a su interpretación de Marx. En resumen, un revolucionario minucioso en el sentido de Nekróv⁹⁹, quien sacrificaría a la mayor parte de la humanidad, si fuera necesario, para asegurar el triunfo de la revolución social.

¿Un fanático? Con toda seguridad. ¿Pero qué es un fanático sino un hombre cuya fe es impenetrable a la duda? Esa es la fe que mueve montañas, la fe que logra los objetivos. Las revoluciones no son hechas por Hamlets. El gran hombre tradicional, la gran personalidad corriente, puede dar al mundo nuevos pensamientos, una perspectiva noble, inspiración. Pero el hombre que mira en cualquier dirección no puede guiar, no puede controlar. Es demasiado consciente de lo falible de todas las teorías, incluso de la suya propia, para luchar en cualquier causa.

Lenin es un luchador, los líderes revolucionarios deben ser así. En ese sentido Lenin es magnífico, en su autoconsciencia, en su determinación; en su carácter psíquico positivo que es tan autoexpiatorio como despiadado para otros, en la completa seguridad de que sólo su plan puede salvar a la humanidad.

Notas capítulo XIII

97. Vladimir Illich Uliánov. Más conocido por su pseudónimo, Lenin, será una de las figuras más destacadas del marxismo y máximo dirigente del Partido Bolchevique en la revolución de 1917. Desde muy joven se había integrado en el movimiento revolucionario siendo detenido y desterrado a Siberia, desde donde pasa al exilio. Integrado en el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, en 1903, al imponer sus tesis dentro del partido, potenciará su escisión en bolcheviques y mencheviques. Al estallar la I Guerra Mundial, a la cual considera un enfrentamiento imperialista, planteará su transformación en una guerra de clases a favor de la revolución social. El gobierno alemán, buscando cerrar el frente ruso, le facilitará su llegada a Rusia en 1917, inmediatamente poniéndose en contra del gobierno de Kerenski (menchevique). A finales de año, tras haberse asegurado el apoyo de todo el Partido, llevará a cabo un levantamiento bolchevique que dejará todo el poder de Rusia en sus manos, procediendo inmediatamente a nacionalizar toda la industria y a firmar la paz con Alemania. Hacia 1921, buscando reconstruir la economía del país, impondrá la Nueva Política Económica que suponía abrir las puertas de nuevo al capitalismo, al tiempo que hace frente al problema del nacionalismo con la creación de la URSS (1922). Su enfermedad le distanciará poco a poco del poder, muriendo en 1924, iniciándose una lucha por sucederle dentro del Partido.

98. Patronímico popular de Lenin.

99. Sergei Gennadiyevich Necháyev. Revolucionario ruso vinculado al movimiento anarquista y nihilista, adquirirá cierta fama con su *Catecismo del revolucionario* (1868), teniendo que exiliarse a Suiza en 1869 por sus actividades políticas. En el extranjero creará una sociedad secreta revolucionaria. Venganza del Pueblo, aunque su existencia será muy corta pues, temiendo que uno de sus compañeros fuera un infiltrado de la policía, decide matarlo, lo que lleva a su detención y extradición a Rusia, en donde es condenado a 20 años de trabajos forzados, muriendo en la cárcel en 1882.

CAPÍTULO XIV

En la frontera de Letonia 15 de Marzo, Petrogrado

Recibí un mensaje de Chicherin, informándome que un millar de estadounidenses deportados habían arribado a Libau y que llegarían a Rusia sobre el 22 de marzo. Se había creado un comité y se hacían las gestiones para recibirlos.

Desde hacía tiempo, había sugerido la necesidad de crear una organización permanente para este fin, ya que se esperan exiliados de distintos países. Nada se había hecho desde entonces, aunque ahora llegaban instrucciones desde Moscú metiendo prisas sobre esta cuestión. La señora Ravitch¹⁰⁰, Comisaria de Salud Pública, en el Distrito de Petrogrado, me convocó a una reunión en la cual se crearía la Comisión de Deportados. Fui designado Presidente del Comité de Recepción y, el 19 de Marzo abandoné Petrogrado en dirección a la frontera letona. El Tren Sanitario N° 81, espléndidamente equipado, fue puesto a mi disposición; dos trenes más nos seguían por si acaso el grupo de deportados fuera mayor del esperado.

En el vagón comedor, el primer día de nuestro viaje, un desconocido se presentó el mismo como *tovarishtch* Karus de Petrogrado, un hombre de mediana edad con cara amarilla y ojos furtivos. Al mismo tiempo, otro hombre se unió a nosotros, joven y sociable.

—Mi nombre es Pashkevitch, anunció el joven, *tovarishtch* de Estados Unidos, continuó en un tono oficial. Le doy la bienvenida a esta misión en nombre del Ispolkom¹⁰¹. Soy el representante del Comité Ejecutivo del Soviet

de Petrogrado. Hagamos que nuestra misión tenga éxito, y los deportados norteamericanos aporten sus servicios a la revolución.

Miró alrededor para observar el efecto de sus palabras. Sus ojos se posaron en mí como si esperara una respuesta. Le presenté a los otros miembros de nuestro Comité, Novikov la señorita Ethel Bernstein; el hombre de Ispolkom agradeció la presentación con una amplia *etchen rad* (sonrisa), mientras que Karus golpeaba sus tacones bajo la mesa al modo militar.

—¿Y el otro *tovarishtch*?, preguntó Novikov, mirando hacia el silencioso Karus.

—Sólo un observador, replicó este.

El médico nos miró de manera significativa.

—Puede ser interesante escuchar a nuestros camaradas norteamericanos contarnos cosas de los Estados Unidos, señaló Pashkevitch. He estado en Norteamérica y en Inglaterra, continuó, ya hace muchos años, aunque todavía hablo la lengua. Las condiciones allí han tenido que haber cambiado desde entonces. Me pregunto si los obreros estadounidenses se alzarán pronto en una revolución. ¿Cuál es su opinión, camarada Berkman?

—Apenas pasa un día, repliqué sonriendo, sin que se me pregunte sobre esta cuestión. No pienso que una revolución pueda esperarse próximamente en Estados Unidos ya que...

—¿Y en Inglaterra?, me interrumpió.

—Ni en Inglaterra, lamento decirlo. Las condiciones y la psicología del proletariado allí parecen no ser comprendidas completamente en Rusia.

—Eres un pesimista, *tovarishtch*, protestó Pashkevitch. La guerra y nuestra revolución deben de haber tenido un gran efecto entre el proletariado. Debemos esperar una revolución muy pronto, estoy seguro; en concreto, en Norteamérica, donde el capitalismo se ha desarrollado hasta el punto de estallar. ¿No piensas así, camarada Novikov?, interpeló a mi ayudante.

—No puedo estar de acuerdo con usted, camarada. Replicó Novikov. Temo que sus esperanzas no puedan convertirse en realidad pronto.

—¡Ustedes hablan mucho!, exclamó Pashkevitch, algo irritado. ¡Esperanza! Es una certeza. Debemos tener fe en los trabajadores. Las revoluciones en el extranjero serán la salvación de Rusia, y dependemos de ellas.

—Rusia debería aprender a depender de sí misma, observé. Por medio de nuestros propios esfuerzos derrotaremos a nuestros enemigos y traeremos el bienestar al pueblo.

—Para ello, hacemos todo lo posible, replicó Pashkevitch con vehemencia. Nosotros los comunistas tenemos la mayor y más complicada tarea que tuvo que hacer frente ningún partido político y hemos logrado maravillas, a pesar de que el azote Aliado no nos ha dejado en paz; y el bloqueo nos ha mantenido hambrientos. Cuando doy discursos a los obreros, siempre les remarco el hecho de que sus hermanos en el extranjero están a punto de acudir en ayuda de la Rusia Soviética llevando a cabo una revolución comunista en sus países. Esto da a la gente nuevo coraje y fortalece su creencia en nuestro triunfo.

—Pero cuando tu promesa no se materialice, la desilusión de las masas tendrá un perverso efecto sobre la revolución, le señalé.

—Se materializará, lo hará, insistió Pashkevitch.

—Veo que no están de acuerdo, camaradas, habló por primera vez Karus. Tal vez el *tovarishtch* norteamericano nos pueda decir lo que piensa de nuestra revolución.

Sus formas eran tranquilas, pero se mostraba un poco insistente sobre el tema. Más tarde supe que había sido un juez instructor de la Checa de Petrogrado.

—He estado muy poco tiempo en Rusia como para formarme una opinión, repliqué.

—Pero usted habrá tenido alguna impresión, persistía Karus.

—Hemos recibido muchas impresiones, pero no hemos tenido tiempo para organizarlas, por así decirlo, como para clarificarlas en un punto de vista definido. ¿A ustedes no les pasa lo mismo?, pregunté, mirando a los otros miembros del Comité.

Estuvieron de acuerdo conmigo, y Karus no siguió con el mismo tema.

El campo por el cual nos desplazábamos era llano y cenagoso, con aldeas dispersas en la distancia, aunque sin ningún signo de vida en ellas. Bandadas de cuervos rondaban nuestro tren, con sus graznidos estridentes resonando a lo largo de los bosques. Avanzábamos a paso de caracol; las vías estaban mal por no tener mantenimiento, nuestra locomotora vieja y endeble. Cada pocas millas nos parábamos a por madera y agua, pasando los maderos por medio de una cadena humana desde la pila de leños hasta el vagón de cola. En las estaciones, nos encontrábamos a mujeres y niños que vendían leche, queso y mantequilla a un tercio de su precio en Moscú y Petrogrado. Sin embargo, rechazaban los rublos soviéticos o Kerenki (moneda de Kerenski).

—Las *izbas* (casas) están empapeladas con ellos, decía una anciana con desprecio, como si fueran papeles de colores. ¿Qué bien nos dan? Denos sal, padrito, no podemos vivir sin sal.

Le ofrecimos jabón, un raro lujo en las ciudades, a una chica que vendía pan de centeno, aunque con desdén lo rechazó.

—¿Me lo puedo comer?, nos exigió.

—Puedes lavarte con él.

—Hay mucha nieve para eso.

—¿Y en verano?

—Nos restregamos la suciedad con arena. Nunca utilizamos jabón.

Las comunicaciones entre Petrogrado y la frontera de occidente estaban reducidas al mínimo. No nos encontramos con ningún otro tren en los tres días de viaje hasta que llegamos a Novo—Sokolnild, antiguamente un centro ferroviario importante. Fuimos recibidos por dos representantes de la plenbezh

central (Departamento de Prisioneros de Guerra). Con ellos estaba un jovenzuelo vestido de pies a cabeza con un lustroso traje de cuero negro, con una enorme nagan (revólver del Ejército Ruso) cogido a su cinturón con un grueso cordel carmesí. Se presentó a sí mismo como *tovarishtch* Drozdov de la Checa, informándonos de que examinaría y fotografiaría a los deportados y detendría a aquel que le pareciera sospechoso. El grupo del tren observó al chequista con ojos poco amigables. Proviene del centro, oí como susurraban, mostrando su desconfianza y hostilidad a su manera.

—Deberás perdonar un pequeño, pero necesario, preliminar, le dije a Drozdov, ya que como *predsedatel* (presidente) de la Comisión, debo cumplir con ciertas formalidades y pedirle sus papeles de identificación.

Le enseñé mis credenciales, extendidas por el Departamento Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, después de lo cual, me entregó sus documentos. Estaban sellados y firmados por la Comisión de Todos los Rusos contra la Contrarrevolución y la Especulación (la Checa) y que investía de excepcionales poderes.

Durante el viaje, tuve mayor familiaridad con el joven chequista. Se demostró de trato agradable, muy sociable y un empedernido conversador. Entre él y Karus, sin embargo, se desarrolló un mayor distanciamiento. Este último igualmente mostró un gran antagonismo frente a los chicos judíos de *laplenbezh*, sin perder nunca la oportunidad de hacer un comentario desdeñoso sobre su organización e incluso amenazarlos con arrestarlos por sabotaje.

Pero siempre que Karus no estaba por allí, el comedor de nuestro vagón se llenaba con la joven voz de Drozdov. Sus historias siempre versaban sobre las actividades de la Checa, sus inesperadas redadas, detenciones y ejecuciones. Me llamó la atención como un comunista convencido y sincero, dispuesto a entregar su vida por la revolución, aunque la concebía como una simple cuestión de exterminación, con la Checa como implacable espada. No tenía conciencia de una ética revolucionaria ni valores espirituales. La fuerza y la violencia eran para él el colmo de la acción revolucionaria, el alfa y el omega de la dictadura del proletariado.

—La revolución es el premio en lid, diría, que podemos ganar o perder. Debemos destruir a todos los enemigos, sacar a todos los contrarrevolucionarios de sus guaridas. Sentimentalismo, ¡una tontería! Cualquier medio y método es bueno para alcanzar nuestro objetivo. ¿De qué serviría una revolución si no lo das todo para que ésta triunfe? La revolución podría haber muerto hace tiempo si no llega a ser por nosotros. La Checa es el alma de la revolución.

Estaba encantado de hablar de los métodos empleados por la Checa para sacar a la luz los planes contrarrevolucionarios, y llegaba a hablar con elocuencia sobre la astucia de algunos agentes para atrapar a especuladores y obligarlos a revelar los escondrijos de sus diamantes y oro; les prometen inmunidad por su confesión y entonces los conducen a la ejecución en compañía de la esposa o hermano delatado. Habla con admiración sobre la ingeniosidad de la Checa para atrapar *bourzhooi*, engañándolos expresando sentimientos antibolcheviques, para después mandarlos a la muerte. Su expresión favorita era *razstreliat*, fusilamiento sumario; la repetía en cada narración, siendo el estribillo de cada experiencia. Los intelectuales no comunistas eran especialmente odiados por él.

—Sabotazhniki (saboteadores) y contrarrevolucionarios, todos, insistía, son una amenaza, y es un derroche de comida alimentarlos. Deben ser fusilados.

—No te das cuenta de lo que estás diciendo, protesté. Las historias que cuentas son increíbles, imposibles. Sólo estas fantaseando.

—Mi querido *tovarishtch*, me replicó condescendientemente, tú puedes que lleves años en el movimiento, pero acabas de llegar a Rusia. ¡Hablas de atrocidades, de brutalidad! ¿Por qué? No sabes a la calaña de enemigos que tenemos que hacer frente. Estos contrarrevolucionarios nos cortarían el pescuezo; anegarían las calles de Moscú con nuestra sangre si nos pudieran echar una mano encima. ¿Y cómo que estoy fantaseando? No te he contado ni la mitad de la historia todavía.

—Deben de haber algunos individuos en la Checa culpables de los actos que has relatado, pero tengo la esperanza de que tales métodos no sean parte del sistema.

—Existen elementos izquierdistas entre nosotros que están a favor de métodos más dramáticos, dijo Drozdov entre risas.

—¿Qué métodos?

—Torturar para arrancar las confesiones.

—Debes estar chiflado, Drozdov.

Rió como un niño.

—Es cierto, aunque..., repitió.

Nuestro tren fue retenido en Sebezh. No podíamos continuar, nos informaron las autoridades, ya que había actividad militar en la frontera, a menos de veinticinco verstas de distancia.

Era el 22 de marzo, el día en que los deportados estadounidenses serían conducidos hasta la frontera. Afortunadamente, un tren suplementario había salido de Rozanovskaia, la ciudad fronteriza rusa, y algunos de los miembros de nuestro grupo pudimos coger un teplushka, un viejo vagón de ganado. Estábamos encantados con nuestra buena suerte, cuando, de repente, el tren redujo su velocidad, parándose al poco tiempo. Era muy peligroso continuar avanzando, anunció el conductor. El tren no iría más allá, aunque no tenía ninguna objeción si queríamos arriesgar nuestras vidas si convencíamos al ingeniero para que nos llevara hasta la frontera en el ténder¹⁰².

Algunos soldados que habían venido con nosotros desde Sebezh, estaban ansiosos por llegar a su regimiento, y juntos logramos persuadir al ingeniero para que intentara recorrer las diez millas. Mis cigarros norteamericanos se mostraron el argumento más convincente.

—Lo primero que haremos será registrar y fotografiar a los deportados, comenzó a decir Drozdov cuando empezamos a andar.

Él estaba seguro de que habría espías entre ellos, aunque no podrían engañarlo, alardeaba. De manera amigable, le sugerí que era poco aconsejable el comenzar de manera muy apresurada: nuestra acción podría causar una mala impresión. Son revolucionarios, han defendido a Rusia en Estados

Unidos, lo que les ha supuesto la persecución del gobierno. Sería muy estúpido someterlos al insulto de registrarlos nada más pisar tierra soviética. Seguramente, ellos esperan y se merecen una recepción diferente, una que se daría a hermanos y camaradas.

—Mira, Drozdov, le dije en confianza, en Petrogrado haremos todos los preparativos para investigar a los deportados, fotografiándolos e interrogándolos. No sería conveniente hacerlo aquí, ni tenemos los medios para ello. Pienso que podría confiarme este asunto, como Presidente de la Comisión de Recepción del Soviet de Petrogrado.

Drozdov vaciló.

—Pero yo tengo unas órdenes, dijo.

—Sus órdenes se llevarán a cabo, por supuesto, le aseguré. Pero serán llevadas a cabo en Petrogrado mejor que en la frontera, en un campo abierto. Debes comprender que es la mejor manera.

—Lo que dices es razonable, admitió. Estoy de acuerdo pero con una condición. Debes facilitar inmediatamente a la Checa un juego completo de fotografías.

Medio helados por el largo tiempo pasado en el ténder, finalmente llegamos a Rosanovskaia. En medio de una nevada cerrada, vadeamos hasta llegar a Siniukha, el pequeño cerro que divide Letonia y la Rusia Soviética. Grupos de soldados se mantenían a ambos lados de la frontera, y pude ver una gran aglomeración de hombres vestidos con ropas civiles que cruzaban el hielo hacia nosotros. Me alegraba de que llegáramos a tiempo para reunirnos con los deportados.

—¡Hola, camaradas!, les di la bienvenida en inglés. ¡Bienvenidos a la Rusia soviética!

No hubo respuesta

—¿Cómo están camaradas?, les grité. Para mi sorpresa, los hombres permanecieron en silencio.

Los que llegaron, demostraron ser soldados rusos hechos prisioneros por Alemania en el frente polaco en 1916. Terriblemente tratados e insuficientemente alimentados, habían escapado a Dinamarca, donde habían sido internados hasta que se hicieron los preparativos para que volvieran a su hogar. Habían enviado un telegrama a Chicherin, y fue probable que, por haber sido mal leído, llevó al error en cuanto a sus identidades.

Dos oficiales del ejército británico acompañaban a los hombres hasta la frontera, y por ellos supe que Estados Unidos no había deportado a más radicales desde el pasado diciembre. Como otro grupo de prisioneros de guerra estaba en camino hacia Rusia, decidí que esperáramos por ellos.

Las dificultades surgieron sobre lo que se debía hacer con los prisioneros de guerra, en total 1.043 personas, ya que no teníamos medios para alojar y alimentar a tal cantidad de personas en Sebezh. Propuse transportarlos a Petrogrado. Dos trenes se podían emplear para tal fin, mientras yo podía esperar con el tercero al siguiente grupo que podrían ser los deportados políticos norteamericanos. Pero a mi plan se opusieron los oficiales locales y los bolcheviques quienes afirmaron que sin órdenes del centro nada se podía hacer. Chicherin esperaba deportados estadounidenses, y los trenes de Petrogrado se habían enviado con tal objetivo, insistían. Los prisioneros de guerra debían esperar a que se recibieran las instrucciones de Moscú sobre qué hacer.

Todos mis razonamientos recibieron la misma imperturbable y característica respuesta rusa: “¡Nitchevo nepodelayesh” (¡no queda más remedio!)

—Pero no podemos dejar que los hombres se mueran de hambre en la frontera, supliqué al jefe de estación.

—Mis órdenes son volver con el tren a Petrogrado con los deportados estadounidenses, decía. ¿Qué ocurriría si llegan y los trenes se han ido? Sería fusilado por sabotaje. No, *golubtchik, nitchevo nepodelayesh*.

Se enviaron telegramas urgentes a Chicherny a Petrogrado que permanecieron sin respuesta. La llamada a larga distancia funcionaba mal y fracasó al intentar mantener línea con el Comisariado de Asuntos Exteriores.

Por la mañana, llegó un destacamento militar a la estación, guardas fronterizos de mirada de pocos amigos, con sus rifles en la silla de montar, y grandes revólveres en sus cartucheras de madera artesanales colgando de sus cinturones. Su líder se presentó como Prehde, jefe de la Ossobiy Otdel¹⁰³ de la 48 División del XV Ejército, la temida Checa militar de las zonas de guerra. Venía a arrestar a dos prisioneros de guerra por espías aliados, dijo, ya que había recibido informaciones en tal sentido.

Prehde, un joven alto y delgado con cara de estudiante, se mostró sociable, y pronto estábamos manteniendo una conversación amigable. Un revolucionario de izquierdas, había sido condenado a muerte por el Zar, aunque debido a su juventud, la sentencia fue conmutada al exilio en Siberia de por vida. La Revolución de Febrero lo había liberado y había regresado al hogar.

—Cómo cambian los tiempos, remarcó. Sólo han pasado unos años desde que me oponía a la pena capital, y ahora yo mismo aplico las sentencias de muerte. Nitchevo nepodelayesh, suspiró. Debemos estar en guardia por la revolución. Tenemos a estos dos hombres, por ejemplo, espías aliados que deben ser fusilados.

—¿Estás seguro de que son espías?, pregunté.

—Completamente seguro. Un soldado letón amigo, en el otro lado, los ha denunciado. Soltó unas risitas. Entregué a aquel muchacho mil rublos zaristas por una espléndida Browning¹⁰⁴ nueva, continuó. Podría haber conseguido el revólver más barato, pero tenía que corresponder el favor, tú me entiendes.

—¿Tienes alguna prueba de que estos hombres son espías?

—¿Pruebas?, repitió con seriedad. Han sido denunciados ante mí. Estamos en una zona de guerra y no podemos presuponer su inocencia. Con un gesto de desprecio, añadió: Por supuesto, examinaremos sus documentos antes.

Estaba muy interesado por Norteamérica, donde vivía su hermano, y escuchó con avidez mi descripción de las condiciones en los Estados Unidos. Su cara mantenía una expresión impávida propia de su raza, aunque sus inteligentes ojos centelleaban de indignación al narrarle la persecución de los rusos en Norteamérica a partir de la Revolución Bolchevique.

—Pronto conocerán una situación diferente, repitió.

Como cabeza del Ossobiy Otdel, la autoridad de Prehde era absoluta sobre el distrito a su cargo, que cubría ciento ocho verstas de frontera. La vida y la muerte estaban en sus manos, y no existía apelación ante sus decisiones. Con su ayuda, finalmente persuadí a las autoridades ferroviarias para que accedieran a cumplir mis instrucciones, y los prisioneros de guerra fueron enviados en dos trenes a Petrogrado.

Telegrafié entonces a Moscú sobre las disposiciones tomadas para el retomo de los soldados, añadiendo que permanecería en la frontera y que mantendría allí al Tren Sanitario nº 81 preparado ante la posibilidad de que llegaran los deportados estadounidenses. Mi informe en apariencia no llegó a su destino, aunque 48 horas después llegó un telegrama de Chicherin, dando instrucciones para que envíe a los prisioneros en dos trenes a Petrogrado y que aguarde a los inmigrantes norteamericanos.

Como la mayoría de las ciudades de provincia de Rusia, Sebezh se encontraba a varias millas de distancia de la estación ferroviaria. Ciudad condal, bellamente situada en un valle enclavado en el seno de un campo de suaves hondonadas, con una pretensiosa plaza y varios edificios de ladrillos de dos pisos de altura. La ciudad había vivido diversos enfrentamientos, pudiéndose apreciar las evidencias por todos lados. Los cráteres de los obuses cubrían las colinas y los campos estaban delimitados por los alambres de espinos. Sin embargo, la ciudad, en sí misma, había sufrido muy poco.

En la plaza del Mercado me reuní con varios miembros de nuestro equipo sanitario y dotación del tren, entre ellos Karus, todos buscando provisiones para llevar a Petrogrado. No obstante, las tiendas estaban cerradas y el mercado vacío; aparentemente, el comercio había sido completamente suprimido en la pequeña ciudad. Los extraños pronto atrajimos la atención y, rápidamente, una pequeña multitud se congregó alrededor nuestro, ancianos con numerosos niños de piel oscura. Se mantenían a distancia, mirándonos con tímidos ojos: la llegada de muchos forasteros podría presagiar algo funesto. Eché un vistazo a Karus, y me percaté que no se veía su revólver.

Comenzamos a preguntar:

—¿Podíamos comprar pan, tal vez un poco de harina blanca, mantequilla, huevos o cualquier alimento?

Los hombres movieron sus cabezas con una triste sonrisa; las mujeres abrieron sus brazos afligidas.

—Buena gente, nos comentaron, no tenemos nada de nada; el comercio fue prohibido hace tiempo.

—¿Cómo viven aquí?, pregunté.

—¿Cómo podemos vivir? ¡Vivimos!, contestó un joven campesino de manera enigmática.

—¿Ustedes no son extranjeros?, me habló un hombre con un fuerte acento judío.

—Provengo de Estados Unidos.

—Oh, de Norteamérica. Se podía apreciar maravilla y melancolía en su voz. Escuchen niños, se giró hacia la personas que estaban cerca. Este hombre ha venido directamente de Norteamérica.

Miradas ansiosas se posaron sobre mí.

—¿Cómo es Estados Unidos? ¿Viven bien allí? Tal vez conoces a mi hermano. Todos hablaban a la vez, cada uno intentando atraer mi atención.

Sus ansias por tener noticias sobre Estados Unidos eran patéticas, su concepto del país, infantil. La sorpresa y la incredulidad se podían ver en sus ojos cuando oyeron que no conocía a sus parientes en Nai Ork (Nueva York).

—¿No ha oido hablar de mi hijo Moishe?, perseveraba una anciana. Todo el mundo lo conoce allí.

La noche iba cayendo, y les comenté que debía volver a la estación cuando alguien me rozó.

—Venga conmigo, vivo cerca. Me susurró un joven campesino.

Lo seguí, cruzando la plaza a zancadas en la oscuridad, por una calle sin pavimentar, desapareciendo pronto tras la cancela de un patio.

Me reuní con él, el cual hizo una pausa para asegurarse que nadie nos seguía. Entramos en un cobertizo, escasamente iluminado por una lámpara de queroseno.

—Vivo en otro pueblo, se explicó el campesino, aunque cuando vengo a la ciudad me quedo aquí.

Tocando en la siguiente habitación, dijo:

—¡Moishe! ¿Estás ahí?

Un judío de mediana edad con un llamativo cabello y barba rojos, se encaminó hacia nosotros. Detrás de él, venía una mujer con una *peruke* (peluca) en su cabeza, con dos pequeños pegados a su regazo.

Me dieron la bienvenida de manera cordial, invitándome a sentarme en la cocina, amplia aunque desordenada, en donde se reunió toda la familia. Un samovar estaba sobre la mesa, y me ofrecieron un vaso de té, disculpándose la esposa por la carencia de azúcar. Al momento comenzaron a hacerme preguntas, diplomáticamente al principio, insinuando lo extraño que era que llegaran tanta gente del centro a una ciudad provincial como Sebezh. Hablaban con aire despreocupado, como si realmente no estuvieran interesados, aunque sentía que me estaban escudriñando. Al final, se mostraron satisfechos al comprobar que no era ni comunista ni oficial del gobierno, y se mostraron más comunicativos.

Mi anfitriona se mostró francamente crítica con los bolcheviques, esos locos. Estaba profundamente resentida por alojar a los soldados en su hogar: su hijo mayor tenía que compartir su cama con uno de los gojim (gentiles); dejan sus cubiertos *treif* (sucios) y tenía atestada su casa. ¿Cómo podía vivir y alimentar a su familia? Actualmente estamos muertos de hambre; los malos se han llevado todo.

—Mira allí, me dijo, señalando un espacio vacío en la pared. Mi bonito espejo grande estaba allí, y ellos me lo robaron también.

El judío pelirrojo permanecía sentado en silencio, arrullando a uno de sus hijos para que se durmiera en su regazo. El joven campesino se quejaba de las razsvyorstka, que se han llevado todo de su pueblo, hasta el último caballo. La primavera estalla afuera, y ¿cómo podrán arar y sembrar sin ganado? Sus tres hermanos están movilizados, y él se encuentra sólo, un viudo con dos niños que alimentar. Sin la bondad de su vecina, los pequeños hubieran fallecido hace tiempo.

—Existe mucha injusticia en el mundo, señaló, y los campesinos somos tratados terriblemente.

¿Qué pueden hacer? No controlan el Soviet del pueblo; el Kombed (Comité contra la pobreza, organizado por los bolcheviques) los trata de manera despiadada, y el mujic común no se atreve a hablar lo que piensa ya que podría ser denunciado por algún comunista y ser encarcelado.

—Como hemos visto que no es comunista, le podemos contar cuánto sufrimos, continuó. Los campesinos están peor ahora que antes; viven en continuo temor de que los comunistas vengan y se lleven hasta su última rebanada de pan. Los chequistas de la Ossobiy Otdel entran en una casa y obligan a las mujeres a colocar todo sobre la mesa, y se lo llevan. No les importa dejar hambrientos a los niños. ¿Quién puede cultivar en esas condiciones? No obstante, los campesinos han aprendido que deben enterrar en el campo lo que quieran salvar de los ladrones.

Entraron varios campesinos. Miraron en silencio a Moishe y este bajó la cabeza en silencio. Por parte de sus conversaciones comprendí que ellos suministraban los productos al judío, el cual actuaba como intermediario en los intercambios. Uno debe tener cuidado y no negociar indiscriminadamente con extraños, indicó Moishe; a algunos de los campesinos los había visto en el mercado mirando con desconfianza. Me ofreció provisiones, cuyo precio eran mucho más bajo que en los mercados de Moscú: arenque, que cuesta 1.000 rublos en la capital, a 400; una libra de judías o guisantes a 130; harina, mitad de trigo, a 250; huevos a 60 rublos la pieza.

Los campesinos estaban de acuerdo con Moishe que los tiempos eran peores que bajo el Zar. Los comunistas son todos unos ladrones, y no hay justicia en la

actualidad. Temen más al comisario de lo que temían al viejo tchinovniki (oficial del gobierno). Se ofendieron cuando les pregunté si preferían a la monarquía. No, ellos no querían a los pomeshchiki (señores) otra vez, ni al Zar, pero tampoco querían a los bolcheviques.

—Antes éramos tratados como animales, comentó un campesino de pelo muy rubio con ojos azules, y lo hacían en nombre del Padrecito. Ahora nos hablan en nombre del partido y del proletariado, aunque somos tratados como animales, igual que antes.

—Lenin es un buen hombre, señaló un campesino.

—No hemos dicho nada en contra de él, señaló otro, aunque los comisarios son duros y crueles.

—Dios está muy alto e Ilitch (Lenin) muy lejos, dijo el campesino de ojos azules, parafraseando un viejo refrán.

—Sin embargo, los bolcheviques les han dado la tierra, me quejé.

Se rascó su cabeza y un brillo pícaro surgió en sus ojos.

—No, golubtchik, replicó, la tierra la hemos tomado nosotros mismos, ¿no es así, hermanos?, mirando a los demás.

—Dice la verdad, afirmaron.

—¿Esta situación continuará por mucho tiempo?, se preguntaban, cuando yo me marchaba. ¿Tal vez algo cambiará?

De regreso a la estación, me encontré con la dotación de nuestro tren dispersa por la colina, cargando sacos de provisiones. El joven estudiante de nuestro equipo médico cargaba un escandaloso cerdo.

—Qué alegre se pondrá mi anciana madre, dijo. Este puerco sustentará a la familia por largo tiempo.

—Si lo mantienen bien escondido, sugirió alguien.

Un soldado llegó y le pedimos que nos llevara hasta la estación. Sin responder siguió de largo. Al poco tiempo, otro carro nos sobrepasó. Repetimos nuestra solicitud. El joven campesino exclamó de manera jovial:

—¿Por qué no? Suban todos.

Era alegre y parlanchín, de corazón abierto como lo caracterizó el estudiante, y su conversación era entretenida. Le gustaban los bolcheviques aunque no los comunistas. Los bolcheviques son buenos hombres, amigos del pueblo: exigían la tierra para los agricultores y todo el poder para los soviets. Sin embargo, los comunistas son malos: roban y dan palizas a los campesinos; han tomado los soviets y ninguno que no sea comunista puede decir nada. El Kombed está lleno de holgazanes inútiles; son los jefes de los pueblos y los campesinos que rechazan doblegarse ante ellos tendrán mala suerte. Había estado en el frente de Denikin, y allí ocurrían las mismas cosas: los comunistas y comisarios hacían lo que querían y señoreaban sobre los hombres movilizados. Es diferente cuando los soldados pueden decir lo que piensan y deciden cualquier cosa en sus comités de compañía: ahí hay libertad y cada uno se siente como parte de la revolución. Pero ahora todo ha cambiado. Uno tiene miedo de hablar francamente pues siempre hay comunistas en los alrededores y corres el peligro de ser denunciado. Esta es la causa por la cual deserté; sí, deserté dos veces. Había oído que a mis vecinos le habían quitado todo, y había decidido volver al hogar a ver si eso era verdad. Sí, era verdad; peor de lo que le habían contado. Incluso su hermano más pequeño, de dieciséis años, había sido movilizado. No había nadie en su hogar, salvo su madre y su padre, demasiado viejos para trabajar sus tierras sin ayuda, y se han llevado a todos los animales. Los comisarios no habían dejado ni un caballo en su pueblo y sólo una vaca por cada familia de cinco miembros, y si el campesino tenía sólo dos niños pequeños, entonces se llevaban incluso esta última vaca. Decidió quedarse y ayudar a sus vecinos, era primavera, y había que hacerse la plantación. Al poco tiempo tuvo que escaparse. Un día, todo el pueblo fue rodeado por el comisario y sus hombres. Perdió su choza y se echó al bosque. Mala decisión, pues continuaba con su uniforme de soldado, y le disparaban desde todos los lados. Logró alcanzar un arbusto cercano, exhausto, y se cayó rodando colina abajo hasta un hoyo. Sus perseguidores debieron pensar que había muerto. Ya

tarde en la noche, regresó a la aldea, aunque no encontró a su gente; un vecino lo acogió en su hogar. Al día siguiente se vistió con las ropas de campesino, y toda la primavera y verano ayudó a los ancianos en el trabajo del campo. Finalmente regresó al Ejército por su propia voluntad: quería servir a la revolución en tanto en cuanto sus vecinos no le necesitaran. Sin embargo, fue maltratado y la comida era escasa en su regimiento, y volvió a desertar.

—Quería estar en el Ejército, concluyó, pero no podía ver a los ancianos pasar hambre hasta morir.

—¿No tienes miedo de hablar tan francamente?, le advertí.

—¡Oh, no tenga cuidado!, rió. Déjales que me peguen un tiro. ¿Soy un perro para llevar un bozal en mi hocico?

Tres días después, Prehde me notificó la llegada a Sebezh de un nuevo grupo de emigrantes. Con la esperanza de que fueran los deportados políticos de Estados Unidos, esperados durante tanto tiempo, me fui a toda prisa hacia la frontera. Para nuestra desilusión, los hombres eran prisioneros de guerra que volvían de Inglaterra. Era un grupo de ciento ocho, capturados años antes en la guerra en el distrito de Arkhangelsk y todavía vestían sus uniformes de Guardias Rojos. Entre ellos había igualmente cinco obreros rusos, que durante años habían residido en Inglaterra y que ahora habían sido deportados bajo el Acta Aliada. Estaban vestidos de modo civil, y Prehde inmediatamente decidió que ellos eran sospechosos, y ordenó que los arrestaran como espías británicos. Los deportados se tomaron la cuestión a la ligera, sin percatarse que esto podría significar un somero juicio militar sobre el terreno y la inmediata ejecución.

Comencé a tener una cierta amistad con Prehde, apreciando su simplicidad y sinceridad. Completamente simple, no tenía nada en cuenta salvo su responsabilidad frente a la revolución; su trato con los supuestos contrarrevolucionarios no era más severo que su ascetismo personal. Acabar con una vida humana lo consideraba una tragedia personal, una carga sobre su conciencia únicamente soportada por las exigencias revolucionarias.

—Sería una traición evadir esta responsabilidad, me comentaba.

Decidí apelar a él en nombre de los civiles arrestados. Deberían ser informados de las sospechas que pesaban sobre ellos, argumenté, para darles la oportunidad de que lo aclararan ellos mismos. Prehde consintió en dejarme hablarles y me prometió que se guiaría por mis impresiones.

—Camina un poco con ellos e interrógalos, me dijo directamente.

—¿Fuera, al aire libre?, pregunté sorprendido.

—Así es. Si intentan huir, serán culpables. Los mataré de un tiro.

Tras media hora de conversación con los sospechosos me convencí de que eran inofensivos. Uno de ellos, un joven medio imbécil, había sido deportado de Gran Bretaña por altercados públicos, otro por negarse a pagar la pensión a su esposa; el tercero era un convicto por manipular una máquina de juego, y los otros dos eran unos trabajadores radicales arrestados en un mitin bolchevique en Edimburgo. Prehde estuvo de acuerdo en dejarlos bajo mi custodia hasta que regresáramos a Petrogrado, en donde serían interrogados de nuevo y se tomarían las medidas adecuadas.

Por los oficiales británicos que acompañaban a los prisioneros de guerra, supe que no se habían realizado deportaciones políticas de los Estados Unidos desde el grupo del Buford. El mayor a cargo del convoy era norteamericano de nacimiento; su asistente, un teniente, judío ruso de Petrogrado. Ambos me aseguraron que Europa estaba agotada de tanta guerra, y me hablaron con simpatía de la República Soviética.

—Deberían darle una verdadera oportunidad, dijo el mayor.

Telegrafié a Chicherin sobre la llegada del segundo grupo y la certeza de que no había, en *route*¹⁰⁵, ningún deportado estadounidense. Al mismo tiempo, le informé que emplearía el Tren Sanitario n° 81, el único que permanecía en la frontera, para llevar a los hombres a Petrogrado.

Por medio de una conferencia a larga distancia y un telegrama, recibí la orden de Chicherin de esperar hasta que el Comisariado de Asuntos Exteriores determinara la fecha de la llegada de los emigrantes norteamericanos. Habíamos pasado más de una semana en la frontera, y nuestras provisiones se

acababan, pues en Petrogrado sólo nos habían dado alimento para tres días. ¿Qué podíamos hacer con más de cien hombres, algunos de ellos enfermos? Pensando que Chicherin había sido mal informado sobre los emigrantes estadounidenses, decidí ignorar las instrucciones llegadas del centro y regresar a Petrogrado.

Pero los oficiales locales no estaban dispuestos a desafiar a la autoridad y rehusaron darnos permiso, y nos vimos obligados a permanecer en la frontera. Al pasar dos días, los famélicos prisioneros de guerra comenzaron a sublevarse, y al final las autoridades consintieron que nuestro tren partiera.

Por la tarde, al regresar con Karus y Ethel, tras haber hecho los últimos preparativos para comenzar el viaje, para nuestra sorpresa no encontramos nuestro tren en la estación. Durante horas buscamos en todas las direcciones hasta que unos soldados que pasaban nos informaron que se habían oído fuertes descargas de cañones en la frontera y que, como precaución, nuestro tren pintado de blanco, se había trasladado más allá de la cadena de colinas.

La noche era cerrada. Dejando a Ethel en la plataforma de la estación, caminé a lo largo de la vía férrea hasta que me di de bruces con los vagones. Alguien me dio el alto, y reconocí la voz de Karus. Encendió su linterna e intentamos entrar en uno de los coches, pero las puertas estaban bloqueadas y selladas. De repente, el aire silbó y las balas comenzaron a acribillarnos.

—Están tirando a mi luz, gritó Karus, lanzando su linterna lejos.

Lentamente fuimos siguiendo las vías hasta que llegamos a un coche que emitía sonidos de ronquidos, y entramos.

El olor de cuerpos sucios que flotaba pesadamente en el acalorado ambiente, nos golpeó con una fuerza asfixiante. Buscamos en la oscuridad un hueco en el pasillo entre las dos filas de pies con sus botas, cuando una voz ronca gritó:

—Dezhumey (centinela), ¿quién anda ahí?

De uno de los bancos se levantó un soldado, completamente vestido y con un arma en su mano.

—¿Quién anda ahí?, repitió somnoliento.

—¡Cómo te atreves a dejar a nadie entrar en esta coche! ¡Eres un sinvergüenza!, gritó otro.

—Acaban de llegar, *tovarishtch*.

—Eres un mentiroso, te has dormido cumpliendo tu obligación. Un tropel de maldiciones cayó sobre el soldado, las cuales implicaban a su madre y sus supuestos amantes, en el pintoresco vocabulario de las palabrotas rusas.

La maldiciente voz sonaba cada vez más cercana. Pude ver una gran estrella roja, de cinco puntas, con una hoz y un martillo en su centro, en el pecho del hombre.

—Salgan fuera, condenados, gritó, o los dejaré llenos de plomo.

—Tranquilo, *tovarishtch*, le aconsejó Karus, y sé un poco más amable.

—¡Fuera!, bramó el comisario. No sabes con quién estás hablando. Somos boyevaia (soldados) de la Checa.

—Puede haber otros aquí, replicó Karus con consideración. No hemos podido encontrar nuestro coche y hemos preferido pasar la noche aquí.

—Pero ustedes no pueden permanecer aquí, se quejó el hombre en un tono más tranquilo. Podemos ser llamados al frente en cualquier momento.

—Mi *tovarishtch* es del Soviet de Petrogrado, afirmó Karus, señalándome. No podemos permanecer en el exterior.

—Bien, permanezcan aquí entonces. El comisario bostezó y cruzó sus brazos sobre su pecho.

Llevé a Ethel al coche. Parecía aterida y cansada, y casi no se mantenía en pie. En la oscuridad palpé buscando un lugar vacío, pero en todos los lugares en donde posaba mis manos encontraba un cuerpo. Los hombres roncaban en varios tonos, algunos maldecían en su sueño.

Escuché a Karus subir al segundo piso y una mujer con voz enojada, gritó:

—Deja de empujar, condenado.

—Haz un hueco, vaca, dijo Karus. Bonito ejército este, con un vagón lleno de putas.

En una esquina, encontramos un banco en donde se apilaban los fusiles, cubiertos y viejos vestidos. Tan pronto como nos sentamos, fuimos conscientes de los parásitos que subían por nuestro cuerpo.

—Espero que no cojamos el tifus, susurró Ethel con temor.

En la lejanía, se oían los disparos; algunos sonaban más cerca. Afuera, en las vías, unos hombres se estaban peleando.

—¡Deja a mi mujer!, amenazó una voz de borracho.

—¡Tu mujer!, con desprecio. ¿Porqué no mía?

—¡Te he visto, bastardo hijo de puta!

Sonó un golpe apagado y todo volvió a la tranquilidad otra vez.

Ethel se estremeció.

—Si al menos fuera de día, murmuró.

Su cabeza cayó sobre mi hombro y se durmió.

27 de Marzo.— Hoy hemos llegado a Petrogrado. Para mi consternación me encontré con que los prisioneros de guerra todavía estaban en la estación de ferrocarril. Ninguna medida se había tomado para alojarlos y alimentarlos porque no los esperábamos y ninguna orden había llegado de Moscú.

Notas capítulo XIV

100. Sarra Naumovna Ravitch, aunque será conocida por Olga Ravitch. Comunista rusa especializada en la propaganda, ingresará en el Partido Bolchevique en 1903, teniendo que exiliarse rápidamente a Suiza. Vinculada estrechamente a Zinóviev, regresará a Rusia en el mismo tren que Lenin en 1917, ocupando importantes cargos en Petrogrado: Comisaria de Asuntos Internos (Salud Pública) del Distrito del Norte, Jefa de la Milicia y representante del Comisariado de Asuntos Exteriores de Moscú en Petrogrado. En 1918 se incorporará a la Izquierda Comunista y posteriormente formará parte de la Oposición Unificada, lo que le conllevará diversos problemas en el Partido siendo expulsada y reincorporada en varias ocasiones. No está claro si fué fusilada en las purgas estalinistas, aunque todos están de acuerdo en que fue depurada y encarcelada en 1935.

101. Comité Ejecutivo.

102. Depósito incorporado a la locomotora o enganchado a ella, que lleva el combustible y agua necesarios para alimentarla durante el viaje.

103. Osoby Otdel. Sección Especial.

104. Hace referencia a una marca de armas de fuego de gran prestigio.

105. En camino (en francés en el original).

CAPÍTULO XV

De vuelta a Petrogrado

3 de abril de 1930.— Encontré a Zinóviev muy enfermo; su estado es debido, se rumorea, a una paliza a manos de unos trabajadores. La historia va de que varias fábricas habían aprobado varias resoluciones acusando a la administración de corrupción e ineficiencia, y que posteriormente algunos hombres fueron detenidos. Cuando más tarde Zinóviev visitó la fábrica, fue agredido.

Sobre estas cuestiones, nada se puede leer en el *Pravda* o en el *Krasnaia Gazette*, los diarios oficiales. Estos contienen pequeñas noticias de todo tipo, dedicadas casi exclusivamente a la agitación y llamamientos por parte del Gobierno y el Partido Comunista para que los apoye el pueblo y salvar al país de la contrarrevolución y la ruina económica.

Se espera el regreso de Bill Shatov de Siberia. Su esposa Nunia está en el hospital, y se teme que esté a punto de morir, enviándosele un telegrama a Bill. Para mi sorpresa, he podido constatar que Shatov no pudo contestar a nuestros mensajes por radio o reunirse en la frontera con el grupo del Buford porque así se lo prohibieron las más altas autoridades. Esto también explica por qué Zorin fingió que Shatov se había marchado al Este cuando en realidad todavía estaba en Petrogrado.

Parece que Bill, a pesar de sus grandes servicios a la revolución, había caído en desgracia; graves acusaciones se le habían imputado, e incluso su vida había corrido peligro. Lenin salvó a Shatov porque era un buen propagandista y

todavía podía ser útil. Bill, en la práctica, fue desterrado a Siberia, y se cree que no le permitirán volver a Petrogrado para ver a su moribunda esposa.

La mayor parte de los exiliados del Buford aún continúan desocupados. Los datos que preparé para Zorin, y los proyectos que ideé para emplear a los hombres, no han sido llevados a cabo. El entusiasmo inicial de los muchachos se ha convertido en desaliento.

—El papeleo bolchevique, me dijo S***, nos hace perder el tiempo y malgasta nuestras energías. Mi último par de zapatos se ha gastado yendo de aquí para allá intentando conseguir un trabajo. Discriminan a los no comunistas. Los bolcheviques afirman que necesitan buenos trabajadores, pero si no eres comunista no te quieren. Nos han llamado contrarrevolucionarios, y el jefe de la Checa incluso nos ha amenazado con enviarnos a prisión.

En la casa de mi amigo M***, en el Vassilevski Ostrov, me encontré con varios hombres y mujeres, sentados sobre sus abrigos alrededor del bourzhuika, una pequeña estufa de hierro que alimentaban con viejos periódicos y revistas.

—¿No parece increíble, decía el anfitrión, que Petrogrado, con grandes bosques en sus inmediaciones, tenga que congelarse por falta de combustible? Nosotros conseguiríamos la madera si tan sólo nos dejaran. ¿Recordáis aquellas barcazas sobre el Neva? Habían sido abandonadas, y se caían a pedazos. Los trabajadores de la fábrica N*** quisieron desarmarlas y usar la madera como combustible. Pero el Gobierno lo rechazó. “Nos ocuparemos de eso nosotros mismos”, dijeron. Bien, ¿qué ocurrió? Nada se hizo, desde luego, y la marea no esperó a la rutina oficial. Las barcazas fueron arrastradas al mar y se perdieron.

—Los comunistas no tolerarán iniciativas independientes, comentó una de las mujeres; es peligroso para su régimen.

—No, amigos míos, es inútil que os hagáis ilusiones, replicó un hombre alto, barbudo. Rusia todavía no está madura para el comunismo. La revolución social es sólo posible en un país con un desarrollo industrial más elevado. El mayor delito de los bolcheviques ha sido que suspendieran a la fuerza la Asamblea Constituyente. Han usurpado el poder gubernamental, pero el país entero está en contra de ellos. ¿Qué puedes esperar en tales circunstancias? Tienen que recurrir al terror para forzar al pueblo a acatar sus órdenes, y por supuesto todo se viene abajo.

—Es un buen discurso marxista, replicó un social revolucionario de izquierda, de buen humor; pero te olvidas de que Rusia es un país agrario, no industrial, y siempre permanecerá como tal. Vosotros los socialdemócratas no comprendéis al campesino; los bolcheviques desconfían de él y le discriminan. Su dictadura del proletariado es un insulto y una afrenta al campesinado. La dictadura debe ser la del Trabajo, ejercida por los campesinos y los trabajadores juntos. Sin la cooperación del campesinado el país está condenado.

—Mientras tengas dictadura, se mantendrán las actuales condiciones, contestó el anfitrión que era anarquista. El Estado centralizado, ése es el gran problema. Este no permite los impulsos creativos del pueblo, que éste se exprese. Dar a la gente una oportunidad, dejarles llevar a cabo sus iniciativas y energías constructivas, sólo eso salvará a la Revolución.

—Vosotros, compañeros, no os dais cuenta del gran papel que han desempeñado los bolcheviques, dijo un hombre delgado, nervioso. Ellos han cometido errores, desde luego, pero no se cohibieron ni fueron cobardes. ¿Qué disolvieron la Asamblea Constituyente? ¡Más poder para ellos! No hicieron más de lo que Cromwell hizo con el “Long Parliament”¹⁰⁷: expulsaron a los charlatanes holgazanes. Y, a propósito, fue un anarquista, Antón Zhelezniakov¹⁰⁷, de guardia esa noche con sus marineros en el palacio, quien ordenó a la Asamblea irse a casa. Hablas de violencia y terror, ¿crees que una revolución es un asunto de salón? La revolución debe ser asegurada cueste lo

que cueste; cuanto más drásticas sean las medidas, más humanitaria será a la larga. Los bolcheviques son estatistas, gubernamentalistas extremos, y su despiadada centralización supone un peligro. Pero un período revolucionario, como en el que estamos, no es posible sin dictadura. Esto es un mal necesario que únicamente será superado con la rotunda victoria de la revolución. Si los políticos de izquierda opositores tendieran la mano a los bolcheviques y ayudaran en la gran labor, los males del actual régimen serían mitigados y se incrementarían los esfuerzos constructivos.

—Eres un anarquista *sovietksi*, le tomaron el pelo los demás.

Casi todos los comunistas *otvetstvennyi* (responsables) se han ido a Moscú para asistir al IX Congreso del Partido. Están en disputa graves asuntos, y Lenin y Trotski han tocado la nota clave: militarización del trabajo. Los periódicos están repletos con los debates sobre la propuesta de introducción de una *yedinolitchiye* (dirección industrial unipersonal) que sustituya la actual forma colegiada. Debemos aprender de la burguesía, dice Lenin, y usarlo para nuestros objetivos.

Entre los dirigentes obreros hay una fuerte oposición al nuevo plan, pero Trotski afirma que los sindicatos han fallado en la gestión de las industrias: el sistema propuesto organizará la producción de una manera más eficiente. Los sindicalistas, por contra, dicen que no se les ha dado a los trabajadores una oportunidad, pues la centralización extrema del Estado le ha llevado a asumir las funciones de los sindicatos. La *yedinolitchiye*, afirman, significa el total control de una fábrica o un taller por una sola persona, llamada *spet* (especialista), excluyendo completamente a los trabajadores de la dirección de las mismas.

Paso a paso estamos perdiendo todo lo que hemos avanzado por medio de la revolución, me dijo un hombre del comité de un taller. El nuevo plan significa el regreso del antiguo amo. Los *spets* son los viejos *bourzhois*, y ahora vuelven

para azotamos de nuevo para que trabajemos. Pero el año pasado Lenin mismo catalogó al plan como contrarrevolucionario, cuando los mencheviques abogaron por ello. Todavía siguen en la cárcel por eso.

Otros son menos abiertos. Esta mañana encontré a N***, del grupo del Buford, un hombre de gran capacidad intelectual y mucha perspicacia política.

—¿Qué piensas de eso?, le pregunté, deseoso de conocer su opinión sobre los cambios propuestos.

—No puedo darme el lujo de expresar una opinión al respecto, contestó con una triste sonrisa. Me han prometido un puesto en una comisión que será enviada a Europa. Es mi única oportunidad para reunirme con mi esposa y mis hijos.

4 de abril.— Un hermoso domingo soleado. Por la mañana asistí al entierro de Semion Voskov¹⁰⁸, un destacado agitador comunista muerto en el frente por el tifus. Lo había conocido en Estados Unidos, y me pareció un magnífico revolucionario y devoto entusiasta de los bolcheviques. Ahora su cuerpo yace en la capilla ardiente del Palacio Uritski, recibiendo un gran homenaje como heroica víctima de la revolución.

El cortejo fúnebre se encaminó a lo largo de la avenida Nevski hacia el Campo de Marte, marchando al son de la música y el canto de un coro de Arkhangelsk. Miles de trabajadores seguían al coche fúnebre, filas y filas de hombres y mujeres de los talleres y las fábricas, trabajadores cansados, exánimes, marchando mecánicamente. Se dispararon salvas en su honor, y varios oradores pronunciaron discursos, de carácter muy oficial, pensé; demasiado militante, carentes del cálido toque personal.

La enorme manifestación, preparada por los sindicatos del Soviet de Petrogrado a las veinticuatro horas, como me informaron, debía ser una

muestra de capacidad organizativa. Felicité al presidente del Comité por su trabajo tan rápido y eficiente.

—Hecho sin salir de la oficina, dijo con orgullo. La decisión del Soviet fue enviada por telegrama a cada taller y fábrica, ordenándole el envío de una cierta cantidad de sus empleados a la manifestación. Y listo.

—¿No se les permitió a los hombres elegir?, le pregunté sorprendido.

—Bueno, rió, no dejamos nada a la libre elección.

Mientras volvía del entierro de Voskov me encontré con otra procesión. Dos hombres y una mujer caminaban detrás de una carretilla que portaba un maltrecho ataúd de pino, sin pintar, que llevaba el cadáver de su hermano. Una muchacha joven, que llevaba de la mano a un niño pequeño, seguía con cansancio los restos a su último lugar de descanso. Tres hombres en la acera apartaron su mirada de la trágica imagen. Los afligidos pasaron en silencio, un cuadro de miseria y desamparo, negros camafeos que contrastaban bajo el día soleado. En la distancia tronó la música marcial del entierro bolchevique y largas filas de soldados con uniformes de desfile, con armas con bayoneta brillando al sol, marcharon al Campo de

Marte para rendir honores a Voskov, el mártir comunista.

Semana Santa.— No se ha publicado ningún periódico desde hace varios días. Han corrido rumores de posibles excesos por parte de elementos religiosos, aunque la ciudad está tranquila.

A medianoche (el 10 de abril) asistí a la misa en la Catedral de San Isaac. El enorme edificio era frío y parecía una cripta; la voz grave del sacerdote sonaba como un réquiem de su fe. La multitud, sobre todo hombres y mujeres de la antigua clase media, parecían deprimidos, como si estuvieran pensando en un pasado glorioso que se había ido para siempre.

Después del servicio, los devotos formaron en procesión en la calle, dando tres vueltas a la catedral. Caminaban despacio, en silencio, sin alegría en los cánticos tradicionales, ¡Cristo ha resucitado! En verdad ha resucitado, se oyó sin brío como respuesta. Se oyeron tiros aislados en la distancia. Dos mujeres se abrazaron en las gradas de la iglesia y sollozaron en voz alta.

En la Catedral de Kazan, los presentes eran, en su mayoría, proletarios. Sentí la misma atmósfera opresiva, como si algún vago temor poseyera a la gente. La procesión por las calles oscuras era lúgubre, fúnebre. Las pequeñas velas de cera parecían fuegos fatuos mecidos por la brisa, su parpadeo inestable dejaba entrever los iconos y las pancartas ondeando sobre las cabezas de los devotos. La fe todavía está viva, pero el poder de la Iglesia está acabado.

Bieland¹⁰⁹ llegó de Norteamérica trayendo las primeras noticias directas que he tenido de los Estados Unidos. La reacción prolifera, relata Bieland; el 100% del americanismo celebra su victoria sangrienta. Las leyes especiales en tiempos de guerra aprobadas como medidas de necesidad temporal siguen aplicándose y con mayor severidad que antes. Las prisiones están llenas de activistas; la mayor parte de los miembros destacados de la IWW están en la cárcel, y los insumisos y los objetores de conciencia continúan siendo detenidos. El radicalismo está prohibido; la opinión independiente es un delito. El humanitarismo militarista de Wilson se ha convertido en una guerra contra el progreso. La tradicional “guerra a la guerra” se considera más letal que la propia masacre bélica.

Bill Haywood¹¹⁰, liberado bajo fianza, ha sido arrestado otra vez. Rose Pastor Stokes¹¹¹ fue extraditada a Illinois por un discurso que disgustó a algunos funcionarios; Larkin¹¹² va a ser juzgado, y Gitlow¹¹³ ha sido condenado a quince años.

Un espíritu de reacción similar se manifiesta por toda Europa. Se ha impuesto el Terror Blanco. Jack Reed¹¹⁴ ha sido detenido en Finlandia de camino a Norteamérica.

—Sólo aquí podemos respirar libremente, me comentó enfáticamente Bieland.

No le contradijo. A pesar de todos los errores y defectos de los bolcheviques, siento que Rusia todavía es el corazón de la revolución. Es la antorcha cuya luz es visible en todo el mundo, y los corazones proletarios en cada país se calientan con su resplandor.

19 de abril.— Un día sombrío; nublado, con una ligera lluvia, muy opresivo después del tiempo primaveral que hemos tenido. Es de día hasta las 10 p.m.; los relojes habían sido atrasados dos horas y recientemente otra hora más.

Liza Zorin ha sido llevada hoy al hospital, sufriendo mucho dolor; se espera que su hijo nazca en unos días. Liza rechazó una habitación privada, incluso se opuso a ser tratada por un médico en lugar de por una matrona, como cualquier otra madre proletaria. De físico delicado, y aunque padece del corazón, ella es fuerte de espíritu; una verdadera comunista que rechaza aceptar privilegios especiales. No tiene nada para su bebé, pero otras madres tienen mucho menos, ¿y por qué debería yo ser más que ellas?, dice Liza.

Moscú ha rechazado otorgar un permiso para que Bill Shatov pueda dejar Siberia y visitar a su esposa enferma. Si bien es el Comisario de Ferrocarriles en la República del Lejano Oriente, Bill se encuentra prácticamente en el exilio.

Las revelaciones en el *Pravda* sobre los reformatatorios para niños de Petrogrado han conmocionado a la ciudad. Un comité de las Juventudes Comunistas había estado investigando a las instituciones, y ahora su informe ha destapado los más deplorables asuntos. A “los reformatatorios” se les acusa de ser verdaderas prisiones en las cuales los jóvenes internos son tratados

como criminales. Los niños con retrasos están sujetos a severos castigos, y las travesuras infantiles se tratan como verdaderos delitos. La administración general está plagada de burocracia y corrupción. La forma favorita de castigo es privar a los niños de sus comidas, y el alimento que así se ahorran lo roban los gerentes de la institución. Por métodos corruptos los comisarios consiguen provisiones con listas falsas con unos fines especulativos. El nepotismo prevalece, el número de empleados a menudo iguala al de niños.

Había estado considerando desde hace algún tiempo ocupar un puesto en la educación, y aproveché la oportunidad para hablar del tema con Zorin. El estaba completamente disgustado por los descubrimientos y se inclinaba a pensar que la situación de la escuela había sido exagerada por los jóvenes investigadores. Insistió que los males existentes se deben principalmente a la falta de profesores bolcheviques. Sólo a los comunistas se les puede confiar los puestos de responsabilidad, afirmó. Donde los no militantes del Partido mantienen sus altos cargos, ha sido necesario poner a un politkom (comisario político) a la cabeza de la institución para protegerla del sabotaje. Este sistema, aunque poco económico, es necesario en vista de la escasez de trabajadores y organizadores comunistas. Los males y abusos en las instituciones soviéticas se deben casi en su totalidad a esta situación, alega Zorin. El hombre medio es un filisteo, cuyo único pensamiento es aprovecharse en cada oportunidad de asegurar mayores ventajas para él mismo, su familia y amigos. Es la naturaleza humana burguesa, *nitcheve nepodelayesh*. Es verdad, desde luego, que los empleados soviéticos roban y especulan. Pero el Gobierno está luchando contra estos males con mano férrea. A este tipo de personas con frecuencia se les fusila como culpables de crímenes contra la revolución. Pero el hambre es tan grande que incluso los comunistas, los que no están suficientemente versados en las ideas y la disciplina del Partido, a menudo caen víctimas de la tentación. Con éstos se tiene incluso menos consideración que con los otros. Con ellos el Gobierno es implacable y justo: los comunistas son la vanguardia de la revolución; ellos deberían ser un ejemplo de devoción, honestidad y autosacrificio.

Hablamos sobre modos de erradicar las iniquidades en las instituciones infantiles, y Zorin acogió positivamente mis sugerencias prácticas basadas en la

experiencia educativa en Norteamérica. Ofrecí dedicarme a esta labor, pero me sentí obligado a establecer como condición el no ser supervisado por politkoms y que se me diese la oportunidad de llevar a cabo mis ideas en el tratamiento de niños con retrasos y de los supuestos niños moralmente anormales. Zorin me envió a Lilina¹¹⁶, la esposa de Zinóviev, que está a cargo de las instituciones educativas de Petrogrado, y alegremente me advirtió de que no repitiera *le faux pas*¹¹⁷ que había cometido cuando la conocí.

En esa ocasión, cuando visité las habitaciones de Zinóviev en el Astoria, una joven atractiva abrió la puerta.

—¿Es usted la Sra. Zinóviev?, pregunté, inconsciente de que había cometido un abuso imperdonable en la etiqueta bolchevique; de hecho, un doble abuso al emplear la expresión burguesa señora y al no dirigirme a ella por su propio nombre, que en ese momento no podía recordar.

—Me llamo *tovarishtch* Lilina, dijo censurándose, y al instante tuve enfrente a una mujer furiosa, de mediana edad con cara de solterona disgustada. Claramente había oído mi pregunta, y su recepción fue descortés.

—El *tovarishtch* Zinóviev no recibe a nadie aquí. Vaya al Smolny, dijo, sin permitirme entrar.

—Me gustaría utilizar el telégrafo directo al Ministerio de Asuntos Exteriores, en contacto con Chicherin, expliqué.

—No puede hacerlo, y no sé quién es usted, contestó de manera brusca, cerrando la puerta.

En esta ocasión Lilina fue más amable. Hablamos de las condiciones en los reformatorios y admitió que existían ciertos hechos terribles, pero dijo que el informe publicado era extremadamente exagerado. Hablamos de los métodos modernos de educación y expliqué el sistema seguido por la Escuela de Ferrer en Nueva York. Ella estuvo de acuerdo en la teoría, pero debemos encarrilar a nuestra juventud, remarcó, para continuar el trabajo de nuestra revolución.

—Con toda seguridad, asentí, ¿pero debe ser realizado con los métodos convencionales que anulan y mutilan la mente joven imponiéndole opiniones y dogmas predigeridos?

Hice hincapié en que el verdadero objetivo de la educación es ayudar al desarrollo armonioso de las cualidades físicas y mentales del niño, incentivar el pensamiento crítico e inspirar el esfuerzo creativo.

Lilina pensó que mis puntos de vista eran demasiado anarquistas.

Notas capítulo XV

106. El Long Parliament, fue la cámara convocada por Carlos I de Inglaterra en 1640 para obtener recursos para su guerra contra los obispos. Tenía la característica de que no podía disolverse sin el consentimiento de todos sus miembros. Cromwell cerrará esta cámara ante las críticas hacia su política militar; finalmente se volverá a reunir en 1660, tras la muerte de éste, disolviéndose oficialmente.

107. Anatoli Zhelezniakov.- Anarquista ruso, marinero de la Flota del Báltico. Participará en la defensa de la villa de Dumovo, ocupada por los anarquistas y convertida en una comuna libertaria. 1A represión bolchevique llevará a Anatoli y otros cincuenta marineros a levantar barricadas y hacer frente por las armas a las fuerzas militares comunistas. Finalmente será capturado y sentenciado a catorce años de trabajos forzados. Sin embargo, al poco tiempo logrará escaparse y volver a Kronstadt en donde continuará su labor propagandista. En octubre de 1917 participará en el derrocamiento del gobierno provisional, participando en la ocupación del Palacio de Invierno, pasando a la historia por ser el encargado de disolver la Asamblea Constituyente. Durante la guerra civil, se incorporará al Ejército Rojo, de donde tendrá que huir ante su negativa a aceptar la militarización de las fuerzas revolucionarias. No obstante, al poco tiempo vuelve a incorporarse a las fuerzas bolcheviques, comandando un tren militar, en donde morirá en 1919. Los comunistas han querido convertir a Anatoli en un héroe del partido, olvidando su carácter anarquista.

108. Semion Petrovich Voskov o Bockob, nacido en Ucrania en 1889, tras la Revolución de 1905 se verá obligado a emigrar a Estados Unidos, convirtiéndose en un personaje destacado de la sección rusa del Partido Socialista (comunista) de Norteamérica. Durante la Primera Guerra Mundial, trabajará en la redacción del periódico *Novy Mir* (Nuevo Mundo), junto a personajes de la talla de Fishelev o Bujarin. Con la revolución de febrero, llega a Petrogrado, en donde rápidamente desempeña cargos de importancia como el de Comisario de los Suministros de Alimentos, para posteriormente pasar a ocupar el cargo de comisario del ejército de Budionni, en donde morirá en 1920 afectado por las fiebres tifoideas.

109. No hemos podido identificar a esta persona.

110. William Haywood nace en Salt Lake City en 1869, pasando una infancia muy dura, trabajando en la minería, lo que le llevará a entrar en contacto con el movimiento obrero, destacando como sindicalista. En 1905, será uno de los promotores de la IWW, un intento por crear una gran central sindical que pudiera hacer frente a los patronos. Vinculado al Partido Socialista, participará en varias campañas electorales, aunque su radicalismo finalmente le llevará a ser expulsado del partido en 1913. Ante la declaración de la Primera Guerra Mundial, promoverá desde la IWW la insumisión frente a la movilización, lo que a la larga, bajo la legislación bélica, le llevará a ser detenido y juzgado. Tras un largo juicio, será

condenado a prisión junto a otros cien miembros del sindicato. Si bien públicamente había defendido que se tenía que entrar en la cárcel como estrategia contra el militarismo, tras agotar todos los recursos judiciales, en 1921, cuando tenía que ir a prisión, huirá hacia la Rusia soviética, provocando una verdadera fractura dentro del movimiento obrero por su “traición”. Vinculado a Lenin, la muerte de éste y el ascenso de Stalin, le llevarán al ostracismo, muriendo finalmente en 1928 por complicaciones de su diabetes y su alcoholismo.

111. Rose Harriet Pastor Stokes, nacida en 1879 en la Polonia rusa, con doce años emigrará a Estados Unidos, comenzando a trabajar como cigarrera. En 1903 se trasladará a New York en donde comenzará su carrera como periodista. Entrará en contacto con los socialistas más destacados de la ciudad, comenzando su militancia en el Partido Socialista. Con la Primera Guerra Mundial, se distanciará del partido al no estar de acuerdo con su posicionamiento frente a la guerra, aunque al poco tiempo se volverá a afiliar. Bajo la ley contra el espionaje, será acusada de traición y condenada a diez años de cárcel, aunque finalmente será absuelta. Rose será una de las fundadoras del Partido Comunista de América, viajando a Rusia en 1922 como delegada al IV Congreso de la Internacional Comunista, iniciando así numerosas campañas reivindicativas que concluirán en 1930, cuando se le detecta un cáncer. Irónicamente, a pesar de su origen judío, se trasladará a Frankfurt para recibir tratamiento médico, en donde morirá en junio de 1933.

112. James “Big Jim” Larkin fue un destacado socialista irlandés estrechamente vinculado al movimiento obrero a partir de 1917. Líder de numerosas huelgas, con el lockout empresarial de 1914, se traslada a Estados Unidos para recaudar fondos, vinculándose estrechamente con la IWW y el Partido Socialista, aunque finalmente será expulsado por sus simpatías con los bolcheviques. Detenido durante la conocida *Red Scare*, será condenado a diez años de prisión en Sing Singen 1920, aunque finalmente logrará ser excarcelado en 1923, y deportado a Irlanda. De nuevo, iniciará sus campañas a favor del proletariado, aunque a partir de entonces bajo el signo comunista, aunque poco a poco se irá desencantando con el movimiento soviético. Finalmente, retomará al socialismo en los años 40, siendo elegido como diputado, muriendo en enero de 1947.

113. Benjamín Gitlow nace en New Jersey en 1891 y con dieciocho años se afilia al Partido Socialista, logrando ser elegido para la Asamblea de la ciudad por el distrito del Bronx en 1917. Poco a poco irá radicalizando su postura política, siendo uno de los fundadores del Partido Comunista de América, en donde actuará como gestor financiero de su órgano de expresión, *Revolutionary Age*. Por su actividad política, será detenido en 1920, siendo condenado a una pena de cinco a diez años, aunque sólo cumplirá dos años. A partir de ese momento, se dedica plenamente al Partido, como agitador obrero, aunque las purgas estalinistas desatadas en 1929, llevarán a su expulsión del Partido Comunista. Durante los años 30 del siglo XX intentará crear su propio partido político de corte comunista, aunque poco a poco se irá desencantando con el marxismo, llegando en los años 40 a tomar posturas muy conservadoras y apoyar la caza de brujas promovida por McCarthy. Morirá en 1965.

115. John Reed, nacido en Portland en 1887 en el seno de una familia adinerada, lo que le permitió estudiar en la elitista Universidad de Harvard, en donde iniciará su labor como periodista al tiempo que entró en contacto con el socialismo. Al finalizar sus estudios, se trasladará a New York, residiendo en Greenwich Village, centro de la cultura alternativa de la ciudad. En 1913 entrará a formar parte de la revista socialista *The Masses*, destacándose en el apoyo de la huelga de Paterson. Como periodista, cubrirá la revolución de México, apoyando a las fuerzas de Pancho Villa. Al estallar la Primera Guerra Mundial, será enviado, como corresponsal de guerra a Italia, tomando posición en contra de la intervención norteamericana en la contienda. Al producirse la Revolución rusa, rápidamente volverá a Europa, llegando en agosto de 1917 a Rusia. Rápidamente se pondrá al servicio de los bolcheviques, y a su regreso a Estados Unidos, provocará una escisión dentro del Partido Socialista, creando el futuro Partido Comunista de América. Tras varios viajes a Rusia, en 1920 le será encomendado por el Komintern acabar con las peleas internas entre los comunistas norteamericanos, aunque en su viaje será detenido en Helsinki, sufriendo terribles torturas y un largo cautiverio que casi le cuesta la vida; finalmente será liberado, regresando a Moscú. Sin embargo, en Rusia pronto descubrirá los tejemanejes de Zinóviev y compañía para controlar el Partido y la revolución, siendo obligado a desplazarse como delegado del Komintern al lejano Este asiático, un territorio devastado e infectado por el tifus, enfermedad que contraerá y que finalmente le llevará a la muerte en octubre de 1920. Su entierro tendrá carácter de funeral de Estado.

116. Zinaida Lilina, judía, esposa de Zinóviev, será una de las comunistas de la vieja escuela, que con su marido seguirá a Lenin en su periplo por el exilio. Actuará, entre otras publicaciones, como redactora del periódico comunista publicado legalmente en Petrogrado antes de la revolución, *La mujer trabajadora*, en donde colaborará con, por ejemplo, Kolontái. Formará parte del primer gobierno bolchevique, ocupando el cargo de Comisario del Pueblo para la Planificación Social en la Comuna del Norte. Participará en el Primer Congreso Nacional de la Mujer Trabajadora en noviembre de 1918, haciendo un encendido llamamiento a la movilización de la mujer para defender la revolución.

117. En francés en el original. Paso en falso o metedura de pata.

CAPÍTULO XVI

Casas de reposo para trabajadores

Desde hace meses Zorin ha estado pensando en un proyecto para dar a los trabajadores de Petrogrado la oportunidad de reponerse durante el verano. Los trabajadores están sistemáticamente mal alimentados y exhaustos. Un descanso de unas semanas y una *pyock* mejorada les daría una fuerza renovada, y al mismo tiempo sería una muestra del interés del Partido Comunista en pro de su bienestar.

Después de un largo debate, la idea de Zorin fue aprobada por el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, y ha obtenido la autorización para poner en práctica su preciado sueño. Las antiguas villas de la nobleza rusa en los lindes de la ciudad tenían que ser convertidas en casas de reposo proletarias y reconstruidas para alojar a cincuenta mil trabajadores, que pasarán allí dos semanas en grupos de cinco mil.

Zorin pidió mi cooperación, y he aceptado con entusiasmo. Hemos hecho varias visitas a la Isla Kameny, donde están las villas y palacios más hermosos, y he preparado un detallado plan para convertirlos en casas para las pequeñas familias de trabajadores, dotándolos también de comedores, bibliotecas, y lugares de recreo. Zorin me ha designado como coordinador general y me ha pedido que se aligere el trabajo, deprisa, al estilo americano, como se expresó, para que todo esté listo para el Primero de Mayo, que debe ser celebrado a gran escala como vacaciones revolucionarias.

La isla ha estado abandonada desde la revolución; la mayoría de las villas necesitan ser cuidadosamente renovadas e incluso las calles están mal

reparadas. Pensamos en crear un centro vacacional artístico estival, con mejoras y comodidades modernas en beneficio del proletariado. Con toda seguridad, ningún gobierno ha emprendido antes un trabajo de esta envergadura.

Los arquitectos e ingenieros civiles están disponibles, pero encontramos serias dificultades para conseguir material de construcción y una labor eficiente. Los almacenes de Petrogrado están abastecidos de todas las cosas necesarias, pero es casi imposible saber lo que se puede conseguir y a dónde hay que dirigirse. Cuando la propiedad privada fue nacionalizada, las tiendas y los almacenes fueron clausurados, y nadie parece saber lo que éstos guardan. Nuestros arquitectos, ingenieros y trabajadores corren a la ciudad, perdiendo su tiempo en un vano esfuerzo por conseguir el material requerido. Durante días abarrotan distintas oficinas para obtener pedidos autorizados para unas cuantas azadas o tuberías de agua, y cuando éstos finalmente se consiguen, el desconocimiento general nos frustra en cuanto adonde se encuentra el objeto. En esta situación el único medio económico y eficiente para proceder sería tener nuestro propio comité de revisión de los almacenes y hacer un inventario del stock disponible. Pero mi propuesta al respecto ha puesto en duda los gruesos pilares del sistema burocrático imperante. Los comisarios de varios departamentos, todos comunistas, tienden a considerar una ofensa semejante ignorancia de su autoridad: los cauces establecidos para trámites deben ser respetados. Además, las tiendas y almacenes habían sido clausurados por la Checa; sin su permiso en cada caso particular no se pueden tocar las cerraduras. La Checa no ve con buenos ojos mi sugerencia, viniendo de alguien que no está afiliado al Partido. *Nitcheve ne podelayesh*, me dice Zorin.

Creo que la nueva burocracia soviética, su ineficiencia e indiferencia, es el mayor impedimento para el trabajo. Supone una lucha continua contra el papeleo oficial, las preferencias, y las mezquinas envidias. El tiempo pasa y prácticamente no hay ningún progreso. La situación es desalentadora.

Considero vital que los hombres contratados para construir un lugar de ocio para el proletariado se sientan partícipes del asunto, para sólo así poder cooperar efectivamente y obtener resultados. Por lo tanto, he aconsejado la

constitución de un comité para visitar las tiendas y fábricas, explicar nuestro plan a los trabajadores, y despertar su interés y ayuda voluntaria. También advertí del valor moral de dicho procedimiento, y me ofrecí para organizar el comité con los deportados del Buford, la mayoría aún buscando trabajo. Zorin es partidario de esta idea, pero han surgido protestas desde distintas oficinas. Me pregunto si se debe a la desconfianza oficial a los hombres del Buford o la aversión de permitir al comité entrar en contacto con los trabajadores. Sea como sea, la puesta en práctica de mi sugerencia ha supuesto infinitas solicitudes a varios comisarios y, aparentemente, se han perdido en la intrincada red de la maquinaria soviética.

En cambio, los soldados y los prisioneros de los campos de trabajos forzados de la ciudad han sido llevados a la fuerza para reparar las carreteras, limpiar los descuidados jardines y reparar las casas. Pero no tienen interés en el trabajo; sus pensamientos y tiempo están completamente dedicados a la cuestión de la *pyock*. Un asunto vital: por no trabajar en sus tareas cotidianas, se arriesgan a perder sus raciones, y no hay provisiones suficientes para alimentarles en la isla. Se ha abierto un comedor general, pero es tal el favoritismo que allí impera que los presos y soldados sin influencia con frecuencia se quedan sin comida, dándosele preferencia a los numerosos amigos y protegidos de los comisarios y comunistas. Los trabajadores comunes están descontentos.

—El trabajador auténtico, me dice un soldado, no entrará en el complejo vacacional de verano. Será sólo para comisarios y comunistas.

Algunos edificios en la zona elegida para las casas de reposo están siendo usados como casas cunas y escuelas; otros, por familias de la intelligentsia. Han ordenado a, todos desalojarlos. Pero mientras se hacen los preparativos para conseguir un sitio para las escuelas de la ciudad, a los habitantes se les considera *bourzhooi* y como tal, indignos de cualquier consideración: deben ser desahuciados. Las influencias secretas todavía funcionan: unos cuantos *bourzhooi* han recibido protección, mientras que los que no tienen amigos en las altas esferas piden clemencia en vano. Zorin me ha pedido ejecutar la orden de desahucio, pero aunque ansioso como estoy por hacer casas de reposo para los trabajadores, he tenido que rechazar colaborar en lo que me

parece una flagrante injusticia y una brutalidad innecesaria. Zorin está disgustado por mi sentimentalismo, y se me está apartando del trabajo.

CAPÍTULO XVII

El Primero de Mayo

Despierto temprano por la mañana por el son de la música y de las canciones; salí a la calle. La ciudad estaba vestida de gala: pancartas y banderas agitadas por el viento; alfombras rojas y pendones colgados en ventanas y puertas; la variedad de los modelos y diseños provocan un cálido efecto oriental.

En la Nevski un coche grande me adelantó, deteniéndose unos cuantos pasos más adelante. Una cabeza rizada y negra surgió de las profundidades de la máquina, y alguien me llamó:

—Hola, Berkman, venga, sube. Reconocí a Zinóviev.

Destacamentos militares desfilaban, cantando canciones revolucionarias, y grupos de hombres y mujeres marchaban al ritmo de *la Internacional*.

—*Subotniki*¹¹⁷, comentó Zinóviev, yendo al Marsove Pole a plantar árboles sobre las tumbas de nuestros héroes muertos.

Nuestro coche se movía lentamente entre las falanges de jóvenes revolucionarios y hombres del Ejército Rojo, y me vino a la mente una manifestación anterior del Primero de Mayo. Fue mi primera experiencia de este tipo, en Nueva York, a finales de los años 80. Los radicales de todos los bandos habían colaborado para que el acontecimiento fuese un éxito, y se esperaba una enorme manifestación en Union Square. Pero la mayoría de los trabajadores americanos de la ciudad hicieron oídos sordos a nuestra convocatoria, y sólo asistieron unos miles, la mayoría extranjeros.

El mitin acababa de comenzar cuando de repente aparecieron los grandullones de azul, y la reunión fue atacada con porras y dispersada hacia las calles aledañas. Algunos de nosotros habíamos previsto esta posibilidad, y un pequeño grupo jóvenes se había preparado para hacer frente a la policía. Pero en vísperas de la manifestación, en nuestra última conferencia del comité, H***, el líder de los miembros más viejos, nos había advertido de no ser incitados por la violencia, y recuerdo bien como con pasión me enfadé por los argumentos del pusilánime socialdemócrata.

—Somos los maestros del pueblo, había dicho, y debemos conducirlo a una conciencia de clase superior. Pero somos pocos y será una locura sacrificarnos innecesariamente. Debemos reservarnos para un trabajo más importante.

Me mofé de la advertencia cobarde y la tildé como el colmo espiritual de nuestra civilización cristiana que ha transformado al valiente águila, el hombre, en un zorro.

Pero el discurso de H*** aplacó el entusiasmo de nuestro grupo, y no hubo ninguna resistencia a la brutalidad de la policía. Me fui a casa desmoralizado por el fracaso ignominioso de nuestra manifestación del Primero de Mayo.

Los truenos metálicos de *la Internacional*, tocada por varias bandas a la vez, me devolvió al presente. Ahí, efectivamente, estaba el Primero de Mayo de mis sueños de juventud. ¡Allí estaba la propia revolución!

En la Plaza Uritski nos apeamos. Con afecto, observaba a los trabajadores y soldados que se unían a nuestro grupo. Ahí estaban los constructores de la revolución quienes, ante dificultades insuperables, están llevándola a la victoria. Eché un vistazo a Zinóviev, parecía cansado, agotado por el exceso de trabajo, con enormes ojeras, el aspecto comunista con el que ya me había familiarizado.

Se formó la procesión. Zinóviev me cogió del brazo, y alguien nos empujó hacia la fila de enfrente. Cogidas de la mano, las filas marcharon hacia el Campo de Marte, Zorin portando la enorme bandera roja. Su delgada figura se tambaleaba bajo su peso, y manos dispuestas se estiraban para relevarlo. Pero Zorin no sería privado de la preciosa carga.

El Campo de Marte estaba salpicado de figuras agachadas afanasas en el trabajo, los subotniki decorando las tumbas de los mártires revolucionarios. Trabajaban con alegría, alcanzábamos a oír fragmentos de sus canciones entre las pausas de las bandas de música a nuestras espaldas.

Estuve de pie con Zinóviev en la tribuna de autoridades, traduciendo sus respuestas para el corresponsal americano a quien finalmente Chicherin había admitido en Rusia. Hasta donde mi vista alcanzaba, los soldados y trabajadores llenaban la enorme plaza y las calles contiguas. El proletariado de las fábricas marchaba, cada grupo con su bandera carmesí inscrita con lemas revolucionarios. Enfermeras del Ejército Rojo, empleadas de talleres e instituciones soviéticas, regimientos de las Juventudes Comunistas, el *vsevobuch*¹¹⁸ de los trabajadores armados, y largas filas de niños, hombres y mujeres, desfilaban con las banderas de sus organizaciones.

Fue la manifestación más impresionante de carácter revolucionario que yo haya visto alguna vez, y me sentí inspirado por ello. Pero el aspecto de los manifestantes era deprimente; desnutridos, agotados, mal vestidos, y noté que muchos niños andaban descalzos. Probablemente por su debilidad física, pensé, los asistentes mostraban tan poco entusiasmo, apenas devolvieron los saludos de los comunistas en la tribuna, y los frecuentes ¡Hurra, Hurra, *tovarishtchi!* que gritaban Lashevich¹¹⁹ y Antselovitch, tenientes de Zinóviev, encontraban un débil y exánime eco en las filas de los manifestantes que pasaban.

Las festividades se clausuraron por la noche con un espectáculo de masas al aire libre, ilustrando el triunfo de la Revolución. Fue una poderosa representación de la larga era de esclavitud del pueblo, de su sufrimiento y miseria, y de las actividades clandestinas revolucionarias de los pioneros de la libertad. Los mejores artistas de la ciudad participaron en la representación del gran drama ruso y dieron una presentación intensa y conmovedora. Me quedé pasmado por los horrores de la tiranía de los zares; el sonido metálico de las cadenas de los esclavos resonó en mi conciencia, y oí el murmullo de la tormenta que se aproximaba desde las profundidades. Entonces, el repentino trueno del cañón, los gemidos de los heridos y moribundos en la masacre mundial, seguidos del relámpago de rebelión y el triunfo de la revolución.

Viví intensamente el espectro entero de la gran lucha en las dos horas de representación, y me conmovió profundamente. Pero la enorme audiencia permaneció en silencio, ni un solo signo de aprobación se manifestó. Me preguntaba si sería la apatía del temperamento norteño, cuando oí a un joven trabajador cerca de mí diciendo:

—¿Para qué ha servido todo esto? Me gustaría saber lo que hemos conseguido.

Notas capítulo XVII

117. — De la palabra rusa subota, sábado. Aplicado a los voluntarios que ofrecen su trabajo el sábado fuera de horario.

118.— Vsevobuch, término para designar el servicio militar obligatorio impuesto en marzo de 1918 que movilizaba inicialmente a los obreros y que afectó posteriormente también a los campesinos. Sería derogado en 1923, para volverse a imponer con la II Guerra Mundial.

119.— Mikhail Mikhailovich Lashevich. Nace en Odesa en 1884, desde 1901 militó en el Partido Social Democrático, en su facción bolchevique. Tendrá un papel destacado en la toma del Palacio de Invierno y en el derrocamiento del Gobierno Provisional de Kerenski. Será uno de los jefes militares de la revolución y del posterior Ejército Rojo (comandante del Tercer Ejército). Ocupará el cargo de Presidente del Comité Revolucionario de Siberia y el Consejo Militar Supremo. Participará como orador en el entierro de Lenin. El décimo aniversario de la revolución supondrá su caída en desgracia al encabezar una manifestación de protesta contra Stalin. Será depuesto de sus cargos y exiliado a Siberia, donde morirá.

CAPÍTULO XVIII

La misión laborista británica

Mayo de 1920.— Nuevos aires soplan en Petrogrado con la llegada de una misión británica; muchas reuniones, banquetes y festejos tienen lugar en su honor. Creo que los comunistas tienden a exagerar la importancia de la visita y sus posibles resultados. Algunos incluso piensan que la llegada de los ingleses augura el reconocimiento político de Rusia en un futuro cercano. Los periódicos soviéticos y los discursos comunistas han creado la imagen de que la Misión representa el sentimiento de todo el proletariado británico, y que éste está a punto de llegar en ayuda de Rusia.

Oí hablar del asunto a un grupo de trabajadores y soldados en la asamblea del Templo del Trabajo. Me habían pedido traducir al inglés las resoluciones para presentarlas, y me asignaron una pequeña mesa. La gente se apiñó alrededor de mí para tener una mejor visión de los delegados en la tribuna. Todo el resplandor de las luces eléctricas iluminaba a Ben Turner¹²⁰, Presidente de la Misión, bajo, rechoncho, y bien alimentado.

—¡Allí, mírele! exclamó un trabajador detrás de mí, no hay duda de que viene del extranjero. Nuestra gente no está tan gorda.

—¡De que te extrañas! replicó un soldado, Rusia no es Inglaterra, y la gente allí no pasa hambre.

—Los trabajadores pasan hambre en cualquier lugar, dijo una voz ronca.

—Esos no son trabajadores, corrigió el primer hombre. Son delegados.

—Desde luego, delegados, pero delegados proletarios, insistió la voz ronca. La clase obrera inglesa les envió para ver qué necesitamos.

—¿Usted piensa que nos ayudarán?, preguntó el soldado esperanzado.

—Para eso están aquí. Regresarán a casa y le dirán al proletariado cuánto sufrimos, y levantarán el bloqueo.

—Si Dios quiere, si Dios quiere, suspiró el trabajador con fervor.

Un hombre pasó, empujando con fuerza a la muchedumbre, y ascendió a la tribuna. Su aspecto rutilante, ropa ajustada, y cara rubicunda contrastaba profundamente con la gente allí presente.

—¡Mire a ese delegado gordo! No pasan hambre en Inglaterra, el soldado susurró al que estaba a su lado.

Algo familiar en el corpulento delegado atrajo mi atención. Su mirada se posó en mí y sonrió al reconocerme. Era Melnichanski¹²¹. Presidente del Soviet de Sindicatos de Moscú.

Se siente una considerable decepción entre los círculos comunistas con respecto a la Misión. Los desfiles militares no han conseguido impresionarles, las visitas a fábricas y talleres no han generado ningún entusiasmo entre los fríos británicos. Parecen evitar deliberadamente dar una opinión sobre la posible ayuda de su país o el carácter de su informe para los trabajadores de Inglaterra. Ciertos comentarios de algunos delegados han provocado inquietud. Algunos comunistas ven de muy mal gusto honrar a una misión laborista con desfiles militares, pues son abiertamente pacifistas. Un país revolucionario como Rusia, dicen, debería hacer hincapié en la conciencia proletaria del pueblo como verdadero símbolo de su carácter y la mayor garantía de sus intenciones pacíficas. Las visitas a las industrias, se dice, pudieron impresionar sólo por la falta de resultados productivos y por el hecho

de que las fábricas y los talleres habían sido preparados para los delegados. Incluso se cuchicheó que la impresión de los británicos en la atmósfera oficial con la que se les rodeó era una especie de molesta vigilancia.

Los hombres enviados de Moscú para dar la bienvenida a la Misión, Radek, Melnichanski y Petrovski¹²², piensan que se debe hacer lo mejor para dar una buena imagen a los delegados, con la esperanza de obtener un informe favorable en Inglaterra y las correspondientes medidas que allí se tomarán en nombre de Rusia. Radek y Petrovski son duros defensores de la diplomacia, sobre todo Petrovski, quien al parecer disfruta de una gran influencia en los consejos del Partido, aunque su lealtad al bolchevismo sea de origen muy reciente. Le conocía en Norteamérica como Dr. Goldfarb, redactor de la sección laboral del periódico judío de Nueva York *Forward*, y un fanático socialdemócrata, un *menshevik* en la terminología rusa. Su conversión al bolchevismo fue muy repentina, y me ha sorprendido saber que mantiene el importante cargo de Comisario de Educación Militar.

Angélica Balabanova¹²³, una vieja revolucionaria, con una muy encantadora personalidad, que está en el Comité de Bienvenida, coincide conmigo en que la mejor política es permitir a la Misión descubrir toda la verdad concerniente a Rusia, y granjearse su amistad y colaboración en la labor de fortalecimiento del país por una adecuada comprensión de sus necesidades, más que por la falta de ella. Pero los otros miembros del Comité de Bienvenida mantienen una postura diferente. Demasiado entusiastas y ansiosos, exageran la verdad y reducen al mínimo o niegan completamente los puntos débiles. En desfiles y reuniones se ha llevado a cabo esta política, pero es evidente que algunos delegados han visto a través de la máscara del fraude. En el último banquete en honor de los británicos antes de su salida hacia Moscú, casi todos los oradores remarcaron el hecho de que sólo se le había dicho la verdad a la Misión, inconscientes de la sonrisa de incredulidad en la cortés atención de los delegados. Antselovitch, Presidente de los Sindicatos del Soviet de Petrogrado, llegó más allá al afirmar que la plena libertad individual está establecida en Rusia, al menos para los trabajadores, añadió, como si de pronto se diera cuenta de lo imprudente de su declaración.

Quizás cometí una injusticia con Antselovitch al omitir aquella falsedad en la traducción que hice de su discurso. Pero no pude estar de pie ante los delegados y repetir lo que yo sabía, así como también ellos, que era una mentira deliberada, tan estúpida como innecesaria. Los delegados son conscientes de que la dictadura es lo contrario de la libertad. Saben que no hay libertad de expresión o de prensa para nadie en la Rusia soviética, incluso para los comunistas, y que la inviolabilidad del hogar o de las personas es totalmente desconocida. Las exigencias de la lucha revolucionaria hacen de ella una cuestión imperativa, admite Lenin con franqueza. Es un insulto a la inteligencia de la Misión pretender otra cosa.

En nuestras visitas a los talleres y fábricas, Antselovitch y sus ayudantes se pusieron a los pies de los delegados de una manera que claramente les disgustó. Uno de los británicos insinuó a sus colegas que a los sitios se les avisó con antelación y que estaban preparados para los distinguidos invitados. La información acerca de las condiciones y de la producción dada por gerentes, capataces y empleados comunistas variaba de forma tan obvia como para provocar comentarios de sorpresa. Algunos miembros de la Misión se dieron cuenta de la presencia de chequistas y fueron conscientes de la intimidación de los trabajadores ante su presencia.

Un tren de lujo, con restaurante y coche—cama Pullman¹²⁴, aguardaba en la Estación Nikolaievskyi para llevar a la Misión británica a Moscú. En cada coche los delegados fueron saludados por la guardia de honor, jóvenes *kursanti*¹²⁵ musulmanes con sus pintorescos uniformes circasianos. El lugar presentaba un inusual aspecto sereno. No se veía la habitual muchedumbre con sus pesadas cargas, gritando y empujando. Ni un trabajador desaliñado o mendigo mugriento estaban a la vista. La estación y el andén eran una imagen de pulcritud y orden bien regulado.

A la primera campanada de las 11 p.m. del domingo 16 de mayo, la Misión partía para Moscú. Los delegados estaban acompañados por un gran círculo de destacados comunistas, que incluía a Radek, Kolontái¹²⁶, Lozovsky¹²⁷, su hija, que hace de su secretaria, Balabanova, Zorin y otras personalidades menores. A petición de estos, fui con la Misión como intérprete no oficial, compartiendo mi cupé con Ichov, jefe de las publicaciones del Gobierno en Petrogrado.

En el camino se debatió sobre la situación de los rusos y de Rusia, esforzándose los comunistas en sonsacarles algo a los delegados, mientras que casi todos procuraron no expresar ninguna opinión concreta. En términos generales Ben Turner, Presidente de la Misión, habló de la necesidad de una actitud más humana hacia Rusia, mientras los señores Skinner¹²⁸ y Purcell¹²⁹ asentían, más por la generalidad de los comentarios del Presidente, me pareció, que por su significado. Williams¹³⁰ fue franco en su admiración del buen orden que prevalece en Petrogrado, mientras Wallhead¹³¹, del Partido Laborista Independiente, coincidía con Allen¹³², el único comunista entre los ingleses, en denunciar de forma rotunda el bloqueo criminal aliado que está matando de hambre a millones de mujeres y niños inocentes. La Sra. Snowden¹³³ conservó su bien educada dignidad de alta sociedad, implicándose en la conversación sólo con una sonrisa condescendiente que decía muy claramente, estoy con usted, pero no soy de los suyos. Expresó su agradable sorpresa de no encontrar las calles de Petrogrado infestadas de salteadores de caminos robando impunemente a plena luz del día, como creía la gente en Inglaterra.

De todos los delegados, los más comprensivos eran, para mí. Allen, con su rostro meditabundo y ascético, y Bertrand Russell¹³⁴, que iba con la Misión por cuenta propia, creo. Muy distintos a los otros en temperamento y en puntos de vista, ambos me impresionaron por ser hombres de profundo entendimiento y sinceridad social.

En Moscú estaba preparado un gran recibimiento para la Misión. En el andén del ferrocarril había filas de hombres del Ejército Rojo vestidos con uniformes de desfile y brillantes complementos, bandas militares tocaban *la Internacional*, y oradores comunistas daban una triunfante bienvenida a los invitados británicos. Kámenev les saludó en nombre del Gobierno Central, y Tomsky¹³⁵, Presidente de los Sindicatos de toda Rusia, con un largo discurso se dirigió a los representantes de los trabajadores británicos en nombre de sus hermanos rusos. Todos los oradores describieron el feliz acontecimiento como símbolo de la causa común de los trabajadores de ambos países y expresaron su convicción de que el proletariado inglés acudiría pronto en ayuda de la revolución.

Durante casi dos horas se retuvo a los delegados de pie en el andén escuchando discursos en una lengua ininteligible para ellos. Finalmente se acabó la ceremonia, y los visitantes fueron llevados en coches al Hotel del Soviet, a las habitaciones asignadas. En la enorme multitud, los ingleses se separaron, algunos casi hundidos bajo la oleada de humanidad que los rodeaba. Poco a poco los soldados salieron ordenadamente, la muchedumbre disminuyó, y por fin fui capaz de abrirme paso hasta la calle. Los vehículos del gobierno ya se habían ido, y miré alrededor en busca de un *isvoshtchik* (taxi), cuando vi que Bertrand Russell salía con dificultad de la estación. Estaba desconcertado, de pie en los escalones, sin saber a dónde ir, olvidado entre la gente alborotada gritando en una extraña jerga. Un automóvil llegó en ese momento, y reconocí a Karakhan.

—Llego un poco tarde, dijo; ¿se han ido todos los delegados?

—Bertrand Russell aún está aquí, contesté.

—¿Russell? ¿Quién es ése?

Le expliqué.

—Nunca había oido de él, dijo Karakhan con ingenuidad. Pero déjeme subir; hay sitio para ustedes dos.

Delovoi Dvor, el Hotel del Soviet asignado a los invitados británicos, ha sido completamente renovado, y se ve limpio y nuevo. El gran comedor está elegantemente decorado con banderas carmesíes y pancartas de bienvenida. Las consignas socialistas de la solidaridad de los trabajadores del mundo y el triunfo de la revolución a manos de la dictadura del proletariado hablan desde las paredes en varios idiomas. Las macetas con plantas dan calor y color a una espaciosa habitación.

Las mesas estaban puestas para un gran número de personas, incluyendo a los delegados, los representantes oficiales del Gobierno soviético, algunos miembros de la Tercera Internacional, y los portavoces invitados del trabajo. Había en el menú caviar ruso, sopa, pan blanco, dos tipos de carne y una variedad de verduras. Cuando se sirvió el pollo frito, vi a los británicos intercambiar miradas de incredulidad.

—Una buena y alegre comida para matar de hambre a Rusia, un delegado a mi lado le comentó a otro en la pausa entre el repiqueteo de los platos y las risas.

—Suficiente. Bella moza¹³⁶, el otro respondió con un guiño insinuante a la joven atractiva camarera que lo sirve. Pensaba que los bolcheviques habían suprimido a los criados.

Angélica Balabanova, sentada frente a mí, miraba ofendida.

El 18 de mayo, el día después de su llegada a Moscú, la Misión fue honrada con un gran desfile. Fue un espléndido desfile militar, en el que participaron todas las ramas del Ejército Rojo. Ningún trabajador marchó en el desfile.

La continua ronda de celebraciones, representaciones teatrales especiales, y visitas a las fábricas, aparentemente aburren a los delegados. Un sentimiento de descontento se percibe entre ellos, una sensación de resentimiento ante la evidente vigilancia a la que están sometidos. Varios se han quejado de la imposibilidad de ver a sus visitas, el sistema *propusk* introducido en el Delovoi Dvor desde la llegada de la Misión prácticamente excluye a visitantes considerados personas non gratas por el agente de la Checa en el puesto del recepcionista. Los delegados se dan cuenta de la sutil reducción de su libertad, conscientes de que cada paso y palabra están siendo espiados. Están molestos por la atmósfera de prisión, como describió el ambiente un integrante de la Misión. Estamos dispuestos a colaborar amistosamente, me dijo, y no tienen

sentido semejantes tácticas. No estaba contento sólo con las cosas oficiales que le mostraban a la Misión, dijo. Estaba ansioso de ver más, y se quejaba de verse obligado a recurrir a estratagemas para contactar con personas cuyas opiniones quería conocer.

La Revolución rusa es el mayor acontecimiento de toda la historia, me comentó uno de los delegados, no deberían tener cabida consideraciones mezquinas en ella. Un nuevo mundo está en marcha; al reducir al mínimo los dolores del parto un nacimiento es peor que la locura. Los bolcheviques, a la vanguardia de las masas revolucionarias, están jugando un papel en el proceso cuya importancia la historia no desestimará. Que hayan cometido errores es inevitable, es humano; pero, a pesar de los errores, ellos están creando una nueva civilización. La historia no perdona el fracaso: inmortalizará a los bolcheviques por su éxito al encarar dificultades prácticamente insuperables. Con razón, pueden estar orgullosos de sus logros. Hizo una pausa, luego continuó pensativamente: Que dejen a los delegados y al mundo ver la situación directamente por sus ojos. Debemos descubrir lo que es la revolución en realidad. La Revolución rusa no es un tema de mero reconocimiento político; es un acontecimiento que está cambiando el mundo. Desde luego encontraremos errores y abusos en ella. Un período de tormenta y lucha como tal es inconcebible sin ellos. Los males descubiertos únicamente tienen que ser curados, y la crítica bien intencionada tiene suma importancia. Tampoco es un secreto que Rusia pasa hambre, y es un crimen fingir bienestar con magníficos banquetes y cenas. Al contrario, que dejen a los delegados contemplar los terribles efectos del bloqueo, que dejen ver la espantosa enfermedad y mortandad resultado de ello. Ningún forastero podrá tener una visión aproximada del nivel del crimen aliado contra Rusia. Cuanto más cerca estén los delegados de la realidad, más convincente será su petición al proletariado británico, y con más eficacia serán ellos capaces de luchar contra la intervención de la Entente y el bloqueo.

Notas capítulo XVIII

120. Nacido en Inglaterra en 1863, antes de los diez años entrará a trabajar en la industria textil, donde desarrollará una exitosa labor sindicalista, llegando a ser presidente de la National Association of Unions in the Textile Trade entre 1917 y 1929. Será uno de los fundadores del Partido laborista Independiente, formando parte de su comité ejecutivo durante diecisiete años. Ocupará el escaño de diputado en varias ocasiones, renunciando a la política en 1930.

121. G. N. Melnichanski, nacido en 1886, será un trabajador del metal y miembro del Soviet de Odesa en 1905. Se va Estados Unidos por esa época, afiliándose al Partido Socialista y vinculándose a la IWW de New Jersey, en donde trabajará como relojero. Formará parte del grupo de rusos expulsados de Inglaterra (entre ellos, Trotski) al estallar la revolución, jugando un papel fundamental en la ocupación del Kremlin por los bolcheviques. Será el Presidente del Consejo Sindical de Moscú entre 1917 y 1926, y posteriormente miembro del Gosplan Presidium (abreviatura de Gosudarstvennyi Komitet po Planirovaniyu, Comité para la planificación económica). Acusado de contrabando al regresar después de una misión diplomática en el extranjero, morirá durante las purgas estalinistas en 1937.

122. Grigori Ivanovich Petrovski, ucraniano de origen (1878). Iniciará su vida política y sindical en el Partido Socialdemócrata aunque en 1914, se unirá a la facción bolchevique, siendo detenido y exiliado. Con la revolución ocupará el cargo de Comisario del Pueblo de Asuntos Internos entre 1917 y 1919, dependiendo de él la Checa y siendo uno de los responsables de la política de mano dura. Posteriormente será Presidente del Comité Ejecutivo Central entre 1922 y 1928, en que caerá en desgracia ante Stalin. No morirá en la oleada de purgas de 1936, aunque finalmente será expulsado del Partido, pasando a ocupar el puesto de Director del Museo de la Revolución en Moscú, manteniéndose al margen de la política a partir de entonces. Durante la Segunda Guerra Mundial, Stalin fusilará a su hijo. Morirá en 1958.

123. Balabanoff o Balabanov, nacerá en Ucrania en 1878, pudiendo tener una educación superior en la Universidad de Bruselas, para posteriormente asentarse en Roma, en donde, en 1900, entrará en contacto con el Partido Socialista. Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, se radicalizará su postura, vinculándose con los comunistas de Suiza donde había buscado refugio, afiliándose finalmente al Partido Bolchevique en 1917 y ocupando el cargo de Secretaria del Komintern entre 1919 y 1920. Las luchas internas le llevarán a romper totalmente con el Partido Comunista en 1922, exiliándose de nuevo a Italia y, con el ascenso del fascismo a Suiza, París y Nueva York. Con el final de la Segunda Guerra Mundial, regresará a Italia, vinculándose al Partido Socialista aunque al unirse este al Partido Comunista, abandona el partido y fundará el Partido Social Demócrata Italiano. Morirá en Roma en 1965.

124. Vagón de ferrocarril para pasajeros de alto lujo para viajar especialmente de noche.

125. Estudiantes comunistas de las academias militares que se forman para ser oficiales del Ejército Rojo.

126. Aleksandra Mijáilovna Kolontái, nacida en San Petersburgo en 1873 en el seno de una familia aristocrática, lo que le permitirá acceder a la educación universitaria, vinculándose al Partido Socialdemócrata desde muy joven. Su militancia proletaria le llevará finalmente al exilio por Europa y, al estallar la Primera Guerra Mundial, se afiliará al Partido Bolchevique, haciendo campaña en contra de la contienda. En 1917 regresa a Rusia, entrando a formar parte del Soviet de Petrogrado. Apoyará el golpe de estado bolchevique propugnado por Lenin, siendo nombrada Comisaria del Pueblo para la Asistencia Pública, desde donde trabajará a favor de la liberación e igualdad de la mujer rusa. En 1921 será una de las fundadoras de la corriente Oposición Obrera que propugnaba la creación, como contrapunto al ascenso del poder de Stalin, de consejos obreros como garantía de la revolución; sin embargo, llegado el momento, renunciará públicamente a sus ideas, lo que le valió no caer en las distintas depuraciones políticas, aunque pasará a ocupar un puesto de segundo orden, al ser nombrada como embajadora de Rusia en distintos países. Morirá en Moscú en 1952.

127. Solomon Abramovich (Alexandr) Lozovski, nacerá en una familia judía de Ucrania en 1878, afiliándose al Partido Bolchevique en 1901 en donde trabajará en la clandestinidad. Entre 1921 y 1937 ejercerá como Secretario General del Profintern (Internacional Sindicalista) para ocupar en 1939 el puesto de Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores bajo la presidencia de Molotov. Al entrar la URSS en la Segunda Guerra Mundial, ocupará el cargo de vicepresidente del Servicio de Prensa al tiempo que llevará a cabo una campaña de movilización de los judíos en el extranjero, lo que a la larga le valdrá ser detenido, torturado y fusilado durante la campaña antisemita de principios de los años 50, en lo que se conocería como la Noche de los Poetas Asesinados (1952).

128. John Herbert Skinner. Nacido en 1861, de oficio tipógrafo. Vinculado desde muy joven a la Tipographical Association de Manchester en donde ocupará distintos cargos: organizador, tesorero y, entre 1901 y 1934, secretario general del sindicato. Miembro del Consejo General del Trades Union Congress.

129. Albert Arthur Purcell, conocido también como Alf o Alfred. Nacido en 1872, será el líder del sindicato Amalgamated Furnishing Trades Association. Asumirá en 1924 la presidencia del Trades Union Congress, desde donde jugará un papel fundamental en la Huelga General de 1926. En 1925 volverá a participar en una misión del laborismo británico a la Unión Soviética. Será considerado por los soviéticos como su hombre en Inglaterra. Diputado entre 1923 y 1929. Morirá en diciembre de 1935.

130. Robert Williams. Nace en Gales en 1881, trabajando desde muy joven en los muelles cargando carbón. Con dieciséis años inicia su labor sindicalista, destacando por su militancia. En 1910 asumirá, desde su fundación, la secretaría de la National Trades Workers' Federation. Vinculado al Partido Laborista (dirigirá el *Daily Herald*) y al Trades Unions Congress, ejercerá entre 1920 y 1925 la presidencia de la International Transport Worker's Federation. Morirá a finales de la década de los años 20 del siglo XX.

131. Richard Collingbam Wallbead. Nacido en 1869, en 1917 será detenido por hacer campaña en contra de la intervención de Inglaterra en la Primera Guerra Mundial. Pronto se afiliará al Partido Laborista Independiente, obteniendo un puesto en el consejo municipal de Manchester entre 1919 y 1922, al tiempo que ocupaba la presidencia del partido, para pasar al parlamento británico entre 1922 y 1934. En 1931 será el único diputado electo del Partido Laborista Independiente, aunque al poco tiempo lo abandonará a favor del Partido Laborista. Morirá en 1934.

132. Reginald Clifford Allen. Nacido en 1889, recibirá una educación superior, graduándose en la Universidad de Cambridge. En esta época, entrará en contacto con la Fabian Society y con el Partido Laborista, ejerciendo de gerente de su órgano, *Daily Citizen*. Pacifista convencido, no dudará en hacer campaña en contra de la Primera Guerra Mundial, lo que le supondrá ser encerrado durante dieciséis meses y casi morir de tuberculosis. Miembro del Partido Laborista Independiente, sustituirá a Robert Williams en su presidencia entre 1922 y 1926. En un giro hacia la derecha, apoyará el gobierno de MacDonald en 1931, lo que le valdrá ser nombrado Barón Allen of Hurtwood, lo que será considerado como una traición por parte de los laboristas. En los años 30 del siglo XX se dedicará a apoyar una política de apaciguamiento frente al nazismo, llegando a entrevistarse con Hitler. Morirá en marzo de 1939.

133. Ethel Annakin, Snowden de casada. Nace en 1880, en el seno de una familia adinerada. Se formará como profesora y desde muy joven se vinculará con el movimiento socialista (inicialmente, de corte cristiano). Afiliada al Partido Laborista Independiente, inmediatamente iniciará una campaña a favor del voto para las mujeres, destacando como conferenciente y organizadora, destacando entre sus escritos dos libros: *The Woman Socialist* (1907) y *The Feminist Movement* (1918). Pacifista, no dudará en hacer campaña en contra de la intervención de Inglaterra en la Primera Guerra Mundial. Figura destacada del socialismo, llegará a formar parte del Comité Nacional del Partido. Finalmente, formará parte del consejo directivo de la BBC entre 1926 y 1932, en que abandona su vida política. Morirá en 1951.

134. Bertrand Arthur William Russeli. De familia adinerada (su abuelo había sido Primer Ministro), se graduará en la Universidad de Cambridge en filosofía y matemáticas. Vinculado a la Fabian Society, realizará campaña a favor del sufragio femenino y con la Primera Guerra Mundial, hará campaña en contra de la intervención de Inglaterra, lo que llevará a la cárcel hacia 1918, en donde escribirá su libro *Political Ideals: Roads to Freedom*. Tras la contienda, se encaminará, con su compañera Dora Black, a la Rusia soviética. En los años 20 se dedica a poner en práctica sus ideas pedagógicas, muy cercanas a los planteamientos educativos libertarios. Obtendrá el Premio Nobel de Literatura en 1950, iniciando una campaña contra la proliferación nuclear. Morirá en 1970.

135. Mikhail Tomsky. Nace en 1880, empezando a trabajar en la fábrica de maquinarias de San Petersburgo desde muy joven, en donde comienza su carrera como dirigente sindicalista. Inicialmente vinculado al Partido Social Demócrata, en poco tiempo formará parte del ala bolchevique del mismo. En 1905, organizará el Soviet de la ciudad de Revel, lo que le

supondrá ser desterrado a Siberia. Tras varias detenciones y fugas, será condenado, tras dos años en la cárcel esperando el juicio a cinco años de condena, aunque la abdicación del zar permitió su liberación. Rápidamente se pondrá al frente de las organizaciones sindicales soviéticas, siendo uno de los fundadores de la Internacional Sindicalista, asumiendo su presidencia en 1920, y siendo miembro del Comité Central del Partido en 1922. Fiel aliado de Stalin, le ayudará a llevar a cabo la depuración del partido, aunque finalmente él también se verá afectado, siendo obligado a dejar todos sus cargos en 1929. Se suicidará en 1936 cuando se entera que iba a ser detenido por la NKVD.

136. Berkman emplea el término inglés wench, que puede ser traducido como moza y también como puta, de ahí la reacción de Balabanova.

CAPÍTULO XIX

El espíritu del fanatismo

En el Club Universalista en la Tverskaia había un gran alboroto. Anarquistas, revolucionarios socialistas de izquierda y maximalistas, junto con una cantidad considerable de trabajadores de las fábricas y soldados, llenaban la sala de conferencias y con excitación hablaban sobre algo. Mientras entraba, un joven alto, fornido de uniforme naval se separó de la muchedumbre y se me acercó. Era mi amigo G., un marinero anarquista.

—¿Qué dices ahora, Berkman?, me preguntó con vehemencia, con una profunda indignación expresada en su intenso rostro. ¿Todavía piensas que los bolcheviques son revolucionarios?

Me enteré de que en la prisión de Butirki (Moscú) cuarenta y cinco anarquistas habían sido sometidos a unas condiciones tan insoportables que finalmente recurrieron como protesta desesperada a una huelga de hambre. Todos ellos llevan en prisión muchos meses, después del asunto Leontievski¹³⁷, sin cargos en su contra. Están sometidos al régimen más inflexible, privados de ejercicio y de visitas, y el alimento que les sirven es tan insuficiente y malsano que casi todos los prisioneros están enfermos de escorbuto. Los presos en huelga de hambre exigen ser juzgados o liberados, y su acción es considerada tan justificable por otros prisioneros que la población entera de Butirki, más de mil quinientos presos, se ha unido a los huelguistas. Han enviado una protesta colectiva al Ejecutivo Central del Partido Comunista, copias de la cual también han sido remitidas a Lenin, al Soviet de Moscú, los Sindicatos, y a otros órganos oficiales. En vista de la urgencia de la situación, los universalistas han

elegido un Comité para ver al Secretario del Partido Comunista, y se ha sugerido que también me una a él.

—¿Ayudarás?, preguntó mi amigo marinero, ¿o nos has abandonado definitivamente?

—Quizás pronto estés en el Partido, comentó otro amargamente, eres ahora un bolchevique, un anarquista sovietski.

Acepté con la esperanza de que todavía podía conseguirse un acercamiento entre los comunistas y los elementos izquierdistas.

Al volver a casa esa noche, reflexioné sobre el fracaso de mis esfuerzos anteriores para buscar un mejor entendimiento entre las facciones revolucionarias beligerantes. Recordé mis visitas a Lenin y Krestinski, mis conversaciones con Zinóviev, Chicheriny otros bolcheviques destacados. Lenin había prometido que el Comité Central evaluaría el tema, pero su respuesta, a la manera de una resolución del Partido, simplemente repetía que los *ideini* anarquistas (los anarquistas de ideas) no son perseguidos, pero remarcaba que la agitación contra el Gobierno soviético no puede ser tolerada. La cuestión de legalizar la labor pedagógica anarquista, que hablé con Krestinski hace varias semanas, no ha sido tratada y claramente ha sido ignorada. La persecución de individuos izquierdistas continúa, y las prisiones están llenas de revolucionarios. Muchos han sido proscritos y obligados a pasar a la clandestinidad. María Spiridonova¹³⁸ ha estado presa durante mucho tiempo en el Kremlin, y sus amigos son cazados como en los días del zar.

Una sensación de desaliento me invadió al ser testigo del amargo rencor de los comunistas hacia otras facciones revolucionarias. Son incluso más despiadados al tratar de erradicar la oposición de izquierda que la de derechas. Lenin, Chicherin, y Zinóviev me aseguraron que Spiridonova y su círculo eran peligrosos enemigos de la Revolución. El Gobierno había declarado a María como demente y fue ingresada en un hospital psiquiátrico, del cual se ha escapado recientemente. Pero yo tuve la oportunidad de visitar a la joven, que se esconde como en los tiempos de los Romanov. Me pareció perfectamente cuerda, una idealista muy sincera y apasionada dedicada al campesinado y a los mejores intereses de la Revolución. Los otros miembros

de su círculo, Kamkov¹³⁹, Trutovski¹⁴⁰, Izmailovich¹⁴¹, son personas de enorme inteligencia e integridad. Los bolcheviques, creen ellos, han traicionado a la Revolución; pero no abogan por la resistencia armada contra el Gobierno soviético, reclaman únicamente la libertad de expresión. Consideran la paz de Brest como el más letal de los pasos dados por los comunistas, el principio de su política reaccionaria y de la persecución de los izquierdistas. En protesta contra el tratado y contra la presencia del representante del imperialismo alemán en la Rusia soviética, causaron la muerte del Conde Mirbach¹⁴² en 1918.

Los comunistas se han vuelto jesuíticos en su actitud con los otros puntos de vista. No obstante, la mayor parte de ellos me parecen hombres sinceros y trabajadores, fieles a su causa hasta el punto de sacrificarse por ella. Muy reveladora fue mi experiencia con Bakáyev¹⁴³, el jefe de la Checa en Petrogrado, con quien intercedí a favor de tres anarquistas detenidos recientemente. Un hombre sencillo y modesto, le encontré en una pequeña habitación nada pretenciosa en el Astoria, cenando con su hermano. Estaban sentados ante una mísera comida de sopa diluida y postre de arroz; no había carne y apenas unas rebanadas de pan negro. No pude evitar darme cuenta de que ambos hombres estaban hambrientos.

Presentado por medio de una nota personal de Zinóviev, apelé a Bakáyev por los prisioneros, informándole que yo les conocía personalmente y consideraba injustificable su detención.

—Ellos son verdaderos revolucionarios, exhorté. ¿Por qué les mantiene usted en prisión?

—En la habitación de Tch***, contestó Bakáyev, encontramos cierto aparato.

—Tch*** es químico, expliqué.

—Lo sabemos, replicó; pero se habían encontrado octavillas antisoviéticas en algunas fábricas, y mis hombres pensaron que podrían tener alguna conexión con el laboratorio de Tch***. Pero él se negó tercamente a contestar nuestras preguntas.

—Bien, esa es una vieja táctica de los revolucionarios detenidos, le recordé.

Bakáyev se indignó.

—Es por eso que le retengo, declaró. Dichas tácticas estaban justificadas contra el régimen burgués, pero tratarnos así es un insulto. Tch*** actúa como si nosotros fuésemos gendarmes.

—¿Piensa que eso importa para quien está en la cárcel?

—Bien, dejemos el tema, Berkman, dijo. Usted no sabe por quién está intercediendo.

—¿Y los otros dos hombres?

—Ellos estaban con Tch***, contestó. No perseguimos a anarquistas, créame; pero estos hombres no son seguros estando en libertad.

Recurrí a Ravitch, la Comisaria de Asuntos Internos del Distrito de Petrogrado, una joven con la impresión de la experiencia trágica revolucionaria en su atractivo rostro. Lamentó no poder hacer nada, la Checa tenía absoluta autoridad en tales asuntos, y me condujo a Zinóviev. Este no había sido informado de las detenciones, pero me aseguró que no debía preocuparme por mis amigos.

—Usted sabe, Berkman, que no detenemos a anarquistas *ideini*, dijo—, pero estas personas no son de su clase. De todos modos, estése tranquilo; Bakáyev sabe lo que hace.

Me dio una palmada en el hombro y me invitó a unirme al palco imperial en el ballet clásico de esa tarde.

Más tarde me enteré de que Bakáyev fue suspendido y deportado al Cáucaso por un uso excesivo de ejecuciones sumarias.

25 de mayo.— Esta mañana, en el quinto día de huelga de hambre en Butirki, visité las oficinas del Comité Central del Partido, en la calle Mokhovaia. Como en mi visita anterior, las antesalas estaban atestadas de visitantes; numerosas empleadas, la mayoría chicas jóvenes con faldas muy cortas y zapatos de charol de tacón alto, revoloteaban por todos lados con brazos llenos de documentos; otros sentados en escritorios escribiendo y clasificando pilas

enormes de informes y *dokladi*. Sentí el giro de una enorme máquina, sus ruedas girando sin cesar sobre la colmena y generando mecánicamente hojas de papel, infinitos papeles para dirigir a millones de rusos.

Preobrazhénski¹⁴⁴, anteriormente el Comisario de Finanzas y ahora en el puesto de Krestinski, me recibió con un poco de frialdad. Él había leído la protesta de los huelguistas de hambre, me dijo, pero ¿y qué?

—¿Aqué ha venido usted?, exigió.

Expose mi cometido. Los presos políticos llevan en prisión desde hace nueve meses, algunos incluso llevan dos años, sin juicio o acusaciones, y ahora demandan alguna medida para sus casos.

—Están en su derecho, contestó Preobrazhénski, pero si sus amigos piensan que pueden presionarnos con una huelga de hambre, se confunden. Pueden pasar toda el hambre que quieran. Hizo una pausa y una expresión severa se reflejó en su rostro. Si mueren, añadió pensativamente, quizás sería lo mejor.

—He acudido a usted como un camarada, dije con indignación, pero si adopta esa actitud...

—No tengo tiempo para hablar de ello, interrumpió. El asunto será tratado esta tarde por el Comité Central.

Más adelante me enteré que diez de los anarquistas encarcelados, incluyendo Gordin¹⁴⁵ el fundador del Grupo Universalista, fueron liberados por orden de la Checa, con la esperanza de romper la huelga de hambre. Esta medida fue independiente de cualquier acción del Comité Central. También se dio a conocer que unos cuantos presos políticos en Butirki fueron condenados a cinco años de prisión, sin haber tenido un juicio, mientras que otros fueron condenados a campos de concentración hasta el final de la guerra civil.

Me encontraba en una habitación del Hotel National traduciendo para la Misión Diplomática Laborista Británica varias resoluciones, artículos, y el folleto de Lozovski sobre la historia del sindicalismo ruso, cuando recibí un mensaje de Radek llamándome para tratar un asunto de urgencia. Extrañado, entré en el coche que había enviado a por mí y fui conducido a toda velocidad por la ciudad hasta que llegamos a los antiguos cuarteles de la legación alemana, ahora ocupada por la Tercera Internacional. La elegante sala de recepción estaba llena de visitantes y delegados extranjeros, algunos de los cuales curiosamente examinaban las marcas de balas en el suelo de mosaico y las paredes, recuerdos de la violenta muerte que Mirbach había encontrado en esa habitación a manos de socialistas revolucionarios de izquierda contrarios a la paz de Brest.

Era consciente de las miradas de desaprobación dirigidas hacia mí, cuando, sin ser mi turno, me pidieron seguir al asistente a la oficina privada del Secretario de la Internacional Comunista. Radek me recibió muy cordialmente, preguntándome por mi salud, y me agradeció por acudir tan puntualmente a su llamada. Entonces, entregándome un grueso manuscrito, dijo:

—Ilich (Lenin) acaba de terminar este trabajo y está ansioso por traducirlo al inglés para la misión británica. Nos hará un gran servicio.

Era el manuscrito de *La enfermedad infantil del izquierdismo*. Ya había oído hablar acerca de su próximo trabajo y lo conocía por ser un ataque contra las tendencias revolucionarias de izquierda críticas con el leninismo. Pasé unas cuantas páginas, con sus abundantes líneas subrayadas, corregidas en letra pequeña pero legible, de Lenin. La ideología pequeño—burguesa del anarquismo, leí; la estupidez infantil del izquierdismo, los ultrarrevolucionarios asfixiando en el fervor de su entusiasmo infantil. Los rostros pálidos de los prisioneros en huelga de hambre en Butirki se alzaron ante mí. Vi sus ojos ardientes mirándome acusadoramente a través de los barrotes de hierro. ¿Nos has abandonado?, les oí susurrar.

—Tenemos mucha prisa para esta traducción. Estaba diciendo Radek, y noté la impaciencia en su voz. La queremos para dentro de tres días.

—Esto requerirá al menos una semana, contesté. Además, tengo otro trabajo pendiente, ya acordado.

—Lo sé, el de Lozovski, comentó ladeando la cabeza con menoscabo; no hay problema con eso. Lenin tiene prioridad. Deje todo lo demás bajo mi responsabilidad.

—Me comprometeré si puedo añadir un prefacio.

—Esto no es ninguna broma, Berkman. Radek estaba francamente disgustado.

—Hablo en serio. Este folleto distorsiona y denuestra todos mis ideales. No puedo estar de acuerdo con traducirlo sin añadir unas palabras en mi defensa.

—De lo contrario, ¿se niega?

—Sí.

El trato de Radek careció de cordialidad mientras me marchaba.

Un cambio sutil se ha producido en la actitud de los comunistas hacia mí. Noto la frialdad en su saludo, un poco de resentimiento incluso. Mi negativa a traducir el folleto de Lenin es bastante conocida y me han hecho sentir culpable de *lése majesté*¹⁴⁶.

He estado acompañando a la misión británica en sus visitas a las fábricas, teatros y escuelas, y en todas partes fui consciente de la mirada fija escudriñadora de los hombres de la Checa que hacían de guías e intérpretes de los delegados. En el Delovoi Dvor, el recepcionista de repente ha comenzado a exigirme mi *propusk* y a preguntarme por mi asunto, aunque él sabe que vivo allí y que estoy ayudando a los delegados con las traducciones.

He decidido dejar mi habitación en el Dvor y aceptar la hospitalidad de un amigo en el National. Es norma de las Casas soviéticas, que ningún visitante se

le está permitido quedarse después de la medianoche. A esa hora los *propuski* del día, con los nombres de los visitantes y las personas visitadas, son enviados a la Checa. Al no ser un invitado oficial del hotel, no tengo derecho a las comidas y estoy obligado a cometer otro incumplimiento del orden comunista recurriendo a los mercados, oficialmente abolidos pero en la práctica en funcionamiento. La situación se hace intolerable, y me dispongo a irme de Petrogrado.

Te has convertido en persona non grata, comentó Agustín Souchy¹⁴⁷, delegado de la Unión Sindicalista Alemana, mientras estábamos sentados en el Delovoi traduciendo las resoluciones presentadas por Lozovski a los representantes obreros de Suecia, Noruega, y Alemania.

—En ambos bandos, me reí. Mis amigos de la izquierda me llaman bolchevique, mientras que los comunistas me miran con recelo.

—Muchos de nosotros estamos en el mismo barco, contestó Souchy.

Bertrand Russell se acercó y me llamó aparte.

—Creo que no obtendremos ninguna respuesta sobre nuestra solicitud de visitar a Piotr Kropotkin, dijo. Desde hace cinco días han estado prometiéndonos un vehículo. Siempre es “en cualquier momento estará aquí”, y los días pasan esperando en vano.

Un pequeño comunista de pelo rizado, uno de los guías de habla inglesa asignados a la misión, paseaba tranquilamente, como inadvertidamente.

—¿El vehículo está listo?, preguntó Russell. Debía estar aquí a las diez de la mañana; ya son las 2 p.m.

—El Comisario me acaba de decir que desafortunadamente el coche se ha averiado, contestó el guía.

Russell rió.

—Están saboteando nuestra visita, dijo; tendremos que dejarlo. Entonces añadió tristemente: Parezco un prisionero, a cada paso vigilado. Ya en

Petrogrado me di cuenta de esa molesta vigilancia. Es bastante estúpido por su parte.

Escuché a algunos delegados británicos hablando sobre la reunión con los impresores de la que acababan de volver. Melnichanski y otros bolcheviques se habían dirigido a la reunión, elogiando al régimen soviético y la dictadura comunista. De pronto, un hombre de barba larga negra subió al estrado. Antes de que alguien se diese cuenta de su presencia, lanzó un ataque contra los bolcheviques. Les tildó de corruptores de la Revolución y denunció su tiranía como la del peor zar. Su apasionada oratoria mantuvo a la audiencia embelesada. Entonces alguien gritó:

—¿Quién es usted? ¡Su nombre!

—Soy Chernov, Viktor Chernov¹⁴⁸, contestó el hombre con voz valiente, desafiante.

Los bolcheviques sobre el estrado saltaron furiosos a sus pies.

—¡Hurra! ¡Viva Chernov, el valiente Chernov!, gritó la audiencia, y una desenfrenada ovación fue dada al líder socialista revolucionario y expresidente de la Asamblea Constituyente.

—¡Detenedle! ¡Agarrad al traidor!, se oyó a los comunistas. Hubo confusión sobre la plataforma, pero Chernov había desaparecido.

Algunos de los británicos expresaron su admiración por el atrevimiento de este hombre a quien la Checa lleva buscando intensamente desde hacía mucho tiempo.

—Fue bastante emocionante, comentó alguien.

—Me estremezco sólo de pensar lo que le pasaría si le cogen, dijo otro.

—Qué astuta su fuga.

—Los impresores pagarán por ello.

—He oído que los líderes de la panadería del Tercer Soviet están bajo arresto y que los hombres han echado el cierre, exigiendo más pan.

—Es diferente en casa, suspiró un delegado, pero creo que estamos de acuerdo en que hay que levantar el bloqueo.

Notas capítulo XIX

137. El 25 de septiembre de 1919, un grupo clandestino de revolucionarios socialistas de izquierda y de anarquistas hizo estallar una bomba en la casa Leontievski Pereulok en la cual el Comité de Moscú del Partido Comunista estaba reunido.

138. Famosa revolucionaria que mató al General Lukhomski, azote de campesinos, fue torturada por los oficiales del zar y luego enviada a Siberia de por vida. Liberada por la Revolución de 1917, se hizo líder del ala revolucionaria socialista de izquierda, contando con una multitud de seguidores, sobre todo entre el campesinado.

139. - Boris Davidovich Kamkov. Nace en 1885. Ocupará un lugar destacado dentro del Partido de la Izquierda Revolucionaria Socialista, siendo miembro de su Comité Central. Opuesto a la firma del tratado de paz con Alemania, organizará y perpetrará el asesinato del embajador germano. Participará en el levantamiento contra los bolcheviques en 1918, siendo detenido y condenado a varios años de prisión. Liberado en 1933, vuelve rápidamente a prisión. Tras años sin saberse nada de él, reaparecerá durante el juicio montado en 1938 por Stalin contra Bujarin, para sostener la acusación de que este había planeado asesinar a Lenin. Tras el juicio, Kamkov vuelve a desaparecer

140. V. E. Trutovski, miembro del Partido de la Izquierda Revolucionaria Socialista, formará parte del primer Consejo de Comisarios del Pueblo tras el acuerdo con los bolcheviques, asumiendo el área del Gobierno Local. Colaborará con el periódico *Znamya*, que efímeramente saldrá en 1919 y en 1920.

141. Aleksandra Adolfovna y Ekaterina (Katia) Izmailovich, hijas de un general zarista, desde muy jóvenes se vincularán al Partido Socialista Revolucionario, llevando a cabo distintas acciones clandestinas. Así, en 1905, tras haber huido de la cárcel un mes antes, Ekaterina intentará asesinar al almirante Chukhnin; Katia morirá en manos del propio almirante que la despedazará con su propio sable; en 1906, su hermana Aleksandra intentará asesinar al gobernador de Minsk. Con el estallido de la Revolución, Aleksandra ocupará puestos destacados dentro del partido, llegando a recibir el Comisariado de los Palacios de la República. Sin embargo, la represión contra los socialistas desatada por los comunistas llevaría finalmente a Aleksandra a la cárcel, compartiendo prisión y destierro con

Spiridonova. En 1937 sería de nuevo juzgada y condenada a diez años de prisión, siendo asesinada, junto a Spiridonova y otros 168 prisioneros políticos en Orel por orden directa de Stalin.

142. Wilhelm Graf von Mirbach-Harff. Diplomático alemán nacido en 1871. Participará en las negociaciones entre diciembre de 1917 y marzo de 1918 que conducirán a la firma de la Paz de Brest-Litovsk, siendo nombrado en abril de 1918 embajador de Alemania en Moscú. Será asesinado en junio de 1918, por mandato del Partido de la Izquierda Revolucionaria Socialista, por Yakov Grigorevich Blumkin como aldabonazo del levantamiento contra los bolcheviques.

143. Ivan Petróvich Bakáyev. Nace en 1887. Implicado en la Revolución de 1905, al año siguiente ingresará en el partido Bolchevique. Pasará seis años en las prisiones del Zar y, con la Revolución de Octubre, será nombrado Secretario del Soviet de Petrogrado, ejerciendo como Comisario Político en distintos frentes bélicos durante la guerra civil. Entre 1919 y 1930 será el presidente de la Checa, primero en Petrogrado y posteriormente en el S.E. de Rusia. Tomará partido a favor de Zinóviev en su lucha contra Stalin, lo que le supondrá el ser expulsado del Partido en 1927. Finalmente, será sentenciado a muerte en 1936.

144.- Yevgény Alekséyevich Preobrazhénski. Nace en 1886, estudiando abogacía. Afiliado al Partido Bolchevique hacia 1903, asumirá distintos cargos de responsabilidad, llegando a ser nombrado en 1920 Secretario del Comité Central. Participará directamente en la ejecución de Nicolás II y su familia. Rechazará los planes económicos de Lenin, dirigiendo en los años 20 el proceso de industrialización del país. Sus vínculos con Trotski le llevarán a ser expulsado del Partido en 1927, aunque en 1929, junto a Radek y otros, renegará públicamente de este, volviendo al Partido. Sin embargo, siguió en el punto de mira de Stalin, ordenando su detención en 1933, siendo sentenciado a tres años de exilio, para finalmente volver a ser juzgado y sentenciado a muerte en 1937. Entre sus distintas publicaciones, destaca *El ABC del Comunismo*, redactado junto a Bujarin.

145. Apellido de los hermanos Abba y V. L., quienes jugarán un papel fundamental en el intento por llegar a una alianza entre el movimiento anarquista ruso y los bolcheviques. Editarán un periódico *Beznachalie*, en donde defenderán sus tesis, y formarán en Petrogrado el Grupo Universalista hacia 1920. Abba finalmente emigrará a Estados Unidos, en donde en los años 30 publicaría *The Clarion* y, posteriormente en Israel, el periódico *Problemen*.

146. En francés en el original. De lesa majestad, delito contra la vida del soberano o sus familiares.

147. Nacido en 1892, anarquista alemán que tendrá que abandonar su país con el estallido de la Primera Guerra Mundial. Tras un periplo por la Europa nórdica, regresa a Alemania en 1919, afiliándose al sindicato anarquista FAUD, viajando a Rusia en abril de 1920 para representar a esta organización en la Internacional Sindicalista. Junto a Rudolf Rocker, será uno de los impulsores de la AIT como contrapunto a los comunistas. Durante la Guerra Civil Española, visitará en diversas ocasiones España, divulgando su labor colectivista. Con la

Segunda Guerra Mundial, se exiliará en México, desde donde continuará su labor de propaganda, viajando por toda Latinoamérica. Sin embargo, en 1961 abandonará el campo anarcosindicalista al incorporarse a la OIT. Morirá en 1984 en Alemania.

148. Viktor Mikhailovich Chernov. Líder del Partido Socialista Revolucionario, nacerá en 1873. En 1894 será expulsado de la universidad tras su participación en una huelga de estudiantes, convirtiéndose desde entonces en un revolucionario profesional. Aprovechando la tímida apertura tras la Revolución de 1905, desarrolló su programa de la revolución en dos estadios, primero democrática y después socialista; al mismo tiempo, buscando atraerse al campesinado, defendía la colectivización de todas las tierras. Con el gobierno de Kerenski, actuará de Ministro de Agricultura entre mayo y septiembre de 1917, asumiendo la presidencia de la efímera Asamblea Constituyente. Con la Guerra Civil, actuará como gobernador de la región de Samara, para finalmente exiliarse, pasando a residir en Nueva York, muriendo en 1953.

CAPÍTULO XX

El otro pueblo

Junio.— El invierno se ha liberado de su manto helado y el sol brilla intensamente. En los parques los bancos están llenos de gente.

Nuestra mascota del Buford, el “Bebé”, pasó por delante de mí y le llamé. El color se ha apagado en su rostro, y se ve pálido y cansado.

—No, la mayoría de nuestros chicos aún no tienen trabajo, dijo, y estamos hartos del papeleo. Siempre te dicen que necesitan trabajadores, pero nadie nos quiere realmente. Por supuesto, los comunistas de nuestro grupo tienen las mejores literas. ¿Te enteraste de lo Bianky? ¿Recuerdas cómo les desolló vivos en aquella reunión en Belo—Ostrov? ¿Cómo se afilió al Partido y consiguió un cargo responsable? ¿El marinero de Boston, le recuerdas? Bueno, le encontré el otro día caminando por la calle, vestido con un traje de cuero, con un arma tan grande como su brazo. En la Checa. Su antiguo negocio. ¿Sabías que era detective en Boston?

—Pensaba que era marinero.

—Años atrás. Luego trabajó para una agencia privada de detectives.

—Algunos de nuestros chicos trabajaron un tiempo para el Petrotop (Departamento de combustible de Petrogrado), continúo el “Bebé”. La Checa pensaba que había demasiados anarquistas allí y nos echaron. Dzerzhinski (Presidente de la Checa de Todas las Rusias) dice que el Petrotop es un nido de anarquistas; pero todos saben que la ciudad se habría muerto de frío el pasado invierno si no hubiese sido por Kolobushkin. Es anarquista y el cerebro de aquel lugar, pero hablan de arrestarle. Un hombre de la vieja Schlüsselburg que pasó diez años en sus mazmorras.

Con tosca indiferencia de los que allí se encontraban, una vieja campesina descubría la espalda de una joven muchacha a su lado y escudriñaba detenidamente sus prendas. Con un lento movimiento juntó su pulgar e índice, retiró su mano, se enderezó, y arrojó a su cautivo al suelo. El que estaba a su lado se aparta nervioso.

—Tenga cuidado, buena mujer, le reprende, ya tengo suficiente con los míos.

—Dime, querido, pregunta la anciana, ¿es verdad lo que dice la gente sobre nuevas guerras?

—Sí.

—¿Contra quién esta vez?

—Contra los polacos.

—¡Oh, Dios ten piedad! ¿Y por qué siempre tienen que luchar. Señor?

El hombre se calla. La muchacha levanta su cara del regazo de la mujer.

—Hace frío, tía. ¿Ya terminó?

—Estás plagada de ellos, niña.

En la esquina, dos milicianos dirigen a un grupo de barrenderos, ancianos y chicos del campo de concentración, y mujeres detenidas sin documentación en los trenes. Unos calzan altas botas de fieltro con las suelas sueltas haciendo ruido al chapotear sobre el estiércol. Los otros están descalzos. Trabajan con apatía, llevando la inmundicia de los patios a la calle y cargándola en las carretas. El hedor es nauseabundo.

Un *militioneer* de voz ronca se pasea tranquilo hasta una de las mujeres. Ella es joven y atractiva, aunque sumamente pálida y demacrada.

—¡En qué piensas! A trabajar, moza¹⁴⁹, dice, dándole juguetonamente un codazo en las costillas.

—Tenga corazón, suplica. Estoy tan débil; acababa de salir del hospital cuando me cogieron.

—Se lo merece por viajar sin pase.

—No pude evitarlo, pichón, dice de buen humor. Me dijeron que mi marido estaba en Pedro (nombre popular para Petrogrado), de vuelta del frente, y lejos de mí desde hace cinco años. De modo que fui a la oficina; tres días en la cola y luego me negaron el pase. Pensé que podría llegar de alguna manera, pero me sacaron del tren, y estoy muy débil y enferma, y no me dan *pyock*. ¿Qué debo hacer para encontrar a mi marido ahora?

—Consiga otro, ríe el miliciano. Usted no lo volverá a ver.

—¿Por qué no?, exige iracunda.

—Porque probablemente le habrán enviado contra los polacos.

—¡Oh, qué desgraciada soy!, se lamenta la mujer. ¿No habrá fin para la guerra?

—Eres mujer y estúpida por naturaleza. ¡No se puede esperar que entiendas semejantes asuntos!

En la Dom Outchonikh (Hogar del Erudito) hallé literatos, científicos e intelectuales de varios grupos políticos; todos parecen meras sombras de seres humanos. Sentados, lánguidos, sin hacer nada, algunos mordisquean trozos de pan negro.

En una esquina un grupo hablaba sobre los rumores de guerra.

—Es un gran golpe para la esperanza de reactivación industrial, dijo B***, conocido economista político. Y nosotros habíamos empezado a soñar con respirar más libertad.

—Lo peor es, comentó Z***, etnólogo, que no seremos capaces de recibir las ayudas económicas prometidas del extranjero.

—No estoy al tanto del avance científico, me siento un completo ignorante, dijo el catedrático L***, bacteriólogo.

—Polonia está en vísperas de la Revolución, afirma F***, comunista. El Ejército Rojo irá directamente a Varsovia y ayudaremos al proletariado polaco a expulsar a los amos y a establecer una república soviética.

—Como la nuestra, replicó B*** con ironía. Deben estar contentos.

Por la tarde visité a mi amigo Piotr, un trabajador no partidista de la fábrica de Trubotchni. Hemos recibido órdenes de guerra en el taller, estaba diciéndole a su esposa. ¿Cómo venceremos a la *razrukha*¹⁵⁰, nuestra terrible ruina económica, cuando todos trabajan para la guerra nuevamente?

Un hombre de mediana edad, corpulento y de aspecto tosco, entró.

—Bien, Piotr Vassilitch, se dirigió al anfitrión animado, estamos en guerra con Polonia y les daremos una lección a esos *pañi* (amo).

—Es fácil para ti, Ivan Nikolaievitch, contestó Piotr; tú no tienes que vivir de tu *pyock*. Él provee al gobierno de cachivaches, explicó, girándose hacia mí, y no pasa hambre.

—Debemos defender a nuestro país de los polacos, contestó el contratista con seguridad.

—¿Se llevarán a Vania?, preguntó el ama de casa con lágrimas en los ojos; él ni siquiera tiene diecisiete.

—No me importa ir al frente, mintió el chico ante la estufa. Ellos consiguen un buen *pyock*. En el Ejército podría ascender a Kommandir como hizo el primo Vaska.

Se levantó, extrajo un arenque y un trozo del pan de su *polushubka*¹⁵¹, y empezó a comer. Su padre le miró con hambre.

—Dale a madre un bocado, le pidió al cabo de un rato; ella no ha comido nada desde ayer.

—No tengo hambre, dijo la madre excusándose.

—Sí, amigos míos, habló nuevamente el contratista como si recordara algo pendiente, los polacos deben aprender la lección, y todos nosotros debemos defender la revolución.

—¿Qué debemos defender?, exigió Piotr con amargura. A los obesos comisarios y a la Checa con sus fusilamientos, eso es lo que defendemos. No tenemos nada más.

—Hablas como un contrarrevolucionario, gritó Vania, saltando de la estufa.

—No tenemos ni a nuestros hijos, siguió su padre. Ese muchacho se ha convertido en un matón desde que se unió a la Komsomol (Unión de las Juventudes Comunistas). Allí aprende a odiar a sus padres.

Vania ajustó su gorro de piel sobre sus orejas y se encaminó hacia la puerta.

—Despreocúpate, no te acusaré, dijo, cerrando la puerta de golpe.

La misión diplomática socialista italiana, encabezada por Serrati¹⁵², se encuentra en la ciudad, y la ocasión se celebra con los desfiles militares habituales, manifestaciones, y mítines. Pero he perdido interés en el espectáculo. He podido ver entre bambalinas. La función carece de sinceridad; la intriga política es el motivo principal de la pantomima. Los trabajadores no participan en ella salvo por la mecánica obediencia a las órdenes; la hipocresía lleva a los delegados por las fábricas; la falsa información les engaña en cuanto al estado real de los asuntos; la vigilancia evita que entren en contacto con la gente y que descubran la verdad. Los delegados son bien alimentados, son agasajados, e influenciados para que sus organizaciones ingresen en el redil de la Tercera Internacional, bajo el mando de Moscú.

¡Cuán lejos está todo de mi concepción de probidad y fin revolucionarios!

Los líderes comunistas están absortos en sus planes de reconocimiento político y malgastan las energías de la Revolución en dar una imagen de

poderío militar y bienestar industrial. Han perdido de vista los verdaderos valores que subyacen en el gran cambio. La gente percibe las falsas tendencias del nuevo régimen y sin poder hacer nada, ven como se vuelve a las viejas prácticas. El proletariado se desilusiona cada vez más, ve como sus conquistas revolucionarias se sacrifican una a una, los antiguos defensores de la libertad se convierten en recios gobernantes, defensores del actual régimen, y los lemas y esperanzas revolucionarios se apagan como ascuas moribundas.

Un ambiente de amarga impotencia impregna los círculos de la intelligentsia, una sensación paralizante por su falta de cohesión y de un objetivo revitalizador. Están exhaustos de pasar años de hambre; sus capacidades mentales están debilitadas, los vínculos espirituales con la gente sesgados.

Los revolucionarios de izquierda están desorganizados, abatidos por la persecución y la división interna. El período tormentoso y de tensión ha hecho añicos las viejas amarras de unión y ha dejado los valores comunes a la deriva. Escasa labor constructiva se manifiesta en la confusión general. El despiadado devenir de la creadora vida, más que la decisión de los bolcheviques, ha destruido las viejas formas, provocando un caos físico y espiritual. Las instituciones e ideas, arrojadas en un basurero, con la rabia de la pasión primitiva y la búsqueda salvaje por distinguirse, tratan desesperadamente de aferrarse a cualquier cosa para salir a la superficie. Y sobre los gritos y el estrépito de las masas luchadoras, ahogando a todos los demás gritos, se oye la súplica desesperada e incesante: ¡Pan! ¡Pan!

Moscú está devorado por la burocracia, Petrogrado es una ciudad moribunda. Aquí no hay Revolución. En el resto del país, entre la gente común, podré ver una nueva Rusia y constatar la creación de la nueva forma de vida.

Me han pedido ir con la expedición organizada por el Museo de la Revolución. Su objetivo es recopilar el material histórico del movimiento revolucionario desde sus comienzos, hace casi cien años. Esperaba participar en labores más constructivas, pero las circunstancias y la creciente frialdad de la actitud comunista me excluyen de trabajos de importancia. La misión de la expedición es apolítica, y he decidido aceptar la oferta.

Notas capítulo XX

149. Berkman emplea el término inglés wench, que igualmente significa puta.
150. Estado de deterioro y ruina que sobrevino a la revolución y la guerra civil.
151. Chaqueta corta de piel de oveja.
153. Giacinto Menotti Serrati. Nacido en 1874, en 1892 formará su primera liga socialista, iniciando su labor política. En 1902 emigrará a New York, editando el periódico *El Proletario* y enfrentándose al movimiento anarquista italiano. Regresará a Europa y, tras varios años en Suiza, regresa a Italia en 1911. Con la Primera Guerra Mundial, iniciará una campaña antibelicista que, a la larga, le llevará a la cárcel. Jugará un papel destacado en contra de los Consejos Obreros tras la guerra, favoreciendo su fracaso y el consiguiente ascenso del fascismo. Utilizará su prestigio personal para integrar al Partido Socialista Italiano en la Internacional Comunista llegando en su Segundo Congreso a ocupar parte de su Comité Ejecutivo. Aunque al poco tiempo se enfrentará a los comunistas, hacia 1924 potenciará la unificación entre los socialistas y comunistas, formando parte del Comité Central del PCI, siendo editor de su periódico obrero *Sindicato Rosso*, al tiempo que actúa como agitador entre los obreros. Morirá en 1926.

CAPÍTULO XXI

En ruta hacia Ucrania

Julio de 1920.— Turbulentas muchedumbres sitian nuestro tren en cada estación. Soldados y trabajadores, campesinos, mujeres, y niños, cargados con sacos pesados, peleando desesperadamente por entrar. Gritando y maldiciendo, se abren camino hacia los vagones. Trepan por las ventanas rotas, se suben a los parachoques, y se agolpan en los escalones, aferrándose imprudentemente a los picaportes y tratando de agarrarse entre sí para sujetarse. Como hormigas enfurecidas cubren cada pulgada de espacio, en peligro constante de resultar heridos. Es una densa oleada humana movida por la única pasión de asegurarse un punto de apoyo en el tren ya en movimiento. Incluso los techos están atestados, las mujeres y niños acostados, los hombres arrodillados o de pie. Con frecuencia de noche, al pasar el tren por debajo de un puente o túnel, muchos son arrastrados a la muerte.

En las estaciones, la milicia del ferrocarril nos aguarda. Rodean un vagón, bajan a los pasajeros del techo y escalones, y continúan con otro coche. Pero al instante siguiente hay confusión y peleas, y el coche despejado se llena de nuevo por el enjambre humano. A menudo los *militsioneri* recurren a las armas, disparando salvadas contra el tren. Pero la gente se desespera: habían pasado días, incluso semanas, para procurarse papeles de viaje, buscan alimento o volver con sacos llenos para sus hambrientas familias. Morir de un balazo no es más terrible para ellos que el hambre.

Con regularidad enfermiza estas escenas se repiten en cada parada. Se está haciendo una tortura viajar con relativa comodidad en nuestro coche llamativo, recientemente renovado y pintado de rojo vivo, y que porta la inscripción Comisión Extraordinaria del Museo de la Revolución.

La expedición consta de seis personas, compuesta por la secretaria, la señorita A. Shakol¹⁵²; la tesorera, Emma Goldman; el experto histórico Yakovlev, y su esposa, un joven comunista, estudiante de la Universidad de Petrogrado; y yo como presidente. Nuestro grupo también incluye al *provodnik* (mozo) oficial y a Henry Alsberg¹⁵³, corresponsal americano, cuya amistosa actitud hacia Rusia le había asegurado la autorización de Zinóviev para acompañarnos. Nuestro vagón está dividido en varias berlinas¹⁵⁴, una oficina, un comedor, y una cocina decorada con la mantelería y la vajilla de plata del Palacio de Invierno, ahora la oficina central del Museo.

Durante el día la gente se mantiene a una distancia respetuosa, la inscripción en nuestro coche evidentemente da la impresión de estar ocupado por la Checa, la institución más temida en Rusia. Pero de noche, en las estaciones a media luz, somos asediados por multitudes que piden alojamiento. Va en contra de nuestras instrucciones admitir a alguien, debido al peligro de que nuestro material sea robado, así como por miedo a alguna enfermedad. La gente está infectada de bichos; casi todos los que viajan a Ucrania están afligidos con *sipnyak*, una forma de tifus que a menudo resulta fatal. Nuestro historiador vive con temor mortal a esto, y protesta con vehemencia si entran forasteros. Acordamos dejar que varias ancianas y lisiados subieran, y a hurtadillas les damos de comer de las provisiones de nuestra comuna.

La población de los distritos por los que pasamos está en un estado de inquietud y alarma. En cada estación se nos advierte de no seguir más allá: los Blancos, bandas de ladrones, Makhno¹⁵⁵, y Wrangel¹⁵⁶ están a tiro, nos aseguran. La atmósfera se hace más densa con el miedo, rumores alarmantes a medida que avanzamos hacia el sur.

La vida en el sur, caldero de emociones en ebullición, contrasta sorprendentemente con la del norte. En comparación, Moscú y Petrogrado parecen tranquilas y ordenadas. Aquí todo es deforme, grotesco, caótico. Los

cambios frecuentes de gobierno, acompañados de la guerra civil y la destrucción, han producido una condición física y mental desconocida en otras partes del país. Han creado una atmósfera de incertidumbre, de vida desarraigada, de ansiedad constante. En algunos lugares de Ucrania se han experimentado catorce regímenes diferentes en el período de 1917—1920, suponiendo cada uno una alteración violenta de la existencia cotidiana, desorganizando y rasgando la vida desde sus cimientos.

El espectro entero de pasiones revolucionarias y contrarrevolucionarias se ha vivido en este territorio. Aquí la Rada nacionalista había luchado contra los órganos locales del gobierno de Kerenski¹⁵⁷ hasta que el Tratado de Brest abrió el sur de Rusia a la ocupación alemana. Bayonetas prusianas disolvieron la Rada, y el Hetmán Skoropadski, por la gracia del Kaiser, se erigió como señor del país en nombre de un pueblo independiente y autodeterminado. El desastre en el frente occidental y la revolución en su propio país obligaron a los alemanes a retirarse, la nueva situación dio a Petliura la victoria sobre el Hetmán. Los gobiernos cambiaron caleidoscópicamente. El dictador Petliura y su Directorium fueron derrocados por el campesinado rebelde y el Ejército Rojo, este último cediendo sucesivamente ante Denikin. Posteriormente los bolcheviques se convirtieron en los amos de Ucrania, pronto obligados a retroceder por los polacos, para luego los comunistas volver a tomar posesión.

Las largas y continuadas luchas militares y civiles han trastornado totalmente la vida en el Sur. Las clases sociales han sido destruidas, las viejas costumbres y tradiciones abolidas, las barreras culturales derribadas, sin que la gente haya sido capaz de adaptarse a las nuevas condiciones, las cuales están en constante transformación. No ha habido ni tiempo ni oportunidad de reconstruir el modo de vida físico y mental de nadie, para orientarse dentro del ambiente de cambio constante.

Los instintos de hambre y miedo se han convertido en el único Leitmotiv del pensamiento, el sentimiento y la acción. La incertidumbre es persistente e impregna todo: ésta es la única realidad evidente y verdadera. La cuestión del pan, el peligro de ataque, son los temas exclusivos de interés. Se oyen historias de ejércitos saqueando los alrededores de la ciudad, y extravagantes especulaciones sobre el carácter de los merodeadores, a quienes algunos

acusan de Blancos, otros de Verdes¹⁵⁸, o bandidos de pogromo. Las figuras legendarias de Makhno, Marusia¹⁵⁹, y Stchuss¹⁶⁰ se levantan imponentes en la atmósfera de pánico creada por los horrores vividos y por la todavía más temerosa aprehensión de lo desconocido.

La alarma y el temor salpican la vida y el pensamiento de la gente. Impregnan la conciencia entera del ser. Ejemplo de ello, del caos general del momento, es la respuesta que uno recibe al pedir la hora del día. Nos indica el nivel de bolchevismo u oposición del informante cuando se nos dice: las tres en punto según el viejo¹⁶¹; las cinco según el nuevo; o las seis según el último, habiendo los comunistas recientemente ordenado, por tercera vez, el ahorro de otra hora de luz del día.

El país entero se parece a un campo militar que vive constantemente a la espera de una invasión, una guerra civil, y un cambio repentino de gobierno, trayendo con ello nuevas matanzas y opresión, confiscación y hambre. La actividad industrial está paralizada, la situación económica es desesperada. Cada régimen ha emitido su propio dinero, prohibiendo todas las formas anteriores de intercambio. Pero entre la gente circulan varios papeles, que incluyen el dinero de Kerenski, el zarista, el ucraniano y el soviético. Cada rublo tiene su propio valor, variando constantemente, de modo que las mujeres en el mercado se convierten en profesoras de matemáticas, como dice la gente en broma, para encontrar una salida en este laberinto financiero.

Bajo la superficie de la vida cotidiana, las pasiones primitivas del ser humano, una vez desatadas, ejercen un dominio casi totalmente imparable. Los valores éticos están disueltos, el lustre de la civilización corroído. Sólo perdura el sobrio instinto de supervivencia y el temor omnipresente al mañana. La victoria de los Blancos o el control de una ciudad por ellos implica brutales represalias, pogromos contra judíos, la muerte para los comunistas, prisión y tortura para los sospechosos de simpatizar con estos últimos. La llegada de los bolcheviques se traduce en el terror rojo indiscriminado. Cualquiera es terrible; ha ocurrido muchas veces, y la gente vive con el miedo perpetuo a que se vuelva a repetir. La contienda fratricida ha arrasado Ucrania como un auténtico devorador de hombres, engullendo, devastando y generando ruinas, desesperación, y horror a su paso. Las historias de las atrocidades de Blancos y

Rojos están en boca de todos, relatos de espeluznantes experiencias personales en su recital de feroces asesinatos y rapiña, de crueldad inhumana y ultrajes indescriptibles.

Notas capítulo XXI

153. Aleksandra Timofeievna Shakol. Vinculada al artista y escritor Nikolai Punin, poco más sabemos de esta persona.

153. Henry Garfield Alsberg. Nace en 1881, graduándose como abogado en la Universidad de Columbia en 1900. Viajará por Europa durante la guerra como periodista, llegando a Rusia como corresponsal del periódico inglés *Daily Herald*. En los años 20 trabajará para el periódico *The Nation*. Por esa época, el FBI lo calificaba como un demostrado bolchevique. Entre 1935 y 1939 dirigirá el Federal Writer's Project, en donde cerca de seiscientos historiadores, escritores, antropólogos, etc., intentarán documentar la vida cotidiana de Norteamérica. Pertenecerá al Comité Americano de Lucha Contra la Guerra. Morirá en 1970.

154. En los coches de los ferrocarriles, departamento que se distinguía por estar cerrado y en la parte delantera.

155. Néstor Ivánovich Makhno. Campesino ucraniano nacido en 1889. Rápidamente se vinculará al movimiento libertario de tal manera que en 1908 será detenido y condenado a la pena de muerte por su labor clandestina; no obstante, por su juventud, la pena se le commuta por la de cadena perpetua. La Revolución rusa lo coge en la cárcel, siendo liberado en 1917, regresando a su tierra. Con la ocupación austriaca de Ucrania, comienza su labor guerrillera de base libertaria, contra el invasor así como contra el Ejército Rojo que, tras un pacto militar para hacer frente al avance de los Blancos, vuelven a traicionar a las fuerzas ucranianas, lo que obliga a Makhno y sus seguidores a huir al extranjero, exiliándose en París en donde comenzará a trabajar en la fábrica Renault al tiempo que intenta articular la resistencia ante el régimen bolchevique. Morirá en 1934 afectado por la tuberculosis.

156. Piotr Nikoláievich Wrangel. Noble ruso nacido en 1878. Como militar profesional participó en la Guerra Russo-Japonesa y durante la Primera Guerra Mundial tuvo a su mando varias unidades de caballería. Tras la Revolución, jugará un papel destacado dentro de la Guerra Civil rusa, logrando claras victorias ante las fuerzas bolcheviques, como ocurrió con

la ocupación de la que sería posteriormente Stalingrado, aunque las disensiones internas en el Ejército Blanco le llevará a dimitir y retirarse de la contienda. No obstante, a los pocos meses, en 1920, se le reclama para dirigir las fuerzas en Ucrania, logrando un avance arrollador. La acción combinada de la guerrilla libertaria dirigida por Makhno y el Ejército Rojo (habían llegado a un pacto para frenar el avance de los Blancos) impidió el que pudiera estabilizar los frentes y crear un Estado independiente, siendo derrotado finalmente, teniendo que exiliarse. Morirá en Bruselas en 1928.

157. Aleksandr Fiódorovich Kerenski. Nacido en 1881 y abogado de profesión, desde muy joven militará en las filas socialdemócratas, llegando a ser elegido para la Duma (parlamento ruso) en 1912. Al producirse la revolución de Febrero, que supondría la abdicación de Nicolás II, logrará evitar la reacción monárquica, asumiendo poco a poco las riendas del nuevo gobierno, llegando a ser presidente del gobierno revolucionario. Sin embargo, ante la incapacidad de lograr la paz con Alemania, los bolcheviques llevarán a cabo una intensa campaña de des prestigio de su gobierno que finalizará con el golpe de Estado de octubre de 1917 que instaurará la dictadura de los comunistas. Sus tropas serán derrotadas, teniendo que exiliarse a Francia, en donde no apoyará a los generales Blancos pues buscaban la restauración monárquica. Con la Segunda Guerra Mundial, debe huir a Estados Unidos, en donde morirá en 1970.

158. Bandas de campesinos, llamadas Zelyonniy (verde) debido a que se mueven en los bosques. Según otra versión la denominación procede del nombre de uno de sus líderes.

159. María Grigorevna Nikiforova, aunque sería más conocida como Marusia. Anarquista ucraniana nacida en 1885, desde muy joven destacará por sus acciones de expropiación, lo que le llevará a la cárcel en 1908 y ser sentenciada a la pena de muerte, aunque finalmente se conmutará la pena a veinte años de trabajos forzados en Siberia. Escapada de su presidio, logra llegar a Estados Unidos, en donde continuó su labor de agitación entre la comunidad anarquista rusa para, hacia 1912, trasladarse a París. Desde esta ciudad, llevará a cabo campañas de expropiación como la llevada a cabo en un banco de Barcelona, en donde será herida. Con la Primera Guerra Mundial, apoyará las tesis de Kropotkin de apoyar a los aliados, trasladándose a Petrogrado en el momento que se produce la Revolución de Febrero. Desde esta ciudad, y tras una fuerte campaña de agitación obrera, se encamina a su Ucrania natal, en donde entrará en contacto con Makhno y sus fuerzas militares, luchando contra la reacción monárquica y el gobierno socialdemócrata. Finalmente, y ante la traición bolchevique, decide pasar a la clandestinidad, organizando grupos terroristas contra los Blancos y los comunistas. Será reconocida y capturada en la ciudad de Rostov-on-Don en donde tenía su cuartel el general Denikin. Juzgada, será condenada a muerte, cumpliéndose la sentencia el 19 de septiembre de 1919.

160. Fedir Stchuss. Campesino ucraniano. Para salir de la pobreza, se enrolará en la marina imperial rusa, en donde lo cogerá la Revolución de Febrero, iniciando una trepidante labor revolucionaria, creando una partida guerrillera para hacer frente a las fuerzas nacionalistas (Ejército Verde) y monárquicas. Sin embargo, con la entrega de Ucrania a Alemania por

parte de los bolcheviques con la paz de Brest-Litovsk, su grupo fue aniquilado, debiéndose retirar hacia el territorio controlado por Makhno, pasando a ocupar puestos de alta responsabilidad dentro de las filas del Ejército Negro. Morirá luchando contra los bolcheviques en 1931.

161. Se refiere al viejo huso horario ruso.

CAPÍTULO XXII

Primeros días en Járkov

El trabajo para recopilar el material está repartido entre los miembros de nuestra expedición según su aptitud y su inclinación. Por consenso general, y para mayor satisfacción nuestra, el único comunista entre nosotros, un joven muy inteligente e idealista, ha sido designado para visitar la oficina central del Partido. Además de mis obligaciones generales como Presidente, mi dominio incluye sindicatos, organizaciones revolucionarias y órganos semilegales o clandestinos.

En las instituciones soviéticas, como entre la gente en general, se percibe un espíritu sumamente nacionalista, incluso chovinista. Para los autóctonos, Ucrania es la única y verdadera Rusia; su cultura, lengua y costumbres son superiores a las del Norte. Sienten aversión a lo ruso y les molesta el dominio de Moscú. La hostilidad a los bolcheviques es general, el odio a la Checa universal. Incluso los comunistas están enfurecidos por los métodos arbitrarios del Centro, y exigen más independencia y autodeterminación. Pero la política del Kremlin consiste en poner a sus propios hombres al mando de las instituciones ucranianas, y con frecuencia todo un cargamento de bolcheviques moscovitas, que consta de oficinistas y mecanógrafos, es enviado al Sur para hacerse cargo de cierto departamento u oficina. Los funcionarios importados, no familiarizados con las condiciones y la psicología del país, a menudo desconocedores de su lengua, aplican los métodos moscovitas e imponen los puntos de vista de Moscú a la población dando como resultado el distanciamiento incluso de los grupos más partidarios.

Día de julio, con el sol del sur diseminando calor sin cesar y el pavimento de piedra que parece derretirse bajo mis pies. Las calles están atestadas de gente con atuendos abigarrados, juego de colores agradable a la vista. Los ucranianos están mejor vestidos y alimentados que la gente de Petrogrado o Moscú. Las mujeres son notablemente hermosas, con ojos oscuros expresivos y rostros ovalados, de tez aceitunada. Los hombres son menos atractivos, a menudo con cortas frentes y rasgos toscos, con evidentes vestigios mongoles. Casi todas las chicas, atractivas y con mucho pecho, visten faldas cortas y van con las piernas descubiertas; otras, bien calzadas pero sin medias, presentan una visión fuera de lugar. Algunas llevan *lapti*, toscas sandalias de madera que repiquetean ruidosamente contra el pavimento. Casi todos comen las populares *semetchki*, semillas de girasol secas, quitándoles hábilmente la cáscara, y cubriendo las mugrientas aceras con una capa de gris blanquecino.

En la esquina, dos jóvenes con uniformes de estudiante llaman a gritos la atención de los transeúntes vendiendo *pirozhki* caliente, pasteles pesados rusos llenos de carne o col. Un grupo de chicas, casi niñas, caras maquilladas, labios carmesíes, se acerca a los vendedores.

—¿Cuánto cuesta el capricho?, pregunta una con voz débil y aguda.

—Cincuenta rublos.

—Oh, pequeño especulador, bromea la muchacha. ¿No me lo vas a dejar más barato, querido?, le persuade, acercándose más al chico.

Tres marineros se acercan, silbando la popular melodía *Stenka Razin*.

—¡Qué bellezas!, comenta uno, abrazando bruscamente a la muchacha que tenía más cerca.

—¡Eh!, chicas, vénganse con nosotros, ordenó otro. No pierdan el tiempo con estos especuladores.

Con una risa picara las chicas se fueron con ellos. Abrazados se marcharon calle abajo.

—Malditos soviéticos arrogantes, ruge furiosamente uno de los estudiantes. ¡Pirozhki caliente, caliente! ¡Compren, compren, *tovarishtchi*!

Con mucha dificultad hallo la casa de Nadia, revolucionaria socialista de izquierda, para quien tengo un mensaje de sus amigos de Moscú. Tras tocar en la puerta me contesta una anciana de rostro afable y pelo canoso como la nieve.

—Mi hija está trabajando, dice examinándome recelosa. ¿Puedo saber qué se le ofrece?

Tranquilizada por mi explicación, me invita a entrar, pero su trato sigue siendo cauteloso. Tarda un rato en convencerse de mis buenas intenciones, y luego comienza a desahogarse. Era dueña de la casa en la que actualmente vive en un cuarto junto con su hija, habiendo sido requisado el resto por el Comité de Alojamiento del Soviet.

—Es suficiente para nuestras modestas necesidades, dice la anciana con resignación, paseando su mirada por la pequeña habitación con una cama individual, una mesa de cocina, y varias sillas de madera. Ahora sólo me queda Nadia, añade con la voz temblorosa. Doy gracias a Dios por tenerla, prosigue al cabo de un rato. Oh, las terribles experiencias que hemos vivido. Usted seguramente no las creería; aún no tengo cincuenta años. Pasa su delicada y delgada mano por su cabello canoso. No sé cómo es de donde usted viene, pero aquí la vida es una koshmar (pesadilla). Me he criado acostumbrada a pasar hambre y frío, pero el miedo incesante por la seguridad de mi hija hace de la vida una tortura. Pero es pecado quejarse, ella se persigna con fervor. Alabado sea el Señor, por haberme dejado a mi hija.

Durante la conversación me entero de que su hijo mayor fue asesinado a manos de los hombres de Denikin; al más joven, Volodia, un chico de veinte años, los bolcheviques le pegaron un tiro. Nunca supo la razón.

—La terrible Checa, suspira con lágrimas en los ojos. Pero el predsedatel (presidente) fue un hombre amable, prosigue a continuación; fue él quien salvó a mi pequeña Nadia. Ella también había sido condenada a muerte. Una vez la llevaron al sótano, completamente desnuda, ¡Qué Dios les perdone! Le obligaron a echarse en el suelo boca abajo, la cara hacia abajo. Entonces dispararon por encima de su cabeza. ¡Oh, qué horror! Si confesaba, le perdonarían la vida. ¿Pero qué podía confesar esa pobre chica? No tenía nada

que contar. Y aunque supiese algo no lo haría, Nadenka es como el acero. Luego se la llevaron de nuevo a su celda, y cada noche esperaba que la sacaran y le disparasen, y cuando oía un paso, pensaba que venían a por ella. ¡Qué tortura padeció la chiquilla! Pero siempre se llevaban a alguien y jamás volvían. Entonces un día el *predsedatel* la vino a buscar y le dijo que no quería matarla, que era libre para irse a su casa. Antes de esto la Checa me había asegurado que a mi hija la habían enviado a Moscú al juicio. Y allí estaba ella frente a mí; oh, tan pálida y triste, más un espectro de ella misma. Gloria al Señor por su bondad, solloza en voz baja.

Se abre la puerta y entra una muchacha, con un bolso en su hombro. Ella es joven y atractiva, no más de veinte años, con un rostro iluminado por unos ojos negros y brillantes.

Se detiene asustada cuando su mirada se posa sobre mí.

—*Un amigo*, me adelanto para tranquilizarla, entregándole el mensaje que se me ha confiado en Moscú. Se alegra inmediatamente, pone el bolso sobre la mesa, y besa a su madre.

—Hoy lo celebraremos, mamenka, le comenta; conseguí mi *pyock*. Comienza a ordenar las cosas, gritando con alegría, arenque, dos libras; media libra de jabón; una libra de mantequilla vegetal; un cuarto de libra de tabaco. Esto es del Sobezh (Departamento de Asuntos Sociales), explica, girándose hacia mí. Estoy empleada allí, pero el principal “asunto social” es la ración, dice en broma. Es de mejor calidad y cantidad que la que consigo en otros dos lugares. Sabe, algunos de nosotros tenemos tres trabajos, incluso cuatro, para llegar a fin de mes. Madre y yo juntas recibimos una libra y tres cuartos de pan al día, y con esta *pyock* mensual y lo que consigo de mis otros empleos, nos las arreglamos para vivir. ¿No es así, mamenka?, y abraza otra vez a su madre cariñosamente.

—Sería un pecado quejarse, mi niña, contesta la anciana; otros están mucho peor.

Nadia conserva su sentido del humor y su risa resplandeciente interrumpe a menudo la conversación. Está muy preocupada por la suerte que han corrido

sus amigos en el norte, y se llena de alegría al tener noticias directamente de Marusia, como ella llama cariñosamente a María Spiridonova. Entusiasmada oye la historia de mis repetidas visitas a la famosa líder de los socialistas revolucionarios de izquierda, quienes actualmente actúan clandestinamente en Moscú.

—La quiero y la adoro, declara con ímpetu; ha sido la heroína de mi vida. ¡Y pensar que los bolcheviques la acosan! Aquí en el Sur, prosigue con más calma, nuestro Partido ha sido prácticamente liquidado. La persecución ha obligado a los más débiles a hacer las paces con los comunistas; algunos incluso se les han unido. Los que nos hemos mantenido fieles, somos “clandestinos”. El terror rojo es tal que hoy en día toda actividad es imposible. Con los periódicos, las imprentas, y todo lo demás nacionalizado, no podemos imprimir ni un folleto, como solíamos hacer en los tiempos del Zar. Además, los trabajadores están muy intimidados, su necesidad es tan grande que sólo te prestan atención si les ofreces pan. Además, sus mentes están envenenadas contra la intelligentsia. Ésta se muere realmente de hambre. Aquí en Járkov, por ejemplo, reciben de seis a siete mil rublos al mes, mientras que una libra de pan cuesta de dos a tres mil. Algún ingenioso calculó que el sueldo soviético de veinte de los profesores rusos más célebres es igual, según el actual poder adquisitivo del rublo, a la cantidad presupuestada por el antiguo régimen para mantener a los perros guardianes en las instituciones gubernamentales.

Con ayuda de Nadia logró ponerme en contacto con varios irreconciliables de los social-revolucionarios de izquierda. La personalidad más interesante entre ellos es N*** antiguo katorzhanin (prisionero político condenado a trabajos forzados) y posteriormente profesor de literatura en la Universidad Popular de Járkov. Recientemente le han despedido porque el comisario político, un joven comunista, consideraba que sus clases eran de índole antimarxistas.

—Los bolcheviques se quejan de la falta de profesores y educadores, dijo N***, pero en realidad no permiten trabajar a nadie a no ser que sea comunista o simpatice con la “célula” comunista. Son éstos, los grupúsculos del Partido en todas las instituciones, los que deciden la “fiabilidad” y la aptitud, incluso de profesores y maestros.

—Los bolcheviques han fracasado, me comentó en otra ocasión, sobre todo por su absoluta barbarie intelectual. La vida social, al menos la individual, es imposible sin ciertos valores éticos y humanos. Los bolcheviques los han eliminado y en su lugar sólo tenemos la arbitraría voluntad de la burocracia soviética y el terror indiscriminado.

N*** manifiesta las opiniones del grupo Socialista Revolucionario de Izquierda, sus puntos de vista compartidos totalmente por sus camaradas. El gobierno de una minoría, concuerdan, es necesariamente un despotismo basado en la opresión y la violencia. De este modo, diez mil espartanos gobernaron a trescientos mil ilotas, mientras que en la Revolución francesa trescientos mil jacobinos consiguieron controlar a los siete millones de ciudadanos de Francia. Ahora quinientos mil comunistas tienen, por los mismos métodos, esclavizada a toda Rusia con una población de más de cien millones. Semejante régimen debe transformarse en la negación de su fuente original. Aunque nació de la revolución, hijo del movimiento para la liberación, reniegan y pervierten los propios ideales y objetivos que le trajeron al mundo. En consecuencia, hay una escandalosa desigualdad en los nuevos grupos sociales, en lugar de la proclamada igualdad; represión de la opinión popular en lugar de la prometida libertad; violencia y terror en lugar del ansiado reino de amor y fraternidad.

La situación actual, cree N***, es el resultado inevitable de la dictadura bolchevique. Los comunistas han mancillado las ideas y las consignas de la Revolución. Han desencadenado entre el pueblo una ola contrarrevolucionaria que tarde o temprano destruirá los logros de 1917. El poder de los bolcheviques es en realidad insignificante. Sólo están ahí por la debilidad de sus contrincantes políticos y por el agotamiento de las masas.

—Pero su Nueve de Termidor¹⁶² llegará pronto, concluyó N*** convencido, y nadie saldrá en su defensa.

Al volver tarde por la noche a la habitación que me han asignado en casa de G***, un antiguo burgués, y tras comprobar que el timbre no funcionaba, llamé a la puerta un buen rato y con persistencia sin recibir respuesta alguna.

Estaba desesperado por entrar, cuando resonó un ruido de cadenas, se levantó una barra pesada, alguien hurgó con las llaves, y finalmente la puerta se abrió ante mí. No pude ver a nadie allí, y un sentimiento de inquietud me poseyó cuando de pronto una figura alta y delgada salió, y reconocí al propietario del apartamento.

—No le había visto, exclamé con sorpresa.

—Una simple precaución, contestó, indicando un hueco entre las puertas de dos hojas donde evidentemente se había escondido.

—Uno no se puede fiar en estos días, comentó con nerviosismo; “ellos” tienen el hábito de hacer visitas inesperadas. Para poder escaparme, añadió de manera significativa.

Le invitó a mi habitación y hablamos hasta primera hora de la mañana. La historia de G*** resultaba una de las páginas más interesantes de la reciente vida de Rusia. Anteriormente vivía en Petrogrado, donde trabajaba de ingeniero mecánico en las Fábricas de Putilov, con su cuñado como su ayudante. Ninguno de los dos participaba en política, dedicando todo su tiempo al trabajo. Una mañana, Petrogrado se conmocionó por el asesinato de Uritski, jefe de la Checa. G*** y su cuñado nunca antes habían oído hablar de Kannegisser¹⁶³, quien cometió el asesinato, pero ambos fueron detenidos junto con cientos de burgueses. A su cuñado le fusilaron, por error, como la Checa admitió después, su nombre se parecía al de un pariente lejano, un antiguo oficial del Ejército del Zar. La esposa del ejecutado, la hermana de G***, al conocer la suerte de su marido, se suicidó. G*** fue liberado, luego arrestado de nuevo, y enviado a trabajos forzados en Vologda como un *bourzhooi*.

—Todo fue tan inesperado, dijo, que no nos dio tiempo de coger nada. Fue un día de mucho viento y frío de octubre de 1918. Yo atravesaba el Nevski de vuelta a casa del trabajo, cuando de repente me di cuenta de que todo el distrito estaba rodeado de militares y chequistas. Todos fueron detenidos. Aquellos que no pudieron presentar un carné de afiliación comunista o un documento que demostrara que eran empleados soviéticos fueron detenidos. Las mujeres también, aunque fueron liberadas a la mañana siguiente.

Desafortunadamente había dejado la cartera en mi oficina con toda mi documentación. No atendieron a mis explicaciones ni me dieron la posibilidad de comunicarme con alguien. Tras cuarenta y ocho horas, todos los hombres fueron llevados a Vologda. Mi familia, mi querida esposa y mis tres hijos, no sabían absolutamente nada de mi suerte. G*** hizo una pausa. ¿Tomamos un té?, preguntó, tratando de ocultar su emoción.

Mientras proseguía, me enteré de que junto con otros cientos de hombres, casi todos presuntos burgueses, G*** estuvo detenido en la prisión de Vologda durante varias semanas, tratado como un criminal peligroso y finalmente obligado a ir al frente. Allí fueron divididos en grupos de trabajo de diez, bajo el principio de responsabilidad colectiva: si un miembro del grupo se fuga, los otros nueve perderían su vida.

Los presos tuvieron que cavar trincheras, construir cuarteles para los soldados, y arreglar las carreteras. A menudo se les obligaba a exponerse al fuego inglés, para recuperar las ametralladoras abandonadas por el Ejército Rojo durante la contienda. Ellos podían estar presos, según decreto soviético, sólo tres meses en el frente, pero fueron obligados a permanecer hasta el final de la campaña. Expuestos al peligro, el frío y el hambre, sin ropa de abrigo en el crudo invierno del norte, las hileras de hombres disminuían a diario, para ser reemplazadas por nuevos grupos de trabajo reunidos de manera similar.

Después de unos meses G*** cayó enfermo. Con ayuda de un cirujano militar, un estudiante de medicina reclutado que conocía de antes, logró volver a casa. Pero cuando llegó a Petrogrado, no pudo localizar a su familia. Todos los inquilinos burgueses de su casa habían sido expulsados, haciendo lugar para los trabajadores; no pudo hallar ni rastro de su esposa y sus hijos. Postrado por la fiebre contraída en el frente, G*** fue enviado a un hospital. Los médicos le dieron pocas esperanzas de recuperación, pero la determinación de hallar a su familia reavivó las ascuas de vivir y tras cuatro semanas G*** dejó su cama de enfermo.

Acababa de empezar de nuevo su búsqueda cuando recibió la orden de ir, como ingeniero, a una fábrica de maquinaria en los Urales. Sus intentos para aplazarlo resultaron infructuosos. Sus amigos le prometieron seguir buscando

a sus seres queridos, y se marchó al Este. Allí se dedicó a conciencia al trabajo, haciendo las reparaciones necesarias, de modo que la fábrica pudiese comenzar a funcionar cuanto antes. Después de un tiempo pidió permiso para volver a casa, pero se le informó que iría como preso, tras haber sido denunciado por un comisario político por actitud hostil hacia los bolcheviques. G*** fue detenido y enviado a Moscú. Cuando llegó a la capital, fue acusado de sabotaje. Logró demostrar la falsedad de la acusación, y tras cuatro meses de encarcelamiento fue liberado. Pero la experiencia le afectó tanto que sufrió dos ataques seguidos de tifus, de lo que quedó completamente incapacitado para trabajar. Consiguió un permiso para visitar a sus parientes en Járkov donde esperaba recuperarse. Allí, para su sorpresa, inesperadamente, encontró a su familia. Le habían dado por muerto hace tiempo, no habiendo recibido ninguna respuesta a sus preguntas y numerosas cartas. Con su esposa y sus hijos, G*** permaneció en la ciudad, tras haber conseguido un trabajo en una institución local. La vida en Járkov le parece mucho más llevadera, aunque la campaña comunista contra los intelectuales levanta con frecuencia a la gente contra ellos.

—Los bolcheviques han convertido a la intelligentsia en una especie de animales perseguidos, dijo G***. Se nos considera incluso peor que la burguesía. De hecho, somos mucho menos afortunados que ésta, ya que por lo general tienen “contactos” en niveles influyentes, y la mayoría de ellos aún poseen algo de la riqueza que habían escondido. Pueden especular; sí, incluso enriquecerse, mientras que la clase profesional no tenemos nada. Estamos condenados a morir lentamente de hambre.

Fragmentos de canciones y música nos llega desde más allá de la calle, proveniente aparentemente de la casa de enfrente, sus ventanas iluminadas.

—Uno de los comisarios de la Checa, contestó mi anfitrión ante mi mirada interrogativa. A propósito, me ocurrió un hecho curioso, continúo, riendo con tristeza. El otro día me encontré con ese chequista. Algo en él a me llamó la atención, una extraña sensación que no podría explicar. ¡De repente caí en la cuenta, el nuevo traje marrón oscuro que él llevaba, ¡era mío! Me lo habían quitado en la última redada en mi casa, hace dos semanas. “Para el proletariado”, dijeron.

Notas capítulo XXII

162. Caída de Robespierre, 27 de julio de 1794.

163. Leonid Ioakimovich Kannegger. Nacido en 1896. Antiguo cadete de la Academia Militar de Artillería de Mikhailevskii, con la Revolución se mostrará como un ferviente seguidor de Kerenski hasta el punto de organizar un atentado contra el jefe de la Checa de Petrogrado, Urtski, en agosto de 1918 como venganza a sus asesinatos. Sin embargo, y a pesar de la cercanía del intento de atentado contra Lenin por parte de miembros del Partido Socialista Revolucionario de Izquierda, lo cierto es que durante los interrogatorios Kannegger en todo momento mantuvo que había actuado sólo y que no pertenecía a ningún partido político. Finalmente sería ejecutado.

CAPÍTULO XXIII

En las instituciones soviéticas

Petrovski, Presidente del Comité Ejecutivo Central de Toda Ucrania, el organismo supremo gubernamental del Sur, está sentado en su escritorio repleto de pilas de documentos. Es un hombre de mediana edad de estatura media, su típico rostro ucraniano está enmarcado con una barba negra, iluminado con ojos inteligentes y una risa victoriosa. Campesino comunista designado por Moscú para el alto cargo, se ha mantenido en una actitud democrática y sencilla.

Al conocer el objetivo de nuestra Expedición, Petrovski mostró el mayor interés.

—Simpatizo enormemente con ella, dijo—, es espléndida, esa idea de recopilar el material de nuestra gran Revolución para el conocimiento de las generaciones presente y futuras. Os ayudaré en todo lo que pueda. Aquí, en Ucrania, encontraréis abundante documentación, que abarca todos los cambios políticos que hemos tenido desde 1917. Desde luego, siguió, no hemos alcanzado la condición bien organizada y ordenada de Rusia. El desarrollo de nuestro país ha sido bastante diferente, y desde 1918 hemos estado viviendo en constante confusión. Hace tan sólo dos meses que expulsamos a los polacos de Kiev, pero les hemos expulsado para siempre, rió de forma energética. Sí, para siempre, repitió al cabo de un rato. Pero tenemos que hacer más; debemos darles una lección a los malditos polacos, a los *pañi* (amos) polacos, quiero decir, se corrigió. Nuestro buen Ejército Rojo está ahora casi en las puertas de Varsovia. El proletariado polaco está listo para zafarse del yugo de sus opresores; sólo nos esperan para echarles una mano.

Esperamos que la revolución estalle allí cualquier día de estos, concluyó de un modo confidencial, y entonces la Polonia soviética se unirá federativamente con la Rusia soviética, como ya lo ha hecho Ucrania.

—¿No piensa usted que una política tan agresiva puede producir un efecto perjudicial?, pregunté. Una amenaza de invasión puede servir para despertar el fervor patriótico.

—¡Tonterías!, se rió el Presidente. Usted claramente no conoce el carácter revolucionario de los trabajadores polacos. El país entero está ardiendo. El Ejército Rojo será recibido “con pan y sal”¹⁶³, como dice nuestro dicho, para darle una calurosa bienvenida.

La conversación se centró sobre la situación en el Sur.

—El trabajo para organizar el Soviet, dijo Petrovski, progresó satisfactoriamente en los distritos evacuados por los polacos. En cuanto a la situación económica, Ucrania solía ser el gran suministrador de pan de Rusia, pero los agricultores han sufrido mucho por la confiscación y el robo por parte de las fuerzas blancas. No obstante, los campesinos han aprendido que sólo con los comunistas tienen asegurados el disfrute de su tierra. Es cierto que muchos de ellos son *kulak*; es decir, agricultores ricos resentidos por compartir sus excedentes con el Ejército Rojo y los trabajadores. Ellos, y los numerosos grupos contrarrevolucionarios, hacen muy difícil el trabajo del Gobierno soviético. Makhno, en particular, es una fuente de muchos problemas. Pero los Verdes y otros bandidos están siendo poco a poco aniquilados, y pronto Makhno será también eliminado. El Gobierno ha decretado una guerra despiadada contra estos enemigos de los soviéticos, y el campesinado colabora en sus esfuerzos. Seguramente habrá oído algo sobre Makhno en Rusia, comentó Petrovski, lanzándose una mirada escrutadora. Muchas leyendas han surgido sobre su nombre, y en algunas él aparece como una figura heroica. Pero aquí en Ucrania descubrirá la verdad sobre él. Simplemente es un atamán¹⁶⁴, ladrón, eso es todo lo que es. Bajo la máscara del anarquismo lleva a cabo asaltos en pueblos y ciudades, destruye las comunicaciones de ferrocarril, y encuentra un deleite diabólico en asesinar comisarios y comunistas. Pero muy pronto acabaremos con sus actividades.

Las secretarias seguían entrando, trayendo documentos, y contestando llamadas telefónicas. La mayoría de ellas estaban descalzas, mientras que otras llevaban zapatos nuevos, de tacón alto sin medias. De cuando en cuando, el Presidente interrumpía la conversación para echar un vistazo a los papeles, poniendo su firma en unos y mandando otros al secretario. Pero parecía ansioso por seguir nuestra conversación, haciendo hincapié en los difíciles problemas presentados en Ucrania, los pasos tomados para asegurar una mayor producción de carbón, la reorganización de los ferrocarriles y la liquidación de los sindicatos de influencias antisoviéticas.

Habló de forma sencilla, en la lengua del obrero cuya inteligencia innata se ha agudizado por la experiencia en la escuela de la vida. Su concepción del comunismo es un mero asunto de un gobierno fuerte y determinación para llevar a cabo su voluntad. No es una cuestión de experimentación o posibilidades idealistas. Su imagen de una sociedad bolchevique no tiene ninguna fisura. Una poderosa autoridad central, aplicando de forma coherente sus políticas, solucionaría todos los problemas, cree. La oposición debe ser eliminada; los elementos molestos e instigadores del campesinado contra el régimen soviético, como Makhno, aplastados. Al mismo tiempo el trabajo de la *polit—prosvet* (educación política) debería ser ampliado; a la juventud, sobre todo, se le tiene que enseñar a considerar a los bolcheviques como la vanguardia revolucionaria de la humanidad. En general, el comunismo es un problema de buena contabilidad, como muy bien había dicho Lenin; es coger la contabilidad de las riquezas del país, real y potencial, y organizar su distribución de forma equitativa.

El tema del descontento campesino volvió a salir a relucir en nuestra conversación. El *povstantsi* (campesinado rebelde armado), admitió Petrovski, había jugado una parte vital en la revolución. Salvaron en varias ocasiones a Ucrania, e incluso a Rusia, en los momentos más críticos. Mediante una guerra de guerrillas desorganizaron y desmoralizaron a las fuerzas austro—germanas, y evitaron su avance hacia Moscú y la caída del régimen soviético. Derrotaron el ataque intervencionista en el Sur, resistiendo y aniquilando a las divisiones francesas e italianas que fueron desembarcadas por los Aliados en Odesa con la intención de mantener al Directorio nacionalista en Kiev. Lucharon contra

Denikin y otros generales Blancos, y fueron en gran parte decisivos en las victorias del Ejército Rojo. Pero ahora algunos elementos *povstantsi* se han unido a los Verdes y otras bandas que operan contra los comunistas. También constituyen la mayor parte de las fuerzas de Makhno, e incluso tienen ametralladoras y artillería. Makhno es especialmente peligroso. En cierta época sirvió en el Ejército Rojo; pero se amotinó, abriendo el frente a Denikin, por cuya traición fue proscrito por Trotski. Desde entonces Makhno ha estado luchando contra los bolcheviques y ayudando a los enemigos de la Revolución.

Desde la oficina contigua, ocupada por el secretario de Petrovski, una conversación ruidosa y la voz histérica de una mujer interrumpía nuestra conversación.

—Me pregunto qué será lo que pasa ahí, exclamó el Presidente por fin, dando un paso hacia la puerta. Apenas abrió, una joven campesina se precipitó hacia él, arrojándose a sus pies.

—¡Sálvenos, Señor!, gritó. ¡Tenga piedad!

Petrovski le ayudó a levantarse.

—¿Qué sucede?, preguntó amablemente.

Entre sollozos, relató que su marido, con un permiso del ejército, había ido a Járkov a visitar a su madre enferma. Allí fue detenido en una redada en la calle como desertor del trabajo. No pudo demostrar su identidad, porque le habían robado de camino a la ciudad perdiendo toda su documentación y su dinero. Le envío un mensaje a ella sobre su infortunio; pero cuando llegó a la ciudad se enteró de que a su marido se lo habían llevado junto con una partida de otros prisioneros. Desde entonces, ha fracasado en su intento de averiguar algo más sobre él.

—Oh, Señor, seguramente le han pegado un tiro, lloró, un hombre del Ejército Rojo que luchó contra Denikin.

Petrovski trató de calmar a la demente mujer.

—No le va a pasar nada a su marido, le aseguró, si él mismo puede demostrar que es un soldado.

—Pero ya se lo han llevado a algún lugar, gimió, y les pegan un tiro a los desertores. ¡Oh, por Dios, apiádese de mí!

El Presidente interrogó a la mujer, y luego, aparentemente convencido de la verdad de su historia, le pidió al secretario que le facilitara un papel para ayudarle en su búsqueda. La mujer se calmó, y luego impulsivamente besó la mano de Petrovski, rogando a los santos para que bendijeran al amable comisario.

En la oficina central del sindicato hallé una gran agitación por todos los pasillos. Hombres, mujeres, y niños atestaban las oficinas y llenaban los vestíbulos con gritos y humo de tabaco. Era una reunión de desaliñados, mal alimentados y vestidos; las mujeres llevaban pañuelos de calicó, los hombres con *lapti*¹⁶⁵ de suela gruesa y de madera, y la mayoría de los niños descalzos. Durante horas estuvieron haciendo cola, hablando de sus problemas. Sus salarios, se quejaban, aunque aumentan continuamente, no van a la par con el aumento de los precios de la comida. El trabajo de una semana no es suficiente para comprar dos libras de pan. Además, se les adeuda una paga de tres meses: el gobierno ha fallado al proporcionar suficiente dinero. Los centros de distribución soviéticos andan escasos de provisiones; uno tiene que velar por sí mismo, o pasar hambre. Algunos han venido a pedir diez días libres de trabajo y un permiso para visitar a sus familiares en el campo. Allí conseguirían unas cuantas libras de harina o un saco de patatas para aguantar el tirón durante un corto período de tiempo. Pero es difícil conseguir dicho privilegio: los nuevos decretos atan al trabajador a la fábrica, como antaño los campesinos estaban encadenados a la tierra. Todavía la aldea es su única esperanza.

Otros han venido para solicitar la ayuda de su organización laboral en la localización de hermanos perdidos, padres, maridos, súbitamente desaparecidos, no hay duda de que capturados en las frecuentes redadas

como desertores militares o del trabajo. Habían buscado, en vano, información en diferentes departamentos; tal vez el sindicato les ayude.

Después de esperar mucho tiempo pude entrar a ver al Secretario del Soviet de Sindicatos. Resultó ser un joven de no más de veintitrés, con ojos lúcidos e inteligentes y actitud nerviosa. El Presidente había tenido que salir a una conferencia especial, me informó el Secretario, pero nos ayudaría en nuestra misión en la medida de lo posible. Dudó, sin embargo, que encontráramos mucho material valioso en la ciudad. La mayor parte de él estaba estropeado o había sido destruido, no hubo tiempo para pensar en tales asuntos en los intensos días revolucionarios que Járkov había vivido. Pero independientemente de los archivos que se pudieran encontrar, ordenaría que me los entregasen. Aún mejor, me facilitaría una circular para los secretarios de los sindicatos locales, y yo personalmente podría seleccionar el material que necesitara, dejando copias del mismo en los archivos.

El propio secretario pudo darme poca información sobre las condiciones de trabajo en la ciudad y la provincia, ya que había asumido recientemente el cargo.

—No soy de la zona, dijo; me enviaron desde Moscú hace sólo unas semanas. Ya ve, camarada, explicó, asumiendo al parecer mi afiliación al Partido Comunista, se hizo necesario liquidar la dirección entera del Soviet y de la mayoría de los sindicatos. Los dirigentes eran mencheviques. Dirigieron la organización bajo el principio de presunta protección de los intereses de los trabajadores. ¿Protección contra quién?, dijo furioso. ¡Usted entiende cuán contrarrevolucionaria es esa idea! Solamente un menchevique encubierto puede llevar a cabo esta labor para oponerse a nosotros. Bajo el capitalismo, el sindicato es destructivo para los intereses burgueses; pero con nosotros, es constructivo. Los órganos laborales deben trabajar codo con codo con el gobierno—, de hecho, ellos son el gobierno real, o una de sus partes vitales. Deben servir como escuelas del comunismo y al mismo tiempo llevar a cabo en la industria la voluntad del proletariado como lo ha expresado el Gobierno soviético. Esa es nuestra política, y acabaremos con toda oposición.

Un hombre moreno, rechoncho, de estatura media entró rápidamente en la oficina, mirándome de forma interrogativa.

—Un camarada del centro, el secretario me presentó, enviado para recopilar datos sobre la revolución. Éste es nuestro *predsedatel* (presidente), explicó.

El Presidente del Soviet del Trabajo me dio la mano a toda prisa;

—Usted me perdonará, dijo, estamos hasta arriba de trabajo. Tuve que abandonar la sesión de la comisión salarial antes de que acabara, porque me han telefoneado para asistir a una importante conferencia de nuestro Comité del Partido.

Los mencheviques han declarado una huelga de hambre en la prisión, y debemos tomar cartas en el asunto.

Guando salíamos de la oficina, el Presidente fue acosado por una muchedumbre bulliciosa.

—Querido *tovarishtch*, sólo un minuto por favor, suplicó un trabajador mayor; mi hermano está enfermo de tifus y no puedo conseguir ninguna medicina para él.

—¿Cuándo se nos pagará? Se nos debe tres meses, exhortó otro.

—Vaya a su propio sindicato, le aconsejó el *predsedatel*.

—Pero si acabo de venir de allí.

—No tengo tiempo, *tovarishtch*, no tengo tiempo ahora, el presidente siguió repitiendo a diestra y siniestra, abriéndose paso con cuidado entre la multitud.

—Oh, señor, gritó una mujer, agarrándole del brazo. Era la joven campesina que yo ya había visto en la oficina de Petrovski. ¿Le han pegado un tiro a mi marido?

El Presidente miró desconcertado. —

—¿Quién es su marido?, exigió.

—Un hombre del Ejército Rojo, *tovarishtch*. Detenido en una redada en la calle por desertor del trabajo.

—¡Un desertor! Eso es malo. Al llegar a la calle, y despidiéndose de mí con la mano, el predsedatel subió en el coche que aguardaba, y se marchó.

Notas capítulo XXIII

163. Ceremonia de salutación usada en muchos países eslavos, en la que se hace entrega de pan y sal al invitado.

164. Término posiblemente de origen turco adoptado en ruso y ucraniano en comunidades cosacas y que hace referencia a un comandante de una unidad o grupo paramilitar, independiente del poder del Estado. En otras interpretaciones, jefe o líder de bandoleros.

165. Término peyorativo en ruso que hace referencia a los zapatos de esparto, baratos y de poca duración, muy típicos aún en la Rusia de los años 30.

CAPÍTULO XXIV

Iósif el Emigrante¹⁶⁶

Un hombre bajo y delgado de treinta años, de ojos oscuros brillantes muy separados, y una cara de extraña tristeza. La expresión de sus ojos aún me persigue: ahora triste, ahora furiosa, refleja la tragedia de su ascendencia judía. Su sonrisa refleja la bondad de un corazón que ha sufrido y aprendido; era una sonrisa paciente y atractiva con la cual había desarmado a sus enemigos. Esta idea daba vueltas en mi cabeza, mientras él relataba sus experiencias en la revolución.

Le había conocido en Norteamérica, a él y a su amiga Lya¹⁶⁷, una chica de rostro dulce con un autocontrol y una determinación inusuales. Ambos eran activistas desde hacía años en el movimiento radical de los Estados Unidos, pero la llamada de la Revolución les trajo de vuelta a su tierra natal con la esperanza de ayudar en la gran obra de la liberación. Trabajaron con los bolcheviques contra Kerenski y el Gobierno Provisional, y colaboraron con ellos en los días tormentosos de octubre, que dieron tanta esperanza como un arco iris, como comentó el Emigrante afligido. Pero pronto los comunistas empezaron a reprimir a los otros partidos revolucionarios, y Iósif se marchó con Lia a Ucrania, donde ayudaron a organizar la Confederación de Grupos Anarquistas del Sur con el nombre de Nabat (alarma).

Gomo el Emigrante, su seudónimo en el Nabat, el órgano de la Confederación, Iósif es ampliamente conocido en el Sur y es muy querido por su idealismo y su buen humor. Enérgico y activo, es incansable en su labor entre el campesinado ucraniano, y en cualquier lado es el alma y la inspiración de los círculos proletarios.

Repetidas veces le he visitado a él y a sus amigos en la librería anarquista Volnoie Bratstvo (Fraternidad Libre). Han presenciado los numerosos cambios políticos en Ucrania, han sufrido la cárcel de los Blancos, y han sido torturados por soldados de Denikin.

—No somos menos acosados por los bolcheviques, dijo el Emigrante; nunca sabemos lo que nos harán. Un día nos arrestan, y cierran nuestro club y librería; otro nos dejan tranquilos. No nos sentimos seguros; nos tienen bajo constante vigilancia. En esto superan con creces a los Blancos; con éstos podíamos trabajar clandestinamente, pero los comunistas saben casi todo de nosotros, pues siempre estuvimos codo con codo con ellos frente a la contrarrevolución.

El Emigrante, a quien anteriormente había conocido como un hombre amante de la paz, me sorprendió por su entusiasmo militante respecto de Makhno, a quien de forma familiar llama Néstor. Ha pasado mucho tiempo con éste, y le considera un anarquista concienzudo, que está luchando contra la reacción tanto de la izquierda como de la derecha. Iósif participó activamente en el campamento de Makhno como educador y profesor; compartió la vida diaria de los *povstantsi*, y les acompañó como un no combatiente en sus campañas. Está profundamente convencido de que los bolcheviques han traicionado al pueblo.

—Mientras eran revolucionarios colaborábamos con ellos, dijo; el hecho es que nosotros los anarquistas asumimos algunos de los trabajos de mayor responsabilidad y los más peligrosos a lo largo de la Revolución. En Kronstadt, en el Mar Negro, en los Urales y Siberia, en todos lados dimos buena cuenta de nosotros. Pero en cuanto los comunistas consiguieron el poder, comenzaron a eliminar a todas las otras facciones revolucionarias, y ahora estamos completamente proscritos. Sí, los bolcheviques, esos archirrevolucionarios nos han proscrito, repitió con amargura.

—¿No hay manera de hallar algún reacercamiento?, sugiero, haciendo referencia a mi intención de plantear el tema a Rakovski¹⁶⁸, el Lenin de Ucrania.

—No, es demasiado tarde, respondió Iósif de manera tajante. Lo hemos intentando en numerosas ocasiones, pero en todas los bolcheviques no cumplieron sus promesas y se aprovecharon de nuestros acuerdos solamente para desmoralizar nuestras filas. Debes comprender que el Partido Comunista es ahora un gobierno en toda regla, buscando imponer sus leyes al pueblo con los métodos más intransigentes. No hay esperanza de que los bolcheviques sigan los cauces revolucionarios.

Ahora mismo son los peores enemigos de la Revolución, mucho más peligrosos que los Denikin y los Wrangel, a quienes el campesinado conoce muy bien. La única esperanza para Rusia pasa por derrocar por la fuerza a los comunistas con un nuevo alzamiento popular.

—No encuentro evidencias para algo así, objeté.

—Todo el campesinado del Sur se opone profundamente a ellos, respondió Iósif, pero, por supuesto, debemos transformar su odio ciego en una rebelión consciente. A este respecto considero el movimiento *povstanisi* de Makhno como una de las muestras más prometedores de una gran agitación popular contra la nueva tiranía.

—He oído muchas historias contradictorias sobre Makhno, comenté. Lo pintan como un demonio o como un santo.

Iósif sonrió.

—Desde que supe que estabas en Rusia, dijo con seriedad, he estado esperando que vinieses. En voz baja añadió: el mejor modo para conocer la verdad sobre Makhno es averiguarlo por ti mismo.

Le miré de manera inquisitiva. Estábamos en la librería a solas, salvo por una joven que estaba entretenida entre las estanterías. Los ojos de Iósif se desviaron a la calle, y su mirada se posó sobre dos hombres que conversaban en la acera.

—La Checa, dijo lacónicamente, siempre deambula por aquí.

—Tengo algo que proponerte, continuó, pero debemos buscar un sitio más seguro. Mañana por la noche te presentaré a unos cuantos camaradas. Ven a

la *datcha*¹⁶⁹, me habló de una casa de verano habitada por un amigo, pero ten cuidado de que no te sigan.

En la *datcha*, situada en un parque de los alrededores de la ciudad, me encontré con unos cuantos amigos de Iósif. Se sienten seguros en ese refugio, afirman; pero su expresión de perseguidos no desapareció, y hablaron en voz baja. Alguien comentó que la situación le recordaba a sus días en la universidad, en tiempos de Nicolás II, cuando los estudiantes solían reunirse en los bosques para discutir asuntos políticos prohibidos.

—Las cosas no han cambiado al respecto, añadió con tristeza.

—Es incomparablemente peor, enfatizó un ucraniano de rasgos oscuros.

—No te lo tomes al pie de la letra, expresó Iósif con una sonrisa, es nuestro pesimista empedernido.

—Lo digo literalmente, insistió el ucraniano. No queda nada de la Revolución con lo que los bolcheviques puedan tapar sus vergüenzas. Rusia nunca había vivido antes bajo semejante despotismo absoluto. Socialismo, comunismo, ¡sí, hombre! Nunca antes habíamos tenido tan poca libertad e igualdad como ahora. Simplemente hemos cambiado a Nicolás por Ilich.

—Sólo ves las formas, dijo un joven que se presentó como el Poeta; pero hay una esencia en la Rusia actual que se te escapa. Hay una revolución espiritual que es el símbolo y el germen de una nueva Kultur. Porque toda Kultur, continuó, es un todo orgánico de realizaciones múltiples; es el guiño de algo en conexión con otra cosa. En otras palabras, conciencia. La más alta expresión de dicha Kultur es la conciencia del hombre de sí mismo, como un ser espiritual, y en la Rusia de hoy esta Kultur está naciendo.

—No puedo seguir tu misticismo, replicó el pesimista. ¿Dónde ves esa resurrección?

—No es una resurrección; es un nuevo nacimiento, respondió el Poeta pensativamente. Rusia no está conformada únicamente por revolucionarios y contrarrevolucionarios. Hay otros, de todas las profesiones y condiciones sociales, y están hartos de todos los dogmas políticos. Hay millones de

consciencias que se arrastran dolorosamente hacia nuevos criterios de la realidad. Sus almas han padecido la tremenda colisión de la vida y la muerte; han muerto y vuelto a la vida nuevamente. Han adquirido nuevos valores. En ellos está el próximo amanecer de la nueva Kultur rusa.

—Oh, la revolución está muerta, comentó un hombre bajo de mediana edad con un afeitado apurado, vestido con un uniforme del Ejército Rojo. Cuando pienso en los días de octubre y en el poderoso entusiasmo que se extendió por todo el país, me doy cuenta de cuán profundo nos hemos hundido. Entonces hubo realmente libertad y fraternidad. Era tal la alegría del pueblo que desconocidos se besaban entre ellos en la vía pública. E incluso luego, cuando yo luchaba contra los checoslovacos en los Urales, el Ejército era genial. Todos se sentían hombres libres defendiendo su revolución. Pero cuando volvimos del frente, descubrimos que los bolcheviques se proclamaban nuestros dictadores, en el nombre de su partido. Nuestra revolución está muerta, concluyó con un profundo suspiro.

—Te equivocas, amigo mío, protestó Iósif. Los bolcheviques efectivamente han retrasado el progreso de la revolución y están tratando de destruirla completamente, para asegurar su poder político. Pero el espíritu de la revolución pervive, a pesar de ellos. Marzo de 1917 fue solamente la luna de miel revolucionaria, una carantoña de los amantes. Era limpio y puro, pero incapaz de expresarse e impotente. La legítima pasión está aún por venir. Octubre surgió del útero de la propia Rusia. Es cierto, los bolcheviques se han convertido en unos jesuitas, pero la revolución ha logrado mucho: ha destruido al capitalismo y minado los cimientos de la propiedad privada. En la correcta expresión de hoy el bolchevismo es un sistema de despotismo despiadado. Ha organizado una esclavitud socialista. Pero, a pesar de todo, declaro que la Revolución rusa pervive. Los líderes y las actuales formas de bolchevismo son algo temporal. Son un espasmo patológico en el proceso general. El paroxismo pasará; la esencia revolucionaria sana prevalecerá. Todo lo que es bueno y valioso en la historia de la humanidad siempre ha nacido y se ha desarrollado en un ambiente de maldad y corrupción, entremezclado con ella. Ése es el destino de cualquier lucha por la libertad. También es

aplicable a la Rusia de hoy, y es nuestro deber ayudar y fortalecer lo bueno y lo verdadero, lo permanente, en esa lucha.

—Supongo que es por eso que eres tan partidario de Makhno, dijo el hombre del Ejército Rojo.

—Makhno representa el verdadero espíritu de Octubre, respondió Iósif cordialmente. En los revolucionarios *povstantsi*, a quienes él guía, está la única esperanza del país. El campesino ucraniano es un anarquista por instinto, y su experiencia le ha enseñado que todos los gobiernos son esencialmente iguales, arrebatándoles todo y sin devolverles nada. Quiere deshacerse de ellos; que lo dejen en paz para organizar su propia vida y arreglar sus propios asuntos. Luchará contra la nueva tiranía.

—Son *kulaki* con ideas pequeño—burguesas de propiedad, replicó el Pesimista.

—Hay elementos así, admitió Iósif, pero la gran mayoría no es de ese tipo. Respecto del movimiento de Makhno, éste da mucha cancha para la propaganda. Néstor, siendo un anarquista, nos ofrece la mayor oportunidad para trabajar en su Ejército, hasta el punto de proporcionarnos material impreso y maquinaria para publicar nuestros periódicos y panfletos. El territorio ocupado por Makhno es el único lugar donde prevalece la libertad de expresión y de prensa.

—Pero no para los comunistas, replicó el soldado.

—Makhno considera a los comunistas tan contrarrevolucionarios como a los Blancos, respondió Iósif. Pero para los revolucionarios, anarquistas, maximalistas y socialistas revolucionarios de izquierda, hay libertad absoluta de movimiento en los distritos de *povstantsi*.

—Makhno podrá llamarse anarquista, dijo alzando la voz M***, un anarquista individualista, pero discrepo completamente con Iósif sobre la trascendencia de su movimiento. Creo que su “Ejército” es simplemente una amplia banda de campesinos rebeldes sin objetivos o conciencia revolucionarios.

—Son culpables de salvajismo y pogromos, añadió el Pesimista.

—Ha habido excesos, respondió Iósif, como ocurre en todos los ejércitos, incluido el comunista. Pero Néstor es despiadado con aquellos culpables de organizar persecuciones contra los judíos. La mayoría de ustedes han leído sus numerosas proclamas contra los pogromos, y saben cuán severos son sus castigos ante tales actos. Recuerdo, por ejemplo, el incidente en Verkhni Takmar. Fue característico. Ocurrió hace aproximadamente un año, el 4, ó 5 de mayo de 1919, Makhno, acompañado por varios miembros de su equipo militar, estaba de camino a Gulai—Pole, su cuartel general, de vuelta del frente, a una conferencia con los enviados especiales del Soviet de Járkov. En la estación de Verkhni Takmar, Néstor observó un cartel grande en el que se leía: “¡Muerte a los judíos! ¡Salvad a Rusia! ¡Viva Makhno!” Néstor pidió ver al jefe de la estación. “¿Quién ha colgado ese cartel?” exigió. “Yo lo hice”, respondió el funcionario, un campesino que había luchado contra Denikin. Sin mediar palabra Makhno le pegó un tiro. Ésa es la manera en que Néstor trata a los caza—judíos, concluyó Iósif.

—He oído muchas historias de las atrocidades y los pogromos cometidos por unidades de Makhno, comenté.

—Son bulos difundidos por los bolcheviques de forma deliberada, afirmó Iósif. Odian a Néstor más que a Wrangel. Trotski dijo una vez que era mejor que Ucrania fuese tomada por Denikin que dejar que Makhno siguiese allí. Y con razón: con el cruel gobierno de los generales zaristas, el campesinado se pondría muy pronto en contra de ellos y permitiría por tanto a los bolcheviques derrotarles, mientras que la expansión de la Makhnovstchina, como se conoce al movimiento de Makhno, con sus ideas anarquistas amenazaría todo el sistema bolchevique. Los pogromos atribuidos a Makhno se han demostrado siempre que fueron cometidos por los Verdes u otros bandidos. El hecho es que Makhno y su equipo mantienen una agitación continua contra las supersticiones y prejuicios religiosos y nacionalistas.

Aunque hay discrepancias radicalmente opuestas con respecto al carácter y la trascendencia de la Makhnovstchina, los allí presentes estaban de acuerdo en que Néstor es una figura única y una de las personalidades más destacadas en

el horizonte revolucionario. Para su admirador Iósif, sin embargo, representa el espíritu de la Revolución ya que expresa el sentimiento, pensamiento y vida del campesinado rebelde de Ucrania.

Notas capítulo XXIV

166. Joseph Gotman, más conocido por su pseudónimo, Joseph el Emigrante. Emigrado a Estados Unidos desde muy joven, será muy activo entre el movimiento libertario judío en la zona de Detroit, regresando a Rusia con la Revolución de Febrero. Establecido en Ucrania, luchará en contra del hetmán Skoropadski y participará activamente en la organización anarquista Nabat, en donde formaría parte de su secretariado siendo detenido en distintas ocasiones por los bolcheviques. En 1919 se incorporará al Ejército de Makhno, asumiendo la labor cultural. En 1930, será comisionado por los comunistas para actuar de enlace entre Starobelsk y Makhno en las negociaciones para formar un frente común contra Wrangel. Durante las negociaciones, desaparecerá junto a dos compañeros, Safian y Jacob Soukhovolski, en manos de la Checa.

167. Lia Gotman. Muy activa en el movimiento libertario estadounidense, participará en la fundación de Nabat junto a su compañero. Caerá en la encerrona preparada por los comunistas en Járkov, en 1930, siendo trasladada a las prisiones de Moscú, en donde será torturada. Finalmente se le trasladará a la isla de Solovki, en donde mantendrá numerosa huelgas de hambre. Tras varias liberaciones breves vuelve a ser detenida, en 1935 es desterrada a Elizavetgrad, siendo estrechamente vigilada por la Checa.

168. Christian Rakovski. Socialdemócrata búlgaro nacido en 1873, se enfrentará a la participación en la Primera Guerra Mundial siendo detenido por el gobierno rumano en agosto de 1916, para posteriormente ser liberado por las fuerzas rusas. Con la Revolución, asumirá la presidencia del Soviet de Ucrania, manteniendo las riendas del poder entre 1918 y 1933 en que es nombrado embajador en Londres y, posteriormente, en París. Sus críticas a la burocracia estalinista le llevará a ser desterrado en Asia Central en 1938. Será obligado a abjurar de sus ideas y juzgado en 1938, recibiendo una condena de veinte años de prisión. Sería fusilado en Orel en 1941, junto a buena parte de la oposición a Stalin.

169. Casa de campo, habitualmente de una familia urbana, que se usa estacionalmente. Se puso de moda entre la clase media rusa desde principios del siglo XX.

CAPÍTULO XXV

Néstor Makhno

Enormemente interesado en la personalidad y las actividades de Makhno, le pedí a Iósif que me esbozara su historia en sus características esenciales.

Nacido de padres muy pobres en el pueblo de Gulai—Pole (condado de Alexandrovsk, provincia de Yekaterinoslav, Ucrania), Néstor pasó una niñez sin sol. Su padre murió pronto, dejando a cinco pequeños al cuidado de la madre. Ya a la tierna edad de ocho años el joven Makhno tuvo que trabajar duro para ayudar a mantener a su familia. Durante los meses de invierno asistía a la escuela, mientras que en verano era alquilado para cuidar el ganado de los campesinos ricos. Cuando aún no tenía doce años, se fue a trabajar a los estados vecinos, donde el brutal trato y el desagradable trabajo le enseñaron a odiar a sus crueles supervisores y a los funcionarios zaristas que nunca iban de la mano del pobre. La Revolución de 1905 puso en contacto a Makhno, quien entonces sólo tenía dieciséis, con las ideas socialistas. El movimiento para la emancipación y bienestar humano rápidamente atrajo al ardiente e imaginativo muchacho, y en ese entonces se unió al pequeño grupo de jóvenes campesinos anarquistas de su pueblo.

En 1908, arrestado por actividades revolucionarias, Makhno fue juzgado y condenado a muerte. Sin embargo, debido a su juventud y a los esfuerzos de su enérgica madre, la sentencia fue conmutada posteriormente por la de trabajos forzados. Pasó siete años en la prisión de Butirki en Moscú, donde su espíritu rebelde le granjeó constantes dificultades con las autoridades. Estuvo la mayor parte del tiempo confinado en la celda de aislamiento, encadenado de pies y manos. Pero aprovechó bien el tiempo; devoraba afanosamente la

lectura, estando particularmente interesado en economía política, historia y literatura. Liberado por la Revolución de Febrero, regresó a su pueblo natal, convertido en un anarquista convencido, mucho más maduro por los años de sufrimiento, estudio y pensamiento.

Siendo el único preso político liberado en el pueblo, Makhno, de inmediato, se convirtió en el epicentro de la labor revolucionaria. Organizó una comuna de trabajo y el primer Soviet en su distrito, y sistemáticamente animó a los campesinos en su resistencia contra los grandes terratenientes. Cuando las fuerzas austro-alemanas ocuparon el país, y con su ayuda el Hetmán Skoropadski intentó aplastar la creciente rebelión campesina, Makhno fue uno de los primeros en crear unidades militares para la defensa de la revolución. El movimiento creció rápidamente, abarcando todavía más territorio. El coraje temerario y las tácticas guerrilleras de los *povstantsi* provocaron el pánico en el enemigo, pero la gente les consideraba sus amigos y defensores. La fama de Makhno se extendió; se convirtió en el ángel vengador del humilde, y en ese momento le consideraban el gran libertador cuya llegada ya había sido profetizada por Pugatchev momentos antes de su muerte¹⁷⁰.

La larga opresión alemana y la tiranía de los amos locales dieron lugar a que se organizaran unidades de *povstantsi* en todas partes de Ucrania. Algunas de ellas se unieron a Makhno, cuyas fuerzas pronto alcanzaron el tamaño de un ejército, bien abastecido y equipado, y dotado de ametralladoras y artillería. Sus tropas estaban formadas especialmente por campesinos, muchos de los cuales volvieron a sus campos para continuar con sus tareas habituales cuando su distrito fue temporalmente liberado del enemigo. Pero a la primera señal de peligro se emitiría una llamada de Néstor, y los agricultores abandonarían sus casas para cargar al hombro sus armas y unirse a su amado líder, a quien le concedieron el honorífico y cariñoso título de *bat'ka* (padre).

El espíritu de la Makhnovstchina barrió todo el sur de Ucrania. En el noroeste había también numerosas unidades de *povstantsi*, luchando contra los invasores extranjeros y generales Blancos, pero sin conciencia social ni ideales claros. Makhno, sin embargo, asumió la bandera negra de los anarquistas rusos como su emblema, y anunció un programa definido: comunas autónomas de campesinos libres; negación de todo gobierno, y completa

autodeterminación basada en el principio de trabajo. Los Soviets Libres de campesinos y trabajadores debían estar formados por delegados en contraposición a los Soviets bolcheviques, formado por autoridades; es decir, debía ser informativo y ejecutivo en lugar de autoritario.

Los comunistas apreciaban el genio militar único de Makhno, pero también comprendían el peligro para su dictadura de Partido la extensión de las ideas anarquistas. Intentaron explotar sus fuerzas para sus propios intereses, mientras al mismo tiempo intentaban destruir la cualidad esencial del movimiento. A causa del notable éxito de Makhno contra los ejércitos de ocupación y generales contrarrevolucionarios, los bolcheviques le propusieron que se uniera al Ejército Rojo, conservando sus unidades de *povstantsi* su autonomía. Makhno aceptó, y sus tropas se convirtieron en la Tercera Brigada del Ejército Rojo, luego oficialmente conocida como la Primera División Revolucionaria ucraniana de *povstantsi*. Pero la esperanza de los bolcheviques de absorber a los campesinos rebeldes en el Ejército Rojo fracasó. En el territorio de Makhno la influencia de los comunistas continuó siendo insignificante, e incluso se encontraron incapaces de mantener sus instituciones ahí. Usando diferentes pretextos prohibieron las reuniones de los *povstantsi* y proscribieron a Makhno, esperando así que el campesinado se apartara de él.

Pero independientemente de las relaciones entre los bolcheviques y Makhno, éste siempre vino al rescate de la revolución cuando se veía amenazada por los Blancos. Luchó contra todos los enemigos contrarrevolucionarios que buscaban establecer su dominio en Ucrania, incluyendo al Hetmán Skoropadski, Petliura, y Denikin. Eliminó a Grigoriev¹⁷¹, quien en cierta época había servido a los comunistas y luego les había traicionado. Pero los bolcheviques, temiendo al espíritu de la Makhnovstchina, trataron constantemente de desorganizar y dispersar sus fuerzas, e incluso pusieron precio a la cabeza de Makhno, como ya había hecho Denikin. Las repetidas traiciones comunistas finalmente provocaron una completa ruptura, y obligaron a Makhno a luchar contra los comunistas tan ferozmente como contra los reaccionarios de la derecha.

La historia de Iósif fue interrumpida por la llegada de los amigos que había conocido en la *datcha* en una ocasión anterior. Se discutió varias horas sobre temas de organización anarquista, la dificultad de la actividad ante la persecución bolchevique, y la actitud cada vez más reaccionaria del Gobierno Comunista. Pero, como es usual en Ucrania, el tema poco a poco convergió hacia Makhno. Alguien leyó extractos de la prensa oficial soviética que atacaba y vilipendiaba de forma despiadada a Néstor. Aunque los bolcheviques le alababan en otros tiempos como un gran líder revolucionario, ahora lo pintaban como un bandido y contrarrevolucionario. Pero los campesinos del Sur, Iósif estaba convencido, quieren demasiado a Makhno como para alejarse de él. Ven en él un verdadero amigo; le consideran uno de los suyos. Comprenden que no busca el poder sobre ellos, como hacen los bolcheviques al igual que Denikin. Es costumbre de Makhno al tomar una ciudad o pueblo convocar a toda la gente y anunciarles que de ahí en adelante son libres para organizar sus vidas como mejor crean. Siempre proclama la absoluta libertad de expresión y de prensa; no llena las prisiones o inicia ejecuciones, como hacen los comunistas. De hecho, Néstor considera que las cárceles son inútiles para un pueblo emancipado.

—Es difícil decir quién tiene razón en este conflicto entre bolcheviques y Makhno, comentó el hombre del Ejército Rojo. Trotski acusa a Makhno de haber abierto intencionadamente el frente a Denikin, mientras que Makhno afirma que su retirada fue causada porque Trotski de forma deliberada no suministró municiones a su división en un período crítico. Es cierto que las actividades de Makhno contra la retaguardia de Denikin, sobre todo al aislar al Ejército Blanco de su base de artillería, permitieron a los bolcheviques detener su avance hacia Moscú.

—Pero Makhno rechazó unirse a la campaña contra los polacos, objetó el Pesimista.

—Ciento, contestó Iósif. La orden de Trotski de enviar a las fuerzas de Makhno al frente polaco sólo implicaba eliminar a Néstor de su propio distrito y luego ponerle bajo el control de los comisarios, en ausencia de sus defensores. Makhno se percató de la confabulación y protestó.

—El hecho es, insistió el pesimista, que los comunistas y los makhnovistas están haciendo todo lo posible para exterminarse unos a otros. Ambas partes son culpables de las mayores brutalidades y atrocidades. Creo que Makhno no tiene ninguna intención de evitar la matanza bolchevique.

—Usted es penosamente ciego, replicó Yasha, un anarquista que mantiene una alta posición en una institución soviética, si no puede ver el gran significado revolucionario de la Makhnovstchina. Es la más significativa expresión de toda la Revolución. El Partido Comunista es sólo un ente político, intentando, realmente de forma satisfactoria, crear una nueva clase dominante sobre los productores, una autoridad socialista. Pero el movimiento de Makhno es la expresión de los trabajadores mismos. Es el primer gran movimiento de masas que por sus propios esfuerzos busca liberarse del gobierno y establecer la autodeterminación económica. En ese sentido es profundamente anarquista.

—Pero el anarquismo no puede ser establecido por la fuerza militar, comenté.

—Desde luego que no, admitió Iósif. Tampoco Néstor lo pretende. “Solamente estoy allanando el terreno”, es lo que siempre les dice a los compañeros que le visitan. “Estoy expulsando a los gobernantes, blancos y rojos”, dice, “y es hora de aprovechar la oportunidad. Haced campaña, propagad vuestros ideales. Ayudad a liberar y a aplicar las fuerzas creativas de la Revolución”. Esa es la visión de Néstor de la situación.

—Es un gran error que la mayor parte de nuestra gente esté lejos de Makhno, declaró Yasha. Permanecen en Moscú o Petrogrado, y ¿qué están consiguiendo? Lo único que consiguen es llenar las prisiones bolcheviques. Con los *povstantsi* tenemos una oportunidad excepcional de popularizar nuestras ideas y ayudar al pueblo a construir una nueva vida.

—Por mi parte, anunció Iósif, estoy convencido de que la Revolución está muerta en Rusia. El único sitio donde todavía está viva es en Ucrania. Aquí resiste una generosa promesa, añadió con seguridad. Lo que nosotros deberíamos hacer es unirnos a Néstor, todos los que queremos estar activos.

—Discrepo, se opuso el pesimista.

—Él siempre discrepa cuando hay trabajo que hacer, replicó Iósif con la inimitable sonrisa que quitaría hierro incluso a sus comentarios más ácidos. Pero vosotros, amigos, encaró a los demás, debéis comprender claramente esto: tanto Octubre, como Febrero, sólo fueron unas de las fases en el proceso de regeneración social. En Octubre el Partido Comunista explotó la situación más allá de sus propios objetivos. Pero esa etapa en ningún caso ha acabado con las posibilidades de la Revolución. Ésta es una fuente inagotable de nuevos recursos, buscando la realización de su gran misión histórica, la emancipación de los trabajadores. Los bolcheviques, estáticos, deben dar paso a nuevas fuerzas creativas.

Luego, por la noche, Iósif me llevó aparte.

—Sasha, habló solemnemente, ves cuán radicalmente diferimos en nuestra valoración del movimiento de Makhno. Es necesario que compruebes la situación por ti mismo. Me miró de manera significativa.

—Me gustaría conocer a Makhno, dije.

Su rostro se iluminó de alegría.

—Tal y como esperaba, contestó. Escucha, querido amigo, he hablado del asunto con Néstor, a propósito, él no está lejos de aquí en este momento. Dijo que quería veros, a ti y a Emma. Obviamente, no puedes ir a donde está él, Iósif sonrió ante la pregunta que leyó en mi mirada, pero Néstor va a preparar una cita en cualquier lugar donde vuestro coche Museo pudiese estar en una fecha convenida. Para protegeros de la persecución bolchevique, capturará toda la Expedición entera, ¿entiendes, verdad?

Colocando su brazo de forma cariñosa sobre mí, nos apartamos para que me explicara los detalles del plan.

Notas capítulo XXV

170. Vieja tradición. Yemilian Pugatchev, líder del gran levantamiento campesino y cosaco bajo el reinado de Catalina II, fue ejecutado en 1775.

171. Nikífor Grigoriev. Nace en 1885, formándose como militar en los ejércitos rusos. Con la Revolución, se pone a las órdenes de la Rada ucraniana y su Ejército Verde, aunque pronto cambiaría de campo, luchando junto a los bolcheviques. Hacia mayo de 1919 romperá su alianza con los comunistas, manteniendo un doble frente, contra el Ejército Blanco y Rojo a las puertas de la ciudad de Kiev que estuvo a punto de tomar. Ante su inferioridad, buscará la protección del Ejército Negro, en donde integraría sus fuerzas. Sin embargo, su marcado carácter reaccionario y antisemita, llevaría al enfrentamiento directo con Makhno, muriendo en una asamblea de las fuerzas de Makhno en junio de 1919.

CAPÍTULO XXVI

Prisión y campo de concentración

Un hedor nauseabundo nos invade mientras entramos en el campo de trabajos forzados de Járkov. El patio está lleno de hombres y jóvenes, increíblemente demacrados, meras sombras de seres humanos. Sus rostros pálidos y ojos hinchados, cuerpos andrajosos y descalzos, me recuerdan a la fuerza a los parias famélicos de la India asolada por el hambre.

—Están reparando la cloaca, nos explica el funcionario que nos acompaña.

Sólo unos cuantos presos están trabajando, los otros están de pie alrededor apáticos, o echados en el suelo como si estuviesen débiles por el esfuerzo.

—Nuestro peor azote es la enfermedad, observa el guía. Los hombres están desnutridos y les falta resistencia. No tenemos medicamentos y estamos faltos de médicos.

Algunos presos nos rodean, tomándonos aparentemente por dirigentes del Partido.

—*Tovarishtchi*, nos llama un joven, ¿cuándo decidirá la Comisión sobre mi caso?

—Son visitantes, le informa el guía lacónicamente.

—No podemos vivir del *pyock*. Han reducido la ración de pan otra vez. No se expenden medicamentos, varios se quejan.

Los guardias les echan a un lado.

El amplio barracón masculino está espantosamente abarrotado. Todo el suelo de la habitación está ocupado por catres y bancos, tan pegados que se nos hace difícil pasar entre ellos. Los presos se apiñan en las esquinas; algunos, desnudos hasta las caderas, se afanan en quitar los piojos de su ropa; otros se sientan lánguidos con la mirada perdida. El aire es nauseabundo, sofocante.

De la sala femenina colindante vienen gritos de riña. Cuando entramos, una chica llora histérica:

—¡No te atrevas a llamar me especuladora! Son mis últimas cosas lo que estaba vendiendo. Ella es joven y aún hermosa, su blusa rasgada revela unos hombros delicados y bien formados. Sus ojos arden febrilmente, y tose de forma seca.

—Dios sabrá quién eres, replica una campesina. Pero piensa en mí, con tres pequeños en casa. Al ver a nuestro grupo, se levanta pesadamente del banco extendiendo sus manos en señal de súplica: buenos señores, déjenme ir a casa. Mis pobres niños se morirán sin mí.

Las mujeres nos acosan. Las raciones son malas y escasas, declaran. Sólo se les da un cuarto de libra de pan y un plato de sopa clara una vez al día. El doctor no atiende a los enfermos; no hacen caso a sus quejas y la comisión de la prisión no presta atención a sus protestas.

Un carcelero aparece en la puerta.

—¡A sus sitios!, grita enojado. ¿No conocéis las reglas? Enviad vuestras peticiones por escrito a la Comisión.

—Ya lo hemos hecho, pero no hemos recibido respuesta alguna, gritaron varias mujeres.

—¡Silencio!, ordenó el supervisor.

En la entrada de la prisión de Kholodnaia Gorka (Colina Helada) hay una muchedumbre alterada, la mayoría mujeres y chicas, todas con un pequeño paquete en las manos. Están gesticulando violentamente y discutiendo con los

guardias. Han traído provisiones y ropa para sus parientes presos, la costumbre, conocida como *peredatcha*, que prevalece en todo el país debido a la incapacidad del gobierno de proveer a sus presos el alimento suficiente. Pero el guardia no permite los paquetes.

—Nuevas órdenes, explica, no más *peredatcha*.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace varias semanas.

Estalla la consternación y la rabia en la gente. Los presos no podrán sobrevivir sin la *peredatcha*. ¿Por qué no lo permitirán? Muchas de las mujeres han recorrido largas distancias, incluso desde ciudades de los alrededores, para traer algo de pan y patatas al marido o al hermano. Otras se han privado de cosas necesarias para conseguir un pequeño detalle para un amigo enfermo. ¡Y ahora esta terrible orden!

La muchedumbre nos rodea con súplicas. Nos acompaña la secretaria de un alto comisario, una funcionaria del Rabkrin, el poderoso Departamento de Inspección, creado para investigar y corregir los abusos en otras instituciones soviéticas. Ella es de mediana edad, delgada y seria, con reputación de eficiente, estricta y despiadada. He oído que antes estaba en la Checa, como comandante, como se les suele llamar a los verdugos.

Algunas de las mujeres reconocen a nuestra guía. De todos lados vienen ruegos para que interceda, con voces de miedo entremezclado con esperanza.

—No sé por qué no permiten la *peredatcha*, les dije, pero preguntaré ahora mismo.

Entramos en la prisión, y nuestra guía mandó a llamar al comisario responsable. Aparece un hombre medio joven, demacrado y con aspecto de tísico.

—Hemos suspendido la *peredatcha*, nos explica, porque no damos abasto. Ahora mismo tenemos más trabajo del que ocuparnos.

—Es un enorme perjuicio para los presos. Quizás el asunto pueda solucionarse, sugiere la secretaria.

—Desafortunadamente no se puede, réplica el hombre con frialdad. Trabajamos por encima de nuestras fuerzas. En cuanto a las raciones, continúa, los trabajadores honestos del exterior no están en mejores condiciones.

Al ver nuestras miradas de desaprobación, agrega:

—Tan pronto como hayamos finalizado nuestro trabajo, permitiremos la *peredatcha* nuevamente.

—¿Cuándo podrá ser?, preguntó uno de nuestro grupo.

—En dos o tres semanas, quizás.

—Mucho tiempo para morirse de hambre.

El comisario no contesta.

—Todos trabajamos duro sin quejarnos, *tovarishtchi*, la guía le reprende seriamente. Me temo que tendré que informar del asunto.

La prisión está aún como en los días de los Romanovs; incluso la mayoría de los antiguos carceleros todavía conservan sus puestos. Pero ahora está mucho más abarrotada; los planes sanitarios se han abandonado y el tratamiento médico es prácticamente inexistente. Un indefinido nuevo espíritu se siente en el ambiente. El comisario y los carceleros se tratan de manera informal de *tovarishtchi*, y los presos, incluidos los no políticos, han conseguido un trato más libre, más independiente. Pero la disciplina es severa: la vieja tradición de protestas colectivas se aplastan de forma implacable, y los presos políticos han sido conducidos al extremo de la autodefensa: una huelga de hambre.

En los corredores, los internos deambulan sin guardias, pero nuestra guía rechaza sus intentos de acercarse a nosotros con un seco “no son funcionarios, *tovarishtchi*”. No parece muy a gusto, y corta la conversación. Algunos presos están a la zaga; de vez en cuando alguno más atrevido ruega que se revise su caso.

—Envíe su petición por escrito, le regaña la mujer, a lo que le sigue la réplica.

—Ya lo hice, hace tiempo, pero no se ha hecho nada.

Las grandes celdas están a reventar, pero las puertas están abiertas, y los hombres entran y salen tranquilamente. Un joven de cabello oscuro, con ojos negros penetrantes, se une a nuestro grupo de manera inadvertida.

—Llevo adentro cinco años, me susurra. Soy comunista, y fue una venganza de un comisario deshonesto a quien amenacé con desenmascarar.

Mientras caminábamos por los corredores reconozco a Ghernenko, cuya descripción me la dieron unos amigos de Járkov. La Checa le arrestó para evitar que consiguiese un escaño en el Soviet, para el que había sido elegido por sus compañeros de trabajo en la fábrica. Con ayuda de un soldado amigo suyo, consiguió escapar del campo de concentración, pero fue arrestado de nuevo y enviado a la prisión de Kholodnaia Gorka. Disminuyo el paso, y Chernenko, se pone a la cola de nuestro grupo.

—Aquí hay más presos políticos que criminales comunes, dice, fingiendo hablar con el preso que está a su lado. Anarquistas, socialistas revolucionarios de izquierda y mencheviques. Se les trata peor que a los otros. Sólo hay unos cuantos Blancos y un americano del frente de Kolchak. Los especuladores y los contrarrevolucionarios pueden comprar su salida. Los obreros y los revolucionarios se quedan.

—¿Y la comisión revisora?, susurro aparte.

—Una farsa. No hacen caso a nuestras peticiones.

—¿Qué cargos hay contra usted?

—Ninguno. Ni cargos ni juicio. La sentencia de costumbre: hasta que finalice la guerra civil.

La guía gira en un pasillo largo y oscuro, y los presos se repliegan. Entramos en el departamento de mujeres.

Dos filas de celdas, una sobre la otra, más limpias e iluminadas que la zona masculina. Las puertas están entreabiertas para que las internas caminen por

los alrededores tranquilamente. Alguien de nuestro grupo, Emma Goldman, pide permiso para ver a una presa política cuyo nombre había conseguido de unos amigos en la ciudad. La guía vacila, pero finalmente asiente y poco después aparece una chica joven. Está aseada y es atractiva, con una cara seria y triste.

—¿Cómo nos tratan?, repite la pregunta dirigida a ella. Bueno, al principio nos mantenían aisladas. No nos dejaban comunicarnos con nuestros camaradas masculinos, y todas nuestras protestas eran ignoradas. Tuvimos que recurrir a los métodos usados durante el antiguo régimen.

—Tenga cuidado con lo que dice, le reprende la guía.

—Estoy diciendo la verdad, replica la reclusa imperturbable. Empleamos la táctica de la obstrucción: hicimos añicos todo lo que había en nuestras celdas y desafiamos a los carceleros. Nos amenazaron con violencia, y todos declaramos una huelga de hambre. Al séptimo día consintieron en dejar las puertas de las celdas abiertas. Ahora al menos podemos respirar el aire del corredor.

—Es suficiente, interrumpe la guía.

—Si nos privan de la *peredatcha* iniciaremos una huelga de hambre otra vez, declara la muchacha mientras se la llevan.

En el corredor de la muerte las puertas de las celdas están cerradas y bloqueadas. Los ocupantes son invisibles y un opresivo silencio se siente en las tumbas vivientes. Desde alguna parte nos llega a los oídos una tos seca y entrecortada como graznido de mal agüero. Los lentos pasos acompañados resuenan tristes a lo largo del estrecho pasillo. Un mal presentimiento flota en el aire. Mi mente vuelve a una experiencia similar enterrada hace tiempo en lo más recóndito de mi memoria, la galería de condenados de la cárcel de Pittsburg se eleva ante mí... ¹⁷²

El guardia que nos acompaña levanta la tapa del ojo de observación que hay en la puerta y miro en la celda. Un hombre alto está de pie inmóvil en la esquina. Su cara, enmarcada por una barba gruesa y negra, está pálida como la

nieve. Sus ojos están fijos en la abertura circular, la expresión de terror en ellos era tan abrumadora que involuntariamente retrocedí.

—Tenga misericordia, *tovarishtchi*, su voz proviene como de una tumba, ioh, déjeme vivir!

—Se apropió de fondos del Soviet, comenta impasible la guía.

—Fue solamente una pequeña cantidad, suplica el hombre. Me portaré bien, lo juro. Soy joven, ¡déjeme vivir!

La guía cierra la abertura.

Durante días su rostro me persigue. Nunca antes había visto una mirada semejante en un ser humano. Un miedo primitivo grabado en ella, se comunicaba persistentemente conmigo. Un terror tan absoluto que convirtió al hombre grande y fuerte en una simple marioneta de su emociones; el miedo mortal de la llamada repentina para encarar a su verdugo.

Mientras anoto estas experiencias en mi diario, acuden a mí las palabras de Zorin. Se ha derogado la pena de muerte, nuestras prisiones están vacías, me había dicho poco después de mi llegada a Rusia. Parecía natural, evidente en sí mismo. ¿No se han opuesto siempre los revolucionarios a semejantes métodos bárbaros? ¿No era parte de la popularidad de los bolcheviques, consecuencia de sus acusaciones contra Kerenski por restaurar la pena capital en el frente en 1917? Mis primeras impresiones en Petrogrado confirmaban la afirmación de Zorin. Una vez, dando un paseo a orillas del río Moika, vi la gran prisión demolida en el estallido de la Revolución. Apenas quedaba una piedra en el lugar, celdas, pisos, techos, todo era un amasijo de escombros, las puertas de hierro y los barrotes de acero de las ventanas un montón de basura retorcida. Allí yacía lo que bahía sido una vez una temida mazmorra, ahora reveladora de la ira del pueblo, ciegamente destructiva, pero sabia en su discriminación instintiva. Solamente seguían en pie las paredes exteriores del edificio; dentro todo estaba completamente en ruinas a manos de la furia del sufrimiento de muchos años y la mano arrasadora de la dinamita. La visión de la prisión destruida parecía una inspiración, un símbolo de los días venideros de libertad,

sin cárceles, sin crímenes. Y ahora, en el corredor de la muerte de Kholodnaia Gorka...

Nota capítulo XXVI

172. Ver Berkman, Alexander. *Memorias de prisión de un anarquista*. Editorial Melusina. 2006.

CAPÍTULO XXVII

Más allá del sur

1 de agosto de 1920.— Nuestro tren se arrastra lentamente por el país, por todos lados las evidencias de devastación nos recuerdan los largos años de guerra, revolución y contienda civil. Las ciudades y pueblos en nuestra ruta parecen sumidos en la pobreza, las tiendas están cerradas, las calles desiertas. Poco a poco, se están restableciendo los soviets, el proceso progresá más rápidamente en algunos sitios que en otros.

En Poltava no encontramos ni Soviet ni Ispolkom, la forma habitual de gobierno bolchevique. En cambio, la ciudad está gobernada por el Revkom (Comité Revolucionario) más primitivo, el autoproclamado comité revolucionario, activo de forma clandestina durante los regímenes Blancos, y que se hace cargo siempre que el Ejército Rojo ocupa un distrito.

Krementchug y Znamenka representan la imagen familiar de un pequeño pueblo del sur, con el pequeño mercado, aún mantenido por los bolcheviques, como centro de la vida comercial y social. En hileras desiguales las campesinas se tienden sobre los sacos de patatas, o se ponen en cuclillas, intercambiando harina, arroz y judías por tabaco, jabón y sal. El dinero soviético es rechazado con desdén, casi nadie lo acepta, aunque el tsarskiye (literalmente, de los zares) está solicitado y de vez en cuando los kerenski (billetes emitidos durante el gobierno provisional de Kerenski) son admitidos.

Todos los ancianos de la ciudad parecen estar en el mercado, regateando, vendiendo o comprando. Los militsionen soviéticos, con el arma colgada del hombro, circulan entre la gente, y aquí y allí un hombre con abrigo de cuero y

gorro destaca entre la muchedumbre, un comunista o un chequista. La gente parece evitarles, y las conversaciones se interrumpen en su presencia. Las cuestiones políticas se evitan, pero los lamentos sobre la terrible situación son universales, todos quejándose de la insuficiencia de *pyock*, la irregularidad de su distribución y la condición general de hambre y miseria.

Con frecuencia encontramos a hombres y mujeres de aspecto judío, con la mirada del perseguido y las más terribles historias de los pogromos que han tenido lugar en su localidad reflejadas en sus ojos. Se ven pocos jóvenes, éstos están en las instituciones soviéticas, trabajando como empleados del gobierno. Las jóvenes que vemos de vez en cuando tienen una mirada asustada, de espanto, y muchos hombres tienen feas cicatrices en sus caras, como del corte de una espada o sable.

En Znamenka, Henry Alsberg, el corresponsal americano que acompaña a nuestra Expedición, se da cuenta de la pérdida de su monedero, que contiene una cantidad considerable de dinero extranjero. De las preguntas a las campesinas en el mercado sólo se obtiene una maliciosa sonrisa ingenua, seguida de una exclamación de resentimiento, ¡cómo voy a saberlo! Al acudir a la comisaría local con la pequeña esperanza de consejo o ayuda, descubrimos que todo el cuerpo acaba de marcharse a toda prisa a los alrededores alertados de un ataque de una compañía de Makhnovtsi.

Desesperados por recuperar nuestra pérdida, volvemos a la estación de ferrocarril. Para nuestro asombro el coche Museo no aparece por ninguna parte. En nuestra consternación descubrimos que fue acoplado a un tren que partió a Kiev, vía Fastov, hacía una hora.

Nos damos cuenta de la seriedad de nuestro apuro al estar bloqueados en una ciudad sin hoteles o restaurantes, y sin poder comprar comida con dinero soviético, el único que tenemos. Mientras discutíamos la situación observamos un tren militar de mercancías moviéndose lentamente sobre una vía de servicio distante. Echamos a correr y logramos subirnos a él tras llevarnos unos cuantos rasguños. El comisario responsable al principio se opone enérgicamente a nuestra presencia, sin esfuerzo en ocultar las sospechas despertadas por nuestra repentina aparición. Se requiere una discusión

considerable y mucha demostración de documentos oficiales antes de que el burócrata se calme. Después de una taza de té comienza a distenderse, la hospitalidad primitiva del ruso que ayuda a establecer relaciones amistosas. Poco después estamos sumidos en una discusión sobre la revolución y los problemas actuales. Nuestro anfitrión es un comunista de las masas, como él lo llama. Es un gran admirador de Trotski y sus métodos de escoba de hierro. La revolución sólo puede triunfar mediante el uso generoso de la espada, cree; la moralidad y el sentimentalismo son supersticiones burguesas. Su concepción del socialismo es pueril, su información sobre el mundo en general, de lo más escasa. Sus argumentos repiten las conocidas editoriales de la prensa oficial; confía en que Europa Occidental entera estará pronto envuelta en las llamas de la revolución. De hecho, el Ejército Rojo está ahora ante las puertas de Varsovia, afirma, a punto de entrar y asegurar el triunfo del proletariado polaco sublevado contra sus amos.

Por la tarde llegamos a Fastov, y nuestros colegas de la Expedición nos dieron una calurosa bienvenida, ya que habían pasado horas preocupados por nuestra desaparición.

CAPÍTULO XXVIII

Los pogromos de Fastov

12 de agosto de 1930.— Nuestra pequeña compañía camina lentamente con dificultad a lo largo del polvoriento camino sin pavimentar que discurre casi en línea recta hasta el mercado, en el centro de la ciudad. El lugar parece abandonado. Las casas están desiertas, la mayoría sin ventanas, con las puertas desencajadas y caídas, una imagen opresiva de destrucción y desolación. Todo allí permanece en silencio; nos sentimos como en un cementerio. Acercándose al mercado, nuestro grupo se dispersa, cada uno siguiendo su propio camino para investigar por sí mismo.

Una mujer pasa, vacila y se detiene. Aparta el pañuelo de su frente, y me mira con asombro en sus viejos ojos tristes.

—Buenos días, me dirijo a ella en hebreo.

—Usted es forastero, dice amablemente. No parece de los nuestros.

—Sí, contesto, no hace mucho llegué de América.

—Ah, de Amerikeh, suspira con nostalgia. Tengo a un hijo allí. ¿Y sabe lo que nos está ocurriendo?

—No mucho, pero me gustaría averiguarlo.

—Oh, solamente el buen Dios sabe por lo que hemos pasado. Su voz se interrumpe. Lo siento, no puedo evitarlo, limpia las lágrimas de su rostro arrugado. Asesinaron a mi marido delante de mí... Me quede mirando, impotente... No puedo hablar de ello.

Ella está ante mí abatida, encorvada más por el dolor que por la edad, como un símbolo de la abyecta tragedia. Un poco recuperada, dice:

—Venga conmigo si quiere saber la verdad. Vayamos con Reb Moishe, él le puede contar todo.

Estamos en el mercado. Una fila doble de casetas abiertas, no más de una docena en total, ruinosas y con aspecto de estar abandonadas, prácticamente sin mercancía. Un puñado de sal gorda, algunas barras de pan negro salpicadas con gruesas cáscaras amarillas de cereal, un poco de tabaco suelto; eso es todo lo que hay al alcance. Apenas hay dinero circulando entre los pagos. Los pocos clientes están intentando hacer trueques: unas diez libras de pan por una libra de sal, unas pocas pipas de tabaco por una cebolla. En los puestos hay hombres y mujeres algo mayores, unas cuantas niñas entre ellos. No veo chicos jóvenes. Éstos, como la mayoría de los hombres y mujeres sanos, me dicen, habían abandonado sigilosamente la ciudad hace tiempo, por miedo a más pogromos. Se marcharon a pie, algunos a Kiev, otros a Járkov, con la esperanza de encontrar seguridad y sustento en la gran ciudad. La mayor parte de ellos nunca alcanzó su destino. El alimento era escaso, habían ido sin provisiones, y casi todos murieron de frío o de hambre en el camino.

Los ancianos comerciantes me rodean.

—Khaye, cuchichean con la anciana, ¿quién es éste?

—De Amerikeh, contesta, con un rayo de esperanza en su voz; para saber de los pogromos. Vamos con Reb Moishe.

—¿De Amerikeh? ¿Amerikeh? Hay asombro, desconcierto en el tono de sus voces. ¿Ha venido desde tan lejos para saber de nosotros? ¿Nos ayudarán? ¡Oh, Dios misericordioso que estás en el cielo, es esto cierto!

Varias voces hablan al unísono todas con un entusiasmo reprimido de repentina esperanza, de renovada fe. Más gente se agolpa alrededor de nosotros; el negocio se ha detenido. Me doy cuenta de que cerca, grupos similares rodean a mis compañeros.

—Shah, shah, buena gente, les reprende mi guía; no todos a la vez. Vamos a ver a Reb Moishe; él le contará todo.

—Oh, un minuto, sólo un minuto, respetado señor, una mujer joven pálida me agarra por el brazo con desesperación. Mi marido está allí, en Amerikeh. ¿Le conoce? Rabinovitch, Yankel Rabinovitch. Él es bien conocido allí; seguramente usted habrá oido hablar de él. Cómo se encuentra, dígame, por favor.

—¿En qué ciudad está?

—En Nai—York, pero no he recibido ninguna carta suya desde la guerra.

—Mi yerno Khayim está en Amerikeh, interrumpe una mujer con el cabello cano; quizá usted le haya visto, ¿qué? Ella es muy vieja y está encorvada, y evidentemente medio sorda. Pone su mano detrás de su oreja para escuchar mi respuesta, mientras que su cara arrugada como una pasa se vuelve hacia arriba mirándome con inquieta expectación.

—¿Dónde está su yerno?

—¿Qué dice? No entiendo, se queja.

Los presentes le gritan al oído:

—El pregunta que dónde está Khayim, su yerno.

—En Amerikeh, en Amerikeh, contesta.

—En Amerikeh, repite un hombre a mi lado.

—América es un país grande. ¿En qué ciudad se encuentra Khayim?, pregunto.

Ella parece desconcertada, después balbucea:

—No lo sé... No lo recuerdo ahora mismo... Yo...

—Bobeh (abuela), usted tiene una carta suya en casa, un chiquillo le grita al oído. El le escribió antes de que la guerra comenzara, ¿no lo recuerda?

—¡Sí, sí! ¿Me esperará, *gutinker* (buen hombre)?, pregunta la anciana. Voy y vuelvo enseguida con la carta. Quizá conozca a mi Khayim.

Se aleja con dificultad. Los otros me acosan con preguntas, sobre sus parientes, amigos, hermanos, maridos. Casi todos tienen a alguien en la remota Norteamérica, que es como una tierra legendaria para esta gente sencilla, el país de las oportunidades, de la paz y de la abundancia, la tierra feliz de la que muy pocos regresan.

—¿Podría llevarle una carta a mi marido?, pregunta una mujer joven pálida. Todos a la vez, una docena de personas, comienzan a pedir a voces que les deje escribir y enviar sus cartas a través de mí para sus seres queridos, allí en Amerikeh. Prometo llevar su correo, y la muchedumbre se dispersa lentamente, solicitando que les espere.

—Sólo unas pocas palabras, regresaremos rápidamente.

—Vayamos con Reb Moishe, me recuerda mi guía. Ellos saben, añade haciéndoles señas a los otros, llevarán sus cartas allí.

Cuando íbamos a seguir por nuestro camino, un hombre alto con una barba negra como el azabache y ojos abrasadores me detiene.

—Sea bueno, un minuto. Habla con reserva, pero con un gran esfuerzo para dominar sus emociones. No tengo a nadie en América, dice. No tengo a nadie en ninguna parte. ¿Ve esa casa? Su voz tiembla por los nervios, pero se tranquiliza. Allí, al otro lado del camino, con las ventanas rotas, cubierta de papeles. Mi anciano padre, que el Todopoderoso le tenga en la gloria, y mis dos hermanos menores fueron asesinados allí. Cortados en pedazos con los sables. Al anciano le habían cortado los *peiess* (rizos religiosos), junto con la orejas, y le habían desgarrado el vientre... Escapé con mi hija para salvarla. Mire, allí está, en el tercer puesto a la derecha.

Con los ojos llenos de lágrimas me señala a una chica a unos cuantos pies de distancia. Tiene alrededor de quince años, cara ovalada de delicadas facciones, pálida y frágil como un lirio, y con unos ojos muy característicos. Está mirando fijamente hacia delante, mientras que sus manos cortan de forma mecánica trozos de un gran pan redondo. Tiene en sus ojos la misma expresión de

espanto que hace poco vi por primera vez en los rostros de chicas muy jóvenes de ciudades donde se han producido pogromos. El terror congelado en una mirada fija que me retuerce el corazón. Sin embargo, sin darme cuenta de la verdad, susurro a su padre,

—¿Ciega?

—No, ciega no, grita. Ojalá; no, mucho peor. Tiene esa mirada desde la noche en que huí de nuestra casa con ella. Fue una noche aterradora. Delirando como bestias salvajes rajaban y acuchillaban. Me escondí con Rósele en el sótano, pero no estábamos a salvo ahí, así que corrimos a los bosques cercanos. Nos cogieron en el camino. Me la arrebataron y me dejaron tirado para que muriese. Mire, se quita el sombrero y veo un corte largo de espada, cicatrizado en parte, en un costado de su cabeza. Me dejaron tirado para que muriese, repite. Cuando se marcharon los asesinos, tres días después, la encontraron en el campo y ha estado así... con esa mirada en sus ojos... no ha hablado desde entonces.... oh. Dios mió, ¿porqué me castigáis de esa manera?

—Querido Reb Sholem, no blasfeme, le reprende la mujer que me acompaña. ¿Es el único que ha sufrido? Usted conoce mi gran pérdida. Todos compartimos el mismo sino. Ha sido siempre el destino de nosotros los judíos. Desconocemos los designios del Señor, santificado sea Su nombre. Pero vayamos con Reb Moishe, me dice girándose hacia mí.

Detrás del mostrador de lo que una vez fue una tienda de ultramarinos, se halla de pie Reb Moishe. Es un hebreo de mediana edad, con un rostro inteligente que ahora sólo carga con el recuerdo de una sonrisa amable. Un antiguo residente de la ciudad y anciano de la sinagoga¹⁷³, conoce a todos sus habitantes y toda la historia del lugar. Fue uno de los hombres adinerados de la ciudad, y todavía no puede resistir la tentación de la hospitalidad, tan tradicional en su raza. De forma involuntaria, sus ojos se pasean por las estanterías completamente desnudas salvo por unas cuantas botellas vacías. La habitación está sucia y necesita arreglos; el papel de las paredes cuelga hecho jirones, dejando al descubierto el yeso amarillo con humedad. Sobre el mostrador hay algunas barras de pan negro moteadas con cáscaras de cereal, y una pequeña bandeja con cebollas verdes. Reb Moishe se agacha, saca una

botella de soda de debajo del mostrador, y me ofrece el tesoro, con una sonrisa de benévola bienvenida. Un rayo de consternación se extiende por el rostro de su esposa, sentada en la esquina zurciendo silenciosamente, cuando Reb Moishe avergonzado rechaza el pago correspondiente.

—No, no, no puedo hacerlo, dice con sencilla dignidad, pero sé lo grande del sacrificio.

El término anciano, en este contexto, significa que era miembro del consejo que regía la sinagoga.

Al enterarse del propósito de mi visita a Fastov, Reb Moishe me invita a la calle.

—Venga conmigo, dice. Le mostraré lo que nos hicieron. Aunque no hay mucho que ver, me mira fijamente de forma inquisitiva, solamente los que vivieron aquello pueden entenderlo, y quizá... se detiene brevemente, quizá también los que realmente sienten con nosotros nuestra gran pérdida.

Salimos del almacén. Al otro lado se halla un solar grande—, el centro lleno de maderas viejas y ladrillos rotos.

—Esta era nuestra escuela, comenta Reb Moishe. Esto es todo lo que queda de ella. Esa casa a su izquierda, con los postigos cerrados, era de Zalman, el profesor de nuestra escuela. Mataron a seis ahí: padre, madre y cuatro hijos. Los encontramos a todos con la cabeza reventada por la culata de los rifles. Allí, a la vuelta de la esquina, la calle entera, ve, cada casa sufrió un pogromo. Tenemos muchas calles como esa. Al rato continúa: En esa casa, la del tejado verde, acabaron con toda la familia: nueve personas. Los asesinos además le prendieron fuego—, puede verlo a través de las puertas rotas, el interior está todo quemado y carbonizado. ¿Quién lo hizo?, repite mi pregunta con tono de desesperanza. Mejor pregunte ¿quién no lo hizo? Petliura vino primero, luego Denikin, y después los polacos y bandas de todo tipo; tal vez sean los negros tiempos. Ha habido muchos de ellos, y siempre la misma maldición. Sufrimos con todos, cada vez que la ciudad cambiaba de manos. No obstante, Denikin fue el peor de todos, peor incluso que los polacos, que tanto nos odian. La vez última que los de Denikin estuvieron aquí el pogromo duró cuatro días. ¡Oh,

Dios! Se detiene repentinamente, alzando sus manos. ¡Oh, vosotros los americanos, vosotros que vivís seguros, vosotros sabéis lo que significa cuatro días! Cuatro largos y terribles días, y aún más terribles las noches, cuatro días y cuatro noches de carnicería sin descanso. Los llantos, los alaridos, esos desgarradores alaridos de las mujeres que veían como sus bebés eran cortados en pedazos ante sus propios ojos... aún los oigo... me hiela la sangre... me están volviendo loco... Esas imágenes... la masa sanguinolenta de carne de lo que una vez fue mi propia hija, mi preciosa Mírele... sólo tenía cinco años. Se viene abajo. Inclinándose sobre la pared, su cuerpo se agita en sollozos. Poco después se calma. Aquí estamos en el centro de la parte que sufrió el peor pogromo, prosigue. Perdone mi debilidad; no puedo hablar de ello sin lágrimas en los ojos... Allí está la sinagoga. Los judíos buscamos seguridad en ella. El comandante nos lo ordenó. ¿Su nombre? El fatídico personaje era para mí tan extraño como su oscuro nombre. Uno de los generales de Denikin; el Comandante, así era como lo llamaban. Sus hombres estaban sedientos de sangre cuando no hubo nada más que robar. Usted sabe, los soldados y campesinos creen que hay oro en todos los hogares judíos. Esta fue una vez una ciudad próspera, pero los ricos que hacían negocio con nosotros vivían en Kiev y Járkov. Los judíos aquí sólo estaban haciendo su vida, sólo unos pocos eran unos acomodados. Bueno, los muchos pogromos hace tanto tiempo les arrebataron todo lo que tenían, arruinaron su negocio y destrozaron sus casas. No obstante, seguían con sus vidas. Usted sabe cómo es el judío: acostumbrado al maltrato, busca dar lo mejor de sí. Pero los soldados de Denikin --- oh, el Gehena (infierno o purgatorio judío) los liberó. Enloquecían como bestias cuando no encontraban nada que tomar, y destruían lo que no querían. Eso fue durante los dos primeros días. Pero con el tercero comenzó la matanza, sobre todo con espadas y bayonetas. El comandante nos ordenó que nos refugiásemos en la sinagoga. Nos prometió seguridad, y llevarnos a nuestras esposas e hijos allí. Pondrían guardias en la puerta para protegernos, dijo el comandante. Era una trampa. Por la noche vinieron los soldados; todos los vándalos de la ciudad estaban también con ellos. Venían a reclamar nuestro oro. No se creyeron que no tuviésemos nada. Fueron en busca de las Sagradas Escrituras, las rasgaron y las pisotearon. Algunos no pudimos contenemos ante tan espantoso sacrilegio. Protestamos. Y entonces comenzó

la carnicería. El horror, oh, el horror de aquello... Las mujeres golpeadas, agredidas, los hombres asesinados con sables... Algunos pasamos por encima de los guardias de la puerta, y huimos por las calles. Como una jauría de perros del infierno, nos persiguieron, acuchillándonos, asesinándonos, y buscándonos casa por casa. Días después las calles estaban cubiertas de cadáveres mutilados. No dejaron que nos acercásemos a nuestros muertos. No dejaron que los enterráramos o que ayudáramos a los heridos que gemían de sufrimiento, suplicando morir... Ni un vaso de agua podíamos darles... Disparaban a cualquiera que se acercase... Los perros hambrientos de todo el barrio vinieron; olfatearon presas. Los vi arrancar miembros de los muertos, de los heridos indefensos... Se alimentaron de los vivos... de nuestros hermanos... Se vino abajo de nuevo. Los perros se alimentaron de ellos... se alimentaron de ellos..., repite entre sollozos.

Alguien se nos acerca. Es el doctor que había atendido a los enfermos y heridos después de que hubiese acabado el pogromo. Parece el típico raso de la élite intelectual, la estampa del idealista y estudiante grabada en él. Camina con una pesada cojera, y su astuta mirada capta mi pregunta aún sin formular.

—Un recuerdo de esos días, dice, intentando sonreír. Me da muchos problemas y entorpece mi trabajo de manera considerable, añade. Hay mucha gente enferma y estoy de pie todo el día. No hay transportes, se llevaron todos los caballos y el ganado. Justo ahora voy de camino a ver a la pobre Fanya, una de mis pacientes sin esperanza. No, no, buen hombre, es inútil que la visite, rechaza que le acompañe. Está como muchos otros aquí; un caso terrible pero cotidiano. Ella era enfermera y cuidaba de una joven parapléjica. Vivían en una habitación de la segunda planta de una casa cercana. En el primer piso estaban acuartelados los soldados. Cuando estalló el pogromo los soldados apresaron a la joven paralítica y a su enfermera. Lo que sucedió allí nadie lo sabrá nunca... Cuando finalmente los soldados se marcharon, tuvimos que utilizar una escalera de mano para alcanzar el cuarto de las chicas. Los bestias habían cubierto las escaleras con heces humanas; era imposible acercarse. Cuando llegamos hasta las dos muchachas, la parapléjica estaba muerta en los brazos de la enfermera que deliraba como una loca. No, no; no sirve de nada que la vea.

—Doctor, dice Reb Moishe, ¿por qué no le cuenta a nuestro amigo americano cómo quedó lisiado? Él debe oírlo todo.

—Oh, eso no es importante, Reb Moishe. Tenemos cosas mucho peores. Ante mi insistencia, él continúa: Bueno, no es una larga historia. Me dispararon mientras me acercaba a un hombre herido que yacía en la calle. Se encontraba oscuro, y estaba andando cuando oí a alguien gemir cerca. Apenas bajé de la acera cuando me alcanzó un tiro. Fue la noche del pogromo en la sinagoga. Pero mi percance, hombre, no es nada cuando se piensa en la pesadilla del almacén.

—¿El almacén?, pregunté. ¿Qué sucedió allí?

—Lo peor que pueda imaginar, contestó el doctor. Escenas que ningún ser humano puede describir. No fue por los asesinatos que allí ocurrieron; sólo unos pocos fueron asesinados en el almacén. Fue por las mujeres, chicas, incluso niños... Cuando los soldados cometían el pogromo en la sinagoga, muchas mujeres lograron escapar. Como por instinto, luego se reunieron en el almacén, una edificación grande que no había sido utilizada durante muchos años, ¿A dónde más podían ir las mujeres? Era demasiado peligroso quedarse en casa; la turba buscaba a los hombres que habían escapado de la sinagoga y los estaban matando salvajemente en las calles, en sus casas, dondequiera que les encontraran. De este modo, las mujeres y las jóvenes se escondieron en el almacén. Era muy de noche y el lugar estaba oscuro y en calma. Apenas respiraban por miedo a que los vándalos descubriesen su escondite. Durante la noche, más mujeres y algunos de sus maridos fueron a parar al almacén. Allí yacían todos, acurrucados en el suelo en absoluto silencio. Llantos y chillidos les llegaron de la calle, pero estaban indefensos y temían ser descubiertos. Cómo fue no lo sabemos, pero unos soldados les encontraron. No tuvo lugar pogromo alguno, en el sentido ordinario de la palabra. Fue algo peor. El propio comandante dio órdenes para que los soldados acordonaran el almacén, no cometieran ningún pogromo, y no permitieran a nadie marcharse sin su permiso. Al principio no comprendíamos lo que esto significaba, pero pronto caímos en la cuenta de la terrible verdad. En la segunda noche llegaron varios oficiales, acompañados por un destacamento armado, todos a caballo y con linternas. Con la luz miraban fijamente las caras de las mujeres. Escogían cinco

de las chicas más hermosas, las sacaban a rastras y se marchaban a caballo con ellas. Iban y venían una y otra vez esa noche... Venían todas las noches, siempre con sus linternas. Primero se llevaron a las más jóvenes, niñas entre doce y quince años, incluso niñas de ocho años. Luego a las mayores y a las mujeres casadas. Solamente quedaron las muy mayores. Había alrededor de cuatrocientas mujeres y chicas en el almacén, y a la mayoría se las llevaron. Algunas nunca regresaron vivas; muchas fueron luego halladas muertas en las carreteras. Otras fueron abandonadas a lo largo de la ruta del ejército en retirada... esas volvieron días, semanas después... enfermas, torturadas, cada una de ellas contagiadas de terribles enfermedades. El doctor hace una pausa, luego me lleva a un lado. ¿Puede un forastero comprender cuán profunda es nuestra desgracia?, pregunta. ¡Cuántos pogromos hemos sufrido! El último, a manos de Denikin, duró ocho días. Piense en ello, ¡ocho días! Más de diez mil de nuestra gente fueron masacrados; tres mil murieron por el frío y las heridas. Mirando a Reb Moishe, agrega con un ronco susurro: No hay ninguna mujer o chica de más de diez años en nuestra ciudad que no haya sido ultrajada. Algunas cuatro, cinco o hasta catorce veces... Usted dijo que iba a Kiev. En el hospital de la ciudad encontrará a siete niñas, menores de trece años, a las que les conseguimos tratamiento médico, sobre todo quirúrgico. Todas esas niñas han sido violadas seis veces o más. Cuéntele esto a América; ¿aún así seguirá haciendo oídos sordos?

Nota capítulo XXVIII

173. El término anciano, en este contexto, significa que era miembro del consejo que regía la sinagoga.

CAPÍTULO XXIX

Kiev

La Krestchatik, la carretera principal de Kiev, bulle de intensa vida. Recta como una flecha se extiende ante mí, una magnífica avenida amplia que llega lejos en la distancia y finalmente desaparece en el espléndido Parque de Kupetchesky, antaño el orgullo de la ciudad. Antigua, desafiando las tormentas del tiempo y de las luchas humanas, Kiev permanece en pie pintorescamente hermosa, un mosaico radiante de follaje iridiscente, catedrales doradas y monasterios de arquitectura exótica, y montañas verdes altísimas a orillas del Dniéper que fluye majestuosamente debajo.

Reavivadas en días recientes las escenas sangrientas que la vieja ciudad había sido testigo en los siglos pasados, cuando mongoles y tártaros, cosacos, polacos y feroces tribus nativas, habían luchado por su posesión. Pero más sanguinarias y feroces han sido las últimas luchas. Ejércitos extranjeros de ocupación, alemán, magiar y austriaco, *gaidamaki*¹⁷⁴ nativos, polacos, rusos; cada uno puso la antigua ciudad patas arriba. Skoropadski, Petliura, Denikin, así como los salvajes atamanes de los cuentos de Gogol¹⁷⁵, han competido entre sí para llenar los arroyos que tiñen de rojo el Dniéper en los días más oscuros de Rusia.

¡Increíble vitalidad del hombre! ¡Exasperante, pero bendita brevedad de la memoria humana! Hoy la ciudad se ve llena de vida y pacífica —olvidada está la carnicería, olvidados los sacrificios del ayer.

Las calles, repletas de movimiento y color, contrastan sorprendentemente con el agotamiento enfermizo de las ciudades del norte. Las tiendas y

restaurantes están abiertos, y las panaderías exponen *pirozhiye* apetitoso, los caramelos tan adorados por los rusos. La mayoría de los carteles de los negocios están todavía en sus sitios acostumbrados, unos en ruso, otros en la lengua ucraniana, esta última predominante desde el famoso decreto de Skoropadski cuando de la noche a la mañana todas las placas y letreros tenían que ser “ucranizados”. Los bulevares están llenos de gente, mujeres más altas y menos hermosas que en Járkov, hombres impasibles, pesados, poco atractivos.

Ya hace un mes que los polacos abandonaron la ciudad: los bolcheviques todavía no han tenido tiempo para establecer completamente su régimen. Pero los informes sobre la destrucción polaca, tan difundidos en Moscú, no tienen ninguna base. Poco daño ha ocasionado el enemigo, excepto la quema de algunos puentes de ferrocarril a las afueras de la ciudad. La famosa Catedral Sofiyskyi y el Monasterio Michailovski siguen intactos con su imponente esplendor. Sin ningún motivo Chicherin protestó al mundo contra “el vandalismo inaudito” hacia estas gemas de vieja arquitectura.

Las instituciones soviéticas ofrecen la imagen familiar del modelo de Moscú: reuniones de personas hastiadas, cansadas, que parecen hambrientas y apáticas. Típico y triste. Los pasillos y oficinas están atestados de solicitantes que buscan permiso para hacer o estar exentos de hacer esto o aquello. El laberinto de los nuevos decretos es tan intrincado que los funcionarios prefieren la vía más fácil para solucionar problemas desconcertantes por el “método revolucionario”, en su “conciencia”, generalmente para disgusto de los solicitantes.

Hay largas colas por todos lados, y mucha escritura y manejo de “papeles” y documentos por parte de las barishni (señoritas) del Soviet, en zapatos de tacón alto, que abarrotan todas las oficinas. Fuman cigarrillos y hablan animadas de las ventajas de ciertos departamentos según la cantidad de *pyock* emitidos, el símbolo de la existencia soviética. Trabajadores y campesinos, sus cabezas descubiertas, se acercan a las largas mesas. Con respeto, incluso de forma servil, buscan información, suplican un “pedido” de ropa, o un “ticket” para botas. “No sé”, “En la próxima oficina”, “Venga mañana”, es la respuesta habitual. Hay protestas y lamentos, y súplicas de atención y consejo. De vez en

cuando alguien en la cola, después de días de esfuerzos infructuosos, pierde los nervios, y una sarta de verdaderos insultos rusos llena la sala, por encima del ruido y el humo. Pero cuando el comisario entra a toda prisa, con retraso por la conferencia del Comité del Partido, el barullo disminuye, y las barishni parecen ocupadas en sus tareas. Tiene una mirada de disgusto y preocupada: en su escritorio están amontonados documentos que aguardan su atención, y dentro de una hora le esperan en otra sesión. Afortunado es el solicitante que consigue una audiencia; feliz si se toma alguna medida en su caso.

Las industrias están en su punto más bajo, principalmente debido a la falta de materias primas y carbón. El decreto de militarización del trabajo está siendo aplicado con mucha severidad; los trabajadores en los talleres y fábricas están rígidamente atados a sus lugares de trabajo. Pero la maquinaria está descuidada, la mayor parte está estropeada, y hay escasez de artesanos capaces de repararla. Los hombres están en sus puestos, fingiendo trabajar, pero en realidad están sin hacer nada o hacen a escondidas mecheros, llaves, cerraduras, y otros objetos para uso personal o venta privada.

Muchas de las fábricas están completamente cerradas; otras funcionan al mínimo. Las refinerías de azúcar, la industria más importante del sudeste, trabajan con un enorme déficit. A causa de la devaluación total de la moneda soviética el Estado se ve obligado a pagar a sus empleados con productos, principalmente con azúcar de las viejas reservas. En la búsqueda de documentos para el Museo, recopilo estadísticas oficiales que muestran que para producir un *pood* (aproximadamente cuarenta libras) de azúcar, el gobierno gasta treinta y cinco, a menudo incluso cincuenta y cinco libras del azúcar viejo. Los dirigentes comprenden la extrema seriedad de la situación, pero se sienten impotentes. Algunos escépticos, otros con la fatalidad racial característica, se mueven penosamente en la rutina.

En los departamentos civil y militar hay una febril actividad, pero lamentablemente desorganizada. Casi todos los ramos trabajan de forma independiente, sin relación con otras instituciones soviéticas, con frecuencia en la absoluta ignorancia e incluso en oposición a las políticas y medidas de otros cuerpos ejecutivos. Suceden incidentes curiosos. Así el Presidente del Comité Ejecutivo de toda Ucrania ha pedido por telégrafo a todas las

instituciones soviéticas que ayuden al trabajo de nuestra Expedición, mientras el Secretario del Partido ha emitido al mismo tiempo una orden contra nosotros, culpando a nuestra Misión de querer privar a Ucrania de sus documentos históricos, y amenazando con confiscar el material que hemos recopilado.

El Soviet de Sindicatos ocupa el enorme edificio de la Krestchatik que anteriormente era el Hotel Savoy. En 1918 y 1919 ese órgano jugaba un papel más importante, su trabajo abarcaba todo el espectro de intereses proletarios y su autoridad se basaba en la voluntad expresa de las masas trabajadoras. Pero gradualmente el Soviet ha perdido poder, asumiendo el gobierno sus funciones básicas, y convirtiendo a los sindicatos en brazos ejecutivos y administrativos de la maquinaria Estatal. El principio electoral ha sido eliminado y sustituido por el nombramiento comunista.

La oficina central de trabajo se encuentra en gran confusión. Como en Járkov, el Soviet entero y la mayoría de las juntas directivas de vecinos han sido “liquidadas” recientemente, como mencheviques o contrarias a los comunistas, y han sido designados nuevos funcionarios por Moscú. La misma atmósfera de nerviosismo contenido se palpa tanto en los sindicatos como en otras instituciones de gobierno. Los bolcheviques no se sienten seguros en la ciudad, y hay rumores constantes de reveses comunistas en el frente polaco, de Wrangel avanzando desde Crimea, de Odesa siendo tomada por los Blancos, y de la actividad de Makhno en la provincia de Kiev.

En el curso de mi trabajo me pongo en contacto con T***, comunista ucraniano, a quien había conocido el pasado invierno en el Kharitonenski como un miembro de la delegación que había ido a Moscú a pedir más independencia y autodeterminación para Ucrania. De mediana edad, licenciado por la universidad y revolucionario encarcelado repetidas veces durante el régimen Romanov. Activo *borodbist* (revolucionario socialista de izquierda de Ucrania), se sometió a la disciplina cuando su partido se unió a los comunistas.

Pero tiene “opiniones privadas” que, tanto tiempo reprimidas, buscan alivio. No me importa hablar de estas cuestiones con usted, recalcó, con énfasis en el pronombre, aunque sé que no es comunista...

Pero lo soy, interrumpo; no un bolchevique—, ni un gubernamentalista, pero sí un comunista anarquista libre.

No de nuestro tipo de comunista. De todos modos, usted es un viejo revolucionario. He oído mucho sobre usted en Moscú, y puedo llamarle camarada. Discrepo con usted, desde luego, pero también discrepo con la política de mi partido. Ucrania no es Rusia, es un gran error para “el centro” tratarnos como si lo fuéramos. Tendríamos al pueblo de nuestra parte teniendo mayor autonomía local y más independencia. Nuestro partido ucraniano ha utilizado todos los esfuerzos para convencer a Moscú en este asunto, pero sin resultados. Somos una república sólo en el nombre; en realidad somos una mera provincia rusa.

¿Quiere usted la separación completa?

No. Queremos estar federados con la RSFSR, no sometidos. Somos tan buenos comunistas como los de Moscú, pero nuestra influencia aquí sería mucho mayor si tuviéramos libertad para actuar. Conocemos las condiciones y las necesidades del pueblo mejor que los que se sientan en el Kremlin. Tome, por ejemplo, la reciente suspensión sistemática de la directiva sindical. Esto ha enemistado al cuerpo laboral entero con nosotros. Lo mismo está ocurriendo en otras instituciones soviéticas. Justo ayer un chófer se quejó de nuestros “métodos de Moscú”. Había sido llamado al frente, pero su esposa murió recientemente, dejando a un muchacho paralítico en sus manos. Ha estado tratando de conseguir para su hijo algún hospital u hogar, pero su petición, en lengua ucraniana, le ha sido devuelta con la orden de “escríbalo en ruso”. ¡Y eso después de dos semanas de espera! Ahora el hombre debe incorporarse a su regimiento dentro de dos días. ¿Se sorprende de que la gente nos odie? El “centro” no hace caso de nuestras sugerencias, y nos vemos impotentes.

La crítica a Moscú es algo generalizado entre los comunistas ucranianos. A menudo, para mi sorpresa y consternación, percibo un obvio antisemitismo en su rencor al dominio del Kremlin. Las anécdotas y juegos de palabras que

circulan en las instituciones soviéticas tienen este cariz, aunque algunos no carecen de ingenio. Entre la gente en general el odio a lo judío es intenso, aunque su expresión activa se mantiene en suspenso. Todavía son frecuentes los incidentes como el que ocurrió esta mañana en Podol, el distrito proletario de la ciudad, donde un hombre se volvió loco en el mercado, cuchillo en mano, gritando: ¡Matad a los judíos, salvad a Rusia! Apuñaló a varias personas antes de que fuera reducido. Se dice que el hombre había enloquecido por el hambre y la enfermedad, pero sus sentimientos son lamentablemente muy comunes para requerir semejante explicación.

En Kiev, en el corazón del antiguo gueto, la población hebrea ha aumentado aún más en estos últimos años, han venido a la ciudad más grande con la esperanza de encontrar relativa seguridad contra la continua ola de pogromos que han azotado la provincia desde 1917. Quienesquiera que fuesen los dirigentes políticos —con la única excepción de los bolcheviques— el judío fue siempre la primera víctima, el mártir eterno. Hay acuerdo de opiniones en que Denikin y los polacos fueron más brutales y despiadados. Bajo estos últimos, Kiev no estaba exenta de excesos antisemitas, y los pogromos en Podol ocurrían repetidas veces.

En la biblioteca de la ciudad, en una publicación reciente de un hombre de grandes conocimientos literarios e intelectuales, leí: Los pogromos son lamentables, pero si es el único modo de deshacerse de los bolcheviques, entonces debemos tener pogromos.

Notas capítulo XXIX

174. Así se llamaba, durante la guerra civil rusa, a los soldados de las unidades contrarrevolucionarias ucranianas, particularmente a las tropas del Directorio, gobierno contrarrevolucionario ucraniano que existió desde septiembre de 1918 hasta mayo de 1919. El nombre proviene de unos antiguos cosacos de la región.

175. Nikolai Vasílievich Gogol. Escritor ruso nacido en 1809 a quien se le debe haber introducido el realismo en su país. Entre sus obras, destacan *Velada en una granja cerca de Dikanka*, *El inspector general* y, sobre todo, *Taras Bulba*, novela histórica que narra la vida de los cosacos.

CAPÍTULO XXX

Varias excursiones

Con la ayuda de R***, el secretario de un sindicato importante, he conseguido mucho material valioso para la Expedición. R*** es un menchevique que, por una inexplicable razón, había escapado del reciente proceso de limpieza. Su popularidad entre los obreros, creía, le había salvado.

—Los bolcheviques tienen puestos sus ojos sobre mí, pero me han dejado en paz hasta ahora, decía de manera significativa.

Familiarizado con la ciudad, sus museos, bibliotecas y archivos, R*** fue una gran ayuda en mi búsqueda de datos y documentos. Mucho de lo más valioso se había perdido y otros muchos documentos habían sido destruidos por los propios trabajadores, interesados en su seguridad, en la época de la ocupación alemana y el terror Blanco. No obstante, una parte de los archivos de los sindicatos se ha preservado, lo suficiente como para reconstruir la historia de la heroica lucha desde sus inicios y durante los días tormentosos de la Revolución y la Guerra Civil. En esa época, los mencheviques jugaron el papel de líderes intelectuales, mientras que los bolcheviques y anarquistas eran la inspiración revolucionaria de los obreros.

El cuartel general del Soviet del Trabajo se había convertido, de algún modo, en el depósito de una extraña mezcla de documentos. Archivos policiales y de la gendarmería, las actas de las sesiones de la Duma y estadísticas financieras encontraron allí su lugar, para ser inmediatamente olvidados. Por una curiosa casualidad, descubrí en un cajón abandonado, la primera Universal de Petliura, un raro documento que contiene la declaración original de los principios y

objetivos de la constitución nacional de Ucrania. Un oficial comunista lo reclamó como su posesión personal con lo cual esperaba recibir una compensación. En vista del alto precio que exigía, la cuestión ha necesitado de unas cartas con el Museo.

En los círculos mencheviques, los sentimientos frente a los bolcheviques son muy enconados. Es una opinión generalizada entre ellos que los comunistas, antiguamente socialdemócratas, han traicionado a Marx y desacreditado el socialismo. Revolucionarios asiáticos los llamaba R***. No existen diferencias entre Trotski y el verdugo Stolypin¹⁷⁶, afirmaba; sus métodos son idénticos. De hecho, existía más agitación política bajo Nicolás II que la que hay hoy. Los bolcheviques, presuntos marxistas, piensan que mediante decretos y el terror pueden cambiar las inmutables leyes de la revolución social; intentan saltarse varios peldaños, como han hecho, en la escalera del progreso. La Revolución de Febrero fue esencialmente burguesa, aunque Lenin intentó transformarla por medio de la violencia de una insignificante minoría en una revolución social. La consecuencia fue la completa debacle de todas las esperanzas. Los comunistas, creía R***, no durarán por mucho más tiempo. Rusia está al borde del colapso económico. Las antiguas reservas de alimentos están agotadas; la producción casi está paralizada. La militarización del trabajo ha fracasado. Los cálculos de Trotski sobre el progresivo crecimiento de la producción del frente obrero han quedado en papel mojado como las profecías de los bolcheviques sobre la revolución mundial. Las fábricas no son un campo de batalla. Al convertir todo el país en un campo de trabajo forzoso no se potencia los esfuerzos en la producción. Se ha dividido el pueblo en esclavos y esclavistas, y creado una clase superpoderosa de burócratas de los soviets. Aunque lo más significativo de todo es que incluso los obreros más avanzados se han encontrado enfrente de los comunistas. En estos momentos los bolcheviques no cuentan con nadie entre el campesinado ni el proletariado; todo el país está en contra de ellos. El bloqueo y la invasión han sido manipulados en su propio interés. Los bolcheviques necesitan de la guerra para mantenerse en el poder; la actual campaña polaca les conviene espléndidamente. Sin embargo, este será el último revés para los comunistas. Se romperán, y el sangriento experimento bolchevique finalizará.

—La historia los recordará como el mayor enemigo de la revolución, concluyó R*** con énfasis.

Viernes por la tarde.— Sobre la mesa del comedor en el hogar del rabino Zakhare, el viejo sionista, ardían tres velas, ortodoxamente bendecidas por su mujer. Toda la familia se había reunido con motivo de la festividad. Aunque la tradicional sopa y carne estaban ausentes, se sirvió arenque y kasha, y unos pequeños pedazos de khale, el pan del Sabbath, en esta ocasión sólo en parte de trigo. A ambos lados de los padres, estaban las dos hijas y el muchacho de dieciocho años. Su hijo mayor, Yankel era su nombre, dijo el rabino Zakhare con un fuerte suspiro, tendría ahora veintitrés, que su recuerdo sea bendito.

Había sido asesinado en el pogromo que los hombres de Denikin habían llevado a cabo poco antes de evacuar finalmente la ciudad. Defendía a sus hermanas, la más joven de sólo quince años. Habían ido a visitar a un amigo en Podol cuando la chusma salió a las calles, saqueando todas las casas, robando y asesinando.

La anciana dama lloraba en silencio en una esquina. Se podía apreciar la helada mirada del terror en los ojos de las chicas, como he podido ver últimamente en muchas ocasiones. El joven se acercó a su madre y le habló con suavidad. Verdaderos sionistas, la familia conversaba en hebreo antiguo, haciendo una verdadera concesión al hablar en yiddish.

—Al final, ustedes están libres de los pogromos bajo los bolcheviques, les señalé.

—En cierto sentido, afirmó el anciano, aunque son los bolcheviques quienes son los responsables de dichos pogromos. Sí, sí, hubo también bajo el Zar, interrumpió mi protesta, aunque no se pueden ni comparar con los que hemos sufrido desde entonces. El odio en contra nuestro se ha incrementado. Para los gentiles, en la actualidad un bolchevique es sinónimo de judío, un

comisario es un *zhid*, (un término descalificativo para los judíos), y a cada hebreo se le considera responsable de los asesinatos de la Checa. He pasado toda mi vida en el gueto, y he vivido pogromos en el pasado, aunque nunca las cosas terribles que han sucedido desde que los bolcheviques llegaron a Moscú.

—Pero ellos no han llevado a cabo ningún pogromo, insistí.

—Ellos también odian a los judíos. Nosotros siempre somos las víctimas. Bajo los bolcheviques no hemos tenido los violentos pogromos de las muchedumbres; no hemos oído que se hubiera producido ninguno. Aunque tenemos los “pogromos silenciosos”, la sistemática destrucción de todo lo que nos es más querido, nuestras tradiciones, costumbres y cultura. Nos han asesinado como nación. No lo sé, pero este puede ser el peor pogromo, añadió con amargura.

Tras un momento, volvió a retomar el tema.

—Algunos judíos estúpidos están orgullosos de que nuestra gente esté en el gobierno y que Trotski sea ministro de la guerra. ¡Como si Trotski y esos otros fueran judíos! ¿Qué bien supone esto, me pregunto, cuando nuestra nación debe sufrir como antes o más?

—Los judíos se han igualado política y socialmente con los gentiles, sugerí.

—¿Iguales en qué? En miseria y corrupción. Incluso en eso, no somos iguales. El judío debe pagar más que los demás. No encajamos en las fábricas, siempre hemos sido comerciantes, hombres de negocios y en la actualidad estamos completamente arruinados. Han sembrado la corrupción entre nuestros jóvenes quienes sólo piensan en el poder o unirse a la Checa para hacer méritos. Nunca había sucedido esto.

Están destruyendo el sueño de Palestina, nuestro verdadero hogar; reprimen cualquier intento de educar a nuestros hijos en el auténtico espíritu hebreo.

En la Kulturliga me reuní con escritores, poetas y profesores hebreos, la mayoría miembros del Volkspartei (literalmente, Partido del Pueblo) cuando este partido político estaba representado en la Rada por su Ministro de Asuntos Hebreos. Inicialmente, la Liga fue una organización poderosa, con 230

secciones a lo largo del Sur, realizando una labor cultural entre sus correligionarios. La institución sufrirá mucho con los diversos cambios políticos, aunque los bolcheviques inicialmente los tolerará e incluso les ayudará económicamente en sus esfuerzos educativos. Sin embargo, poco a poco las ayudas fueron desapareciendo y comenzaron a surgir obstáculos en el devenir de la Liga. Los comunistas desaprobaban el carácter extremadamente nacionalista que imprimían a su labor. La Yovkom, la sección judía del Partido, era particularmente antagonista con la Liga. Los maestros y los antiguos alumnos de la Liga fueron movilizados al servicio del Estado, restringiendo el campo de acción. En las provincias, muchas de sus secciones se vieron obligadas a cerrar completamente, aunque en Kiev, la dedicación y persistencia de sus líderes han posibilitado que continúe la Liga.

Es un oasis aislado en la ciudad de vida social e intelectual no vinculada al Partido. Aunque ahora tiene limitada su actividad, mantiene una gran popularidad entre la juventud judía. Estos asisten con entusiasmo a sus clases de arte, que incluyen dibujo, pintura y escultura, y en su estudio de teatro se forman jóvenes actores y actrices muy prometedores. A los ensayos que asistí, en concreto a los de *El fin del mundo*, una obra póstuma de un dramaturgo desconocido, eran únicos en la concepción artística y la conmovedora expresión.

Los elementos más jóvenes que frecuentan la Kulturliga sueñan con Sion, y contaban con la ayuda de Inglaterra para que asegurara a la nación hebrea su tradicional hogar. No tenían contactos con Occidente y los recientes acontecimientos, aunque su confianza en las esperanzas surgidas en el Congreso Judío era inamovible. De algún modo, en algún momento, probablemente incluso en un futuro no muy lejano, tendría lugar el gran acontecimiento y los judíos volverían a restablecerse en Palestina. Con esa apasionada creencia sobrellevan su existencia cotidiana, vegetando intelectualmente, físicamente en la miseria. Sus antiguas fuentes de sustento fueron abolidas, el gobierno los mantiene con una carta de racionamiento de cuarta categoría. Lo último de los bolcheviques ha sido el etiquetarlos como *bourzhooi*, calificando a los intelectuales como tales, aunque la realidad es que la clase media adinerada se encontraba segura con el estallido de la

revolución. El odio a los burgueses ha sido transferido a los intelectuales, fomentando y potenciando este sentimiento la agitación oficial. Son representados como enemigos del proletariado, traidores a la revolución, como especuladores o, peor aún, como activos contrarrevolucionarios. No hay ningún dique que pare la terrible ola que se bate contra ellos, ni es un estallido espontáneo de sentimiento popular. Las llamas son avivadas desde Moscú. Agentes bolcheviques que son enviados desde el centro como jefes e instructores, sistemáticamente despiertan estos instintos básicos. El propio Zinóviev reprende severamente a los comunistas locales y sus hermanos proletarios contra la indulgencia frente a la burguesía.

—Todavía caminan por vuestras calles, profirió en un mitin público, vistiendo las mejores galas mientras que ustedes van cubiertos con harapos. Ellos viven en lujosas casas, mientras ustedes se arrastran hasta los sótanos. No deben permitir tales cosas por más tiempo.

Una visita de los líderes comunistas suele ser acompañada con renovadas requisas a los burgueses. El método es simple. Los porteros tienen instrucción de recopilar una lista con los que tienen cartillas de cuarta categoría. En muchos casos, estos son proletarios intelectuales, profesores, escritores, científicos. Sin embargo, la posesión de una cartilla de cuarta categoría es su perdición: son víctimas legítimas de las requisas. Abrigos, ropa interior, enseres domésticos, todo es confiscado alegando *izlishki* (superfluo).

—Lo más trágico de ello, decía C***, el famoso escritor yiddish, es que lo *izlishki* raramente llega a su destino entre el proletariado. Todos sabemos que las cosas verdaderamente valiosas confiscadas no salen de la Checa, mientras que los harapos viejos e inservibles son enviados a los sindicatos para su distribución entre los obreros.

—A menudo, uno no sabe ni quién realiza la confiscación, comentó un miembro de la Liga, ya que en ocasiones lo hacen los chequistas en su propio beneficio.

—¿No hay indemnizaciones?, pregunté. ¿Nadie protesta?

C*** hizo un gesto de desprecio.

—Hemos aprendido, contestando, del destino de los que se atrevieron a hacerlo.

—No puedes discutirlas “órdenes revolucionarias” de los bolcheviques, como las llaman ellos, comentó una joven maestra. Lo he intentado y me ocurrió lo siguiente. Un día, regresando a mi habitación, me encontré a un extraño ocupándola. Al exigirle que me explicara que hacía allí, me informó que se le había asignado y me enseñó sus documentos del Buró de Vivienda. “Y ¿qué hago yo?” le pregunté. “Puedes dormir en el suelo” me contestó, tirándose en mi cama. Protesté a las más altas autoridades, aunque rechazaron considerar la cuestión. “La habitación es lo suficientemente grande como para dos” insistieron, aunque esta no era la cuestión. “Pero ustedes han puesto un hombre extraño en mi habitación”, aduje. “Dentro de poco ya se conocerán”, me contestaron con desprecio. “No hacemos distinción de sexo”. Permanecí con unos amigos mientras tanto, aunque ellos estaban atestados y tuve que buscar otra habitación. Durante días hice cola en el Bureau de Vivienda, aunque fue imposible conseguir una autorización para una habitación. Mientras tanto, mi jefe me amenazaba con informar sobre mi actitud negligente en mi trabajo, ya que la mayor parte del tiempo lo pasaba en las oficinas del Soviet. Finalmente, me quejé ante el Rabkrin¹⁷⁷, el cual se supone que protege los intereses del proletariado. Un agente me invitó a compartir su habitación y yo le abofeteé su cara. Me arrestó y permanecí en la Checa durante dos meses por “sabotaje”.

—Hubiese podido terminar peor, comentó alguien.

—¿Cuándo fuiste liberada?, continué preguntando, interesado en la historia de la mujer. ¿Qué hizo con respecto a la habitación?

Ella sonrió tristemente.

—Aprendí mucho mientras estuve en la Checa, me dijo. Cuando fui liberada, busqué a un miembro del Buró de la Vivienda. Afortunadamente, conservaba un par de bellos zapatos franceses y se los entregué. “Un pequeño presente para su esposa”, le dije, sin preocuparme a quién se los daría pues es conocido que él tiene varias mujeres. En veinticuatro horas recibí una espléndida y amplia habitación, decorada con un verdadero estilo burgués.

El sol se ha puesto y las calles están oscuras, con las raras farolas parpadeando tenuemente en la bruma del aire. Al girar una esquina de Krestchatik, en mi camino hacia Ispolkom, me encontré en medio de una muchedumbre excitada, acorralada por los soldados y la milicia. Es la *oblava* buscando a obreros desertores. Hombres y mujeres son detenidos dentro del círculo de militares, para ser llevados a la comisaría para su interrogatorio. Sólo el carné comunista asegura la inmediata liberación. El arresto significa la detención durante días, incluso semanas, y yo tenía una reunión urgente en la sede central de los comunistas. En vano intenté explicar a los *militcioneri* que el *tovarishtch* Vetoshkin¹⁷⁸ me estaba esperando. Incluso el nombre del todopoderoso líder del Comité Ejecutivo no les impresionó. En estos momentos, el Comité de Trabajo y Defensa es el máximo poder; sus órdenes eran que se detuviera a todo el mundo para llevar a cabo una investigación sobre su trabajo. Los hombres y mujeres arrestados suplicaron, discutieron y mostraron sus documentos, pero los soldados permanecían impasibles, ordenando a todo el mundo que se pusiera en la fila. Exigí ver al oficial al cargo pero el *militcioner* se quedó a mi lado, ignorando mis protestas. De repente, la muchedumbre enfrente comenzó a empujar y a presionar: se había iniciado una pelea en la esquina. Mis guardas se encaminaron rápidamente hacia allí, y yo, aprovechando la situación, crucé la calle y entré en el edificio de la Ispolkom.

El secretario de Vetoshkin se reunió conmigo en las escaleras. Excusando mi tardanza por el incidente con la *oblava*, le sugerí la conveniencia de un mejor sistema y juicio en la organización de tales asuntos. Este expresó sus disculpas por la manera estúpida e irresponsable en que se hacía la redada, aunque *nitchevo nepodelayesh* (no queda más remedio), me aseguró con convicción.

La sala de los banquetes de los comunistas estaba completamente iluminada; las paredes estaban decoradas con rojas pancartas e inscripciones, con banderas rojas enmarcando los amplios retratos de Lenin y Trotski, con una

pintura de Lunacharski en un lugar menos importante. La larga mesa estaba atestada con una gran variedad de frutas y vino, y platos especiales se servían en honor de los delegados franceses e italianos que visitaban la ciudad. Angélica Balabanova presidía el acto; a su lado estaban Vetoshkin y otros altos oficiales del Soviet de la ciudad, con un amplio surtido de militares uniformados.

Es una asamblea oficial de la aristocracia comunista, con Emma Goldman y yo como los únicos no bolcheviques presentes, invitados especialmente por nuestra amiga común Angélica. Su maternal y sencilla personalidad parecía fuera de lugar en esta reunión. Había una profunda tristeza en su mirada, una muestra de la desaprobación frente a todo el lujo y boato puesto para la ocasión. Su atención estaba acaparada por los hombres de la ciudad que estaban a su lado, quienes intentaban complacer a este personaje tan importante del centro. Otros entretenían a los delegados extranjeros, con los *tovarishtchi* que hablaban francés sentados en su cercanía. El vino es bueno y generoso, la comida deliciosa. Por momentos, se va perdiendo la atmósfera de rígida formalidad y un comportamiento más libre impera sobre el banquete.

Con los cafés, comienzan los discursos. El proletariado ruso, con el Partido Comunista como su vanguardia, es alabado como el portaestandarte de la revolución social, y expresión de la firme convicción de la rápida caída del capitalismo a lo largo de todo el mundo. Si no fuera por la intervención Aliada que ha llevado a la hambruna al país y que ha apoyado con armas la contrarrevolución, Rusia, se afirmaba, sería el paraíso de los obreros con plena libertad y bienestar para todos. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios, traidores a la revolución, han sido silenciados dentro del país, aunque en el exterior estos lacayos del capitalismo, los Kautsky¹⁷⁹, Lafargue¹⁸⁰ y otros, continúan su trabajo ponzoñoso, calumniando a los comunistas y difamando la revolución. Por ello, damos doblemente la bienvenida a estos delegados extranjeros que han venido a Rusia para conocer ellos mismos la verdadera situación, y han visitado Ucrania donde pueden ser testigos oculares de la gran labor que están llevando a cabo los comunistas.

Eché un vistazo a los delegados. Permanecían sentados durante los largos discursos en lengua extranjera, aunque cuando con maestría Angélica los

traducía al francés, enriqueciéndolos con su personalidad y apasionada oratoria, estas palabras no parecían impresionarles. Detecté el desencanto en sus caras. Tal vez esperaban una discusión menos oficial, más íntima, de los problemas revolucionarios. Sin duda, habían oído hablar de los numerosos levantamientos campesinos y las expediciones punitivas. Las frecuentes huelgas, el movimiento de Makhno y la oposición general a los comunistas. Sin embargo, estas cuestiones habían sido cuidadosamente obviadas por los conferenciantes, quienes se esforzaron por presentar una imagen de un pueblo unido cooperando con la dictadura del proletariado y apoyando entusiastamente a su vanguardia, el Partido Comunista.

Tarde en la noche, acompañando a los delegados extranjeros a la estación de ferrocarril, tuve la oportunidad de conocer sus sentimientos.

—Las observaciones que hemos hecho mientras hemos estado en Rusia y el material que hemos recolectado, remarcó uno de ellos, desmienten completamente las afirmaciones de los bolcheviques. Sentimos que nuestro deber es contar toda la verdad a nuestra gente en casa.

A la mañana siguiente, en el pasaje donde se pueden comprar las provisiones para completar los escasos *pyock*, me encontré con un pequeño grupo de personas lamentándose y gritando. No se había vendido nada; las pequeñas panaderías y fruterías habían sido visitadas por las autoridades la tarde anterior y todos sus bienes fueron requisados. Una profunda tristeza se extendió entre los comerciantes y sus compradores. Con un sentimiento de agravio, indicaban las grandes tiendas de delicatessen en Krestchatik que no habían sido molestadas.

—Ellos tienen protección, dijo alguien indignado.

—Dios mío, Dios mío, gritaba una mujer. Nosotros los pobres somos los que hemos dado el banquete a los delegados.

Se me presentó como Gallina, una joven vestida como una campesina aunque de figura elegante, y con unos ojos azules pensativos.

—¿Gallina?, le pregunté.

—Sí, la esposa de Makhno.

Los sentimientos de sorpresa y temor por su seguridad luchaban contra mi admiración por su coraje. Su presencia en Kiev, la guarida de la Checa, suponía su muerte si era reconocida. Aún así, había desafiado a un peligro más que evidente y grandes dificultades para pasar la frontera. Tenía algunos asuntos que resolver en la ciudad para los *povstantsi*, me dijo; igualmente, tenía un mensaje de parte de Néstor: estaba muy ansioso de que Emma Goldman y yo le visitáramos. No estaba muy lejos de la ciudad, y se podían hacer los preparativos para que pudiéramos verle.

Sus formas eran reservadas, incluso tímidas; aunque era muy positiva en su mirada y su expresión limpia y definida. Parecía frágil y sola; yo era completamente consciente de los grandes peligros a los cuales se había expuesto. Me dio la sensación de un diminuto David alzándose para golpear a Goliat.

—No tengo miedo, dijo con sencillez. Como sabes, suelo acompañar a Néstor y siempre encabeza a sus hombres, añadió con un silencioso orgullo.

Habló con mucha afabilidad de la habilidad militar de Makhno, su gran popularidad entre los campesinos y el triunfo de sus campañas contra Denikin. Sin embargo, también era crítica con él, no estando cegada por el culto al héroe. Al contrario, hacía más hincapié en la importancia y determinación del movimiento campesino rebelde que en el rol de sus líderes individuales. En la Makhnovstchina veía la esperanza de la liberación de Rusia del yugo de los generales Blancos, los *pomeshchiki* (señores feudales) y el comisariado de los comunistas. Los unos tan odiados por ella como los otros, todos igualmente peligrosos para la libertad y la revolución.

—Me uní al movimiento *povstantsi*, dijo, como la única verdadera revolución proletaria. El bolchevismo es la consecuencia directa del Partido Comunista, falsamente denominado como dictadura del proletariado. Está muy lejos de

nuestra concepción de la revolución. Es el gobierno de una casta, de los intelectuales socialistas que han impuesto sus teorías sobre los trabajadores. Su objetivo es el Estado Comunista, con los obreros y campesinos de todo el país sirviendo como trabajadores de unos poderosos amos gobernantes. Su consecuencia es la más abyecta esclavitud, represión y pesadumbre como hemos podido ver en todos lados. Sin embargo, el pueblo en sí mismo, el proletariado de las ciudades y el campo, tienen un ideal completamente diferente, aunque en su mayor parte sea sólo de manera instintiva. Ignoran a todos los partidos y están en contra de los intelectuales políticos; desconfían de los que no trabajan, de los elementos privilegiados. Nuestro objetivo es la organización de clase de las masas obreras revolucionarias. Éste es el sentido del gran movimiento ucraniano, y su máxima expresión se puede encontrar en la Makhnovstchina. Sin la ayuda del gobierno y partidos políticos, los campesinos expulsaron a los señores feudales; por su propio esfuerzo, protegieron sus tierras. Sus unidades militares han triunfado en su lucha contra todas las fuerzas contrarrevolucionarias. Los bolcheviques, con su Ejército Rojo, por lo general entran en los distritos una vez liberados en donde imponen su gobierno sobre las ciudades y el campo, y proclaman su dictadura. ¿Es de sorprender que la gente les odie y luchen contra ellos con la misma fuerza que contra los Blancos?

Ella es el típico espécimen de la Ucrania rebelde, un tipo moldeado en el crisol de la dura vida revolucionaria. Hablamos durante toda la noche sobre los sangrantes problemas del Sur, de las necesidades del campesinado, y las actividades de los *povstantsi*, cuyo líder más querido, casi venerado, es *bat'ka* (padre, líder) Makhno, el Stenka Razin¹⁸¹ de la revolución.

Me relató historias sobre la gran devoción que los campesinos sentían hacia Néstor y me contó interesantes anécdotas de sus campañas. Una vez, cuando Makhno con una pequeña compañía se encontraba rodeado por una amplia fuerza bolchevique, decidió celebrar una boda en el pueblo ocupado por el enemigo. Los hombres de Makhno, ataviados con los trajes de fiesta, con sus famosas escopetas recortadas escondidas entre las telas. En medio de la juerga, los soldados rojos en pésimas condiciones por el alcohol suministrado

gratuitamente por los aldeanos, los fingidos turistas abrieron fuego, tomando a la guarnición bolchevique por sorpresa y haciéndola huir.

La sola mención del nombre de Makhno, dice Gallina, lleva el terror a sus enemigos y en muchas ocasiones todas las compañías del Ejército Rojo han tenido que unir sus fuerzas. Con los comisarios y los comunistas, términos similares para los *povstantsi*, no se tiene piedad, aunque con los soldados comunes siempre se les da a elegir si quieren permanecer con ellos o irse libremente.

—Este fue el caso igualmente, continuó con su voz melodiosa, con el ejército de Grigoriev. Has oído hablar de él, ¿verdad camarada? Había sido un oficial del Zar, aunque al estallar la revolución fue por libre. Durante un tiempo estuvo con Petliura, para después luchar contra él, y finalmente unirse con el Ejército Rojo. Es sólo un aventurero militar, con cierta habilidad. Era muy vanidoso y le gustaba ser denominado como atamán de Khersonstchina, ya que sus grandes triunfos habían ocurrido en esa provincia. Con el paso del tiempo, se volvió contra los bolcheviques e invitó a Makhno a hacer causa común con él. Sin embargo, Néstor supo que Grigoriev estaba planeando unirse a Denikin; además, era culpable de muchos pogromos. Especialmente atroz fue la matanza de judíos que organizó en Yekaterinoslav en mayo del año pasado (1919). Makhno decidió eliminarle; para ello, convocó una asamblea en donde el atamán y sus hombres estaban invitados. Fue una gran reunión en donde más de veinte mil campesinos y *povstantsi* estaban presentes¹⁸² Néstor públicamente acusó a Grigoriev de intrigante contrarrevolucionario, culpable de pogromos y denunciándolo como enemigo del pueblo. El atamán y su equipo fueron ejecutados sobre la marcha. La mayoría de sus fuerzas se unieron a los *povstantsi*.

Gallina hablaba de las ejecuciones en un tono normal, como si fuera un hecho común. Su vida en Ucrania, entre los campesinos rebeldes, ha convertido en algo normal en su existencia la lucha y la violencia. De vez en cuando alzaba su voz con indignación cuando le mencionábamos los judíos abatidos por los *povstantsi*. Se sentía profundamente ultrajada por tales tergiversaciones. Estas historias habían sido deliberadamente difundidas por los bolcheviques, aseguraba. No existe nadie que castigue con más severidad que Néstor tales

excesos. Algunos de sus mejores camaradas son judíos; hay un número importante de ellos en los soviets revolucionarios y en otras ramas del ejército. Pocos han sido tan amados y respetados por los *povstantsi* como Iósif, el Emigrante, judío y el mejor amigo de Makhno.

—No somos tan bárbaros como se nos pinta, dijo con una encantadora sonrisa, aunque podrás aprender más sobre nosotros cuando nos visitéis, que esperemos que no sea dentro de mucho tiempo.

Escuchó con tristeza las noticias del mundo Occidental y me bombardeó con preguntas sobre la vida en Estados Unidos y la actitud de los obreros frente a Rusia. El papel de las mujeres en el otro lado le interesaba intensamente y estaba ansiosa por conseguir libros que tratasesen este tema en profundidad. Pareció desanimada cuando supo que casi nada se sabía en los Estados Unidos sobre el movimiento campesino de Ucrania, aunque se recobró rápidamente, señalando:

—Naturalmente, pues nos encontramos aislados. Pero un día nos conocerán.

La noche llegó al amanecer y rápidamente rompió la mañana. Era tiempo de que Gallina se pusiera en camino. Con pesar nos dejó, expresando su confianza en nuestra pronta reunión en el territorio de Makhno. Completamente tranquila, salió de la casa mientras la acompañábamos sin respirar en la distancia, temiendo que una posible identificación resultara fatal para la audaz chica.

Notas capítulo XXX

176. Piotr Arkádievich Stolypin. Nacido en 1862, actuará como Primer Ministro del Zar tras la Revolución de 1905. Intentará Llevar a cabo una reforma agraria, aunque tendrá poco alcance, en un intento de lograr una base social para sostener a la monarquía. Durante su mandato, gobernando mediante decretos del Zar, dictará 1.102 sentencias de muerte, muriendo finalmente en un atentado en 1911.

177. El Rabkrin era un sistema de inspección creado por Lenin en 1920 basado en grupos de obreros y campesinos que podían, libremente inspeccionar la labor de cualquier funcionario, para evitar la corrupción y la inoperancia. Sin embargo, pronto se burocratizó, cayendo también en la corrupción que se suponía pretendía combatir. Finalmente, se disolverá en 1934.

178. Mikhail Kuzmich Vetoshkin. Nacido en 1884, se formará en un seminario como profesor aunque pronto iniciará su vida política. En 1904 será detenido por su propaganda en contra de la guerra con Japón, siendo liberado con la amnistía de 1905, aunque en 1906 será condenado a muerte en ausencia. Con la Revolución, actuará en la zona de Vologda, en donde jugará un papel fundamental en la reorganización del Partido, ocupando el puesto de Presidente del Comité Ejecutivo en la provincia. Durante la Guerra Civil, formará parte del Consejo Revolucionario Militar del VI Ejército, pasando en 1930 a la zona de Crimea para hacer frente a la guerra, siendo nombrado Comisario de Justicia en Ucrania. Posteriormente actuaría como profesor de la Universidad Estatal de Moscú, en donde obtendría el grado de Doctor en Ciencias Sociales. Morirá en 1958.

179. Karl Kautsky, Nace en 1854 en Praga. Hacia 1875 se afiliará al Partido Socialdemócrata de Austria, jugando un papel fundamental en el movimiento socialista y la Segunda Internacional, sobre todo a partir de 1895. Criticará a los bolcheviques, lo que le valió, asimismo la reprobación por parte de Lenin y Trotski. Morirá en 1938.

180. Paul Lafargue. Nacido en 1842, iniciará su vida política desde posiciones proudhonianas aunque, al ingresar en la Primera Internacional y conocer a Marx y Engels, tenderá a posiciones políticas socialistas, sobre todo, tras su matrimonio con Laura, hija de Karl Marx. Dedicará toda su vida a difundir el ideal socialista. Entre sus obras, destaca el libro *El derecho a la pereza*, muy difundido en su época. Se suicidará junto a Laura en 1911. No se entiende la referencia hecha en el discurso sobre Lafargue pues hacía años que estaba muerto salvo por el hecho de que en el trabajo de Lenin de 1902, *¿Qué hacer?*, habla tanto de él como de Kautsky de una manera despectiva.

181. Jefe cosaco que, contando con el apoyo de los campesinos del centro de Rusia y Sur de Polonia, se rebeló contra el Zar en el S. XVII.

182. Tuvo lugar en la aldea de Sentovo, en la provincia de Kherson, el 27 de julio de 1919.

CAPÍTULO XXXI

La Checa

Un manto lúgubre cubre la casa de mi amigo Kolia, el sastre. Su esposa está enferma, los niños descuidados, sucios y hambrientos. Las cañerías están rotas, y el agua hay que traerla de la calle aledaña y subirla a un cuarto piso. Kolia siempre realizaba el trabajo pesado; su ausencia supone una pesada carga para la pequeña familia.

De vez en cuando los vecinos visitan a la mujer enferma. Su marido volverá pronto, le aseguran de forma alentadora, pero sé que todos los esfuerzos para encontrarle han resultado infructuosos. Kolia está con la Checa.

Los obreros de la fábrica textil donde trabaja mi amigo están muy descontentos últimamente. Su principal queja está relacionada con las prácticas arbitrarias del yatcheika, pequeño grupo de comunistas que está en todas las instituciones soviéticas. La fricción entre ellos y el comité de la fábrica provocó la detención de este último. En protesta, los trabajadores declararon una huelga. Tres delegados fueron enviados a la Checa para solicitar la liberación de los prisioneros, pero los hombres desaparecieron, y Kolia estaba entre ellos.

—Llaman contrarrevolucionarios a los huelguistas, dijo la hermana de Kolia. Han hecho una lista de la “oposición” de la fábrica, y todos los días desaparece alguien.

—Son los viejos métodos de Pirro, comentó un vecino, una joven encargada de un comedor de niños.

—¿Métodos de Pirro?, pregunté sorprendido.

—¿No sabe lo del asunto de Pirro? Fue igual que los métodos usuales de Latsis, entonces jefe de la Comisión Extraordinaria de toda Ucrania. Verano de 1919, y la Checa de Kiev ya estaba funcionando...

—Funcionando... correcto, esa es la palabra apropiada, interrumpió su hermano.

—Sí, “funcionando” bajo mucha presión, prosiguió, bajo órdenes de Peters, que venía de Moscú de vez en cuando. Su presencia en la ciudad era siempre señal de nuevas detenciones y fusilamientos. Bien, un día los periódicos soviéticos anunciaron la llegada del conde Pirro, el embajador brasileño. En aquella época yo trabajaba en el consulado chino, donde se daba una cena de gala en honor del Conde, a quien pude conocer en esa ocasión. Me sorprendió que el brasileño hablara un ruso excelente, pero explicó que había pasado muchos años en nuestro país antes de la Revolución. Añoraba esos días, y no disimuló en lo más mínimo su hostilidad hacia el bolchevismo y sus métodos. Unos días después comenzó a organizar su plantilla a gran escala. Nos pidió a mí y a mis amigos que recomendáramos a gente para trabajar en su consulado. “Excepto bolcheviques”, dijo. Solo quiero burgueses e intelectuales que no simpaticen con los comunistas. Estarán a salvo conmigo, nos dijo con confianza, insinuando la destrucción sistemática de la intelligentsia por parte de la Checa. Muchos nos apresuramos a ponernos al servicio del conde, ansiosos por la protección ofrecida. Pirro aceptó a todos, poniendo a unos en oficinas y a otros en una lista de espera, con sus nombres y direcciones. Para ser breve, poco después todos fueron detenidos y la mayoría fusilados, entre ellos Mme. Popladksaia, secretaria personal de Pirro, a quien éste fingía querer ayudarle a reencontrarse con su marido en París. Pirro desapareció, pero se le vio abandonar la ciudad en el coche de Peters. Pronto se supo que el presunto Conde brasileño era un agente de la Checa, un topo. Mucha gente en Kiev está convencida de que realmente era el propio Peters.

Relaté a mi amigo un incidente que le ocurrió a nuestra expedición poco después de llegar a la ciudad. Una mañana temprano un visitante vino a nuestro vagón, pidiendo ver al predsedatel. De estatura imponente, bien

proporcionado y recto como un pino joven, era un espécimen perfecto de virilidad física. Acababa de volver del frente, dijo, como si quisiese explicar su ridículo aspecto beligerante: dos armas pesadas en su cinturón y una daga circasiana entre ellas; en su costado llevaba una espada larga, y un enorme silbato de alarma, plateado, colgaba de su cuello. De rasgos bien definidos, nariz aquilina, labios sensuales un poco cubiertos por una barba espesa. Pero lo más llamativo eran sus ojos, del color del acero, fríos, inquisidores, y penetrantes.

Se presentó como un soldado que había luchado en todos los campos de batalla de Ucrania. Pero estaba harto de la guerra y el derramamiento de sangre, dijo; quería un descanso o al menos un trabajo más tranquilo. El trabajo de nuestra expedición le atraía. ¿Podría sernos de ayuda? Seguramente en una ciudad tan grande como Kiev no se podría recabar información a fondo durante nuestra corta permanencia. Por lo tanto, él sugería que designáramos a un hombre de la zona como nuestro representante para que continuara con el trabajo después de que nuestra Expedición hubiera de marcharse. Para él sería un honor ayudar a nuestra importante misión.

No había nada raro en su ofrecimiento, ya que es costumbre nuestra dejar a una persona autorizada en las ciudades más grandes para que provea al Museo de documentos históricos del momento. Prometimos estudiar su propuesta, y pocos días después llamó de nuevo. Me parecía que estaba extrañamente animado, quizás todavía bajo la influencia del alcohol. Inmediatamente se lanzó a garantizarnos de forma exagerada su aptitud como colaborador nuestro. Conocía a todos los comunistas importantes de la ciudad, afirmaba; incluso tenía una relación estrecha con la mayoría de ellos. La noche anterior, declaró, había estado en compañía de comisarios de alto rango, entre quienes también estaba el jefe de la Checa. Sobre éste dio un recital de sus actividades, relatando detalles horribles sobre torturas y ejecuciones. Hablaba con fervor y excitación. Por fin dijo que era commandant. Había disparado a muchos contrarrevolucionarios, se jactó, y nunca había sentido náuseas por su trabajo. Sus ojos brillaron con un fuego feroz, salvaje, y de repente sacó la daga de su cinturón. Inclinándose hacia mí y agitando el arma como un loco,

gritó, ¡mírela... está ensangrentada hasta la empuñadura! Entonces se derrumbó sobre una silla, agotado, y con algo de sentimentalismo refunfuñó: He tenido suficiente... Estoy cansado... Necesito un descanso.

—A juzgar por su descripción, comentó la joven, ése debe de haber sido X***, uno de los verdugos más famosos de la Checa provincial. Es dado a tales correrías, especialmente cuando está bajo la influencia de las drogas, ya que es adicto a la cocaína. Una de sus aficiones es ser fotografiado... como aquí.

Se levantó, buscó un rato entre sus efectos, y me dio una pequeña foto. Mostraba a un hombre completamente desnudo, pistola en mano, apuntando de manera deliberada. Reconocí a nuestro visitante.

27 de agosto de 1920.— Rumores de reveses bolcheviques retrasan nuestra partida. Hay continuos informes de derrotas del Ejército Rojo: Odesa se dice que está siendo evacuada, una flota enemiga en el Mar Negro atacando la ciudad, y Wrangel marchando sobre ella desde Crimea.

Nada definitivo se puede averiguar de la confusión general, pero en los círculos de las autoridades nos hemos enterado que fuerzas rojas se están concentrando en las inmediaciones. Los nuevos acontecimientos, que Iósif me ha relatado, han obligado a Makhno a retirarse de la provincia. Muy a mi pesar nuestro plan de reunirnos con el líder *povstantsi* se hace imposible por ahora. Con mucha ansiedad pienso en Gallina y en su seguridad en vista de los nuevos sucesos.

Nuestra Expedición se enfrenta a la alternativa de volver a Moscú o ir más al sur. A pesar de los insistentes consejos para lo primero, decidimos seguir nuestro programa, que incluye Odesa y el Cáucaso.

CAPÍTULO XXXII

Odesa: vida y perspectivas

3 de Septiembre de 1931.— Al final de la tarde de ayer llegamos a Odesa, con nuestra pequeña comunidad completamente preocupada por Alsberg. Nuestro compañero de viaje, cuyo jovial espíritu y amabilidad predisposta había contribuido a hacer nuestro viaje más placentero, había sido arrestado el 30 de agosto, cuando paramos en Zhmerinke. Los agentes de la Checa local habían recibido órdenes desde Moscú para que devolvieran al corresponsal estadounidense, ya que había ido a Ucrania sin ningún conocimiento de las autoridades. En vano argumentamos y mostramos la carta de Zinóviev dando permiso a Alsberg para que se uniera a la expedición. Fue cogido de nuestro tren y escoltado hasta Moscú. Los telegramas que enviamos a Lenin, Zinóviev y Balabanova, protestando contra el arresto y exigiendo la inmediata liberación de nuestro amigo, quedaron sin respuesta.

La gran ciudad, antiguamente el más importante centro portuario del país, permanecía en penumbras ya que su central eléctrica había sido completamente destruida por el fuego días antes. Con gran dificultad encontramos el camino hacia una de las carreteras principales. En una curva, fuimos detenidos por un *militisioner* que nos informó que estaba prohibido estar en la calle tras la puesta del sol, salvo con un permiso especial. Hizo falta una considerable dosis de persuasión antes de que el oficial se convenciera de nuestra fiabilidad y nos permitiera regresar al vagón. Nuestra primera impresión parecía justificar las desconcertantes noticias que habíamos oído a lo largo de nuestra ruta.

La bella ciudad no parecía más acogedora con el resplandor del sol de la mañana. Había muy pocas personas por las calles; las casas y los parques estaban descuidados; el pavimento estaba roto y muy sucio. Por todos lados se apreciaba la pobreza y el sufrimiento padecido por la ocupación extranjera y la guerra civil. Los alimentos eran muy escasos, con unos precios desorbitadamente altos en los mercados que todavía se permitía que operaran. Los campesinos del distrito, sistemáticamente expropiados con el cambio de amos, en la actualidad se negaban a cultivar nada más que lo necesario para su propio sostén, dejando a las ciudades a su suerte.

Externamente, Odesa estaba tranquila, y no existían signos de barcos de guerra enemigos en el puerto. Sin embargo, se respiraba una atmósfera de nervioso suspense en todos lados: se decía que bandas de Verdes y fuerzas de Makhno se encontraban en los alrededores, y se había informado que Wrangel había ocupado algunas villas en el Noreste, cerca de Rostov. Un espíritu de *qui vive*¹⁸³ impregnaba las oficinas del Soviet, todo el mundo con un aire de preocupación como si estuvieran atentos a escuchar la primera de las sirenas de alarma y dispuestos a salir corriendo.

Una gran desorganización imperaba en los sindicatos. La nueva gestión comunista todavía no había logrado controlarlos completamente, liquidando el liderazgo menchevique y anarquista. Muchos de estos últimos todavía continuaban a la cabeza de los asuntos relacionados con el trabajo, siendo elegidos reiteradamente por los trabajadores en un abierto desafío a las órdenes comunistas. Entre la oposición estaba Shajvorostov¹⁸⁴, un ejemplo de militante anarquista, que contaba con tantos seguidores que los bolcheviques no se atrevían a acabar con él. Debido a sus cordiales esfuerzos, el Soviet de los sindicatos había convocado una asamblea de secretariados, ante quienes yo daría un discurso sobre la importancia del Museo.

El proletariado no comunista, que constituía la mayor parte de los obreros, miraba con desprecio los preparativos de los comunistas para huir en cuanto apareciera el enemigo, particularmente los marineros de la destruida Flota del Mar Negro, muchos de los cuales se encontraban en la ciudad, llevando muy mal la situación. Las masas no serían evacuadas, decían; los obreros estaban condenados a quedarse, sea quien sea quien venga, y a luchar como mejor

puedan. ¿Por qué los sindicatos, ayudados por los campesinos, no han desarrollado una guerra de guerrilla contra las fuerzas griegas e italianas y los generales Blancos? No habría distinción de partido, luchando todos los revolucionarios hombro con hombro. Sin embargo, cada vez que se echa al enemigo, los comunistas imponen su dictadura, buscando dominar el comité revolucionario a cargo de la salvaguarda de la ciudad, y eliminar a los antiguos y probados luchadores. Las masas saben cómo protegerse a sí mismas frente a los invasores, por eso estaban ofendidos por el predominio de un partido político que buscaba monopolizar la revolución.

Semion Petrovitch, con quien pasé muchísimo tiempo, es un inteligente no comunista con unos puntos de vista independientes. Un capacitado estadista, los bolcheviques le habían permitido permanecer en el departamento de Economía, en donde había servido en los régímenes anteriores. Semion estaba convencido que el Gobierno soviético al final se vería obligado a cambiar sus métodos y prácticas. Los devastadores no pueden permanecer por mucho tiempo en un país que ha sido devastado, le gustaba repetir la frase de Denikin. Pero la ira de los dioses, afirmaba, dicta los pasos de los bolcheviques: aún con sus mejores intenciones, en la práctica sólo logran el caos.

—Han cerrado las tiendas y abolido el comercio privado, afirmaba Semion Petrovitch, han nacionalizado, registrado e inventariado todo bajo el sol. Uno podría pensar que reinaría un completo orden. Sin embargo, no puedes trasladar una colcha de un cuarto a otro sin un permiso especial de la autoridad apropiada. Si quieres ir hasta la siguiente estación, debes conseguir un “permiso”; si necesitas una hoja de papel, debes llenar diversas hojas con formularios. Cada detalle de nuestra existencia se encuentra bajo el control de las normas bolcheviques. En pocas palabras, lo que puedes ver en Odesa ocurre a lo largo de toda Rusia, me aseguró Semion. Aunque la vida deba pasar por el aparato soviético, la misma es incomparablemente más fuerte que cualquier intento doctrinario de regularla.

Gomo en los soviets de otras ciudades, la población cuenta con cartillas para conseguir el pan y otros productos. Salvo los comunistas, muy pocos reciben el pan suficiente como para subsistir. Las categorías burguesas, durante meses no han recibido nada, de hecho, desde que los comunistas tomaron Odesa en enero. Ocasionalmente, son repartidos un poco de sal, azúcar y cerillas.

—Afortunadamente, todavía se permite que existan los mercados, explicó Semion. El gobierno no puede obtener todo el pan de los campesinos para alimentar a las ciudades. Los *pyock* son sólo un espejismo. Esto me recuerda a cierto comisario de nuestro departamento, un tipo raro de comunista, por su sentido del humor. Una vez le pregunté por qué los bolcheviques habían nacionalizado absolutamente todo menos los *izvostchiki* (cocheros). Me contestó como era característico. “Verás”, me dijo, “sabemos que si no alimentamos a los seres humanos, estos buscan sobrevivir de cualquier manera. Pero si no alimentas a los caballos, las bestias estúpidas se mueren. Esta es la razón por la cual no hemos nacionalizado a los cocheros.”

La vida, de hecho, es más fuerte que los decretos; brota entre los resquicios de la armadura socialista. Cuando el negocio privado fue prohibido y sólo se permitían continuar las cooperativas, todos los lugares de negocios, de repente, se vieron inspirados por un sentimiento de altruismo, y todas las tiendas fueron decoradas con el símbolo de *epo* (cooperativa). Al final, cuando las cooperativas igualmente fueron cerradas y sólo la producción *kustamoye* (a pequeña escala) era legal, todas las pequeñas tiendas comenzaron a manufacturar mecheros y suelas de caucho de las gomas robadas a los automóviles. En consecuencia, se emitieron nuevos decretos permitiendo sólo el comercio de artículos alimenticios. A partir de entonces, en los escaparates de las tiendas se exponen sucedáneos de pan y té, mientras que otros bienes se venden en la trastienda. Finalmente, todas las tiendas de alimento fueron cerradas; en la actualidad el comercio ilícito se ha transferido a los hogares de los tenderos, y los negocios se hacen en los patios traseros.

—Los bolcheviques quieren abolir el comercio privado y destruir la especulación, señaló Semion; quieren que todo el mundo viva exclusivamente de su trabajo. Sin embargo, no hay otro lugar en el mundo en donde haya más especulación que en Rusia; todo el país es barrido por esta fiebre. “La

nacionalización del comercio significa que toda la nación está a la venta" nos decía nuestro humorista. Lo cierto es que todos nos hemos convertido en especuladores, continuó cansinamente. Cada familia depende más en la actualidad de la venta de sus mesas y camas que del salario pagado por el Gobierno soviético. Los tenderos, al perder sus tiendas, continúan negociando; y ahora les acompañan aquellos que antes eran trabajadores, tanto manuales como intelectuales. La necesidad es más fuerte que las leyes, querido amigo. Los verdaderos proletarios de las fábricas han sido desclasificados: han dejado de existir, como clase, ya que la mayoría de las fábricas y talleres están cerrados. Los obreros deambulan por el país o se convierten en *meshotchniki* (comerciantes ambulantes).

La dictadura comunista puede destruir, pero no puede reconstruir nada.

En el hogar del Dr. L*** la mayoría de las noches se reúnen pequeños grupos de intelectuales locales. Un hombre de una amplia cultura y tolerancia, el hogar de L*** es un terreno neutral para las más diversas tendencias políticas. Su sanatorio privado, bellamente situado en un dique bañado por el Mar Negro, antiguamente tenía fama de ser uno de los mejores de Odesa. Ha sido nacionalizado, aunque el médico y su equipo están exentos de la movilización profesional y permanecen en sus puestos. Al Dr. L*** todavía se le permite recibir a cierto número de pacientes privados, cuyo privilegio le posibilita mantener a su familia en un confort relativo. A cambio, está obligado a tratar sin ningún tipo de remuneración a los enfermos asignados al sanatorio por las autoridades.

L*** y su esposa, ella misma graduada en medicina, son hospitalarios en la mejor tradición rusa. Aunque su actual modo de vida no llegaba ni de lejos al nivel de la época anterior, cada visitante que llegaba recibía una calurosa bienvenida que incluía una invitación a pasar al comedor, una costumbre completamente fuera de uso en estos momentos en Rusia. Con una sonrisa

encantadora y el gesto elegante, la Sra. L*** hace pasar el té, pequeños terrones amarillos de azúcar, hechos en casa a partir de azúcar de remolacha, y sándwiches, con una mirada totalmente inocente ante cualquier sugerencia de reducir la calidad de sus servicios ante sus famélicos invitados.

El sanatorio había sido requisado en beneficio del proletariado, me informó el doctor con un brillo de humor en sus ojos, aunque era ocupado exclusivamente por altos oficiales comunistas y diversos miembros de la Checa. Entre estos últimos se encontraba un comisario, quien recibía reiterados tratamientos en la institución. Sufría una profunda neurosis y era un consumidor habitual de cocaína. Sin reparar en la cercana presencia del terrible autócrata del cual dependía la vida y la muerte, en la casa de L*** prevalece una gran libertad de expresión. Tácitamente se entiende entre sus invitados que este lugar es un fórum libre, un santuario para el crimen de pensar, aunque me enteré que, cuando ocurre que hay comunistas presentes, la expresión es menos espontánea, más controlada. Recordaba los frecuentes arrestos en oasis similares de Moscú, traicionados por algún miembro de la familia que era bolchevique. ¿No podía ocurrir tal desafortunado suceso aquí? Aún así, el Dr. G***, colega menchevique del anfitrión, es el que más abiertamente habla en contra de los bolcheviques que los califica, llegando al ridículo, como falsos marxistas. Los sionistas y literatos presentes, entre ellos Bialik¹⁸⁵, el gran poeta vivo judío, son más atemperados en sus críticas a la dictadura. Sus actitudes están determinadas por su amor a los judíos y sus aspiraciones como nación. No hablan de los muchos intentos en vano llevados a cabo por sus representantes más venerados a favor de la justicia hacia sus correligionarios, para sólo lograr ser recibidos con desprecio e insultos. R***, el destacado autor hebreo, nos relató el episodio de su entrevista con el jefe de la Checa, buscando protección para dos amigos injustamente acusados de especular y en peligro de ser fusilados. En la sala de espera, mientras aguardaba la audiencia con el predsedatel, recibió los abusos por parte de los chequistas, entre los cuales pudo reconocer a varios miembros de las antiguas fuerzas policiales y a dos conocidos delincuentes de antaño.

—Insultas al poder del Soviet al interceder por los arrestados, le dijo el jefe de la Checa.

El escritor defendió la inocencia de los acusados.

—Si abogas por unos especuladores, no eres mejor que ellos, replicó el jefe.

Ambos hombres serían ejecutados sin juzgarlos.

A través de una ventana abierta pude observar en toda su extensión el Mar Negro. Era una noche tranquila iluminada por la luna. El lento murmullo del agua golpeaba tranquilamente en mis oídos, con las olas de blanca espuma que con regularidad musical alcanzaban la orilla, chapoteando suavemente entre las rocas, y retrocediendo silenciosamente. Vuelven para acariciar la muralla que parece moverse como si anhelara su abrazo. Una apacible brisa flotaba en la habitación.

Voces aireadas reclamaban mi presencia. El joven *bundista*¹⁸⁶ D*** estaba involucrado en una virulenta disputa con un antiguo camarada convertido en comunista. D*** acusaba a los bolcheviques de haberse decidido por la colaboración con destacados criminales de Odesa, quienes habían sido organizados en regimientos que poseían armas y ametralladoras. Éstos habían ayudado primero al atamán Grigoriev a tomar la ciudad, y posteriormente fueron utilizados por los comunistas con el mismo objetivo. En deuda con los ladrones, los bolcheviques no los molestaron a su llegada a Odesa, y se permitió que gestionaran la ciudad por medio de sindicatos profesionales. Posteriormente, el gobierno del Soviet les declaró la guerra aunque salvaron sus vidas aprovechando la situación imperante, uniéndose a la Checa.

El comunista, con vehemencia, negaba que existiera tal acuerdo entre el Partido y los criminales, aunque admitía que en algunas circunstancias el sindicato del crimen había ayudado a la labor de los bolcheviques. La conversación comenzó a acalorarse peligrosamente; la Sra. I***, de manera comprensiva, levantó una mano en advertencia.

—Amigos, *tovarishtchi*, con cautela, por favor, no griten.

—No se preocupe, sonrió el anfitrión, es una cosa usual cuando estos dos vienen juntos. Son viejos amigos; e incluso son familiares ya que el *exbundista* se ha casado con la hermana del *bundista*.

—Es una cuestión públicamente conocida, observó Z***, el filólogo, que los bolcheviques tienen un acuerdo formal con los ladrones. Que ellos han cooperado en un momento dado lo sabe todo el mundo. Bien, ellos también son proletarios, añadió sarcásticamente. Al final, por supuesto, los comunistas se enfrentaron a ellos, aunque similar destino hemos tenido la mayoría de nosotros. La izquierda SRS, los maximalistas, los anarquistas, ¿no han luchado todos juntos con los comunistas contra los Blancos? ¿Y dónde están ahora? Aquellos que no murieron en los frentes han sido fusilados o son prisioneros de los dictadores rojos, a no ser que hayan sido sobornados o intimidados para que colaboren con la Checa.

—Sólo los cobardes pueden salvar sus vidas de esa manera, protestó la anfitriona.

—Pocos son valientes cuando el cañón de una pistola apunta a su sien, remarcó el doctor con un signo.

Era un día frío, gélido, cuando me encaminé por la calle Sadovaya. En ella, en una reunión secreta, se leería el *Costnaya Gazette* (periódico oral) menchevique, y me reuniría con prominentes miembros del partido.

El periódico oral es el sustituto moderno ruso a la libertad de prensa. Privados de la posibilidad de editar sus publicaciones, los reprimidos elementos revolucionarios y socialistas recurren a este método. En algunas casas privadas o pensiones conspirativas se reúnen, como en los tiempos del Zar aunque con mayor peligro y pavor ante la omnipresencia de la Checa. Llegan a la morada solos, a hurtadillas, como criminales conscientes de su culpa, temiendo ser vistos y descubiertos. Con frecuencia caen en emboscadas: la casa puede estar en manos de una *zassada*¹⁸⁷, aunque no existan signos perceptibles desde el exterior. A nadie que entre, ya sea inocente o accidentalmente, se le permite irse, incluso ni a los hijos de los vecinos que hayan venido a pedir prestado algún utensilio o agua para un miembro enfermo de la familia. A nadie se le permite irse, para que no puedan avisar a las posibles víctimas. Tales *zassada* generalmente se mantienen por horas, incluso en ocasiones durante días; cuando finalmente se levantan, los que han sido capturados en la red son conducidos a la Checa. Tendrán suerte

si no se les acusa de contrarrevolucionarios o bandidos, y el prisionero es liberado semanas después de su detención. Sin embargo, los líderes, los revolucionarios conocidos, son retenidos durante meses, incluso años, sin ser acusados ni juzgados.

Está anocheciendo. En la lóbrega habitación, sin iluminar, es difícil reconocer a la mitad de los hombres que ocupan las sillas, fumando y hablando en susurros. Las personas por las cuales pregunté todavía no habían llegado, y me sentía extraño en el lugar. Me percaté de cómo me miraban nerviosos; los hombres alrededor mío me observaban con franco recelo. Uno a uno fueron dejando sus sillas; los vi como se reunían en una esquina, echando miradas hostiles hacia mí. Me acerqué a ellos y dejaron de hablar, mirándome desafiantes. Sus formas eran de militantes y en estos momentos me encontraba rodeado por una muchedumbre hostil.

—¿Puedo ver al camarada P***?, pregunté.

—¿Quién es usted? Alguien me espetó irónicamente.

Para allanar sus sospechas, pregunté por el *tovarishtch* Astrov¹⁸⁸, el famoso líder menchevique con quien tenía una cita. Las subsiguientes explicaciones hicieron que finalmente los hombres parecieran estar satisfechos en relación a mi identidad.

—¿No lo sabe? ¿No lo ha oído?

—¿El qué?

—Ha sido arrestado esta mañana.

Una profunda indignación y excitación predominaba en los círculos obreros y revolucionarios como resultado de la detención. Astrov, un socialista bien conocido, es una personalidad respetada en toda Rusia. Su oposición a los bolcheviques es puramente intelectual, excluyendo cualquier actividad hostil contra el gobierno. Se había informado, sin embargo, que las autoridades lo habían detenido por ser moralmente responsable de la oleada de huelgas que recientemente habían barrido la ciudad. Los camaradas de Astrov estaban afligidos por su fracaso en el intento de determinar el paradero de su líder. La

Checa rechazaba aceptar un *peredatcha* (paquete de alimento o ropa), un presagio que inspiraba los peores temores. Esto indica el aislamiento más absoluto, aunque también puede significar que el prisionero había sido fusilado¹⁸⁹.

La Checa era más odiada en Kiev que en Odesa. Espantosas historias son contadas sobre sus métodos y la crueldad de su predsedatel, un antiguo inmigrante de Detroit. El personal de la institución consiste en su mayoría de viejos oficiales de la gendarmería y criminales cuyas vidas se les había perdonado por servicios que deben ser prestados luchando contra la contrarrevolución y la especulación. Esta última estaba particularmente perseguida, la más alta forma de castigo, fusilamiento, se aplicaba a los delincuentes. Las ejecuciones tienen lugar diariamente. Los condenados son amontonados en camiones, con la cabeza gacha, y llevados a las afueras de la ciudad. La larga fila de vehículos de la muerte son escoltados por hombres montados, cabalgando a lo loco y disparando al aire, una señal para que se cierren las ventanas. En el lugar señalado, la procesión se para. Se obliga a las víctimas a desvestirse y a ocupar su lugar en el borde de la fosa común previamente preparada. Los tiros resuenan, los cuerpos, algunos sin vida, otros simplemente heridos, caen en el hoyo y son rápidamente cubiertos con tierra.

Aunque la especulación está prohibida y la posesión o intercambio de moneda zarista es frecuentemente castigado con la muerte, los propios miembros de la Checa reciben parte de su salario en *tsarskiye*, cuyo poder adquisitivo es mayor que los billetes de Soviet. Existe una considerable circulación de moneda prohibida en los mercados, y se rumorea que son los mismos agentes de la Checa los jefes de los comerciantes. Me negaba a aceptar la acusación hasta que un miembro de la expedición me informó que había tenido éxito al cambiar un poco de *tasrkiye*, que oficialmente se nos había dado en Moscú, por dinero del Soviet.

—Has asumido un gran riesgo al hacer el cambio de moneda, le advertí.

—Ningún riesgo, replicó con regocijo. ¿Piensas que estoy tan cansado de vivir que lo haría en un mercado abierto? Hice el negocio a través de un viejo amigo, el bueno de N*** quien hizo ese pequeño trato por mí.

N*** es un alto magistrado de la Checa.

Con Emma Goldman, asistimos a una reunión con los anarquistas locales que querían hablar con los camaradas venidos de Estados Unidos. La amplia habitación estaba repleta con una mezcla de estudiantes y obreros, empleados del Soviet, soldados y algunos marineros. Todas las tendencias no gubernamentales estaban representadas: había seguidores de Kropotkin y de Stirner, partidarios del positivismo y activistas de la acción inmediata, con un grupo de anarquistas sovietski, llamados así por su actitud amistosa con los bolcheviques.

Es una asamblea informal, con la más amplia divergencia de opiniones. Algunos denuncian a los comunistas como reaccionarios; otros creen en sus motivos revolucionarios, aunque desaprueban completamente sus métodos. Algunos consideran la situación actual como una transitoria pero inevitable fase de la revolución. Sin embargo, la mayoría niega la existencia histórica de tal periodo. El progreso, afirmaban, es un continuo proceso, cada paso presagia y determina el siguiente. Un despotismo y terror mantenido por largo tiempo destruye toda posibilidad de un futuro en libertad y hermandad.

La discusión más animada gira en torno a la dictadura del proletariado. Es el problema básico, determinado por nuestra concepción de la revolución y que a su vez determina nuestra actitud frente a los bolcheviques. Los elementos más jóvenes condenan sin reserva la dictadura del Partido con su violencia y derramamiento de sangre, sus medidas punitivas, y sus efectos generales contrarrevolucionarios. Los anarquistas *sovietski*, aunque lamentaban la

crueldad de las prácticas comunistas, consideraban inevitable la dictadura en ciertas fases de la revolución. Esta discusión se mantuvo durante horas, y la cuestión fundamental quedó oculta tras aseveraciones teóricas. Siento que los años de peleas y tensiones han extirpado completamente los viejos valores aunque no han clarificado nuevos conceptos de la realidad y perspectivas.

—¿Puedes sugerir algo definitivo en lugar de la dictadura?, pregunté al final. La situación exige una unificación de los objetivos.

—Lo que tenemos es una dictadura contra el proletariado, replicó un entusiasta seguidor de Kropotkin.

—Este es el origen de la cuestión. No los fallos y defectos que han cometido los bolcheviques, sino la dictadura en sí misma. ¿El éxito de la revolución no suponía la total abolición de la burguesía y la imposición del proletariado sobre la sociedad? En pocas palabras, ¿una dictadura?

—Sin dudas afirmó la mujer joven a mi lado, una social revolucionaria de izquierdas, aunque no sólo la dictadura del proletariado. Más bien la dictadura de los trabajadores, que incluya tanto al campesinado como a los obreros de la ciudad.

—Si los comunistas no persiguieran a los anarquistas, podríamos estar con ellos, remarcó un anarquista individualista.

Los demás desprecian su restrictiva parcialidad, aunque los seguidores de Kropotkin se niegan a aceptar la dictadura. Hay muchas ocasiones durante un periodo revolucionario en donde la violencia, incluso la violencia organizada, es necesaria, admitían, pero esta debía estar en manos de los propios obreros y no institucionalizada en organismos tales como la Checa, cuya labor es perjudicial y potencia actitudes contrarrevolucionarias entre las masas violentadas.

La discusión no da pie a alcanzar una base para el trabajo en común con los bolcheviques. Muchos de los presentes durante años se han consagrado a su ideal, sufriendo persecución y encarcelamiento hasta que la revolución triunfó. Ahora, se encuentran otra vez puestos fuera de la ley por los comunistas. Estaban completamente horrorizados con la vanguardia del proletariado que

se había convertido en verdugo de los mejores elementos revolucionarios. El abismo es demasiado ancho como para poder tender puentes. Con profundo pesar meditaba sobre la lealtad, habilidad e idealismo que se habían perdido con la revolución, y la lucha fratricida que conllevaba inevitablemente la situación.

3 de septiembre de 1930.— Se informa que Wrangel está avanzando por el Noroeste tras haber derrotado en varias batallas al Ejército Rojo. La caballería de Budionni¹⁹⁰ se está retirando, dejando abierto el camino hacia Rostov. Alyoshki, un suburbio de Kherson, está sitiado por los Blancos, y los refugiados se encaminan hacia Odesa. El silencio oficial alimenta el nerviosismo popular y los más descabellados rumores han comenzado a circular.

Ha concluido nuestra labor en la ciudad, aunque la nueva situación militar hace imposible el continuar nuestro viaje hacia el sudeste, hacia el Cáucaso, como estaba planeado originalmente. Por lo tanto, decidimos que la Expedición permanezca en Odesa, mientras que dos de sus miembros intenten llegar a Nikolaiev, para que determinen las posibilidades de continuar. El predsedatel y la secretaria fueron designados para tal labor.

Mis colegas acaban de dejar la ciudad para vivir en los vagones. Con nuestra secretaria, Alekxandra Shakol, coloqué el material recopilado en un carro. Hay una gran cantidad de documentos, y la vieja yegua apenas puede tirar de todo el peso. Llueve torrencialmente y el pavimento está roto y resbaladizo—, la pobre bestia parecía al borde del colapso.

—Tu caballo está exhausto, le señalé a la conductora, una mujer campesina.

No me contestó. Las riendas cayeron de sus manos, su cabeza hacia adelante y su cuerpo se estremeció como si tuviera fiebre.

—¿Qué te ocurre, matushka?, le grité.

Miró hacia arriba. Sus ojos estaban enrojecidos y las lágrimas caían por sus mejillas dejando surcos amarillos en la suciedad.

—¡Maldito seas!, farfullaba entre sollozos.

El caballo se paró. La lluvia caía con más intensidad, el frío cortando como un cuchillo.

—¡Malditos sean todos!, gritó con vehemencia.

Tratamos de tranquilizarla. La secretaria, una rusa nativa, de origen campesino, besaba impulsivamente ambas mejillas de la anciana. Al poco tiempo, nos comentó que hacía dos días, tuvo que llevar en su carro una carga de heno a la ciudad, parte de la contribución de su aldea a la *razvyorstka*. De regreso a su casa, fue parada por un destacamento que hacía las requisas. Pretextó que su ganado hacía tiempo que había sido confiscado y que sólo le habían dejado un caballo; como viuda de un hombre del Ejército Rojo, estaba exenta de nuevas confiscaciones. Sin embargo, no llevaba sus documentos consigo, y fue retenida en la comisaría. El comisario, no obstante, reprendería a sus hombres por retener a un caballo no apto para el servicio en el ejército, y la mujer se alegró muchísimo. Sin embargo, cuando ya estaba a punto de irse, la detiene y le dice:

—Tu caballo es apto para trabajos ligeros; nos debes tres días de trabajo.

En estos momentos llevaba dos días trabajados, recibiendo sólo media libra de pan y nada de forraje para la bestia, salvo un poco de paja. Esta mañana se le había ordenado que fuera a nuestras habitaciones.

La mayoría de los vehículos y caballos han sido nacionalizados; aún así, los que todavía son propietarios de algún vehículo están sujetos a requisas temporales por parte del Tramot (oficina de transporte) durante un número determinado de horas a la semana. En vano hicimos señales a los *izvostchiki* que pasaban; todos decían que estaban cumpliendo una orden del Soviet. La mujer se puso histérica. El caballo, aparentemente parecía incapaz de avanzar más. La lluvia estaba empapando el material, el viento estaba rasgando nuestras colecciones de periódicos esparciendo valiosas hojas por la calle. Al final, con voces y gritos, obligamos al caballo a andar y, tras una larga

caminata, alcanzamos la estación del ferrocarril. Al llegar, a toda prisa, redactamos un recibo en donde expresábamos que la campesina y el caballo requisados habían terminado su labor, le dimos a la mujer un pedazo de pan y algunas golosinas para sus hijos, y la enviamos a su casa. Con reverencias decía:

—¡Que Dios les bendiga, buen *barin* (amo), que Dios les bendiga!

Notas capítulo XXII

183. En francés en el original. Alerta.

184. Anarquista ruso que colaboró con el Departamento de Economía soviético.

185. Hayyim Nah man Bialik, nace en Ucrania en enero de 1873 y morirá en Viena en 1934. Destacado sionista desde su juventud, jugará un papel fundamental en la difusión de la literatura hebrea, tanto en Odesa como en Berlín y en Tel Aviv. Residirá varios años en Odesa, verdadero centro de la cultura judía durante el Imperio Ruso, la llegada de los bolcheviques al poder supondrá el cierre de su editorial; finalmente, por influjo de Gorki, los soviéticos permitirán que diversos literatos judíos puedan abandonar el país, entre ellos Bialik quien, tras varios años en Berlín, rápidamente se trasladará a Tel Aviv, siguiendo los dictados del movimiento sionista, en donde será considerado como una de las figuras más destacadas de la literatura hebrea. Morirá en Viena, tras una operación de próstata, siendo enterrado en Tel Aviv.

186. Der Bund, una organización de jóvenes socialistas.

187. Gasa puesta bajo vigilancia.

188. Isaak Sergeevich Astrov, conocido por el pseudónimo de Poves, nace en 1887 y desde 1903 será miembro del partido socialista, ejerciendo distintos cargos en su comité de

propaganda. Exiliándose entre 1913 y 1917. En agosto de 1917 regresa a Rusia, formando parte del Comité Central del Partido Menchevique. Será detenido en varias ocasiones en 1918, siendo finalmente desterrado a Odesa, en donde será detenido en 1920 y condenado a reclusión en un campo de concentración en tanto durase la guerra civil. Sin embargo, se beneficiará de una amnistía en diciembre de ese mismo año. En 1921 volverá a ser detenido y desterrado a Turquestán, muriendo en 1922

189. Astrov moriría posteriormente en prisión.

190. Semion Mikhailovich Budionni nace en abril de 1883 en la actual Rostov Oblast. En 1903 ingresa en el cuerpo de caballería del Ejército Imperial, actuando en la Guerra Russo—Japonesa de 1905. Con la revolución de 1917, radicalizará su posición ideológica, transformándose en un ferviente apologista de los concejos de soldados en el área del Cáucaso. Recibirá el encargo de organizar el cuerpo de caballería del Ejército Rojo, afiliándose al Partido Comunista en 1919, manteniendo desde entonces una estrecha Amistad con Stalin, lo que explicará el que sobreviva las diversas purgas llevadas a cabo a lo largo de los años 20 y 30. Asumirá la Comandancia del Ejército Rojo en el área suroeste, siendo totalmente derrotado por parte de las tropas alemanas durante la II Guerra Mundial. A pesar de los numerosos desastres militares, se retirará al final de la contienda con el grado de Héroe de la Unión Soviética. Morirá en 1973.

CAPÍTULO XXXIII

“Gente oscura”

El tramo de ferrocarril entre Odesa y Nikolaiev está suspendido, pero nos han informado de que un camión que pertenece a la Ossobiy Otdel (Checa) del Mar debe ir a aquella ciudad a medianoche del 6 de septiembre.

Acompañado por la Secretaria, fui temprano por la tarde al punto de salida. Durante horas, nos pateamos calles desconocidas y callejones tortuosos sin encontrar el lugar designado. Temerosa, mi compañera se aferró a mí, la reputación de caos de Odesa y la brutalidad de sus bandidos nos mantuvo en alerta. En la oscuridad perdimos nuestra orientación y estuvimos dando vueltas por los tortuosos callejones cerca del puerto, cuando de pronto vino de allí una orden, ¿quién va ahí?, y encaramos a unos guardias apuntándonos con sus armas. Afortunadamente, habíamos conseguido la contraseña militar.

—*Tula—Tar*

—*Tarantass*, el soldado completó la frase, permitiéndonos pasar y guiándonos en nuestro camino.

Era más de las 2 de la mañana cuando llegamos al Otdel del Mar. Pero no había ningún vehículo a la vista, y la decepción nos abrumó al pensar que habíamos perdido la rara oportunidad de llegar a Nikolaiev. Las preguntas a la Checa obtuvieron una parca información sobre el vehículo que todavía no había llegado, y que nadie sabía cuándo lo haría.

Pasamos la noche en la calle, la Checa no nos dejó permanecer dentro. A las cinco de la mañana llegó el coche, con altas pilas de ropa y municiones para la

guarnición de Nikolaiev. Rápidamente escalamos hasta la parte alta, para unirnos pronto a un número de soldados acompañados por mujeres. Todo parecía que estaba listo para arrancar, cuando el chófer dijo que la gasolina que le concedieron no era suficiente para llevarnos a nuestro destino, doscientas millas al noreste. Un marinero bajo y rechoncho, al que trataban de comandante y al parecer responsable del viaje, ordenó de forma brusca que nos bajásemos todos del camión. No hicimos caso de su orden, desenfundó un revólver, y nos dimos prisa en obedecer.

—Ahora sí tenéis sangre para moveros, ¿no?, declaró.

Los soldados protestaron: eran el convoy mandado para acompañar el envío a Nikolaiev. Soltando tacos y maldiciendo, el marinero borracho consintió en que subiesen y escalaron de nuevo subiendo a varias muchachas después de ellos.

—¡Ninguna novilla!, gritó el marinero.

Pero las mujeres, estirándose encima de la carga, no prestaron atención. El comandante tuvo un altercado violento con el chófer, acusándole de retrasar la salida y amenazándole con detenerle. El conductor alegó que el camión no había sido cargado a tiempo, su llegada tardía no era culpa suya. El de la Checa maldijo y soltó improperios de una manera que sobrepasó cualquiera de las que yo alguna vez había visto antes en Rusia; la complejidad abigarrada de sus insultos no se acercaba ni a la interpretación más aproximada en inglés. Mientras tanto, el número de pasajeros había aumentado. El marinero se enfureció, y otra vez enseñando su colt, obligó a bajarnos a todos. Tres veces se repitió el proceso, sin que nadie se atreviese a oponerse al comandante borracho. Estuvimos de pie bajo la lluvia torrencial, la ropa sin cubrir en el camión empapándose, mientras el chófer fingía estar ocupado con el vehículo, mirando furtivamente al de la Checa. En ese momento éste salió del astillero, con lo cual el conductor también desapareció. Después de una hora volvió con un gran bidón acompañado de una decena de hombres y mujeres. Comentó que todo estaba listo, y se subieron los recién llegados en busca de un puesto. Por fin la enorme máquina comenzó a moverse, la masa viviente en la parte alta se aferraba desesperadamente a medida que ganábamos velocidad.

—No conseguiréis hacer la mitad del camino con esa carga, gritó el comandante, saltando precipitadamente hacia la calle y amenazando con su arma.

Sobre colinas, valles y a través de campos, el camión iba a toda velocidad; el chófer conducía de un modo imprudente y en todo momento nuestras vidas corrieron peligro mientras el vehículo se movía velozmente sobre grandes agujeros en la tierra o descendía como un loco a toda marcha escarpadas rampas. Nuestra ruta iba a lo largo del mar y sobre tierra baldía aún con claros signos de acciones militares pasadas. La enorme propiedad de Sukhomlinov¹⁹¹, el gran magnate ruso, se extendía millas y millas ante nosotros completamente desierta, su famoso ganado expropiado por los aldeanos, el lugar ahora sin cultivar.

—No hay semillas, dijo lacónicamente uno de los campesinos.

—¿Para qué serviría?, contestó otro.

Largas columnas de carretas tiradas por bueyes y cargadas de harina y patatas avanzaban lentamente en la distancia: la recaudación del *mzvyorstka* se estaba entregando en Odesa.

Los marineros, habladores y alegres, se pasaron el tiempo charlando con los tres típicos campesinos ucranianos. Estos se tomaron sus bromas con buen humor, algo intimidados y casi siempre sin comprender lo que decían en su argot ruso. Fueron mucho más amistosos con los soldados, también ucranianos, y poco después empezaron a intercambiar experiencias. Eran naturales de Krasnoye Selo, el *mzvyorstka*, en su pueblo era muy severo, y el Soviet local les había enviado a Odesa para conseguir una reducción del gravamen. Pero no obtuvieron nada en la gran ciudad; se pasaron días en una cola en diferentes agencias sin lograr nada a cambio. Sólo lograron que la mayoría de funcionarios se riera de ellos; el resto no les hizo caso. Un comisario incluso les amenazó con detenerles. La vida se ha vuelto más difícil que nunca, se quejaron. Con el Zar habían sido siervos; los generales Blancos les privaron de sus hijos y les robaron su ganado. Habían depositado una enorme esperanza en los bolcheviques. Pero quienquiera que gobierne sucede

igual, suspiraron los campesinos; para nosotros, la gente pobre, es siempre lo mismo.

Dos de los soldados habían participado en la campaña contra Makhno, y estuvieron intercambiando experiencias. Hablaron abiertamente de las proezas de Makhno, de los originales métodos que le han permitido derrotar fuerzas enormemente superiores, y de las numerosas ocasiones en las que había estado rodeado por ejércitos Blancos o Rojos, siempre escapando, a menudo de la forma más milagrosa. Admiraban la ingeniosa treta con la que Makhno tomó Yekaterinoslav, en aquel momento en manos de Petliura. Un puñado de sus hombres, vestidos como campesinos, cruzó el puente que llevaba a la parte baja de la ciudad con sus armas ocultas en carretas. Al llegar al otro lado, de manera inesperada abrieron fuego contra los hombres de Petliura que vigilaban los accesos. El repentino ataque aterrorizó a la guarnición, y el ejército de Makhno tomó fácilmente la ciudad.

—Tenemos que atraparle, concluyó uno de los soldados, como autojustificándose, pero no puedes negarlo, él es un molodets (tipo osado).

En una ocasión, ambos fueron hechos prisioneros por Makhno. Les había llegado su última hora, pensaron, mientras eran llevados junto con otros prisioneros ante el temido bat'ka. Un joven delgado de mirada aguda y penetrante se volvió hacia ellos de forma severa y comenzó a sermonearles. Los comisarios bolcheviques no eran mejor que los generales Blancos, dijo; ambos oprimían a la gente y robaban a los campesinos. Él, Makhno, defendería la Revolución contra todos los enemigos. Prometía que daría a los prisioneros la opción de unirse a los *povstantsi* o irse a casa, y los soldados Rojos temían que Makhno se burlara de ellos. Pero mantuvo su palabra.

—Bat'ka mata sólo a judíos y comisarios, dijo uno de los campesinos con voz lánguida.

Al anochecer paramos en Krasnoye Selo, en el distrito de las colonias alemanas. Las pequeñas casas de madera, encaladas y limpias, eran un agradable contraste con respecto a las izbas con techo de paja y sucias del campesinado ruso. Se veían muy pocos hombres, la mayoría de ellos reclutados por los ejércitos Blancos o Rojos. Aquí y allí sólo mujeres, niños, y

campesinos muy viejos. Junto con mi compañero seguí a un grupo de marineros y soldados en busca de un sitio para pasar la noche. Al acercarnos, los aldeanos corrían aterrorizados a sus casas. Los marineros les ordenaron que les trajeran comida, pero las mujeres, llorando y suplicando piedad, imploraban a Dios para atestiguar que la reciente *razvyorstka* había tomado sus últimas provisiones. Podrían ofrecerles sólo pan y queso del país. Los de la Checa les insultaron, toquetearon sus armas, y exigieron ver el almacén. Allí se apropiaron de cualquier cosa comestible que pudieron encontrar.

Apenado, me marché con mi compañero en busca de hospitalidad. Se había corrido la voz de la llegada de los comisarios, y las casas estaban atrincheradas. Después de varios intentos en vano, conseguimos la admisión en una *khata* (granja) en la parte más alejada del pueblo. En ella vivía una mujer con sus tres hijos, la mayor una muchacha de catorce años, a quien su madre había ocultado cuando nos acercábamos. Aceptó nuestra oferta de pagar, y puso pan negro y leche árida ante nosotros. Los vecinos pronto empezaron a llegar. Estuvieron de pie en el umbral tímidos, con caras poco amistosas y cuchicheando entre ellos mientras nos observaban. Poco a poco ganaron confianza, avanzaron hacia la mesa, y comenzaron a conversar. Ignoraban por completo los acontecimientos del mundo en general; incluso lo que sucedía en Rusia les era totalmente incomprensible. Sabían que el Zar ya no estaba y que se había liberado al campesino. Pero sentían que se estaba llevando a cabo un gran engaño a la “gente oscura” por aquellos que estaban en los altos cargos. Los militares les acosaban constantemente, se quejaban; soldados de todo tipo y hombres armados sin uniforme seguían llevando a cabo redadas en el pueblo, cobrando impuestos, confiscando y saqueando.

Uno a uno, sus hombres han sido reclutados, a menudo incluso sin saber en qué ejército, y luego comenzaron a reclutar a los jóvenes, con tan sólo dieciséis años. Los generales y comisarios siguieron viniendo y llevándose a estos lejos, y ahora todo el ganado se ha ido, y los campos no pueden ser trabajados salvo a mano en pequeños huertos, e incluso los niños más pequeños tienen que ayudar. Con frecuencia, los oficiales y los soldados se llevan consigo a las chicas mayores, volviendo más tarde heridas y enfermas. En un pueblo vecino la expedición punitiva azotó a los viejos campesinos en la

plaza pública. En un lugar a treinta verstas de Krasnoye, dieciocho campesinos fueron ahorcados después de que los comisarios se hubieran marchado.

—¿Está la cosa tan mal en otros lugares?, preguntó la posadera. ¿Cómo es en Alemania? Mi gente es de ahí.

—Alemania también ha tenido una revolución, le informé. El Kaiser se ha ido.

—¿Re—vo—lución?, repitió con total incomprendición. ¿Estaba Alemania en guerra?

Pasé la noche sobre un montón de paja en el granero, uniéndome a nuestro grupo temprano por la mañana. Las escenas del día anterior se repitieron a lo largo de toda nuestra travesía.

Antigua ciudad y antaño un importante núcleo de construcción naval, Nikolaiev ha jugado un papel destacado en la historia obrera y socialista de Rusia. Fue escenario de la primera gran huelga del país, a comienzos del siglo XIX. Durante el período nihilista¹⁹² y de la Voluntad del Pueblo¹⁹³, fue el campo de muchas actividades revolucionarias clandestinas. En años posteriores, Nikolaiev fue el hogar de la Unión Rusa del Sur^{193bis}, uno de los primeros grupos socialdemócratas de la baja Ucrania, con Trotski como líder intelectual. Entre los viejos archivos encontramos por casualidad documentos relacionados con el caso de Necháyev, que de alguna extraña manera habían llegado hasta allí, aunque el famoso terrorista nunca hubiese sido detenido en esta ciudad. También descubrimos órdenes de búsqueda de la policía emitidas contra Lopatin¹⁹⁴, Bakunin¹⁹⁵, y otros célebres revolucionarios de aquel período.

Nikolaiev todavía conserva un poco de su antigua belleza, aunque sus bulevares hayan sido completamente despojados de sus árboles, talados durante el interregno de dos días entre la salida de los Blancos y la llegada de los bolcheviques. Las calles están opresivamente tranquilas: la ciudad se

encuentra directamente en la zona de avance de Wrangel. Los comunistas están febrilmente activos en incitar a la población a una defensa conjunta, llamando en particular al proletariado y recordándole la matanza de los obreros a cargo de Slastchev, general jefe de Wrangel, destacado verdugo de trabajadores¹⁹⁶.

La actitud de los distritos colindantes causa en los bolcheviques mucha ansiedad. El campesinado ha estado en continua rebelión contra el régimen soviético, y los métodos arbitrarios de movilización laboral han distanciado a los trabajadores. Los documentos que he examinado en los sindicatos y las estadísticas concernientes a la distribución de fuerza de trabajo (rabsil) y deserción, muestran que casi todos los pueblos de las provincias de Kherson y Nikolaiev han opuesto resistencia armada. No obstante, los campesinos no tienen ningún interés por el monarquismo de Wrangel; su victoria puede privarles de la tierra que han tomado de las grandes propiedades. Varios soviets provinciales han enviado delegados a Nikolaiev para asegurar a las autoridades su determinación de luchar contra los Blancos. Alentados, los comunistas llevan a caho una agitación intensiva entre el campesinado a lo largo de la ruta de Wrangel.

El miedo a los Blancos ha revivido las historias de sus atrocidades. La población judía vive con un absoluto temor, las ocupaciones previas han estado acompañadas de pogromos aterradores. En el restaurante clandestino cerca de la Casa del Soviet los invitados relatan increíbles barbaridades. Hablan indistintamente de Blancos, Verdes, Mariusa, Makhno, y otros que en distintas ocasiones han asediado la ciudad. Se afirma que Mariusa, una amazona de misteriosa identidad, prescinde del pillaje: ella sólo mata a comunistas y comisarios. Algunos insisten en que es una hermana de Makhno (aunque éste no tiene ninguna hermana), mientras que otros afirman que es una campesina que juró venganza contra los bolcheviques porque su amante había sido asesinado por una expedición punitiva.

—Los terribles tiempos que corren colocarán a cada uno en su sitio, comenta la posadera. Cuando Makhno estuvo la última vez aquí la gente dijo que vio a Mariusa con él. Ellos les golpearon y robaron a unos judíos en el puerto.

—Usted se equivoca, protesta el joven empleado soviético que ha sido asignado para ayudarme en mi trabajo. Ayudé a interrogar a los hombres capturados en ese momento. Eran Verdes y bandidos de Grigoriev. Mariusa no estaba entonces en la ciudad.

—Oí hablar al mismísimo Makhno, comentó Vera, la hija de la posadera, una joven universitaria. Fue en la plaza, y alguien sostenía una enorme bandera negra a su lado. Dijo a la gente que no tenía nada que temer, y que no permitiría ningún tipo de abuso. Que castigaría de manera despiadada a quien incitara un pogromo. Tuve una impresión muy positiva de él.

—Quienquiera que esté, se producen pogromos, replicó su madre, los judíos siempre somos las primeras víctimas.

—Judíos y comisarios, corrige el joven.

—Usted es ambas cosas; tendría que tener cuidado, un invitado le tomó el pelo.

—Mejor quítese la *kurtka* (chaqueta de cuero), advierte otro.

Notas capítulo XXXIII

191. Vladimir Aleksandrovich Sukhomlinov, nace en 1848, convirtiéndose desde muy joven en militar profesional, participando en diversas contiendas del Ejército Imperial en el cuerpo de caballería. En 1904 será nombrado Comandante del distrito de Kiev y al año siguiente. Gobernador General de la región. En 1909 será nombrado Ministro de la Guerra, manteniéndose en el puesto hasta 1915 en que las reiteradas derrotas del Ejército Imperial en la Primera Guerra Mundial llevarán a su destitución. En 1916 será acusado de espionaje a favor del gobierno alemán, siendo condenado a una reclusión en su casa. El gobierno provisional de 1917 volverá a juzgarlo por su manifiesta incapacidad durante la guerra condenándolo a reclusión penitenciaria. Finalmente, atendiendo a su edad, setenta años, será liberado, exiliándose al poco tiempo a Berlín donde morirá en 1926.

192. El nihilismo es un movimiento político desarrollado en Rusia a lo largo de los años 60 del siglo XIX, basado en el rechazo a cualquier tipo de autoridad. Apologistas de la violencia, atentarán contra cualquier representante del Estado en lo que denominarían como “propaganda por el hecho”.

193. Narodnaia Volia o Voluntad del Pueblo era una organización clandestina que propugnaba la modernización del país a través de un programa eminentemente democrático (asamblea constituyente, sufragio universal, libertad de prensa y reunión, autonomía local, etc.). Entre 1879 y 1883 crecerá rápidamente, sobre todo en la zona ucraniana, llegando a contar con más de quinientos miembros, entre los que destacaban Vera Figner, Sophia Perovskaia, Alexander Mikhailov, etc. Ante el inmovilismo gubernamental, optarán por los atentados contra la cabeza del Estado, hasta el punto de intentar en siete ocasiones asesinar al Zar. Finalmente lo lograrán, lo que supondrá el principio del fin de la organización ante la terrible represión que llevará ante los tribunales a más de dos mil personas, muchas de ellas condenadas al exilio o a largas condenas.

193bis. Pivdennorosiiskyi Soiuz Robitnykiv, primera organización eminentemente obrera de Rusia, en menos de un año logrará organizar dos huelgas obreras en Odesa antes de que, a finales de 1875 la policía desmantelara la organización y arrestara a casi todos los miembros, encarcelándolos. [N. T.]

194. Hermán Alexandrovich Lopatin, nace en 1845 encaminando su juventud hacia la física y las matemáticas, doctorándose en la Universidad de San Petersburgo en 1867; sin embargo, ese mismo año decidirá dedicar su vida a la lucha política, fundando la Rublevoe Obshchestvo (Sociedad del Rublo, denominada así pues era la cuota que debían pagar sus miembros) dedicada a la propaganda revolucionaria y a la educación de los obreros. En 1870 deberá exiliarse, pasando a formar parte del Consejo General de la Primera Internacional. En

1880 volverá a Rusia, vinculándose estrechamente a Narodnaia Volia (Voluntad del Pueblo) y en 1884 formará parte de su Comité Administrativo, dedicando todas sus energías a intentar aglutinar y cohesionar el movimiento popular. Sin embargo, ese mismo año será detenido y gracias a las direcciones que tenía en su poder, la policía rusa pudo desmantelar la organización. Condenado a cadena perpetua en 1887, permanecerá aislado hasta 1905 en que fue amnistiado. A partir de entonces, abandonará toda actividad política y, aunque recibirá con los brazos abiertos la revolución de 1917, verá con muy malos ojos la toma del poder por parte de los bolcheviques. Morirá de cáncer en 1918.

195. Mijail Alexándrovich Bakunin, nace en 1814 en el seno de una familia aristocrática. Desde joven, encamina sus pasos hacia la carrera militar, siendo oficial del cuerpo de artillería, aunque al poco tiempo abandona el Ejército para dedicarse al estudio de la filosofía. En 1840 emigra a Berlín y París en donde entrará en contacto con Marx y Proudhon. Una vez de regreso a Rusia, será detenido en 1849 y condenado a cadena perpetua en Siberia, aunque al poco tiempo logrará escapar, recorriendo toda Asia, pasando por Japón y Estados Unidos, y volviendo a Europa. 1868 será un año fundamental en su vida pues, por un lado fundará la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, dedicada a la difusión de los ideales anarquistas, y por otro, ingresará en la Primera Internacional. Pronto surgirá el enfrentamiento entre Marx y Bakunin por la concepción de la revolución y la posterior organización social, utilizando Karl Marx su predominio dentro del Consejo General para relegar a Bakunin a un segundo plano y finalmente expulsarlo de la Internacional en 1872. A partir de este momento, Bakunin se dedicará de lleno a difundir el anarquismo y a denunciar las maniobras políticas de Marx y sus seguidores. Morirá en 1876.

196. El General Slastchev—Krinski fue recibido posteriormente con honores especiales en el Ejército Rojo y enviado por Trotski para someter a los campesinos de Karelia (1922).

CAPÍTULO XXXIV

Un juicio bolchevique

Al saber que los antiguos archivos policiales estaban en posesión de la Comisión Extraordinaria, visité a Burov, el predsedatel de la Checa. Muy alto y ancho, de rasgos gruesos y de carácter seco, me dio la impresión de un gendarme del régimen de los Romanov. Hablaba en un tono brusco, autoritario, evitando mi mirada, y pareciendo más interesado en el gran perro siberiano que estaba a su lado que en mi misión. No me permitió examinar los archivos del Departamento Tercero, aunque me prometió hacer una selección del material que pudiera parecer interesante para el Museo, y me preguntó si me podía llamar al día siguiente.

Sus maneras no eran convincentes y tenía poca fe en sus promesas de ayudarme. A la mañana siguiente, su secretaria me comunicó que Burov estaba muy ocupado como para atender mi solicitud, aunque podía verlo en el Tribunal Revolucionario, donde tenía lugar un juicio.

En el estrado del tribunal, se encontraban sentados tres hombres tras una mesa cubierta con un paño rojo, con la pared detrás de ellos decorada con litografías de Lenin y Trotski. En una mesa más abajo del estrado, se encontraba el acusado, un joven delgado con un pequeño mostacho, y cerca de él, un anciano, su abogado. Burov, con el inmenso perro a sus pies, actuaba como fiscal del gobierno. El banquillo estaba ocupado por los testigos, y los soldados estaban estacionados en los pasillos para preservar el orden.

El prisionero fue acusado de actividades contrarrevolucionarias, la acusación la había realizado una mujer joven sobre la evidencia de que él la había

denunciado como comunista ante los Blancos. Los testigos fueron interrogados en primer lugar por la defensa, y posteriormente por el fiscal y los jueces. Según su testimonio, parece que el prisionero y su acusadora durante años vivieron en la misma casa y mantuvieron una relación íntima. El proceso se desarrolló por unos caminos somnolientos y sin interés hasta que el abogado de la defensa intentó demostrar que la mujer, ahora miembro de la Checa, había tenido anteriormente una vida de mala reputación. Burov se alzó lentamente de su asiento y señaló con sus dedos al abogado, avisándole:

—¿Intentas atacar la reputación de la Comisión Extraordinaria?

El abogado, intimidado, apeló a la protección del tribunal. El juez que presidía, con sus altas botas y su chaqueta de pana, mirando de manera cansina y dando sorbos a un café, expresó su simpatía revolucionaria con las víctimas sociales del abolido orden capitalista y amonestó al abogado por persistir en prejuicios burgueses.

Burov interrogó a los testigos de la defensa indagando sobre su modo de vida pasado y su actual adhesión política. Se refirió al prisionero como un vil contrarrevolucionario y logrando respuestas afirmativas a preguntas que anteriormente, los mismos testigos, habían negado. Uno, una mujer joven, testificó sobre la buena conducta del acusado y su no pertenencia a ningún partido político. Se mostró asustada cuando Burov se señoreó sobre ella. La acosó a preguntas, y ella comenzó a mostrarse confusa. Bajo el influjo de la dominante voz del chequista, finalmente admitió que el acusado era su hermano.

Un estallido de indignación se produjo entre la audiencia. En el banco enfrente de mí, un anciano gritó excitado:

—¡La has atemorizado! Ella no es su familiar. ¡Es mi hija!

El presidente del tribunal gritó silencio y ordenó arrestar a los alborotadores por comportamiento insultante hacia el alto tribunal.

En el receso del mediodía encontré la oportunidad de hablar con Burov. Llamé su atención sobre la naturaleza de los testimonios. No tienen ningún valor, le indiqué; los testigos son intimidados. Burov estaba complacido.

—No pueden jugar con nosotros y lo saben, dijo, indicando que todos los que no eran comunistas deben ser considerados como enemigos naturales del régimen bolchevique.

—Las pruebas son discutibles, proseguí, ¿será el prisionero considerado culpable?

—Exigiremos la “más alta pena”, replicó, empleando el término oficial para la pena de muerte.

—Pero el hombre puede ser inocente, protesté.

—¿Cómo puedes decir eso, *tovarishtch*?, me reprochó. ¡Hablas de pruebas! ¿Por qué? El tío de este tipo era un *bourzhooi*, un gran banquero. Huyó con los Blancos, y toda su familia es contrarrevolucionaria. Lo mejor que se puede hacer con estos tipos es *razmenyat* (modificar, la expresión empleada en el sur para referirse a las ejecuciones sumarias).

Al dejar la sala del tribunal, sin percatarme, entré en una pequeña habitación donde dos mujeres estaban sentadas en un banquillo.

—*Tovarishtch* del centro, me saludó una de ellas. Ayer te vi con Burov.

Evidentemente, me había tomado por un oficial de la Checa de Moscú, y rápidamente entró en confianza. Me comentó que fue ella quien consiguió la acusación contra el prisionero. Habían sido detenidos juntos por los Blancos y cuando fueron llevados a la comisaría, el acusado le susurró algo al oficial. Ella no pudo oír lo que le había dicho, pero estaba segura de que había inclinado su cabeza hacia ella. Ambos fueron encerrados, pero al poco tiempo el hombre fue liberado mientras que ella sería fusilada. Tenía claro que el hombre la había denunciado como bolchevique, a pesar de que no lo era en esos momentos. Se había hecho comunista después y ahora ayudaba a luchar contra los contrarrevolucionarios, como tú, *tovarishtch*, añadió de forma significativa.

Su cara, maquillada de forma grosera, también sus labios, era tosca y sensual. Sus ojos resplandecían con un brillo vengativo y la conciencia del poder. Su compañera, más joven y más bella, se parecía a ella de manera muy marcada.

—¿Son hermanas?, pregunté

—Primas, contestó la más joven. Katia está mintiendo, habló vehemente. Está celosa, el hombre la dejó; ya no la deseaba. Ella busca venganza.

—¡Él no te deseaba!, la otra mujer la remedó. Eres muy joven, eso es todo. Y él es un sucio contrarrevolucionario.

La puerta se abrió y entró una mujer. Parecía muy anciana, aunque su porte era majestuoso y su triste cara, hermosa en sus rasgos blancos como la nieve.

—¿Eres un testigo?, preguntó la chica chequista. ¿Has sido llamada?

—No querida, respondió en voz baja la anciana. He venido por mi propia cuenta. Rió de manera bondadosa y continuó con su voz suave y melodiosa. Escucha querida, soy una mujer mayor y pronto moriré. He venido a contar la verdad ¿Por qué quieres la muerte de ese chico? Miró tiernamente a la chequista. Medítalo, querida. No te ha hecho ningún daño.

—No lo ha hecho, aún así..., replicó con ira.

—Querida, suplicó la anciana, colocando sus manos afectuosamente sobre los brazos de la chica, olvídate del pasado. Te quiso y dejó de quererte, ¿por eso se merece la muerte, querida? Ah, soy una anciana y he visto mucha maldad a lo largo de mi vida. ¿Debemos siempre odiar y asesinar?

—Al tribunal, gritó un soldado. Ambas chicas se levantaron a toda prisa, colocándose su pelo y caminando hacia fuera.

—¿Debemos siempre odiar y asesinar?, repetía la anciana siguiéndolas lentamente.

CAPÍTULO XXXV

De vuelta a Petrogrado

Después de una estancia de varios días, dejamos Nikolaiev, volviendo a Odesa por la misma carretera marítima. Seguimos la misma ruta y fuimos testigos de las mismas imágenes otra vez. Nuestro recibimiento fue todavía más antipático que la vez anterior.

Ocasionalmente, algún soldado bondadoso se ofrecía a pagar con dinero soviético, pero los aldeanos alegaban que no podrían hacer nada con los papeles coloreados, y pedían artículos de fabricación. El chofer llenó una lata con gasolina rebajada con agua, con la que convenció a un viejo campesino para cambiarla por un jamón ahumado, asegurándole que era el mejor queroseno de Rusia. Los vecinos protestaron, pero el anciano, demasiado asustado para rechazarlo, le entregó la preciada carne, refunfuñando: Ojalá el Señor se apiade de nosotros y le veamos marcharse pronto.

En Odesa nos enteramos que el Ejército Rojo se está retirando completamente de Varsovia, y Wrangel avanza sin parar desde el sudeste. La situación alarmante hace imposible el progreso de la Expedición. Nuestra preocupación aumenta por la circunstancia de que el uso de nuestro coche expira el 31 de octubre, después de lo cual la Comisión de Ferrocarriles tiene derecho a la confiscación inmediata, lo que implicaría la posible pérdida de nuestro material. Nuestras repetidas cartas y telegramas han permanecido sin la respuesta de la Narkomput (Comisaría Popular de Caminos y Comunicación) de Moscú. No nos queda otra opción que regresar rápidamente a Petrogrado y entregar al Museo nuestra colección que ha crecido tanto que requiere un tepulshka (vagón de carga) entero.

20—30 de septiembre.— Por fin hemos dejado Odesa y ahora viajamos por lentas etapas hacia el norte. Las vías están obstruidas por trenes militares, locomotoras muertas, y vagones destruidos. En Znamenka nos topamos con la retaguardia del Duodécimo Ejército que se retira en desorden. Los bolcheviques están evacuando puntos a lo largo de la ruta del esperado avance polaco. Grandes zonas han sido abandonadas sin ningún gobierno, los comunistas se han marchado, los polacos no avanzan. El Ejército Rojo se está replegando hacia Kiev y Járkov. Nuestro tren se detiene constantemente o es cambiado de vías, para despejar el camino a los militares. Debido al avance enemigo, nuestra Expedición podría quedarse completamente aislada del norte, encontrándose entre las fuerzas de Wrangel en el sur y el sudeste, y los polacos en el norte y el noroeste.

Avanzando sólo unas cuantas millas al día, pasamos Birsula, Vanyarki, Zhmerinka y Kasatin. Los comunistas ya no niegan el gran desastre. La campaña polaca ha acabado en una completa derrota, y Wrangel hace que el Ejército Rojo retroceda ante él. Se alega que Makhno se ha unido al general contrarrevolucionario. Los periódicos soviéticos que de vez en cuando encontramos en la oficina de enseñanza de las estaciones, tachan al líder *povstontsi* de colaborador de Wrangel. Familiarizados con los métodos de la prensa comunista, no damos crédito a las noticias, pero nuestra ansiedad por conocer los hechos de la situación aumenta por las continuas noticias de que Inglaterra exige la completa retirada de los bolcheviques de Ucrania.

Los accesos a Kiev están bloqueados, y nos detenemos a doce verstas de la ciudad. Dos días de maniobras al fin nos llevan a una distancia desde donde vemos la estación de pasajeros, donde permanecemos esa noche. Kiev está siendo evacuada. Una visita a la oficina central sindical fracasa en encontrar cualquier funcionario destacado: se disponen a marcharse en caso de urgencia revolucionaria. Se especula mucho si los bolcheviques liberarán a los presos políticos antes de rendir la ciudad, ya que el enemigo ejecutará sin duda alguna a todos los revolucionarios que caigan en sus manos. En la calles, la alegría por la retirada de los comunistas se contradice con el temor a los odiados polacos.

Al despertarme a la mañana siguiente a las nueve (según el horario nuevo; las siete según el sol) me sorprende no encontrar mi ropa en el lugar acostumbrado. Creyendo que mis amigos me han gastado una broma pesada, les despierto. Toda mi ropa y mis efectos personales no están: ¡nos han robado! El ladrón entró claramente por la ventana abierta del pasillo—, la impresión de sus pies descalzos está todavía sobre la tierra blanda por la lluvia. Estamos seguros de que el robo lo cometió el *militcioneri* a cargo de un montón de leña a aproximadamente treinta pies de nuestro coche. Era una noche de luna. Nadie podría haber subido por la ventana sin que el centinela lo hubiese visto. En cualquier caso, una acción desesperada que se castiga en la actualidad con la muerte. Nuestras charlas con los soldados, preguntas e investigaciones no esclarecen el robo, y en el fondo nos alegramos. La pérdida, a pesar de ser importante, no merece una vida humana.

2 de octubre.— Viajamos hacia Kursk. Aún esperamos poder volver al sur por la vía de Yekaterinoslav, pero los rumores de la toma de esa ciudad por Wrangel son constantes.

Es un día espléndido de otoño, despejado y soleado. El campo es muy bello; campos de tierra negra, viejos bosques de robles y abetos. Pero está empezando a hacer frío, y nuestro coche no tiene calefacción por falta de madera seca. Nuestras provisiones están casi agotadas, incluso el ingenioso arte culinario de Emma Goldman es incapaz de preparar comidas con una despensa vacía.

Por la tarde, una extraña puesta de sol en la ladera occidental, el horizonte irradia un rojo luminoso. Amplias líneas púrpuras flotan sobre un fondo azul celeste, su base un amarillo claro de bordes deshilachados. Ahora el denso bosque oculta el cielo. Alcanzo a ver el brillo de la luz que como un fuego palidece a través de los árboles. Antiguos molinos de viento de tipo ruso y *khati* campesinas, sus tejados cubiertos de paja, paredes encaladas, pasan lentamente, volviéndose melancólico. Mujeres trabajando en los campos; niños guiando un rebaño de ovejas negras. Un campesino solitario camina con dificultad detrás de un par de bueyes enganchados a un arado de diseño primitivo. El campo es uniforme, plano, monótono. Está oscureciendo; nuestras velas se han consumido.

En la creciente oscuridad, con nuestra pequeña comuna alrededor de la mesa, compartimos recuerdos. Hoy se cumple un año de mi liberación de la prisión federal¹⁹⁷. Un año cargado de experiencias: intensos días de agitación contra el servicio militar y oposición a la matanza mundial, detención en la Isla de Ellis, deportación furtiva, y luego, Rusia y la vida del período revolucionario.

Con la conmovedora curiosidad del ruso sobre todo lo norteamericano, nuestros colegas están absortos con la narración. El rascacielos, que se eleva valientemente hacia las alturas, es el símbolo de un mundo remoto para ellos. Aunque teóricamente familiarizados con la industrialización norteamericana, su fe en dicho país como una nación libre es proverbial, persistente, y experimentan una desagradable sorpresa ante el recital sobre la realidad de nuestra vida económica y política. Habituarios a imaginarse al americano como un caballero de naturaleza noble, con un toque de irresponsabilidad varonil casi semejante a una interesante locura, quedan profundamente impresionados por la imagen de prisiones con sus torturas en solitarias mazmorras subterráneas, y campos de retención. Bajo el régimen zarista más cruel, me aseguran, los presos políticos recibían mejor trato incluso en las peores mazmorras de Petropavlovsk y Schlüsselburg.

—¿Es posible, pregunta nuestro secretario por tercera vez, que en la América libre y culta, un preso pueda estar recluido solo durante años, privado de ejercicio y visitas?¹⁹⁸ ¡Sólo hace un año, cuán lejano parece todo, cuán distante del presente!

Largos trenes de artillería transitan a toda velocidad a través de la oscuridad: el ejército revolucionario se encamina a todos los frentes. La canción lastimera de los soldados, a veces en ruso, a veces en ucraniano, sobrecoge el corazón con profunda tristeza, mientras nuestro tren se arrastra despacio a lo largo de la estepa del norte de Ucrania.

21 de octubre.— Un día claro y frío. Las primeras nieves del año sobre la tierra, Moscú presenta una imagen familiar, y me siento en casa después de nuestra larga ausencia.

Con impaciencia asimilo las noticias en la Comisaría de Asuntos Exteriores. El Duodécimo Ejército se ha retirado precipitadamente de Varsovia, pero los

polacos no lo persiguen. Oficialmente, se comprende ahora el serio y costoso error de la campaña, y cuán infundadas eran las expectativas de una revolución en Polonia. Se espera que una paz rápida pueda ser usada como parche sin sacrificios demasiado grandes por parte de Rusia.

Mejores son las noticias de otros frentes. Siberia Oriental ha sido limpiada de los últimos vestigios del ejército de Kolchak¹⁹⁹ bajo el atamán Semiónov²⁰⁰. En Crimea, Wrangel ha sido casi completamente aplastado, a lo que ha contribuido sin ninguna duda Makhno. Lejos de ayudar a las fuerzas contrarrevolucionarias, como se había informado, los *povstantsi* se unieron en la lucha contra el general Blanco. Este acontecimiento ha sido el resultado de un acuerdo político—militar entre bolcheviques y Makhno, poniendo éste como condición principal la liberación inmediata de los anarquistas y *makhnovtsi* encarcelados, y la garantía de libertad de expresión y prensa en Ucrania. El telegrama enviado en aquel momento por Makhno solicitando la presencia de Emma Goldman y la mía en las conferencias no nos llegó. No nos fue remitido por el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Nuestra preocupación por Henry Alsberg se desvanece: en la actualidad, se encuentra a salvo en Riga, habiéndosele permitido abandonar Rusia después de su vuelta forzada desde el sur. Albert Roni²⁰¹, y Pat Quinlan²⁰² están en la Checa, sin ninguna razón concreta para su detención. La Sra. Harrison, mi antigua vecina en el Kharitonenski, está detenida por ser espía británica. Nuorteva²⁰³, el representante soviético en Nueva York fue deportado de los Estados Unidos y ahora dirige la Oficina Anglo—Americana en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Rosenberg, el secretario malhumorado y maleducado confidente de Chicherin, omnipotente y cordialmente antipático, está a punto de marcharse al Lejano Oriente para una misión importante, como me informa. A propósito, como si lo hubiera recordado, alude a la mañana fúnebre, y perplejo me entero de la muerte de John Reed. La Expedición debe marcharse esta noche a Petrogrado, pero decidimos aplazar nuestra salida para rendir el último tributo a nuestro amigo fallecido.

Una tumba reciente junto a la pared del Kremlin, frente a la Plaza Roja, el lugar de descanso honorífico de los mártires revolucionarios. Estoy de pie en el borde, sosteniendo a Louise Biyant²⁰⁴ quien se ha abandonado completamente

a la pena. Había salido a toda prisa de los Estados Unidos para encontrarse con Jack después de una larga separación. Al no encontrarle en Petrogrado, fue a Moscú sólo para enterarse que a Reed le habían enviado a Bakú al Congreso de los Pueblos Orientales. No se había recuperado completamente de los efectos de su encarcelamiento en Finlandia y no estaba preparado para emprender el arduo viaje. Pero Zinóviev insistió; era imperativo, dijo, tener a los Estados Unidos representados, y como buen militante del Partido, Jack obedeció. Pero su debilitada constitución no pudo resistir las penurias de los viajes rusos y sus infecciones mortales. Reed volvió a Moscú en un estado muy crítico. A pesar de los esfuerzos de los mejores médicos, murió el 16 de octubre.

El cielo está completamente gris. La lluvia y el aguanieve caen. Entre las palabras de los oradores, las gotas golpean el ataúd de Jack como si grabasen las frases en el féretro. Claros y rotundos como las gotas de agua caen los elogios oficiales en los oídos de la audiencia abotargada. Louise se encoge sobre la tierra mojada. Con dificultad la convenzo para que se levante, casi obligándola a mantenerse en pie. Parece aturdida, ajena al homenaje de los afligidos del Partido. Bujarin³⁰⁵, Reinstein³⁰⁶, y los representantes de las secciones comunistas de Europa y Estados Unidos alaban la vanguardia de la revolución mundial, mientras Louise se aferra desesperadamente al ataúd de madera. Solamente el joven Feodosov, quien conocía y estimaba a Jack, y había compartido habitación con él, desprende un rayo de calidez entre la helada aguanieve. Kolontái habla de la magnífica madurez y generosidad de Jack. Con dolorosa sinceridad se pregunta ella misma, si John Reed no había sucumbido a la negligencia de la verdadera camaradería...

El Museo está sumamente satisfecho con el éxito de nuestra expedición. En señal de agradecimiento, la Junta Directiva nos pidió seguir con nuestro trabajo en Crimea, ahora completamente liberada de fuerzas Blancas. El permiso para el coche ha sido prolongado hasta finales de año.

Pero el carácter independiente, no partidista de las actividades del Museo, al parecer disgusta a los círculos comunistas de Moscú. Afirman que la capital, en lugar de Petrogrado, debería ser el hogar de dicha institución. La idea es apoyada, se dice, como contrapunto al creciente poder de Zinóviev. Ciertas personas influyentes están trabajando para reducir el campo de acción del Museo. Con sorpresa nos enteramos de que un cuerpo especial ha sido creado en el centro con total autoridad para recopilar el material concerniente a la historia del Partido Comunista ruso. La nueva organización, conocida como Ispart, por virtud o por su carácter comunista, reivindica el control del Museo y ha anunciado su intención de dirigir futuras expediciones.

La situación amenaza la eficacia de nuestro trabajo. Por petición del Museo, he visitado repetidas veces Moscú en un intento por alcanzar un entendimiento amistoso. Lunacharslri, con quien he hablado del asunto, admite que la justicia está de nuestra parte. Pero la Ispart sigue reafirmando su supremacía, reclama el derecho sobre nuestro coche, e insiste en el control de las expediciones con un comisario político como responsable.

La actitud de la Ispart es hostil a las libres iniciativas y los mejores esfuerzos. Es, además, un indicativo de la falta de confianza. Si persisten, lograrán que deje de colaborar. Bajo ningún concepto podría consentir la supervisión de un comisario, cuyas obligaciones son prácticamente idénticas al espionaje y la denuncia. Varios de mis colegas en la expedición, incluyendo a Emma Goldman, comparten este punto de vista.

Durante las negociaciones se ha sugerido que visitemos el Lejano Norte para reunir datos históricos del período de ocupación aliada y el Gobierno Provisional de Tchaikovski. La Ispart no muestra ningún interés en la empresa y renuncia a su control. Aprovechamos la oportunidad y decidimos hacer un corto viaje a Arkhangelsk vía Moscú, en donde se tiene que cumplir con algunas formalidades.

En la capital encontramos a nuestros amigos totalmente consternados. Se acusa a los bolcheviques de haber roto de forma traicionera su acuerdo con Makhno. Apenas los *povstantsi* ayudaron a derrotar a Wrangel, Trotski ordenó que fueran desarmados. Rodeados y atacados por fuerzas Rojas, lograron

escapar, y ahora se ha declarado de nuevo una guerra abierta entre ambos. Mientras tanto, los anarquistas de todo el país, ignorando estos acontecimientos, se habían reunido en Jarkov, donde se iba a celebrar una conferencia el 1 de diciembre, conforme al acuerdo de Makhno con los bolcheviques. Todos ellos, juntos con muchos anarquistas locales, fueron detenidos, entre los cuales estaban mis amigos Volin²⁰⁶ y Baron²⁰⁷, ampliamente conocidos como hombres de enorme idealismo y devoción revolucionaria. El mayor temor es su seguridad.

Notas capítulo XXXV

197. En Atlanta, Georgia, donde el autor cumplió dos años por propaganda antimilitarista
198. Ver *Prison Memoirs of an Anarchist* de Alexander Berkman, Mother Earth Publishing Association, Nueva York, 1913. En castellano, *Memorias de un anarquista en prisión*. Editorial Melusina 2006.
199. Aleksandr Vaailiyevich Kolchak, nace en 1874 en el seno de una familia de marinos militares, lo que explica que desde joven encamine sus pasos hacia la carrera militar, graduándose como oficial de la marina en 1894. Al mismo tiempo, participará en diversas expediciones polares obteniendo distintos galardones por su labor geográfica. Tras la Guerra Russo—Japonesa, en donde logrará hundir un crucero y caerá prisionero, formará parte del Estado Mayor y se encargará de reconstruir la flota imperial. En 1916 será nombrado vicealmirante y posteriormente comandante de la Flota del Mar negro. Con la Revolución de 1917. se trasladará a San Petersburgo para ponerse al servicio del Gobierno Provisional, recibiendo el encargo de actuar de consejero de la Flota Norteamericana, con lo cual se traslada a Estados Unidos; sin embargo, con la toma del poder por parte de los bolcheviques, se pondrá al servicio de las fuerzas contrarrevolucionarias, siendo nombrado Gobernador Supremo de la zona de Siberia en 1918, convirtiéndose en un verdadero dictador basando su gobierno en la terrible represión de toda disidencia, suprimiendo cualquier atisbo de organización proletaria. Así, se calcula que en Ekaterinburg llegaría a torturar y fusilar a más de veinticinco mil personas. Con mano de hierro, logrará un rápido avance frente a las tropas comunistas, aunque los reveses de la guerra le llevarán a dimitir en noviembre de 1919 en favor de Denikin, entregando sus tropas al atamán Semiónov. Detenido en enero de 1920, será juzgado y fusilado al mes siguiente.

200. Grigori Mikhaylovich Semiónov, nace en 1890 en la zona del Transbaikal, iniciando su carrera militar en 1908. Con la Revolución de 1917, será nombrado comisario en la región del Baikal por parte del Gobierno Provisional, asumiendo todo el poder con la Revolución de Octubre, encabezando las fuerzas contrarrevolucionarias en la zona con el apoyo de las fuerzas japonesas. A principios de 1919 se autoproclamará como atamán de las fuerzas cosacas. Con la caída de Kolchak. Semiónov asumirá el mando de sus tropas aunque no pudo ejercer un control efectivo sobre las mismas, teniendo que exiliarse hacia Manchuria hacia 1921 tras la retirada de las fuerzas japonesas. Tras un breve paso por Estados Unidos, regresará a China, en donde recibirá una pensión por parte del gobierno japonés. Con la Segunda Guerra Mundial, y el avance de las tropas soviéticas sobre Manchuria, será detenido y juzgado, siendo fusilado en agosto de 1946.

201. Albert Boni, nacido en 1892, estará relacionado con la bohemia de Greenvillage, en New York, convirtiéndose en el editor “oficial” de los escritores de la zona. En 1914 abrirá una librería en Washington Square, convirtiéndose en un centro de encuentro de la intelectualidad del momento. En 1917, junto a Horace Liveright fundará la editorial Boni & Liveright, que finalmente quedará en manos de Horace, aunque conservará el nombre hasta 1928. Esta editorial publicará el libro de John Reed, *Diez días que estremecieron el mundo* y posteriormente, el propio libro de Alexander Berkman, *El mito bolchevique*. Tras esta experiencia editorial, viajará a Europa para visitar Alemania y Rusia, actuando como corresponsal de prensa. Como ocurriría con otros reporteros, los bolcheviques le acusarán de trabajar como espía, siendo encarcelado y finalmente deportado. De esta experiencia, editado por Alexander Berkman, publicará en 1925 el libro *Cartas de un prisionero ruso*. Durante años, aunque él se declaraba como socialista, estará vinculado con la Free Acres Colony en New Jersey, en donde entrará en contacto con el editor y anarquista Joseph Ishill. En los años 30 se verá atraído por la fotografía, fundando una editorial para publicar libros en microfichas, al tiempo que crearía los precedentes del conocido libro de bolsillo. Morirá en 1981 en Florida.

202. Patrick L. Quinlan. De origen irlandés, nacerá en la ciudad de Tipperary hacia 1883. Vinculado al movimiento socialista en Estados Unidos, participa en 1907 en la fundación de la Irish Socialist Federation hasta que, en 1912 se incorpora a la IWW. Destacado orador, jugará un papel fundamental durante la huelga de Paterson en 1913, llegando a ser detenido y condenado de dos a seis años de prisión en la cárcel de Trenton por incitar a la violencia, siendo liberado en diciembre de 1916. Tras salir de prisión, renegará de su militancia en el sindicalismo revolucionario, retomando su carrera política, llegando en los años 20 a apoyar a la America Federation of Labor, organización sindical contraria a la IWW. Morirá en 1948.

203. Santeri Nuorteva, nace en Finlandia en 1881, graduándose en la universidad, tras un periplo de varios años por Europa en 1903, pasando a ejercer como profesor en la provincia de Forssa. Desde muy joven estará vinculado al movimiento socialista, apoyando con entusiasmo la Revolución de 1905. Será elegido como representante socialista en el primer parlamento finés en 1906. Sin embargo, la persecución policial hará que emigre a Estados Unidos en 1911 en donde rápidamente ocupará un lugar destacado dentro del American

Socialist Party. Con la Revolución de 1917, se convertirá en uno de los principales apologistas del nuevo régimen, actuando extraoficialmente como delegado del régimen soviético en el país, hasta que en 1919 es nombrado secretario de la Agencia de Comunicación Soviética en Estados Unidos. En 1920 se traslada a Inglaterra con el fin de continuar con su labor de propaganda aunque rápidamente será detenido y deportado a Rusia, en donde pasará a ocupar distintos cargos oficiales, entre los que destacan el de Comisario de Educación en Petrozavodsk (Karelina) y encabezará la delegación soviética en Estocolmo, así como la Oficina Anglo-Americana de Moscú. Entre 1924 y 1927 presidirá el Comité Central de Karelina, muriendo en Leningrado en 1929.

204. Anna Louise Mohán, asumirá el apellido de su padrastro Biyant. Nace en 1885 y estudiará en la universidad de Nevada y Oregón. Tras un primer matrimonio, se casará con John Reed, formando una pareja muy conocida en el ambiente bohemio de Green Village, colaborando en distintas publicaciones radicales. Acompañará a su marido en sus viajes a Rusia tras la Revolución, colaborando estrechamente con el régimen bolchevique, continuando con su labor periodística. A la muerte de su marido, considerado como un héroe de la revolución, regresará a Estados Unidos en donde se casará con William Bullitt, diplomático estadounidense. Morirá tras una larga enfermedad en 1936.

205. Nikolai Ivanovich Bujarin. Nace en Moscú en 1888 y desde muy joven estará vinculado al movimiento socialista afiliándose al Partido Social demócrata en 1906, formando rápidamente la facción bolchevique. Detenido y desterrado a Onega en 1911, logrará huir a Alemania, en donde mantendrá una disputa con Lenin sobre la cuestión nacionalista. Hacia 1916 se traslada a New York, en donde formará parte de la redacción de *Novy Mir* (Nuevo Mundo). Con la Revolución de 1917, se trasladará rápidamente a Rusia, ocupando puestos relevantes dentro del Partido, como en la edición del periódico *Pravda* y miembro del Comité Ejecutivo del Komintern. Aunque inicialmente se opondrá a las tesis económicas de Lenin, a partir de 1921 se transformará en el mayor apoyo de la Nueva Política Económica. A la muerte de Lenin, se posicionará a favor de Stalin y su socialismo en un solo estado (que Bujarin se encarga de desarrollar teóricamente), alcanzando en estos años su máxima cota de poder (presidente del Komintern y miembro del Politburó), aunque en 1928 comienza a declinar su estrella política al enfrentarse a las tesis económicas de Stalin. Finalmente será fusilado en 1938 dentro de las purgas estalinistas de los años 30.

206. Boris Reinstein, nacido en Rostov en 1883, por su labor revolucionaria deberá abandonar el país, siendo detenido por la policía secreta rusa en París y tras pasar dos años en la cárcel, emigrará a Estados Unidos en 1901. Formará parte del Socialist Labour Party y en 1917 acudirá como delegado del mismo al congreso de la Segunda Internacional en Estocolmo, desde donde se traslada a Rusia, en donde se pone al servicio de los bolcheviques en el Ministerio de Asuntos Exteriores, creando una Oficina Internacional de Propaganda Revolucionaria que en 1919 servirá de modelo a Lenin para convocar la Tercera Internacional (Reinstein será uno de los firmantes del manifiesto convocante a la reunión) en donde acudirá como delegado del SLP a pesar de que llevaba más de dos años fuera del país y no había sido designado como tal por el Partido. En 1922 será enviado por el Komintern a

Estados Unidos en un intento por acabar con las disensiones internas de los comunistas en ese país. Morirá en 1947.

206. Vsevolod Mikailovitch Eichenbaum. Nace en 1882 en una familia acomodada, lo que le permite acceder a estudios superiores, aunque rápidamente abandona la universidad por su militancia política, que le llevará a ser detenido con la Revolución de 1905. Desterrado, logrará escaparse y exiliarse a París en donde entra en contacto con el movimiento libertario, abandonando el Partido Socialista Revolucionario en 1913. Con la Primera Guerra Mundial, será detenido por sus actividad antibelicista y recluido en un campo de concentración para su deportación a Rusia-, sin embargo, logrará escapar, emigrando a Estados Unidos, en donde jugará un papel destacado dentro del movimiento anarquista de habla rusa, entrando en la redacción del periódico *Golos Truda* (La voz del trabajo) y llevando a cabo campañas de propaganda. Con la Revolución de 1917, regresará inmediatamente a Petrogrado, viviendo en persona la toma de poder de los bolcheviques, lo que le hará abandonar la ciudad. En 1918 participará en la gestación de la Federación Anarquista de Ucrania, en un intento de unificar las distintas corrientes libertarias, vinculándose a las fuerzas makhnovistas, encargándose de la propaganda. Será detenido en 1930 y puesto en libertad tras el pacto entre los comunistas y Makhno, aunque la alianza tendrá escasa vigencia y siendo de nuevo detenido en Járkov en diciembre cuando trabajaba para el Congreso libertario que debía tener lugar en dicha población. Finalmente será liberado, junto a un pequeño grupo de anarquistas, con la condición de que se exiliara, pasando a residir en París, en donde romperá con Makhno, manteniendo una posición muy crítica frente a cualquier colaboración con las fuerzas políticas. Morirá en 1945 de tuberculosis.

207. Aaron Baron, judío ruso nacido en 1891. Detenido en 1905, se verá obligado a exiliarse a Estados Unidos, en donde conocerá a su mujer, la también anarquista Fania Baron (fusilada en 1921 por los comunistas tras haber intentado liberar a su marido), ambos militando en el movimiento obrero. Con la Revolución, regresa inmediatamente a Rusia, continuando su labor sindical llegando a ser elegido por los obreros para ser su representante en el Soviet de Kiev. Jugará un papel fundamental, junto a Volin, en la constitución de Nabat (Federación Anarquista de Ucrania) y en la publicación de su órgano de igual nombre, al tiempo que influirá profundamente sobre Makhno y el carácter libertario de su ejército, llegando a definir lo que él concebía como la “Tercera Revolución”, la revolución anarquista. Será detenido en 1920, aunque se le permitirá participar en el entierro de Kropotkin aunque ese mismo día vuelve a la prisión, iniciando así un largo periodo de cortas excarcelaciones y detenciones, con condenas de deportación cada vez más al norte de Siberia. Morirá, seguramente a manos de los comunistas, en 1939.

CAPÍTULO XXXVI

En el lejano norte

Diciembre de 1920.— Yaroslavl, una antigua ciudad, pintoresca, en la ribera del Volga. Sus catedrales y monasterios son impresionantes, claros especímenes de la arquitectura artística del noreste de Rusia de época feudal. Sin embargo, la imagen es desoladora por los múltiples edificios e iglesias demolidos. Al otro lado del río, todo el distrito está arrasado por la artillería y el fuego. Las huellas deprimentes de los terribles días de junio de 1918, cuando la insurrección contrarrevolucionaria encabezada por Savinkov²⁰⁸, un famoso terrorista, fue aplastada. Más de un tercio de la ciudad fue destruida, reduciéndose su población a la mitad.

Las sombras de esa tragedia planeaban tristemente sobre Yaroslavl. La mano que cayó sobre los rebeldes era muy pesada, sintiéndose todavía su huella. La gente estaba acobardada, aterrorizada por la simple mención de los horribles días de junio.

A través de Vologda llegamos a Arkhangelsk, en la desembocadura del Dvina del Norte, dentro del Círculo Polar Ártico. La ciudad está situada en la orilla derecha, separada de la estación de ferrocarril por el río que cruzamos a pie. El hielo estaba marcado por los trineos de los campesinos, algunos tirados por grandes renos, con una enorme cornamenta retorcida. Los conductores están completamente embozados en los abrigos de piel, visibles sólo sus pequeños ojos oscuros y sus chatas narices laponas.

Las calles están limpias, con sus casas de madera bien mantenidas. Hemos aprendido de la ocupación comenta Kulakov, presidente de la Ispolkom. Es un hombre joven, alto, de facciones claras y de ágil inteligencia. Los Blancos asesinaron a toda su familia, incluyendo a su hermana pequeña, aunque Kulakov ha mantenido su equilibrio mental y su humanidad.

Igual orden imperaba en las instituciones del Soviet. Las largas colas características de la administración de los bolcheviques están completamente ausentes. Los nativos han logrado ser metódicos y eficientes; siguiendo el ejemplo de los norteamericanos, admitían francamente. Hay escasez de alimentos, aunque el *pyock* es mucho más equitativo, con una distribución más sistemática que en otros sitios. Los comunistas son el factor dominante, aunque están obligados a buscar la colaboración de los otros elementos de la población. La experiencia les ha enseñado a economizar la vida humana. Muchos antiguos oficiales Blancos son utilizados, incluso en puestos de responsabilidad. Sus servicios son muy satisfactorios, me dicen; en concreto en las escuelas en donde ellos son de gran ayuda. Incluso los monjes y las monjas han tenido una oportunidad para servir al pueblo. Algunos talleres de arte son gestionados por antiguos internos en los monasterios, todavía vistiendo sus hábitos, cosiendo y bordando para los niños y formándolos en este arte.

Los orfelinatos y los asilos que visitamos, sin anunciar, estaban limpios y pulcros, con los internos bien abrigados y con apariencia saludable, sus relaciones con los maestros parecen muy armoniosas, incluso afectivas.

La especulación con los alimentos ha cesado. La vieja plaza del mercado casi está desierta, ofertándose para su venta sólo unos pocos artículos de vestir. Los centros de distribución del Soviet, contienen algunas provisiones, la mayoría alimentos enlatados, dejados por la Misión Norteamérica, la cual es recordada con respeto, casi con pesar. Sin embargo, un malestar generalizado se siente frente a los ingleses, quienes son acusados de parcialidad política en las luchas civiles en el Norte. Nos cuentan cómo se destruyó una enorme cantidad de provisiones, hundiéndolas en el Dvina, a la vista de una población hambrienta, por orden del General Rawlinson²⁰⁹, que era el responsable de la evacuación británica.

La cordial cooperación de Kulakov y otros oficiales comunistas nos permitió recoger un valioso material sobre la historia del Gobierno Provisional del Distrito del Norte. Un lamentable cuadro representa a Tchaikovski²¹⁰ como el abuelo de la Revolución rusa. Renunciando a su glorioso pasado, sirvió como vasallo de Kolchak, a quien reconoció, servilmente, como el jefe supremo de Rusia. Tan intranscendente fue, sin embargo, el papel de Tchaikovski que su régimen, con desprecio, se conoce como el Gobierno de Miller²¹¹, el comandante en jefe de las fuerzas contrarrevolucionarias con quien huyó a Noruega poco después de la evacuación británica.

Aunque es solo una pequeña parte de la población, los obreros de Arkhangelsk (cerca de tres mil de un total de cincuenta mil) han jugado un papel decisivo en la historia de la ciudad y del distrito. En las asambleas de los sindicatos, entré en contacto con grupos de inteligentes obreros cuya independencia y confianza en sí mismos son la causa de la situación local. Lejos del centro y en pequeño número, los bolcheviques dependen completamente del elemento obrero para gestionar los asuntos. La dictadura del Partido es mitigada por la verdadera participación de los trabajadores. Su influencia es disuasoria y saludable.

Betchin, el presidente del Soviet de los sindicatos, personifica la historia y el espíritu de toda la época revolucionaria. Alto y de complexión robusta, de hablar claro y de honestidad convincente, es el típico obrero del norte. En su persona, el Gobierno Provisional intentó reprimir al elemento rebelde del proletariado de Arkhangelsk. Un hombre popular entre los obreros y miembro de la Duma local, Betchin fue enjuiciado por traición. Figura central del proceso conocido por su nombre, fue condenado de por vida a estar encerrado en la terrible prisión de Iokange, en el helado Norte. No obstante, su convicción le permitió aglutinar a los indecisos contra el Gobierno Provisional; su nombre se convirtió en el eslogan de la unidad de la oposición. Su creciente movimiento expulsó a los Aliados de Arkhangelsk y Murmansk, y abolió el régimen de Tchaikovski.

Con muchas dificultades, persuadí al modesto Betchin para que donara su cuadro y un resumen autobiográfico para la galería revolucionaria del Museo. Sus amigos me informaron que una vez volvió de la prisión, insistió que su

retrato fuera retirado de la sede central de los sindicatos. Comprendiendo nuestra misión, nos obsequió con el viejo estandarte rojo del Soviet, marcado por las múltiples campañas.

—Trabajamos en armonía con todas las facciones de los sindicatos, me dijo Betchin. El bienestar del pueblo es nuestro único objetivo, y en este fin podemos estar de acuerdo, sean cuales fueren nuestras inclinaciones políticas.

Con una sonrisa de indulgente reminiscencia, admitió su antigua adhesión a los socialdemócratas.

—Aunque no hay más mencheviques aquí, se precipitó a añadir, hace mucho tiempo que nos unimos a los bolcheviques.

—Los camaradas del centro probablemente no saben cómo ocurrieron las cosas, remarcó su asistente. El devenir revolucionario, en algunas ocasiones, gasta algunas bromas, como puedes ver, continuó, nos llegaron informaciones de que los mencheviques y los social-revolucionarios, en Moscú, se habían unido a los bolcheviques. Decidimos hacer lo mismo. Por eso ahora somos comunistas. Sin embargo, esas informaciones demostraron ser falsas, concluyó con un tono de decepción.

—Nunca nos hemos lamentado, afirmó Betchin sobriamente.

No existe una línea ferroviaria directa entre Arkhangelsk y Mursmansk, y nos vimos obligados a realizar un largo viaje de regreso a Vologda con el objetivo de alcanzar la costa. En Petrosavodsk supimos que debido a una tormenta de nieve excepcionalmente fuerte, nuestro viaje no podía continuar. Era Nochebuena; antes de que finalizara el año estábamos obligados a regresar a Petrogrado. Con gran tristeza, debíamos renunciar a nuestro viaje por el Norte.

Notas capítulo XXXVI

208. Boris Viktorovich Savinkov, nace en 1879, desde muy joven estará vinculado al movimiento estudiantil de protesta, siendo detenido y deportado a Vologda en 1901. Tras lograr huir en 1903, ingresará en el Partido Socialista Revolucionario, asumiendo la dirección de la Organización de Combate, grupo dedicado a realizar atentados, entre los que destaca el asesinato del Ministro de Interior y el Gran Duque. Será detenido en 1906 y condenado a muerte, aunque logrará escaparse y exiliarse a Francia. Regresará en 1917 a Rusia, ejerciendo como Ministro de la Guerra con el gobierno de Kerenski, aunque al poco tiempo será depuesto y expulsado del partido. A partir de estos momentos, tomará una postura nacionalista, apoyando a las fuerzas contrarrevolucionarias, teniendo que exiliarse de nuevo a Francia en donde actuará como representante del gobierno de Kolchak, al tiempo que actuará como agente secreto para los británicos en Rusia, lo que llevará a que finalmente fuera detenido y sentenciado a diez años de cárcel. Morirá en prisión en 1935.

209. Henry Seymour Rawlinson. Nace en 1864 en Inglaterra, en el seno de una familia militar nobiliaria. Inicia su carrera en el Ejército en 1884, participando en distintos conflictos hasta la Primera Guerra Mundial, en que asumirá el mando del IV Cuerpo del Ejército, destacando su participación en la batalla del Somme y en la retirada de Gallipoli. En 1919 recibirá la orden de organizar la retirada de las fuerzas militares aliadas en la zona de Arkhangelsk, tras haber apoyado a las fuerzas de Kolchak, logrando evacuar sin ningún problema a 42.400 soldados y 6.535 civiles, según las cifras oficiales. A partir de 1920 será nombrado comandante en jefe de las fuerzas británicas en la India en donde morirá en 1925.

210. Nikolai Tchaikovski o Tchaykóvsiri. Nace en Viatka en 1851, estudiando para ser profesor. Hacia 1870 se vinculará al movimiento revolucionario estudiantil, iniciando lo que se conocería como El círculo de Tchaikovski, una asociación secreta creada para difundir todos aquellos escritos prohibidos en Rusia, en donde participarán personajes como Kropotkin, Perovskaia, etc. Tras varias detenciones, será deportado a Siberia en 1875 aunque logrará escapar y exiliarse en Inglaterra en donde permanece hasta 1878 en que se trasladará a los Estados Unidos. En este país participará en la creación de una comuna socialista cerca de Cedar Vales (Kansas), aunque tras su fracaso y tras vivir en distintas zonas del país, volverá a Inglaterra. En 1906 volverá a Norteamérica dentro de una campaña para recaudar fondos para derrocar al Zar. Estrechamente vigilado, cuando intente regresar a San Petersburgo en 1907, será detenido, permaneciendo en la cárcel hasta 1909. Con la Revolución de 1917, apoyará el gobierno de Kerenski, encabezando, con el apoyo de las fuerzas británicas, el Gobierno Provisional del Norte en Arkhangelsk. Con la retirada de los

Aliados, se exiliará a París en donde continuará apoyando a Kolchak y Denikin. Morirá en Inglaterra en 1926.

211. Evgeny Karlovich Miller, nacido en 1867 de una familia germano-rusa, se graduará en la Academia del Estado Mayor, actuando como agregado militar entre 1888 y 1907 en diversas embajadas europeas. Durante la Primera Guerra Mundial, comandará el Quinto Ejército en la región moscovita, siendo depuesto por sus propios soldados con la Revolución de 1917. Con el golpe de Estado bolchevique, huye hacia Arkhangelsk en donde se proclama Gobernador General de toda la zona, aliándose con Kolchak. Cuando se retiran las tropas británicas, no podrá hacer frente al avance bolchevique, huyendo a Noruega y, desde ahí, hacia Francia, en donde encabezará a los exiliados rusos, presidiendo entre 1930 y 1937 la ROVS (Unión Militar Pan-Rusa). Engañado por agentes secretos soviéticos, será capturado y conducido a Moscú en septiembre de 1937 y ejecutado en mayo de 1939.

CAPÍTULO XXXVII

Principios de 1921

Los frentes militares han sido liquidados; la guerra civil ha finalizado. El país suspira con alivio. La Entente ha dejado de financiar la contrarrevolución, pero el bloqueo aún continúa. Ahora se comprende de manera generalizada que la esperanza de una próxima revolución en Europa es un hecho imaginario. El proletariado de Occidente, envuelto en una terrible lucha contra la creciente reacción en su hogar, no puede ayudar a Rusia. La República Soviética depende de sus propios recursos.

Todos los pensamientos giran en torno a la reconstrucción económica. Los círculos comunistas y la prensa oficial están inquietos por el debate sobre el papel que debe jugar el proletariado en la actual situación. Se reconoce que la militarización del trabajo ha fracasado. Lejos de demostrarse productiva, como se había proclamado, sus efectos han provocado la desorganización y la desmoralización. El nuevo papel que debe asumir el proletariado es una cuestión candente, pero no existe un consenso al respecto entre los propios líderes bolcheviques. Lenin mantiene que los sindicatos no están preparados para dirigir la industria: su principal misión es la de servir como escuelas del comunismo, con una paulatina participación en el terreno económico. Zinóviev y sus compañeros están de acuerdo con Lenin y desarrollan minuciosamente sus postulados. Pero Trotski, disidente totalmente, insiste en que durante mucho tiempo los trabajadores serán incapaces de gestionar la industria. Exige un frente laboral, sujeto a la disciplina de hierro de una campaña militar. En oposición a este planteamiento, los obreristas abogan por una inmediata democratización de la gestión de la industria. La exclusión de los sindicatos de

la vida económica, sostienen, es la verdadera causa de la deplorable situación. Confían en que el proletariado revolucionario, que ha derrotado a toda oposición armada, también vencerá al enemigo en el terreno económico. Pero se les debe dar a los trabajadores la posibilidad de hacerlo: aprenderán con la práctica.

En todo el país se mantiene un sonoro debate, de cuya resolución depende el futuro económico del pueblo.

Muchos de los anarquistas detenidos en Járkov en vísperas de la ilegalizada Conferencia han sido traídos a Moscú. Algunos están en Butirki; a otros les mantienen incomunicados²¹² en la cárcel interna de la Checa. Volin, A. Baron y Lya, la esposa de mi amigo Iósif el Emigrante, están entre ellos. De Iósif se dice que está muerto. Con el consentimiento de las autoridades de Járkov, acompañado de dos amigos, había ido al campamento de Makhno a ayudar a fijar las condiciones del acuerdo. En el camino, los tres desaparecieron, asesinados, se piensa, justo cuando entraron en un pueblo en el que se estaba produciendo un pogromo. Hay rumores de responsabilidad bolchevique en la tragedia, pero no puedo creer que sean culpables de semejante traición.

Con la ayuda de Angélica Balabanova intercedemos en nombre de las víctimas de la tregua rota entre el Gobierno soviético y Makhno. Casi todos entrarían en la definición comunista de anarquistas *ideini* (de ideas); y Lenin me había asegurado que el Partido no tenía nada contra ellos. Gracias a los esfuerzos de Angélica, he conseguido una cita con Latsis²¹³, jefe del Departamento de Operaciones Secretas de la Checa, responsable de los detenidos. Pero a la hora acordada, se me informa que Latsis, enterado del objetivo de mi visita, había dado órdenes de no dejarme entrar.

Todavía creyendo en la posibilidad de establecer una relación más amistosa entre el Gobierno soviético y los anarquistas, apelé a los comunistas influyentes. La gran tarea de reconstruir el país, insisto, requiere del mutuo

entendimiento y cooperación. Pero mis amigos bolcheviques desdeñan mi sugerencia como utópica, aunque algunos estén dispuestos a ayudar en la liberación de ciertos individuos siendo yo el garante de los mismos. Finalmente decido dirigirme a Lenin. En una comunicación escrita le presento la situación y detallo las razones, revolucionarias, éticas y prácticas, a favor de la liberación de los presos políticos en interés de la causa común.

Aguardo en vano una respuesta. Las puertas de la prisión permanecen cerradas. Tienen lugar más arrestos en diferentes lugares del país.

13 de febrero.— Piotr Kropotkin murió el 8 de este mes. Aunque en absoluto inesperada, la noticia me causó un gran impacto. Salí a toda prisa desde Petrogrado a Dmitrov, donde muchos amigos íntimos del fallecido ya estaban reunidos. Casi todo el pueblo acompañó los restos hasta el tren con destino a Moscú. Se esparcieron ramas de pino por el camino y un conmovedor homenaje fue brindado por la humilde gente del campo al amado hombre que había permanecido entre ellos.

El Gobierno soviético se ofreció a hacerse cargo del entierro, pero la familia de Kropotkin y sus compañeros se han negado. Piensan que Piotr, que a lo largo de toda su vida había renegado del Estado, no debería en la muerte ser insultado con sus atenciones. La Comisión Funeraria formada por las organizaciones anarquistas de Moscú solicitó a Lenin que permitiese que los compañeros del fallecido encarcelados asistieran al entierro de su amigo y profesor. Lenin lo consintió, y el Comité Central del Partido aconsejó a la Checa la liberación temporal de los anarquistas. Delegado por la Comisión para organizar este asunto, me dio la oportunidad de visitar a los prisioneros en Butirki. Muchísimos de ellos se reunieron alrededor mío, rostros pálidos y martirizados, con miradas impacientes y palpante interés por la vida de la que han sido privados.

En la cárcel interna de la Checa me permitieron ver a A. Baron, portavoz de los anarquistas allí presos. Acompañándome estaba Yarchuk²¹⁴, recientemente liberado. Probablemente, pronto estarás de nuevo con nosotros, le comentó el juez con una mueca sardónica.

El hecho de la nacionalización de todos los transportes, instalaciones y material de impresión ha obligado a la Comisión a solicitar al Soviet de Moscú permiso para llevar a cabo los actos del entierro. Después de un considerable retraso, el permiso conseguido es válido sólo para publicar un periódico en homenaje de cuatro páginas, aunque las autoridades insisten en que los manuscritos, que debían centrarse exclusivamente en expresiones de gratitud sobre Kropotkin como erudito, hombre y anarquista, sean sometidos a la censura.

La Checa no aceptó liberar a los prisioneros anarquistas sin una garantía de su retorno de la Comisión del Entierro. Conseguida dicha garantía, la Comisión Extraordinaria me informó de que tras investigar se descubrió que no hay anarquistas que pudiesen ser liberados. A esto siguió un intensivo intercambio de “escritos” entre el Soviet de Moscú, a través de Kámenev, su presidente, y la Checa, que finalmente hizo la solemne promesa de permitir asistir al entierro a todos los anarquistas encarcelados en Moscú.

Los restos de Piotr Kropotkin yacen en la capilla ardiente en el Hall de Columnas en la Casa Sindical. Una procesión constante de trabajadores, estudiantes y campesinos pasa ante el féretro para rendir su último tributo al difunto. Fuera, una vasta masa aguarda para acompañar los restos a su lugar de descanso. Todo está preparado; se ha cantado el réquiem. Ha pasado la hora de la salida de la procesión fúnebre y, sin embargo, los prisioneros anarquistas no han llegado. De las llamadas urgentes a la Checa se obtiene información contradictoria: la garantía colectiva de la Comisión no es satisfactoria, nos dicen; los hombres rechazan asistir al entierro, pues han sido liberados.

Es mediodía pasado. El entierro se retrasa. Es evidente que la Checa está saboteando nuestro acuerdo. Decidimos protestar quitando las coronas gubernamentales y comunistas del Hall. La amenaza de un escándalo público obliga rápidamente a las autoridades a aceptar, y en un cuarto de hora los siete prisioneros de la cárcel interna llegan. Se nos asegura que los anarquistas en Butirki han sido liberados y que pronto se unirán a nosotros²¹⁵.



La larga procesión serpentea lentamente en su camino al cementerio. Los estudiantes, cogidos de los brazos, forman una cadena viva a ambos lados de la gran multitud. El sol brilla sobre la dura nieve. Banderas negras anarquistas, intercaladas por los destellos de las escarlatas, ondean como tristes abrazos de afecto.

Se pretende fundar un Museo Kropotkin en memoria del gran científico y profesor anarquista. El comité de organizaciones anarquistas responsable de la empresa ha pedido a Emma Goldman y a mí que les ayudemos en su gestación. Nuestra cooperación con el Museo de la Revolución se ha vuelto imposible debido a la arbitraria actitud del Ispart. Además, el trabajo de Kropotkin es de mayor importancia y me atraía mucho más por mi propia ideología. He roto relaciones con el Museo para aceptar la secretaría de la Comisión Conmemorativa de Kropotkin.

Notas capítulo XXXVII

212. En el original, Brekman escribe en cursiva *incommunicado*, una especie de castellanización del término inglés *communicate*.

213. Ian Fridrikhovich Sudrabs, utilizará el pseudónimo de Martin Latsis. Nace en Letonia en 1888, pertenecerá a la facción bolchevique desde 1905, participando activamente en el movimiento revolucionario, trasladándose a Moscú en 1913, siendo desterrado en Irkutsk en 1915. Con la Revolución de 1917 formará parte del Comité Militar Revolucionario organizando la Guardia Roja en Petrogrado. Junto a Dzerzhinski organizará la Checa, encargada de reprimir con mano de hierro cualquier disidencia antibolchevique, ocupando la jefatura de la misma en Ucrania. Se jactará del número de sentencias a muerte que aplicará. En los años 20 ocupara distintos puestos administrativos de responsabilidad para pasar a ejercer como Director de la Academia Rusa Plekhanov de Economía entre 1932 y 1937, año en que será detenido y acusado de actividades contrarrevolucionarias, siendo fusilado en 1938.

214. Efim Zakharovich Yarchuk, quien utilizará el pseudónimo de Khaim Zakharev. Nace en Ucrania en 1882 o 1886, siendo muy activo en el movimiento libertario local, fundando antes de 1905 el grupo *Chemoe Znamia* (Bandera Negra) dedicado a hacer propaganda de la revolución. Detenido y desterrado a Siberia en 1905, emigrará a Estados Unidos en 1913. En Nueva York se vinculará al periódico *Golos Tmda*, regresando a Rusia con la revolución. Se asentará en Kronstadt, en donde sería elegido para el soviet local y ocupará el cargo de editor del periódico *Volyni Golos Truda*. Será detenido en numerosas ocasiones por los bolcheviques, cayendo en la gran redada de Járkov, siendo recluido en la prisión de Taganka, en donde mantendrá una huelga de hambre que obligará a los comunistas a liberarlo junto a otros nueve militantes, exiliándose en 1922 primero a Berlín y después a París. En 1925 volverá a Rusia, uniéndose al Partido Comunista, siendo ejecutado en 1937.

215. En el último momento la Checa se negó a liberarlos.

CAPÍTULO XXXVIII

Kronstadt²¹⁶

Febrero de 1921, Petrogrado.— El frío es extremo y se sufre intensamente en la ciudad. Las tormentas de nieve nos han aislado de las provincias; ha cesado la entrega de la mayoría de los suministros de provisiones. En estos momentos sólo se reparte media libra de pan. La mayor parte de las viviendas están sin calefacción. Al atardecer, una anciana merodeaba en torno a una gran pila de leña cerca del Hotel Astoria, aunque el centinela estaba expectante. Numerosas factorías han tenido que cerrar por falta de combustible y sus empleados sólo reciben media ración. Han convocado un mitin para debatir sobre la situación, aunque las autoridades no han permitido que tuviera lugar. Los ferroviarios de Trubotchni han ido a la huelga. Mantienen que, en el reparto de la ropa de invierno, los comunistas se ven privilegiados frente a los no miembros del partido. El gobierno no atenderá estas protestas hasta que los hombres no vuelvan al trabajo.

Atestadas manifestaciones ocupan las calles cerca de las fábricas y los soldados son enviados a dispersarlos. Estos últimos son *kursanti*, juventudes comunistas de la academia militar. No hay violencia.

En estos momentos, los huelguistas se han unido a los obreros de los talleres de Admiralty y los portuarios de Galemaya. Existe un gran resentimiento frente a la arrogante actitud del gobierno. Se intentó llevar a cabo una manifestación por las calles, pero los soldados de caballería la disolvieron.

27 de febrero.— El nerviosismo se siente en la ciudad. Las huelgas están tomando un carácter cada vez más serio. Los talleres de Patronny, de Baltiysky y Laferm han suspendido sus actividades. Las autoridades han ordenado a los huelguistas que vuelvan al trabajo. Se ha implantado la ley marcial en la

ciudad. El Comité de Defensa (Komitet Oboroni) ha sido investido con poderes excepcionales, con Zinóviev a la cabeza.

En la reunión del Soviet de la última tarde, un militar miembro del Comité de Defensa ha denunciado a los huelguistas como traidores a la revolución. Fue Lashevich. Parecía gordo, grásiento, ofensivamente voluptuoso. Llamó a los obreros descontentos sanguijuelas intentando extorsionarnos (*shkumiki*) y exigió medidas drásticas contra ellos. El Soviet aprobó una resolución para encerrar a los hombres de los talleres de Trubotchni. Esto significa la pérdida de sus raciones, una verdadera hambruna.

28 de febrero.— Las proclamas de los huelguistas hoy han aparecido por las calles. Nombraban casos de obreros encontrados helados hasta morir en sus casas. La principal demanda es la exigencia de ropa de invierno y un reparto más regular de las raciones. Algunas de las circulares protestaban en contra de la prohibición de los mítines en las factorías. La gente quiere reunirse para encontrar medios para hacer frente a la situación, afirmaban. Zinóviev aseguraba que todos los problemas era consecuencia de los complotos de mencheviques y social—revolucionarios.

Por primera vez, los huelguistas hacen exigencias políticas. A final de la tarde se han colgado manifiestos en donde se hacían numerosas demandas.

Es necesario un completo cambio en las políticas gubernamentales, se podía leer. Ante todo, los obreros y campesinos necesitan libertad. No quieren vivir bajo los decretos de los bolcheviques; quieren tener el control de sus propios destinos. Exigimos la liberación de todos los socialistas y los obreros no comunistas arrestados; abolición de la ley marcial; libertad de expresión, prensa y de reunión para todos los que trabajan; libertad de elección de los comités de fábricas y talleres, de los sindicatos y los representantes del Soviet.

1 de Marzo.— Se han producido numerosos arrestos. Una imagen cotidiana son los grupos de huelguistas, rodeados por los chequistas, conducidos hacia la prisión. La indignación recorre la ciudad. He oído que diversos sindicatos han sido clausurados y sus miembros más destacados llevados a la Checa. Sin embargo, continúan apareciendo los manifiestos. Las medidas arbitrarias de las autoridades tienen el efecto de despertar las tendencias reaccionarias. La

situación se va poniendo tensa. Se comienzan a oír llamamientos a favor de una Utchredilka (Asamblea Constituyente). Circula un manifiesto, firmado por los Obreros Socialistas del Distrito de Nevski, en donde claramente se atacaba al régimen comunista.

Sabemos quién teme a la Asamblea Constituyente, afirmaban, son los que no podrán robarnos por más tiempo, ya que deberán responder ante los representantes del pueblo por sus fraudes, robos y todos los demás crímenes.

Zinóviev está alarmado; ha telegrafiado a Moscú por más tropas. La guarnición local simpatiza con los huelguistas. Desde provincias se envían militares a la ciudad: regimientos especiales de comunistas acaban de llegar. Una ley marcial extraordinaria ha sido declarada hoy.

2 de marzo.— Llegan inquietantes informes. Han estallado grandes manifestaciones en Moscú. En el Astoria he oído hoy que se han desarrollado conflictos armados cerca del Kremlin y se había derramado sangre. Los bolcheviques mantienen que la coincidencia de los sucesos en las dos ciudades es una prueba de una conspiración contrarrevolucionaria.

Se dice que en Kronstadt, los marineros han llegado a la ciudad para indagar las causas de los problemas. Es imposible distinguir la verdad de la ficción. La carencia de periódicos independientes da pábulo a los más descabellados rumores. Los periódicos oficiales están totalmente desacreditados.

3 de marzo.— Hay agitación en Kronstadt. Se rechazan las drásticas medidas tomadas por el Gobierno contra los obreros desafectos. Los hombres del navío de guerra Petropavlovsk han aprobado una resolución de solidaridad con los huelguistas.

Hoy se ha sabido que el 28 de febrero, una comisión de marineros había sido enviada a la ciudad para investigar la situación de los huelguistas. Sus informes fueron en contra de las autoridades. El 1 de marzo, la tripulación del Primer y Segundo Escuadrón de la Flota del Báltico, habían convocado un mitin público en la Plaza Yakorni, en donde concurrieron más de dieciséis mil marineros, hombres del Ejército Rojo y obreros. El presidente del Comité Ejecutivo del Soviet de Kronstadt, el comunista Vassiliev, lo presidía. La audiencia escuchó

las palabras de Kalinin, presidente de la República y Kuzmin, Comisario de la Flota del Báltico. La actitud de los marineros era de completo apoyo al Gobierno soviético, y Kalinin fue recibido a su regreso a Kronstadt con honores militares, música y pancartas.

En el mitin se discutió la situación de Petrogrado y el informe de la comisión investigadora de los marineros. Los concurrentes mostraron abiertamente su indignación por los métodos empleados por Zinóviev contra los obreros. El presidente Kalinin²¹⁷ y el comisario Kuzmin²¹⁸ amonestaron a los huelguistas y denunciaron la resolución de Petropavlovsk como contrarrevolucionaria. Los marineros hicieron hincapié en su lealtad al sistema de soviets, aunque condenaron la burocracia bolchevique. Se aprobó la resolución.

4 de marzo.— Una gran tensión agita la ciudad. Las huelgas continúan; han tenido lugar desórdenes en Moscú. Una ola de descontento barre el país. Se informa de rebeliones de campesinos en Tambov, Siberia, Ucrania y Cáucaso. El país se encuentra al borde de la desesperación. Se tenía la esperanza de que con el final de la guerra civil, los comunistas mitigarían el severo régimen militar. El gobierno ha anunciado su intención de llevar a cabo la reconstrucción económica y el pueblo está deseoso de cooperar. Esperaban con impaciencia la reducción de la pesada tributación, la abolición de las restricciones del periodo de guerra y la introducción de libertades básicas.

Los frentes han sido cerrados, aunque se mantenían las anteriores políticas, y la militarización del trabajo paralizaba el renacer industrial. Se denunciaba públicamente que el Partido Comunista estaba más interesado en afianzar su poder político antes que en salvar la revolución.

Un manifiesto oficial apareció hoy. Estaba firmado por Lenin y Trotski y declaraba a Kronstadt como culpable de motín (myatezh). Las exigencias de los marineros a favor de unos soviets libres eran denunciadas como una conspiración contrarrevolucionaria contra la república proletaria. Se ordena a los miembros del Partido Comunista que fueran a los talleres y factorías para que mitineen a los obreros para que apoyen al gobierno frente a los traidores. Kronstadt debía ser reprimida.

La estación de radio de Moscú emitía mensajes dirigidos “a todos, todos, todos”.

Petrogrado está tranquilo y en orden, e incluso, en las pocas fábricas donde últimamente se habían hecho acusaciones en contra del Gobierno soviético, entienden que son la labor de provocadores... justamente en estos momentos en que el nuevo gobierno republicano en Estados Unidos, asume la existencia de un gobierno en Rusia y ha mostrado sus intenciones de mantener relaciones comerciales con los soviéticos, con lo cual el difundir falsos rumores y organizar disturbios en Kronstadt sólo puede tener por objetivo influenciar al Presidente de los Estados Unidos para que cambie su política frente a Rusia. Al mismo tiempo, tienen lugar las sesiones de la Conferencia de Londres y la difusión de rumores similares deben influir igualmente sobre la delegación Turca haciéndola más sumisa a las exigencias de la Entente. La rebelión de la tripulación del Petropavlovask sin duda es parte de una gran conspiración para crear problemas en la Rusia Soviética y para perjudicar nuestra posición internacional... Este plan ha sido llevado a cabo en Rusia por antiguos generales y oficiales del Zar, y sus actividades son apoyadas por mencheviques y los social-revolucionarios.

Todo el Distrito Norte está bajo la ley marcial y todas las reuniones están prohibidas. Detallados planes se han realizado para proteger las instituciones gubernamentales. Se han desplegado ametralladoras en el Astoria, en las casas de Zinóviev y otros destacados bolcheviques. Estas medidas han incrementado el nivel de pánico en la ciudad. Declaraciones oficiales exigen la inmediata vuelta de los huelguistas a las fábricas, prohibiendo los paros y advirtiendo a la población contra las reuniones callejeras.

El Comité de Defensa ha iniciado la limpieza de la ciudad. Muchos obreros, sospechosos de simpatizar con Kronstadt, han sido puestos bajo arresto. Todos los marineros de Petrogrado y parte de la guarnición que podía considerarse poco fiable han sido destinados a zonas distantes, mientras las familias de los marineros de Kronstadt que están en Petrogrado han sido tomadas como rehenes. El Comité de Defensa ha notificado a Kronstadt que los prisioneros son mantenidos como garantes de la seguridad del Comisario de la Flota del Báltico, N. N. Kusmin, el presidente del Soviet de Kronstadt, T. Vassiliev, y otros

comunistas. El más mínimo daño que reciban nuestros camaradas, los rehenes lo pagarán con su vida.

No queremos un baño de sangre, se telegrafió desde Kronstadt. Ni el más simple comunista recibiría el más mínimo perjuicio.

Los obreros de Petrogrado permanecían expectantes a los acontecimientos. Tenían la esperanza de que la intervención de los marineros pudiera decantar la situación a su favor. Expiraba el mandato del equipo de gobierno del Soviet de Kronstadt, y se hacían los preparativos para las elecciones.

El 2 de marzo, tuvo lugar una conferencia de delegados, en donde participaron más de trescientos representantes de los navíos, la guarnición, los sindicatos y las factorías, además de numerosos comunistas. La conferencia ratificó la resolución aprobada en el mitin general del día anterior. Lenin y Trotski fueron declarados contrarrevolucionarios al tiempo que prueba la existencia de una conspiración Blanca (el histórico documento, prohibido en Rusia, lo reproducimos completamente).

RESOLUCIÓN DE LA ASAMBLEA GENERAL DE LA TRIPULACIÓN DE LA PRIMERA Y SEGUNDA ESCUADRA DE LA FLOTA DEL BÁLTICO

Dado el 1 de marzo de 1921

Habiendo oído el informe de los delegados enviados a Petrogrado por la Asamblea General de Tripulaciones de Navíos para investigar la situación allí.

Se resuelve:

1) En vista de que los actuales soviets no representan la voluntad de los campesinos y trabajadores, deben realizarse inmediatamente nuevas elecciones mediante voto secreto, con una campaña electoral en donde la propaganda sea completamente libre entre obreros y campesinos;

- 2) El establecimiento de la libertad de expresión y prensa para los obreros y campesinos, para los anarquistas y los partidos de la izquierda socialista;
- 3) Asegurar la libertad de reunión de los sindicatos y organizaciones campesinas;
- 4) Convocar una conferencia de obreros no comunistas, soldados del Ejército Rojo y marineros de Petrogrado, Kronstadt y la provincia de Petrogrado, no más allá del 19 de marzo de 1921;
- 5) Liberar a todos los prisioneros políticos de los partidos socialistas, así como a todos los obreros y campesinos, soldados y marineros encarcelados por sus vínculos con los movimientos obreros y campesinos;
- 6) Elegir una Comisión para que revise los casos de todos aquellos que se encuentran en prisión y campos de concentración;
- 7) Abolir todos los *politodeli* (departamentos políticos) ya que ningún partido puede tener privilegios especiales en la difusión de sus ideas o recibir apoyo financiero del gobierno para tales propósitos. Igualmente se deben establecer comisiones educativas y culturales, elegidas localmente y financiadas por el gobierno;
- 8) Abolir inmediatamente todas las *zagradičniye otryadi* (unidades armadas organizadas por los bolcheviques con el objetivo de reprimir e incautar los alimentos y otros productos. Las irresponsabilidades y arbitrariedades de sus métodos eran conocidas a lo largo de todos el país.)
- 9) Igualar todas las raciones entre los que trabajaban, salvo en el caso de aquellos trabajos penosos para la salud.
- 10) Abolir los destacamentos militares de los comunistas en todas las ramas del ejército, así como los guardias comunistas que cumplen su misión en los talleres y factorías. Si tales guardias o destacamentos militares se consideran necesarios, deben ser designados por los soldados del Ejército y en las factorías según el criterio de los obreros;

11) Permitir a los campesinos plena libertad de acción respecto a sus tierras e, igualmente, el derecho a mantener su ganado, bajo la condición de que sólo pueda tener aquel que pueda cuidar con sus propios medios; o sea, sin utilizar trabajo asalariado;

12) Pedir a todas las ramas del Ejército, así como a nuestros compañeros, los militares *kursanti*, que pongan en vigor nuestras resoluciones;

13) Exigir que se difunda este acuerdo en la prensa;

14) Designar una Comisión de Control Itinerante;

15) Permitir la libre *kustamoye* (producción individual a pequeña escala) sólo utilizando su propia fuerza de trabajo.

La resolución se aprobó unánimemente por la Asamblea de la Brigada, absteniéndose de votar dos personas.

Petrichenko²¹⁹, presidente de la Asamblea de la Brigada.

Perepelkin²²⁰, secretario.

La resolución fue ratificada por una inmensa mayoría de la guarnición de Kronstadt.

Vassiliev, presidente.

Kalinin y Vassiliev votaron en contra de la resolución.

4 de marzo.— En plena noche. La sesión extraordinaria del Soviet de Petrogrado en el Palacio Tauride está a rebosar de comunistas, la mayoría muy jóvenes, fanáticos e intolerantes. Para poder entrar se debía contar con un pase especial, un *propusk* (permiso) que servía de salvoconducto para volver a casa tras el toque de queda. En los palcos se encontraban los comités representantes de los talleres y los obreros, mientras que los comunistas ocupaban el cuerpo principal. Algunos delegados de las fábricas habían sido colocados en la platea, aunque cuando intentaban exponer sus casos eran

acallados a gritos. Zinóviev constantemente solicitaba a la asamblea que les dieran la oportunidad de ser oídos, aunque sus llamamientos carecían de fuerza y convicción.

Ninguna voz se alzó para defender la Asamblea Constituyente. Un trabajador de los talleres textiles abogó para que el gobierno tuviera en cuenta las demandas de los obreros, que se morían de frío y de hambre. Zinóviev replicó que los huelguistas eran enemigos del régimen soviético. Kalinin denunció a Kronstadt como la base del complot del general Kozlovski²²¹. Un marinero recordó a Zinóviev la época en que él y Lenin eran perseguidos como contrarrevolucionarios por Kerenski y cómo los habían salvado muchos de los marineros que ahora eran denunciados como traidores. Kronstadt sólo exigía elecciones limpias, afirmó. No se le permitió continuar. Los gritos y las exaltadas declaraciones de Yevdokímov²²², lugarteniente de Zinóviev, llevaron a los comunistas a gritar de excitación. Se aprobó su resolución lo que llevó a un tumulto de protesta entre los representantes que no eran del Partido y los obreros. La resolución declaraba a Kronstadt culpable de un intento contrarrevolucionario frente al régimen soviético y exigía su inmediata rendición. Era una declaración de guerra.

5 de marzo.— Muchos bolcheviques se negaban a creer que se había aprobado esa resolución. Era una cosa muy monstruosa atacar con las armas al orgullo y gloria de la Revolución rusa, como Trotski bautizó a los marineros de Kronstadt. En la intimidad, muchos comunistas amenazaban con darse de baja del Partido si tenía lugar tal sangría.

La tarde anterior, Trotski debía dar un discurso en el Soviet de Petrogrado. Su ausencia podía interpretarse como un indicador de que la seriedad de la situación se había exagerado. Sin embargo, llegó por la noche y hoy publicó su ultimátum a Kronstadt:

El Gobierno de los Trabajadores y Campesinos ha decretado que Kronstadt y la rebelión de los navíos debe inmediatamente ponerse bajo la autoridad de la República soviética. Por lo tanto, ordeno que todos los que han alzado sus manos contra la patria socialista,

depongan sus armas de inmediato. Los que no lo hagan deben ser desarmados y entregados a las autoridades del Soviet. Los comisarios y representantes del gobierno arrestados deben ser liberados inmediatamente. Sólo aquellos que se rindan incondicionalmente podrán contar con la clemencia de la República Soviética.

Simultáneamente, he emitido órdenes para que se dispongan a reprimir los motines y someter a los amotinados por la fuerza de las armas. La responsabilidad de los daños ocasionados a la población pacífica recaerá plenamente sobre las cabezas de los contrarrevolucionarios amotinados.

Esta advertencia es definitiva.

Trotski, presidente del Soviet Militar Revolucionario de la República.

Kámenev, comandante en jefe.

La ciudad estaba al borde del pánico. Las fábricas estaban cerradas y había rumores sobre manifestaciones y disturbios. Comenzaron a oírse gritos contra los judíos. Las fuerzas militares se dispersaban por Petrogrado y sus alrededores. Trotski envió otra petición de rendición a Kronstadt, que contenía la amenaza de que: Os cazaremos como faisanes. Incluso algunos comunistas estaban indignados por el tono empleado por el Gobierno. Era un terrible error, afirmaban, el interpretar la exigencia de pan por parte de los obreros como si estos fueran la oposición. La solidaridad hacia Kronstadt y sus huelguistas que demandaban unas elecciones limpias, se transformaron en manos de Zinóviev en un complot contrarrevolucionario. Pude hablar sobre la situación con varios amigos, entre ellos numerosos comunistas, sintiendo que todavía había tiempo para salvar la situación. Una comisión, en donde los marineros y obreros tuvieran confianza, podría allanar las exaltadas pasiones y encontrar una solución satisfactoria para los urgentes problemas. Es increíble que, un incidente sin importancia, comparativamente, como fue la huelga inicial de las fábricas de Trubotchni, lentamente provocara una guerra civil con todo el derramamiento de sangre que esto implicaba.

Los comunistas con quienes he debatido sobre esta posibilidad, todos estaban a favor aunque no se atrevían a tomar la iniciativa. Ninguno creía en la historia de Kozlovski. Todos estaban de acuerdo en que los marineros eran los más fieles apoyos de los Soviets; su objetivo era convencer a las autoridades de la gran necesidad de las reformas. Hasta cierto grado, habían tenido éxito. La *zagraditelniye otryadi*, famosa por su brutalidad y arbitrariedad, había sido abolida en la provincia de Petrogrado, y algunas organizaciones obreras habían recibido permiso para enviar a sus representantes a las aldeas para comprar alimentos. En los últimos dos días, se habían enviado a diversas factorías, raciones especiales y ropa. El gobierno teme una rebelión general. Petrogrado se encuentra en estos momentos en estado de sitio; sólo se permite permanecer en la calle hasta las 9 de la noche. No obstante, la ciudad está tranquila. Espero que no se produzca ningún trastorno serio si las autoridades se convencen de tomar una vía más razonable y más justa. Con la esperanza de abrir el camino hacia una solución pacífica, le envié a Zinóviev un plan de arbitraje, firmado por personas cercanas a los bolcheviques:

Al Soviet de Trabajo y Defensa de Petrogrado,

Presidente Zinóviev:

Permanecer en silencio en estos momentos es imposible, incluso criminal. Los recientes acontecimientos nos obligan, a nosotros anarquistas, a manifestarnos y expresar nuestra actitud frente a la actual situación.

El espíritu de agitación manifiesto entre los obreros y marineros es el resultado de unos motivos que exigen nuestra más seria atención. El frío y el hambre han producido el descontento, y la ausencia de la más mínima oportunidad para discutir y criticar han forzado a los obreros y marineros a airear sus quejas en público.

Las bandas de los Blancos deseaban y trataban de explotar esta insatisfacción en su propio interés de clase. Escondidos tras los obreros y marineros, lanzaron proclamas a favor de la Asamblea Constituyente, libertad de comercio y exigencias similares.

Nosotros, anarquistas, hace tiempo que hemos expuesto la falsedad de tales proclamas, y declaramos a todo el mundo que lucharemos con las armas contra cualquier intento de contrarrevolución, en colaboración con todos los amigos de la revolución social y juntos con los bolcheviques.

En relación al conflicto entre el gobierno del Soviet y los obreros y marineros, mantenemos que debe ser resuelto no por la fuerza de las armas, sino por medio de un acuerdo entre camaradas. El recurso al derramamiento de sangre, por parte del gobierno del Soviet, no logrará, en este contexto, intimidar o acallar a los obreros. Por el contrario, sólo servirá para agravar la situación y fortalecer la intervención de la Entente y de los contrarrevolucionarios internos.

Aún más importante, el uso de la fuerza por parte del gobierno de los obreros y campesinos en contra de los trabajadores y marineros tendrá un efecto desmoralizador sobre el movimiento revolucionario internacional y conllevará un incalculable perjuicio para la revolución social.

Camaradas bolcheviques, ¡piensen en ustedes mismos antes de que sea demasiado tarde! No jueguen con fuego: están a punto de dar el más serio y decisivo paso.

Por la presente, les enviamos la siguiente propuesta: crean una comisión formada por cinco personas, incluidos dos anarquistas. La comisión iría a Kronstadt para resolver el enfrentamiento por medios pacíficos. En estos momentos, este es el método más radical. Esto tendrá una importancia revolucionaria internacional.

Alexander Berkman

Emma Goldman

Perkus²²³

Petrovski

Petrogrado, 5 de marzo de 1921.

6 de marzo.— Hoy Kronstadt ha realizado, por medio de un telegrama, una declaración de principios. Se podía leer:

Nuestra causa es justa, representamos el poder de los soviets, no de los partidos. Representamos a los delegados de las masas obreras libremente elegidos. Los sucedáneos de soviets, manipulados por el Partido Comunista siempre han hecho caso omiso a nuestras necesidades y exigencias; la única respuesta que hemos recibido ha sido el fusilamiento... ¡Camaradas! Deliberadamente, han pervertido la verdad y han recurrido a la más despreciable difamación... En Kronstadt todo el poder está, exclusivamente, en manos de los marineros, soldados y obreros revolucionarios, no en la de los contrarrevolucionarios liderados por un tal Kozlovski, como las mentirosas estaciones de radio de Moscú intentan que ustedes crean... ¡No se demoren, camaradas! Unanse a nosotros, pónganse en contacto con nosotros: exijan que permitan que sus delegados vayan a Kronstadt. Sólo ellos podrán contarles toda la verdad y podrán desvelar la terrible calumnia sobre el pan finés y las ofertas de la Entente.

¡Larga vida al proletariado y campesinado revolucionario!

¡Larga vida a los Soviets libremente elegidos!

7 de marzo.— Distantes estruendos llegan a mis oídos cuando cruzo el Nevski. Suenan de nuevo, fuerte y cercano, como si se encaminaran hacia mí. Por primera vez me percato que la artillería ha comenzado a disparar. Son las 6:00 p.m. ¡Kronstadt está siendo atacada!

Días de angustia y de asalto con artillería. Mi corazón se estremecía por la desesperación; algo había muerto dentro de mí. La gente en la calle parecía cabizbaja por el dolor, perpleja. Nadie confía en sí mismo como para hablar. El tronar de los pesados cañones desgarraba el aire.

17 de marzo.— Kronstadt se ha rendido hoy.

Miles de marineros y obreros están tirados muertos en medio de las calles. Continúan las ejecuciones sumarias de los prisioneros y rehenes.

18 de marzo.— Los vencedores celebran el aniversario de la Comuna de 1871. Trotski y Zinóviev denuncian a Thiers²²⁴ y Gallifet²²⁵ por la matanza de los rebeldes de París.

Notas capítulo XXXVIII

216. Un amplio estudio sobre la tragedia de Kronstadt, con los documentos pertinentes, se puede encontrar en el folleto del autor, *La rebelión de Kronstadt*, editado por *Der Syndicalist*, Berlín, 1923. Editado en castellano por LaMalatesta-Tierra de Fuego en 2010.

217. Mihail Ivánovich Kalinin, nace en 1875 en el seno de una familia campesina y en 1893 se traslada a la ciudad de San Petersburgo para trabajar como obrero. En 1898 se vinculará al movimiento revolucionario convirtiéndose en uno de los primeros seguidores de Lenin en Rusia. En 1913, será elegido miembro del Comité Central del Partido y en 1919, presidente del Comité Ejecutivo de los Soviets de Todas las Rusias. En 1926 formará parte del Politburó y entre 1938 y 1946 sería el presidente del Soviet Supremo de la URSS, convirtiéndose en uno de los pocos viejos comunistas que no sufrirá las purgas de los años 20 y 30. Morirá en 1946.

218. Nikolai Nikolaievich Kuzmin, nacido en 1883. En 1903 se une a la facción bolchevique del Partido Socialista. En 1917 asume el comisariado del Frente Sur-Oeste al tiempo que participaría en la redacción del periódico *Petrogradskaia Pravda* y que en 1918 sustituiría a Volodarskiis como Comisario de Prensa, Agitación y Propaganda en el Soviet de Petrogrado para en mayo de 1919 asumir el comisariado de la Flota del Báltico, sustituyendo a Raskolnikov, actuando asimismo como comandante asistente. Morirá en 1939.

219. Stepán Maxímovich Petrichenko. Nace en 1892, incorporándose como marinero a la Flota del Báltico en 1913, jugando un papel destacado durante la Revolución de 1917 al participar en la proclamación del Soviet en Naissar (Estonia). En 1919 ingresará en el Partido Comunista, aunque rápidamente se da de baja. Conocerá de primera mano la labor llevada a cabo por Makhno, lo que seguramente influirá en su posicionamiento frente a los bolcheviques y que encabece la rebelión en Kronstadt. Tendrá que huir hacia Finlandia tras el ataque comunista, en donde permanecerá hasta 1944. En estos años trabajará para el servicio de espionaje ruso hasta que con la Segunda Guerra Mundial es encarcelado por las autoridades finlandesas; cuando es liberado y enviado a la Unión Soviética, será juzgado por el servicio de contraespionajes, siendo condenado a diez años de trabajos forzados, muriendo en 1947.

220. Piotr Perepelkin, marinero electricista en el navío Petropavlovsk y antiguo miembro del Tsentrobalt (Comité Central de la Flota del Báltico). Presidirá el Centro de Agitación del Comité Revolucionario Provisional. Detenido en la cárcel de la calle Shpalemaia tras la toma de Kronstadt, será uno de los más de dos mil fusilados sin juicio.

221. Alexander N. Kozlovski. Antiguo militar zarista que, en 1917 se incorporará al naciente ejército bolchevique alcanzando el grado de teniente coronel. Defenderá la ciudad de Petrogrado hacia 1920 ante el avance de las tropas contrarrevolucionarias del General Yudenich, lo que le valdría ser designado por el propio Trotski para comandar la artillería de Kronstadt, poniéndose al servicio del Gobierno Revolucionario Provisional. Su presencia será utilizada por los comunistas para señalar el levantamiento de los marineros y obreros como una maniobra contrarrevolucionaria.

222. Grigóry Yereméyevich Yevdokimov. Nace en 1884 y desde 1903 participará del movimiento revolucionario ruso. Detenido reiteradamente, terminará exiliándose y regresando al país con la Revolución de Febrero de 1917, formando parte del Comité Bolchevique de Petrogrado. Durante la guerra civil, actuará como comisario político del Ejército Rojo, ocupando el cargo de miembro del Comité Central del Partido a partir de 1919, así como la secretaría de Leningrado. Será fusilado en la gran purga de 1936, tras haber confesado un supuesto plan antiestalinista que implicaba a Zinóviev, Bujarin y otros.

223. Nikifor Hyman Perkus. Anarquista ruso, carpintero de profesión, tendrá un papel destacado entre los emigrados a Estados Unidos, siendo redactor del periódico *Jleb i Volia* (Pan y libertad) al ejercer durante un tiempo como secretario de la Russian Workers Union, siendo detenido en agosto de 1919 y deportado en el navío Buford. Anteriormente, había viajado a Rusia en 1917 como emisario de la Cruz Roja Anarquista hacia 1917. Residía en Moscú, junto a su esposa Dora Lipkin, en 1924. Parece que fue fusilado en las purgas estalinistas.

224. Louis-Adolphe Thiers, historiador nacido en 1797, ejercerá en dos ocasiones como Presidente del Consejo en Francia (1836 y 1840), teniendo que dimitir ante la pérdida de apoyo de Luis Felipe, monarca francés. Será nombrado jefe del Gobierno de Versalles, recibiendo el apoyo de los prusianos para reprimir en un baño de sangre la Comuna de 1871, manteniéndose en el poder hasta 1873 y muriendo en 1877.

225. Gastón Alexandre Auguste, Marqués de Gallifet, nace en 1830, iniciando su carrera militar con dieciocho años. Durante la guerra franco-prusiana, comandará como brigada una de las secciones del cuerpo de caballería durante la Batalla de Sedan. Al final de la guerra, se pondrá al servicio del Gobierno de Versalles, reprimiendo brutalmente la Comuna de París, lo que le valdría el sobrenombre de “Fusilador de la Comuna”. Posteriormente participará en la reorganización del Ejército francés, asumiendo la cartera de Ministro de la Guerra entre 1899 y 1900. Morirá en 1909.

CAPÍTULO XXXIX

Últimos eslabones de la cadena

Pushkin está de pie pensativo sobre su pedestal de piedra, viendo la vida fluyendo en la plaza que lleva su nombre. En el bulevar los árboles sonríen en verdes brotes, y los viandantes se deleitan con el sol de abril. Una tradicional perspectiva de las calles de Moscú, aunque con un ambiente extraño entre el pueblo. La imagen de Kronstadt relucía a lo largo de la ciudad, como ascuas moribundas y cenizas en los rostros de las gentes. Arecio un sentimiento de desconsuelo en las distintas gentes y su vestimenta: los obreros con su calzado en forma de harapos alrededor de sus piernas; los estudiantes con sus camisas negras cogidas en las cinturas y sus faldones revoloteando al aire; los campesinos con sus *lapti* de paja tejida; los soldados con largos abrigos grises y los hijos del Cáucaso de piel oscura con ropa de brillantes colores. Las mujeres jóvenes, entremezcladas con ellos, con sus faldas cortas y su piernas al aire, algunas portando botas de hombres. La mayoría están maquilladas, incluso las más pequeñas. Con descaro observan fijamente a los hombres, invitándolos con sus ojos.

Se oye una alegre música en el jardín de al lado. En las pequeñas mesas, camareros con delantales blancos sirven comida y bebidas a los invitados. Grupos de personas se reúnen en la puerta observando de forma hosca la novedosa escena. ¡*Bourzhooil* ¡Malditos especuladores!, refunfuñan. La NEP²²⁶ está vigente.

Todas las tiendas a lo largo de la calle se han vuelto a abrir, sus ventanas limpias, carteles recién pintados anunciando propiedad privada. Se exponen provisiones en grandes cantidades y muy variadas. Con resentimiento,

hombres y mujeres se apiñan en la acera, sus miradas devoran el tentador escaparate.

—¡No hay comida para racionar!, alguien comenta con sarcasmo.

—¡Para esto hemos derramado nuestra sangre!, exclama un soldado entre maldiciones.

Desde la esquina me saluda una voz femenina.

—¡Ah, el *tovarishtch* americano!

Es Lena, la joven que conocí durante la redada en el mercado Okhotni, hace más de un año. Se la ve muy frágil, acentuada su palidez por sus labios carmesíes. Hay una cohibición no habitual en su trato, y se sonroja ante mi atenta mirada.

—Ve, no logré escaparme, dice cansada.

—¿Escaparse?, pregunté sorprendido.

—¿No recuerda? Era América o..., suelta una sonrisa forzada.

Estamos delante de una suntuosa charcutería. Hombres con camisas almidonadas y cuellos blancos, que se ven ofensivamente opulentos, y mujeres elegantemente vestidas cargan con sus compras de una forma confiada y segura. Niños andrajosos les asedian pidiendo limosnas. Los transeúntes fruncen el ceño enojados.

—La de veces que me arrestaron por “especulación”, comenta Lena con amargura.

Recordando mi visita a su casa, pregunto por su familia.

—Madre, Bebé y Yasha murieron de tifus, contesta de manera aburrida. Eso es lo que decía el certificado, pero sé que fue de hambre.

—¿Y su prima?

—Ah, ella está bien. Con algún comunista. Ahora estoy absolutamente sola en el mundo.

—Pobre Lena, se me escapa.

—Eh, no quiero su compasión, llora desconsolada. Desearía haber muerto con madre.

Más tarde en la Tverskaia encuentro la *Golos Truda*, la casa editorial anarquista, cerrada, con un precinto de la Checa en la cerradura. Un hombre mira detenidamente por la ventana entre el desorden causado en el interior por los asaltantes. Su gorro del Ejército Rojo no oculta las recientes cicatrices en su cabeza. Con sorpresa reconozco a Stepan, mi amigo soldado de Petrogrado. Fue herido durante la campaña de Kronstadt, me informa, los hospitales de Petrogrado estaban abarrotados, y fue enviado a Moscú. Le acaban de dar el alta, pero está tan débil que apenas es capaz de andar.

—Cruzamos el Neva de noche, relata; todo lo que nos rodeaba era blanco y como unos fantasmas no podría distinguirnos entre la nieve del helado río. Algunos de los chicos no querían avanzar, me miró significativamente. Los destacamentos comunistas a nuestra retaguardia tiraban con sus ametralladoras sin ningún titubeo. La artillería disparaba a nuestros flancos; algunos tiros se quedaron cortos, rompiendo el hielo justo frente a nosotros. En un relámpago compañías enteras desaparecían, con sus armas, hundiéndose todos en lo profundo. Fue una noche terrible. Hizo una pausa momentánea; entonces, acercándose, me susurró: En Kronstadt comprendí la verdad. Nosotros éramos los contrarrevolucionarios.

El Club Universalista en la Tverskaia está desierto, sus miembros más activos encarcelados desde los sucesos de Kronstadt. Anarquistas de varios lugares han sido traídos a la ciudad, y se encuentran ahora en las cárceles de Butirki y Taganka. Ante el creciente descontento obrero, se producen diversas represalias contra los elementos revolucionarios y la Oposición Comunista Obrera, que exigían una democracia proletaria.

La situación impide la labor del Comité Conmemorativo de Piotr Kropotkin, por cuyo motivo me había trasladado a la capital. El Soviet de Moscú había aprobado una resolución para ayudar a *Golos Truda* en la edición de las obras completas del gran pensador anarquista, pero el Gobierno cerró el establecimiento. El Soviet también donó la casa en donde nació Kropotkin

como sede para el Museo, pero todo intento por conseguir que el sitio lo desocupe la organización comunista que actualmente la ocupa ha fracasado. La actitud oficial anula todos nuestros esfuerzos.

15 de abril.— Hoy hay visitantes inesperados. Estaba sentado en mi habitación (en el apartamento de una familia en el callejón Leontievski) cuando un funcionario entró, acompañado por el portero de la casa y dos soldados. Se presentó como agente del recién constituido departamento para la mejora del modo de vida de los trabajadores, y no pude evitar una sonrisa cuando solemnemente me informó de que la campaña en beneficio del proletariado está dirigida por la Checa. Las mejores habitaciones deben estar a disposición de los trabajadores, anunció; mi cuarto está entre los que deben ser requisados para dicho fin. Tenía que desalojar en menos de veinticuatro horas.

Con total comprensión hacia su orden, llamé la atención del funcionario ante la absoluta imposibilidad de conseguir algún sitio para dormir en tan poco tiempo. El permiso y las asignaciones se deben primero obtener en la Oficina de Alojamiento, un procedimiento que al menos toma una semana; a menudo requiere meses. Sin dignarse a darme una respuesta el de la Checa entró en el vestíbulo; abriendo la primera puerta a su alcance, dijo de forma seca:

—Puede quedarse aquí mientras tanto.

Una ráfaga de vapor jabonoso se propagó entre nosotros. A través del vapor distinguí una cama, una pequeña mesa, y una mujer inclinada sobre una palangana.

—*Tovarishtch*, aquí vive..., comentó el portero de la casa con timidez.

—Es suficientemente grande para dos, replicó el funcionario.

—Pero está ocupada por una mujer, protesté.

—Se las arreglará de alguna manera, se rio de forma grosera.

Varios días en la Oficina de Alojamiento no dan ningún resultado. Sin embargo, pasa una semana, luego otra, y ningún inquilino viene a solicitar mi habitación. El departamento para la mejora del modo de vida de los

trabajadores, al parecer está más interesado en requisar alojamientos ocupados que en ponerlos a disposición de los proletarios. Sólo con la influencia en las altas esferas o con un regalo generoso se consiguen favores²²⁷.

De improviso, un amigable comunista viene al rescate. Se llega al acuerdo de que mi cuarto sea asignado a la Comisión Conmemorativa de Kropotkin como oficina: siendo el secretario, me permiten conservarlo como mi residencia.

30 de abril.— Aciagos rumores circulan por la ciudad. Se dice que trescientos presos políticos han desaparecido de la prisión Butirki. Se cuenta que fueron sacados a la fuerza de noche; algunos ejecutados. La Checa niega esta información.

Pasan varios días de tortuosa incertidumbre; muchos de mis amigos están entre los desaparecidos. La gente que vive en los alrededores de la prisión habla de gritos espantosos que se oyeron esa noche y sonidos de una lucha desesperada. Las autoridades declaran un absoluto desconocimiento al respecto.

Poco a poco los hechos comienzan a filtrarse. Se ha sabido que mil quinientos presos no políticos habían declarado una huelga de hambre en Butirki como protesta por las malas condiciones higiénicas. Las celdas estaban abarrotadas e indescriptiblemente asquerosas, las puertas cerradas incluso de día, las cubetas para las necesidades rara vez vaciadas, envenenando el aire con hedores fétidos. La comisión sanitaria había advertido a la administración del inminente peligro de una epidemia, pero sus recomendaciones fueron ignoradas. Entonces estalló la huelga. Al cuarto día algunos presos se pusieron histéricos. Gritos sobrenaturales y el traqueteo de puertas de hierro sacudieron la prisión durante horas, despertando al barrio alarmado por el alboroto. Los presos políticos no participaron en la manifestación. Segregados en un ala separada, habían logrado algunas concesiones por la acción colectiva. Su situación era mucho más tolerable que la de los presos comunes. Pero su sentido de parentesco humano les llevó a interceder. Sus protestas finalmente indujeron a la Checa a aceptar las demandas de los huelguistas de hambre solamente y a prometer una solución inmediata. Acto seguido los

comunes terminaron con su protesta, y el incidente aparentemente quedó zanjado.

Pero unos días después, en la noche del 25 de abril, un destacamento de soldados y hombres de la Checa irrumpió de pronto en la prisión. Una a una las celdas de los presos políticos fueron atacadas, los hombres golpeados y las mujeres arrastradas por el pelo hasta el patio, la mayoría con sus ropas de dormir. Algunas de las víctimas, temiendo que serían llevadas para ejecutarles, se resistieron. Las culatas de los rifles y revólveres les hicieron callar. Vencidos, les metieron en unos coches y les llevaron a la estación de ferrocarril.

La investigación del Soviet de Moscú acaba de saber que los presos políticos secuestrados, que constan de mencheviques, socialistas revolucionarios de derecha e izquierda, y anarquistas, han sido aislados, rigurosamente incomunicados, en las más temidas prisiones zaristas de Riazan, Orlov, Yaroslavl y Vladimir.

Junio.— Se están llevando a cabo apresurados preparativos para el recibimiento de las delegaciones extranjeras. El Congreso del Komintern (Internacional Comunista) y la primera Conferencia de los Sindicatos Rojos se celebrarán de forma simultánea.

La ciudad está engalanada para la fiesta. Banderas rojas y pancartas decoran los edificios oficiales y las residencias de los bolcheviques destacados. Se recoge de las calles la basura acumulada durante meses; enjambres de niños vendedores ambulantes son arrestados; los mendigos han desaparecido de sus lugares acostumbrados, y la Tverskaia está limpia de prostitutas. Las calles principales están adornadas con consignas revolucionarias y carteles de colores ilustran el triunfo del comunismo.

En el Hotel Luxe, la lujosa posada de la capital, están alojados los representantes influyentes de los partidos comunistas extranjeros. La calle de enfrente está llena de coches; reconozco el Royce de Karakhan y el coche de Zinóviev de los garajes del Kremlin. Organizan frecuentes viajes a los lugares de interés histórico y las mecas bolcheviques, siempre bajo la guía de asistentes e intérpretes elegidos por la Checa. Dentro hay una atmósfera de febril actividad. La radiante sala del banquete está atestada. Los

aterciopelados cojines y el brillante decorado de la sala de fumadores dan descanso a los delegados del proletariado occidental.

En la acera frente al hotel, mujeres y niños merodean por las entradas. De manera furtiva ven a los soldados descargar enormes barras de pan de un camión. Unos cuantos trozos caen al suelo; los pilluelos saltan como una flecha debajo del camión en un barullo frenético.

Todo el tráfico está suspendido por la Plaza del Teatro. Soldados con uniformes nuevos y botas pulidas y policías montados, forman una doble cadena alrededor de la gran plaza, bloqueando completamente el acceso. Sólo se permite la entrada al Gran Teatro a los titulares de una tarjeta especial, con foto y correctamente certificada. El Congreso del Komintern está reunido.

4 de julio.— Un discurso políglota invade mi habitación muy temprano por la mañana. Los delegados de tierras lejanas convocan para hablar de Rusia y la revolución. Como en un sueño visionan la gloria de revelación y están plenos de admiración por los bolcheviques. Con intenso fervor hablan extensamente de los maravillosos logros del comunismo. Como un escalpelo amellado, su ingenua fe corta mi corazón donde sangrando yacen mis mayores esperanzas, las esperanzas de mis primeros días en Rusia, desfloradas y malogradas por la mano despiadada de la dictadura.

Más optimistas y confiados son los últimos en llegar, aislados en la atmósfera del Luxe y completamente desconocedores de la vida y el pensamiento del pueblo. Fascinados e intimidados, se maravillan de la genialidad del Partido y su asombroso éxito. La tiranía y la opresión en Rusia son cosas del pasado, creen; las masas son libres, por primera vez en los anales del hombre. La ignorancia y la pobreza, la maligna herencia del zarismo y la larga guerra civil, pronto será superada, y la abundancia será un derecho de nacimiento de todos en la tierra donde los desheredados se han convertido en los amos de la vida.

De vez en cuando en el debate una nota discordante suena por la Nueva Política Económica. La desviación aparente de los principios declarados es desconcertante. ¿No supone esto la amenaza del retomo del capitalismo? Una sonrisa de benévola superioridad desdeña al tímido interrogador. La NEP es un

ingenioso camuflaje, asegura. No tiene ninguna importancia en particular, como mucho, es un recurso temporal, una especie de Brest—Litovsk económico, para ser barrido al primer estallido de revolución en Occidente.

Los más reflexivos entre los delegados se molestan. La vida en la Rusia revolucionaria les recuerda mucho a sus países: unos están bien alimentados y bien vestidos, otros hambrientos y en harapos; el sistema de salarios continúa, y todas las cosas pueden ser compradas y vendidas. Excusándose, casi con aires de culpabilidad, expresan su aprensión frente a la legalización del comercio lo que podría fomentar la psicología del comerciante, cosa que Lenin siempre insistió en destruir. Pero con resentimiento, se aterrorizan cuando un visitante hindú sugiere que la Checa, al parecer, había incitado a los campesinos a tomar las riendas ellos mismos.

Día a día se discute sobre los problemas de la revolución, con una mayor comprensión sobre las causas que llevaron al gran desvío de la senda marcada en octubre de 1917. Sin embargo, las apremiantes necesidades del presente centra toda la atención.

—Aunque sindicalistas, nos hemos unido a la Tercera Internacional, anuncia el delegado español; creemos en el deber de todos los revolucionarios a cooperar con los bolcheviques en este período crítico.

—Ellos no nos dejarán, contesta uno de los rusos.

—Todos pueden ayudar a la reconstrucción económica, insta el español.

—¿Usted cree?, pregunta un trabajador de Petrogrado. ¿No se ha enterado de las grandes huelgas del pasado invierno, verdad? La escasez de leña era el principal motivo del problema, y los propios comunistas eran culpables de ello.

—¿Cómo fue?, pregunta un delegado francés.

—Los métodos bolcheviques habituales. Un hombre de conocida capacidad organizativa estaba al frente del departamento de combustible de Petrogrado. ¿Su nombre? No importa, él es un viejo revolucionario que pasó diez años en Schlüsselburg bajo el antiguo régimen. Mantuvo la ciudad con suministros de madera y carbón; incluso organizó una sucursal en Moscú con el mismo

objetivo. Estaba rodeado de hombres eficientes; muchos de los exiliados norteamericanos estaban entre ellos, y tuvieron éxito donde antes había fracasado el Gobierno. Pero un día Dzerzhinski²²⁸ consideró que al administrador de combustible se le habían dado demasiadas concesiones. La sucursal de Moscú fue clausurada, y en Petrogrado se nombró a un comisario político por encima de él, impidiendo e interfiriendo en su trabajo. La escasez fue el resultado.

—¿Pero por qué? ¿Por qué hicieron eso?, exclaman varios delegados.

—Era anarquista.

—Debe haber habido un malentendido, sugiere el australiano.

—Es la política de los comunistas en todo el país, dice el ruso con tristeza.

—Amigos, olvidemos los errores pasados, suplica el francés. Estoy seguro de que un mayor acercamiento entre el Gobierno y los elementos revolucionarios es posible. Hablaré con Lenin al respecto. Nosotros en Francia no vemos ningún motivo para esta lucha. Todos los revolucionarios deberían trabajar juntos con los bolcheviques.

—La mayoría está en prisión, comenta con amargura un antiguo marinero.

—No me refiero a los que tomaron las armas contra la República, replica el francés. La contrarrevolución, como la de Kronstadt, debe ser aplastada, y...

—No repita las mentiras bolcheviques, interrumpe el marinero con vehemencia. Kronstadt luchaba por los Soviets Libres.

—Sólo sé lo que oí de los camaradas comunistas, sigue el francés. Pero estoy convencido de que todos los verdaderos revolucionarios, como los revolucionarios socialistas de izquierda, anarquistas y sindicalistas tendrían que trabajar juntos con el Partido Comunista.

—Casi todos ellos en la cárcel, repite el hombre de Petrogrado.

—¡Imposible!, protesta el delegado español. Los comunistas me han asegurado que únicamente los bandidos y los contrarrevolucionarios están en la cárcel.

Una mujer pequeña y delgada, con una chaqueta descolorida entra a toda prisa en la habitación. Está muy agitada y pálida.

—Camaradas, anuncia, los trece anarquistas en Taganka han empezado una huelga de hambre. Con voz temblorosa añade: hasta la muerte.

9 de Julio.— Ha aumentado la oposición en el Congreso Sindical contra el dominio del Komintern. Todos los asuntos importantes serán primero decididos por este último antes de someterlos a los sindicalistas. Los delegados se molestan por los métodos autocráticos del presidente comunista; la injusta distribución de votos es una fuente de constante fricción. Se acusa a los bolcheviques de empaquetar el Congreso con delegados de países que no tienen un movimiento obrero. Una atmósfera de desilusión y amargura impregna las sesiones. La delegación francesa amenaza con marcharse.

Algunos miembros alemanes, suecos y españoles están confusos con la situación general. Han entrado en contacto con las condiciones reales; han sentido el espíritu de descontento popular y han vislumbrado el abismo entre las proclamas comunistas y la realidad. Las huelgas de hambre de los presos políticos en Moscú, Petrogrado y otras ciudades se han vuelto un asunto de enorme preocupación. Los prisioneros están desnutridos y agotados; la desesperada decisión pone en peligro sus vidas. Sería un crimen permitir semejante tragedia. Además, su protesta está justificada. En contra de la Constitución soviética, los presos políticos han estado en prisión durante meses, alguno incluso años, sin cargos contra ellos.

Los delegados extranjeros proponen llamar la atención del Congreso respecto a esto. Se negarán a cooperar con los bolcheviques, afirman, mientras sus compañeros permanezcan en prisión sin ningún motivo. Temiendo una seria ruptura, algunos delegados consiguieron una audiencia con Lenin. Este declaró que el Gobierno no toleraría oposición alguna; las huelgas de hambre no pueden apartarle de su objetivo, aunque todos los presos políticos decidieran morirse de hambre. Pero estaría de acuerdo en deportar a los prisioneros anarquistas de Rusia, dice. El asunto debe ser inmediatamente sometido al Comité Central del Partido.

10 de julio.— Octavo día de la huelga de hambre de Taganka. Los hombres están muy débiles; la mayoría incapaces de andar; varios padecen problemas de corazón. El joven estudiante Sheroshevski se está consumiendo hasta fenercer.

El Comité Central ha tomado medidas por sugerencia de Lenin. Se ha constituido un comité conjunto de representantes del Gobierno y los delegados extranjeros para fijar las condiciones para la liberación y deportación de los anarquistas. Pero hasta ahora las asambleas no han dado ningún resultado. Dzerzhinski y Unshlikht²²⁹, que actúan como jefes de la Checa, afirman que no hay verdaderos anarquistas en las prisiones; solamente bandidos, declaran ambos. Hacen que la presión de la situación recaiga sobre los delegados al exigirles que presenten una lista completa de los que serán liberados. Los delegados piensan que el asunto está siendo saboteados para ganar tiempo hasta que finalice el Congreso Sindical.

13 de julio.— Finalmente hemos tenido éxito al celebrar una reunión esta tarde. Trotski estuvo ausente, ocupado su lugar por Lunacharski como representante del Partido. La conferencia tuvo lugar en el Kremlin.

Unshlikht, un joven bajo y rechoncho, de rasgos oscuros y taciturnos, expresaba en todos sus gestos resentimiento por la interferencia extranjera en su esfera. No habló directamente con los delegados, sólo se dirigió a Lunacharski. Su franca y desagradable descortesía afectó a los extranjeros, y la reunión fue llevada de una manera formal y forzada. Después de una larga pelea, el Comité llegó a un acuerdo, dando lugar al siguiente comunicado enviado a los prisioneros:

Camaradas, en vista del hecho de que hemos llegado a la conclusión de que su huelga de hambre no podrá lograr su liberación, por la presente les aconsejamos que cejen en su empeño.

Al mismo tiempo les informamos de que una propuesta en firme nos ha sido hecha por el Camarada Lunacharski, en nombre del Comité Central del Partido Comunista. Esta es:

1. Todos los anarquistas en las cárceles de Rusia, y que se encuentren ahora mismo en huelga de hambre, podrán irse a cualquier país que ellos elijan. Se les facilitará pasaporte y dinero.
2. Con respecto a otros anarquistas presos o que no se encuentren en prisión, la decisión será tomada mañana por el Partido. En opinión del camarada Lunacharski la decisión en este caso será similar a la anterior.
3. Unshlikht no ha dado la promesa certificada de que se permitirá a las familias de los camaradas ir con ellos si así lo desean. Por razones de seguridad tendrá que transcurrir algún tiempo antes de que esto se pueda hacer.
4. Se liberará a los camaradas que se vayan al extranjero dos o tres días antes de su marcha para permitirles arreglar sus asuntos.
5. No podrán volver a Rusia sin el consentimiento del Gobierno soviético.
6. La mayoría de estas condiciones están contenidas en la carta recibida por esta delegación del Comité Central del Partido Comunista, firmada por Trotski.
7. Los camaradas extranjeros han tenido la autorización para procurar que estas condiciones sean llevadas a cabo correctamente.

(Firmas)

ARLANDIS²³⁰, LEVAL²³¹, España
SIROLLE²³², MICHEL²³³, Francia
A. SHAPIRO²³⁴, Rusia

Es correcto lo anterior.

(Firmado)

LUNACHARSKI.
Kremlin, Moscú,

13/VII/1931.

Alexander Berkman rehúsa firmar, porque:

- a. Se opone a la deportación por cuestiones de principio;
- b. Considera que la carta es una reducción arbitraria e injustificada de la propuesta original del Comité Central, según la cual se permitía a todos los anarquistas abandonar Rusia;
- c. Pide más tiempo en libertad para los que serán liberados, para que puedan recuperarse antes de la deportación.

14 de julio.— La huelga de hambre ha terminado anoche. Los prisioneros esperan ser liberados de un momento a otro. Sumamente debilitados y muy nerviosos después de once días de huelga.

El ataque de Bujarin llegó como un obús para los anarquistas al cierre del Congreso Sindical. Aunque no era un delegado, subió a la tribuna y en nombre del Partido Comunista acusó a los que estaban en huelga de hambre de contrarrevolucionarios. Todo el movimiento anarquista de Rusia, declaró, está formado por bandidos en guerra contra la República Soviética; lo mismo pasa con Makhno y sus *povstantsi*, que están aniquilando a comunistas y luchan contra la revolución.

La sesión estalló en un alboroto. La mayoría de los delegados se molestaron por esta mala fe en vista del tácito acuerdo para eliminar el tema del Congreso. Pero el presidente se negó a permitir réplica alguna, dando el asunto por zanjado. Una tormenta de indignación sacudió el lugar.

La insistencia del Congreso finalmente forzó una réplica, y un delegado francés intervino para responder a las acusaciones de Bujarin. En nombre de la revolución protestó solemnemente contra la siniestra diplomacia maquiavélica de los bolcheviques. Atacar a la oposición al cierre del Congreso, sin oportunidad de defensa, declaró, ha sido un acto de perfidia indigna de un partido revolucionario. Su único objetivo era influenciar a los delegados que se marchan para ponerles en contra de la minoría revolucionaria y justificar la

persecución política continuada; su obvio objetivo era anular los esfuerzos conciliatorios del Comité Conjunto.

10 de agosto.— Pasan días y semanas; los presos políticos aún siguen en prisión. Las reuniones del Comité Conjunto han cesado prácticamente; los representantes del Gobierno en raras ocasiones se ven obligados a asistir. Las promesas de Lenin y Lunacharski no se han cumplido. La Checa ha invalidado la resolución del Comité Ejecutivo del Partido.

Los Congresos se han clausurado, y la mayoría de los delegados se han marchado.

17 de septiembre.— Al mediodía de hoy, los que estaban en huelga de hambre han sido liberados de Taganka, dos meses después de que el Gobierno hubiera prometido su puesta en libertad. Los hombres se ven exhaustos y viejos, marchitos por la angustia y la penuria. Están bajo vigilancia y se les ha prohibido reunirse con sus camaradas. Se dice que pasarán semanas antes de que puedan abandonar el país. No se les permite trabajar y no tienen ningún medio de subsistencia²³⁵. La Checa declara que ningún otro preso político será liberado. Arrestos de revolucionarios tienen lugar en todo el país.

30 de septiembre.— Compungido busco un banco familiar en el parque. Aquí la pequeña Fania se sentaba a mi lado. Su rostro miraba el sol, todo su ser radiante de idealismo. Su risa plateada sonaba con la alegría de la juventud y la vida, pero temía por su seguridad a medida que se aproximaba.

—No temas, me tranquilizaba, nadie me reconocerá con mi disfraz de campesina.

Ahora ella está muerta. Ejecutada ayer por la Checa por bandidaje²³⁶.

Grises son los días que pasan. Uno a uno han muerto los resoldos de esperanza. El terror y el despotismo han aplastado la vida que nació en octubre. Los lemas de la Revolución han sido pisoteados, sus ideales ahogados en la sangre del pueblo. La vitalidad de ayer está condenando a millones a la muerte; la sombra de hoy cubre como un manto negro el país. La dictadura pisotea a las masas bajo sus botas. La revolución ha muerto; su espíritu clama en el desierto.

El tiempo ha puesto en su lugar a los bolcheviques. La hipocresía debe ser desenmascarada, han salido a la luz los pies de barro del ídolo que ha seducido al proletariado internacional llevándole a terribles falsas esperanzas. *El mito bolchevique* debe ser destruido.

He decidido abandonar Rusia.

Notas capítulo XXXIX

226. Abreviatura popular de New Economic Policy (Nueva Política Económica) que restablece el capitalismo. Se aprobará en el Décimo Congreso de Soviets en la época de Kronstadt.

227. Varios meses después todo el Departamento de Alojamiento de Moscú, compuesto de varios cientos de agentes y comisarios jefes, fue arrestado por corrupción.

228. Feliks Edmundovich Dzerzhinski. Comunista polaco, nacerá en 1877, vinculándose al movimiento revolucionario desde 1895. Pasará en distintas ocasiones por la cárcel, la deportación a Siberia y el exilio. Detenido en 1913, permanecerá en la cárcel, en donde recibirá continuas torturas, hasta 1917 que con la revolución es liberado. De posiciones socialdemócratas transitará hacia el bolchevismo apoyando plenamente a Lenin, de quien recibirá el encargo de crear un organismo para acabar con la disidencia interna, lo que daría lugar a la todopoderosa Checa. Dzerzhinski impondrá un régimen de terror en el país con miles de muertos y, aunque con el final de la guerra civil, se suprime formalmente la Checa, como Ministro de Interior continuará controlando la nueva organización policial, la GPU. Dzerzhinski morirá en 1936 de un ataque al corazón tras un discurso de más de dos horas en donde denunciaba la labor contrarrevolucionaria de Trotski, Zinóviev y otros.

229. Iósif Unshlikht. De origen polaco, nace en 1879 y en 1900 formará parte del Partido Social Demócrata desde donde irá evolucionando hacia posiciones bolcheviques. Desterrado a Siberia en 1907, será liberado con la revolución, asumiendo el control de la Guardia Roja y distintos cargos dentro del Ejército Rojo. Será uno de los firmantes del manifiesto constituyente de la Internacional Comunista. Actuará como vicepresidente de la Checa entre 1921 y 1923 para posteriormente encabezar distintas misiones diplomáticas internacionales. Morirá en 1938 producto de las purgas estalinistas.

230. Hilario Arlandis Esparza. Nace en 1888 e iniciará su militancia política en el sindicato CNT en la zona de Valencia. Hacia 1919 será nombrado delegado de la representación de la CNT en la Tercera Internacional y al congreso de la Internacional Sindicalista Roja en Moscú. Será uno de los representantes de la línea comunista que se había infiltrado dentro de la organización anarcosindicalista, lo que explicará que a su regreso, defendiera a capa y espada en la Conferencia de Zaragoza de 1922 la incorporación de la CNT a la Internacional comunista. Al salir derrotadas sus tesis, junto a Maurín, intentará crear una corriente crítica dentro del sindicato, procediendo a publicar su propio órgano, *La Lucha Obrera*, caracterizado por los constantes ataques a la CNT y al anarquismo. El periodo de clandestinidad de los años 20 permitirá que continuara dentro de la organización hasta el Congreso de 1931, ya bajo el régimen republicano, en donde será expulsado del sindicato. A

partir de entonces, gravitará en la órbita trotskista para finalmente incorporarse al PSUC. Morirá durante la Guerra Civil, en 1939.

231. Gastón Leval, uno de los muchos pseudónimos empleados por el francés Pierre Piller. Hijo de un comunero de París, nace en 1895 y, ante la inminente movilización durante la Primera Guerra Mundial, decide exiliarse a España en 1915, en donde actuará activamente dentro del movimiento libertario hasta el punto que será designado como delegado de los Grupos Anarquistas al congreso de la Internacional Sindicalista Roja y a la III Internacional. Regresará de Rusia en 1921, presentando su informe en la conferencia de la CNT en Zaragoza en 1922. Durante la guerra civil española, intentará dejar constancia de la labor de colectivización llevada a cabo por el movimiento anarcosindicalista, y al final de la contienda huye a Francia en donde es detenido y encarcelado como desertor. Logrará escapar y se mantendrá en la clandestinidad hasta 1951 en que es amnistiado. Entre 1955 y 1976 editará la revista *Cahiers de L'Humanisme Libertaire*, muriendo en 1978.

232. Henri Sirolle, nacido en 1886, será un anarcosindicalista francés "versátil". Apoyará la creación de la cooperativa de la CGT Cinéma du Peuple entre 1913 y 1914. Secretario de la Federación de Ferroviarios desde 1920, participará en el congreso de la constitución de la Internacional Sindicalista en Rusia. Terminaría trabajando para Petain en 1941 asumiendo la dirección general del Secours National.

233. Michel Kneller (utilizaba los pseudónimos de Relenque, Relenk o Terrassier). De profesión, albañil, poco más se sabe sobre él. Inicialmente en Moscú mantendrá una posición de independencia de los sindicatos aunque tras una entrevista con Lenin y Zinóiev, cambiará de postura, transformándose en un simpatizante comunista.

234. Alexander M. Shapiro. Nace en 1882 en Rotov y pronto su familia se traslada a Turquía, iniciando su interés por el anarquismo desde muy joven. Finalmente, terminará residiendo en Londres, en donde jugará un papel muy activo en la Federación Anarquista a través del grupo Arbeter Fraynd. Participará en el Congreso de Ámsterdam (1907), siendo designado como uno de los tres secretarios que debían gestionar la Internacional Anarquista. Aunque se posicionará en contra del manifiesto redactado por Kropotkin y otros a favor de los aliados en la Primera Guerra Mundial, será de los pocos anarquistas que no romperá su amistad con el mismo. Con la Revolución, se traslada inmediatamente a Rusia, poniéndose a trabajar en el periódico *Golos Truda* y siendo de los anarquistas que defenderán la colaboración con los bolcheviques; sin embargo, el propio devenir de la revolución le obligará a exiliarse a Alemania y a Francia hacia 1922, siendo a partir de entonces uno de los impulsores de la fundación de la AIT. Finalmente se trasladará a Nueva York, en donde morirá en 1946.

235. No será hasta enero de 1922 cuando los anarquistas liberados de Taganka fueran deportados a Alemania.

236. Fanya Baron y Lev Tchomi, poeta y autor anarquista, fueron ejecutados junto con otros ocho presos por la Checa de Moscú en septiembre de 1921.

ANEXO

El “anti—climax”. El capítulo final de mi diario ruso *El mito bolchevique*

Una explicación

Mi trabajo sobre Rusia, *El mito bolchevique*, que acaba de ser publicado por la editorial Boni & Liveright, New York, es una narración impersonal sobre la Revolución rusa, un informe diario de mis dos años de estancia en ese país (enero de 1930—diciembre de 1931). Es un relato de los hechos y experiencias actuales, sin generalizaciones ni deducciones teóricas.

Mis reacciones subjetivas y las lecciones que aprendí de la revolución, las resumí en el capítulo final. Sin embargo, el Sr. Liveright rechazó este capítulo por ser decepcionante²³⁷ desde un punto de vista literario e insistió en dejarlo fuera del libro.

Preocupado por dar mi libro al público, consentí a su requerimiento. Sin embargo, aunque por mucho que esté interesado en la literatura, considero que la Revolución rusa y sus lecciones son más importantes que una perfecta escritura. En cierto sentido, la actual Rusia es de hecho una decepción frente a las aspiraciones revolucionarias de 1917. Lo más importante es dilucidar las causas que llevaron al debacle de la revolución. Estas causas son analizadas en el capítulo desaparecido. He decidido, por lo tanto, publicarlo en este folleto, para que los lectores comprendan perfectamente *El mito bolchevique* y para hacerme justicia a mí mismo.

Berlín, enero de 1935.

Alexander Berkman.

Prefacio

Varias circunstancias han retrasado la aparición de mi trabajo sobre Rusia. Aunque hace referencia a las condiciones existentes hace dos años, el libro es una descripción de la actual Rusia tanto como lo era antes.

El mito bolchevique cubre el periodo del comunismo militar y el triunfo de la NEP, la nueva política económica introducida por Lenin en 1921. La NEP ha permanecido vigente desde entonces, a pesar de las variaciones en su aplicación, ora vacilando, ora enérgicamente intensiva. La denominada NEP no es nada más que la introducción del capitalismo en Rusia, tanto estatal como privado, conllevando concesiones a los capitalistas extranjeros, la cesión de fábricas e incluso de toda una industria a individuos privados o corporaciones. En pocas palabras, un nuevo capitalismo entre algodones, una mezcla entre un monopolio estatal y negocios privados.

Salvo por algunos cambios menores, más aparentes que reales, que mucho entusiasmaron a ciertas delegaciones de trabajadores y otros visitantes ingenuos de Rusia que no estaban familiarizados con la situación del país, las actuales condiciones son esencialmente como se describen en mi trabajo.

En su apariencia externa, algunas de las grandes ciudades, tales como Petrogrado y Moscú, han mejorado. Las calles principales tienen una apariencia de limpieza, algunos edificios han sido reparados, los tranvías y el servicio eléctrico es más satisfactorio y fiable. La vida está mejor regulada y ha asumido formas más normalizadas en comparación con las condiciones completamente desorganizadas y caóticas de 1920—1921.

Sin embargo, en la actualidad, la existencia cotidiana de la gente no viene condicionada por estos cambios superficiales, ni estas son en sentido simbólico, la verdadera esencia y calidad del régimen bolchevique.

Para comprender el verdadero ser de un país, uno debe mirar en su corazón, en sus canales de existencia más básicos que están determinados y se reflejan en las condiciones políticas, económicas y culturales.

En la esfera de la vida política, la dictadura comunista mantiene el *statu quo* de los años iniciales. En realidad, el sentido despótico del gobierno ha sido más intenso, más usual, como ocurría cuando las potencias actuaban contra Rusia. Es más sistemático y organizado, aunque esté menos justificado, que entre 1919 y 1921. En esos momentos era el momento de la invasión extranjera, del bloqueo y de la guerra civil. Solemnemente, los bolcheviques mantenían la promesa en esos momentos que la política de terror y persecución cesaría tan pronto como Rusia estuviera a salvo de la intervención y los ataques militares. La solidez de estas promesas y esperanzas explica que las grandes masas rusas, así como la mayoría de los elementos revolucionarios, cooperaran con el Gobierno soviético, esperando que la unidad de todas las fuerzas salvara la revolución de sus enemigos internos y externos.

Llegó el momento en que las potencias extranjeras dejaron de intervenir, el bloqueo fue levantado y los frentes fueron cerrados con la derrota final de las fuerzas de Wrangel. La guerra civil llegó a su fin, aunque la política de terror y represión de los bolcheviques no sólo se mantuvo, sino que fue a más. Engañadas en sus expectativas, las masas comenzaron a rechazar más profundamente el Gobierno Comunista. El grado de insatisfacción se mostró activamente en varias zonas del país, en el Este, en el Sur y en Siberia, que culminaría finalmente en el levantamiento en Kronstadt de los marineros, soldados y obreros. Lenin se vio obligado a hacer concesiones. Tenía que decidir entre dar al pueblo libertad o capitalismo, eligiendo esto último, naciendo la NEP. Se mantuvo la dictadura de un pequeño grupo de dirigentes comunistas, el círculo más interno del Comité Ejecutivo del Partido Comunista. Los bolcheviques temían dar libertad al pueblo pues eso podría suponer poner en peligro su exclusivo monopolio del Estado. La consigna de Lenin y, por lo tanto, del Partido era: cederemos cualquier cosa menos la más pequeña porción de nuestro poder. La dictadura, que en la actualidad está en manos de un triunvirato (Stalin, Zinóviev, Kámenev), es tan absoluta como en los días de Lenin. De hecho, se ha vuelto más exbaustiva y sistemática, a pesar de las condiciones del país más normalizadas y asentadas. La todopoderosa mano de la dictadura llega incluso hasta la cúspide del partido, suprimiendo a Trotski, abogando al Grupo Obrero, y poniendo fuera de la ley a toda el ala izquierda del Partido Comunista en Ucrania. Cada signo de opinión política

independiente, cada intento de crítica es reprimido despiadadamente. Las temibles celdas de la Checa especial, las antiguas prisiones del Zar y las nuevas casas de privación de libertad están abarrotadas. Las mazmorras y campos de concentración del frío norte de Siberia, de las desérticas Turkestan, Arkhangelsk y Solovetski, mantienen miles de prisioneros políticos, de intelectuales, de obreros arrestados por atreverse a ponerse en huelga, de campesinos que protestaban contra los insoportables impuestos, de no comunistas sospechosos de poca confianza política. En la colección de documentos rusos en mi posesión hay algunos que fueron entregados por la Checa a los prisioneros, en donde se declara que habían sido arrestados por pertenecer al Partido Socialista Sionista. La importancia de tal cargo es más elocuente cuando se considera que el Partido Socialista Sionista sólo exigía una cosa tan revolucionaria, o contrarrevolucionaria, como era que la Constitución soviética fuera respetada.

Todavía los bolcheviques pretenden que los únicos que son perseguidos en Rusia son aquellos que han tomado las armas contra el Gobierno soviético o aquellos que activamente han participado en los complots contrarrevolucionarios.

Es suficiente para caracterizar la actual situación en Rusia señalar el hecho de que ninguna publicación política está permitida, salvo los periódicos y revistas del comunismo ortodoxo. Incluso la posesión de una publicación revolucionaria no comunista, editada en el extranjero, es castigada con el encarcelamiento y el exilio.

Es una profunda incomprendión de la situación denominar a Rusia como una dictadura del proletariado, ya que los obreros están más esclavizados políticamente y más explotados en Rusia que en cualquier otro país. Ni incluso es la dictadura del Partido Comunista, ya que sus bases están sometidas a una completa sumisión al Kremlin como el resto de la población. Rusia en la actualidad, como en época de Lenin, es una dictadura de una pequeña camarilla, denominada como “buró político” del Comité Ejecutivo del Partido, con Stalin, Zinóviev y Kámenev como actuales y exclusivos amos de todo el país con su más de cien millones de habitantes.

La política de terror reprimió completamente cualquier muestra de libre expresión. Ha suprimido los soviets como la voz de las necesidades y aspiraciones del pueblo. Se ha transformado a las organizaciones obreras en departamentos ejecutivos comunistas, transmitiendo sumisamente las órdenes del gobierno.

En la vida cultural y social del país, al igual que en el terreno industrial y económico, el efecto de la dictadura ha sido una inevitable depresión y estancamiento. El moderno desarrollo industrial no es compatible con un absoluto despotismo. Un cierto grado de libertad, de seguridad personal, y de derecho a desarrollar iniciativas personales y energías creativas son unos prerequisitos necesarios para el progreso económico. Sólo la más radical transformación del carácter de la dictadura comunista, de hecho, su abolición, puede sacar a Rusia de este cenagal de tiranía y miseria.

En el colmo de la tragedia, el socialismo bolchevique, enredado en una lógica antítesis, sólo puede aportar al mundo de hoy, tras siete años de revolución, nada más que una profundización de los males de un sistema cuyas contradicciones dieron lugar al socialismo.

Lecciones de *El mito bolchevique*

I. Mi actitud personal y mis reacciones

Desde mi más temprana juventud, la revolución, la revolución social, era la gran esperanza y el sentido de mi vida. Significaba para mí el Mesías que liberaría al mundo de la brutalidad, la injusticia y la maldad, y marcaría el camino de la regeneración de la fraternidad humana, viviendo en paz, libertad y armonía.

Sin exagerar, puedo decir que el día más feliz de mi existencia lo pasé en la celda de la prisión. Fue el día en que me llegaron a la Penitenciaría Federal de Atlanta las primeras noticias de la Revolución de Octubre y el triunfo de los bolcheviques. La oscuridad de mi calabozo se iluminó con la gloria del sueño convertido en realidad. Los barrotes de acero se fundieron, los muros de piedra desaparecieron y anduve sobre el vellín de oro del ideal realizado.

Entonces siguieron unas semanas y meses de inquietud, viviendo entre la agitación de la esperanza y el temor, temor a que la reacción pudiera aplastar la revolución, esperanza de alcanzar la tierra prometida.

Y al final llegó el día por tanto tiempo esperado, y estaba en la Rusia soviética. Llegué exultante por la revolución, lleno de admiración frente a los bolcheviques, y eufórico por la alegría del trabajo útil que me aguardaba en medio del heroico pueblo ruso.

Sabía que los bolcheviques eran marxistas, defensores de un Estado centralizado el cual, yo, como anarquista, rechazaba en principio. Sin embargo, había colocado la revolución por encima de cualquier teoría, y me parecía que los bolcheviques harían lo mismo. Aunque marxistas, ellos habían contribuido de manera decisiva en una revolución que era completamente no marxista, de hecho, iba en contra del dogma y profecía del marxismo. Fervorosos defensores del parlamentarismo, negaron este en sus actos. Habiendo persistentemente demandado la convocatoria de una Asamblea Constituyente, sin ningún reparo disolvieron ésta cuando el devenir demostró su incapacidad. Abandonaron su programa agrario para adoptar el de los revolucionarios sociales, como respuesta a las necesidades del campesinado. Aplicaron con firmeza métodos y tácticas anarquistas cuando lo exigía la situación. En pocas palabras, los bolcheviques se mostraban en la práctica como un partido plenamente revolucionario cuyo único objetivo era el triunfo de la revolución; un partido que poseía el coraje moral y la integridad como para subordinar sus teorías al bienestar común.

¿No afirmaba frecuentemente el mismo Lenin que él y sus seguidores eran en última instancia anarquistas, que el poder político era para ellos sólo un instrumento temporal para lograr la revolución? El Estado gradualmente iría muriendo hasta desaparecer, como había mantenido Engels, ya que sus funciones se volverían innecesarias y obsoletas.

Por lo tanto, acepté que los bolcheviques eran la vanguardia sincera e intrépida de la emancipación social. Así, mi mayor deseo fue trabajar con ellos, ayudarles a luchar contra los enemigos de la revolución, a ayudarles a asegurar sus frutos para el pueblo.

En este estado mental, llegué a la Rusia Soviética. Como apasionadamente afirmé en nuestro primer mitin de bienvenida en la frontera de Rusia, llegaba predisposto a ignorar todas las diferencias ideológicas. Llegaba para trabajar, no para discutir. Para aprender, no para enseñar. Para aprender y ayudar. Aprendería y trataría de ayudar. Y aprendería diariamente, a lo largo de las semanas y meses, en distintas partes del país. Sin embargo, lo que veía y aprendía estaba tan en contra de mis esperanzas y expectativas como para socavar los fundamentos de mi confianza en los bolcheviques. No esperaba encontrar en Rusia *El Dorado* proletario, de ninguna de las maneras. Sabía lo inmenso de la labor a realizar durante el periodo revolucionario, lo inmenso de las dificultades que debían superarse. Rusia estaba asediada por numerosos frentes; estaba la contrarrevolución, dentro y fuera; el bloqueo que había llevado al país a morirse de hambre y que incluso negaba la ayuda médica a las mujeres y niños enfermos. El pueblo estaba exhausto por la larga guerra y los enfrentamientos civiles; la industria estaba desorganizada, los ferrocarriles destruidos. Comprendía la terrible situación, en donde Rusia había derramado hasta la última gota de sangre en el altar de la revolución, mientras el resto del mundo se había mantenido como testigo mudo y las potencias Aliadas ayudaban a matar y destruir.

Pude apreciar el heroísmo desesperado de la gente y el igualmente superhumano esfuerzo de los bolcheviques. Estrechamente vinculado con ellos, en el sentido de amistad personal con los líderes comunistas, compartí sus intereses y esperanzas, ayudándoles en su labor, y me sentía inspirado por su desinteresada devoción y su plena dedicación al servicio de la revolución. La ausencia de simpatía hacia los bolcheviques por parte de los otros elementos revolucionarios me tenía muy apenado, incluso enfadado. No toleraba las críticas a los bolcheviques en un momento en que estaban acosados por poderosos enemigos. Me ofendía el que no se les apoyara, condenando esta actitud como criminal, haciendo todo lo posible para un mejor entendimiento y cooperación entre las distintas facciones revolucionarias.

Mi cercanía a los bolcheviques, mi franca parcialidad a favor de ellos irritaba a mis amigos y me distanciaba de los camaradas más cercanos. Sin embargo, mi confianza en los comunistas y en su integridad no se veía influenciada;

estaba por encima, incluso, de las evidencias captadas por mis propios sentidos y mi propio juicio, de mis impresiones y experiencias.

El devenir cotidiano constantemente cuestionaba mi confianza. Podía ver la desigualdad y la injusticia por cualquier lado, la humanidad arrastrada por el lodo, convirtiendo las supuestas necesidades en la tapadera para ocultar la traición, el engaño y la opresión. Vi al Partido gobernante reprimir el impulso vital de la revolución, disuadiendo la iniciativa popular y la autoconfianza tan esenciales para su crecimiento. Aun así, me aferraba a mi creencia. Tenazmente, abrigaba la esperanza de que tras estos erróneos principios y falsas tácticas, tras esta burocracia gubernamental y la autocracia del Partido, ardía la llama del idealismo que podría barrer con las negras nubes del despotismo tan pronto como el Gobierno soviético pudiera estar a salvo de la interferencia Aliada y la contrarrevolución. Tal chispa de idealismo me justificaba todos los errores y equívocos, la monstruosa incompetencia, la increíble corrupción, incluso los crímenes cometidos en nombre de la revolución.

Durante dieciocho meses, meses de angustiadas y desgarradoras experiencias, me agarré a esta esperanza. Y diariamente crecía la convicción de que los bolcheviques eran lo peor para los intereses de la revolución; que el poder político se había convertido en el único objetivo del Partido dominante; que el Estado, con su fanático defensor el comunismo, era esclavizador y destructivo. Vi como los bolcheviques se desplazaban cada vez con mayor velocidad por el plano inclinado de la tiranía; la dictadura del Partido convertirse en un absolutismo irresponsable de unos pocos señores feudales; los apóstoles de la libertad convertirse en verdugos del pueblo.

Las irrefutables evidencias se acumulaban diariamente. Veía a los bolcheviques reflejar la revolución como un monstruo grotesco; veía las trágicas necesidades revolucionarias institucionalizarse en un terror irresponsable, la sangre de miles derramada sin ninguna razón ni control. Veía la lucha de clases, finiquitada hacia tiempo, transformada en una guerra de venganza y exterminación. Veía los ideales del pasado traicionados, los fines de la revolución pervertidos, su esencia caricaturizada en la reacción. Veía a los obreros sumisos, a todo el país silenciado por la dictadura del Partido y su

brutalidad organizada. Veía a aldeas enteras arrasadas por la artillería bolchevique. Veía las prisiones llenas, no con contrarrevolucionarios sino con obreros y campesinos, con intelectuales proletarios, como mujeres y niños hambrientos. Veía a los elementos revolucionarios perseguidos, el espíritu de Octubre crucificado en el Gólgota del omnipotente Estado comunista.

Aún así, no aceptaba la terrible verdad. Persistía la esperanza de que los bolcheviques, aunque completamente equivocados en sus principios y tácticas, todavía respetaran algunas de las proclamas revolucionarias. La interferencia Aliada; el bloqueo y la guerra civil; la necesidad de una fase transitoria, con estas frases intenté acallar mi conciencia. Cuando el periodo crítico fuera superado, se levantaría el puño del despotismo y terror, y mi profunda fe estaría justificada.

Al final, se liquidaron los frentes, concluyó la guerra civil y el país quedó en paz.

Sin embargo, la política comunista no cambió. Al contrario, se volvió más fanática la represión, el terror rojo se convirtió en una despiadada orgía, que generalizó la muerte y la devastación: el *Juggernaut* del Estado²³⁸. El país se estremecía bajo el insopportable yugo de la dictadura del partido. Sin embargo, las cosas irían a peor. Llegó Kronstadt y su retumbar a lo largo del país. Durante años el pueblo había sufrido miseria, privación y hambre sin par. Por el bien de la revolución, estaban dispuestos a aguantar y sufrir. No gritaban por pan, sino sólo por un soplo de vida, de libertad.

Kronstadt fácilmente podría haber girado sus cañones contra Petrogrado y expulsar a los amos bolcheviques que estaban asustados y dispuestos a salir corriendo. Un golpe decisivo de los marineros, y Petrogrado hubiera sido suyo y con esta Moscú. Todo el país estaba dispuesto a dar este paso. Nunca hasta entonces los bolcheviques estaban tan cerca de su destrucción. Sin embargo, Kronstadt, como el resto de Rusia, no tenía intención de abrir una guerra en la República soviética. No querían un derramamiento de sangre, no querían dar el primer tiro. Kronstadt exigía sólo unas elecciones honestas, soviets libres de la dominación comunista. Defendían las proclamas de Octubre y revivir el verdadero espíritu de la revolución. Kronstadt fue aplastado tan

implacablemente como Thiers y Gallifet asesinaron a los comuneros de París. Y con Kronstadt, todo el país y sus últimas esperanzas. Y con él, igualmente mi confianza en los bolcheviques. Ese día rompí finalmente, irrevocablemente, con los comunistas. Se volvió bastante claro para mí que nunca, bajo ninguna circunstancia, podía aceptar la degradación de los seres humanos y la libertad, el chovinismo del Partido y el Estado absolutista en que se había transformado, en esencia, la dictadura comunista. Finalmente comprendí que el idealismo bolchevique era un MITO, un peligroso delirio mortal para la libertad y el progreso.

II. La dictadura comunista y la Revolución rusa

La Revolución de Octubre no fue una legítima consecuencia del marxismo tradicional. Rusia no era un país en donde, de acuerdo con Marx, la concentración de los medios de producción y la socialización de los instrumentos de trabajo llegara al punto en donde pudiera, durante más tiempo, contenerse dentro de la concha capitalista. La concha cae...

En Rusia, la concha cayó inesperadamente. Cayó en una fase de escaso desarrollo técnico e industrial, cuando la centralización de la producción casi no se había producido. Rusia era un país con un sistema de transporte pésimamente organizado, con una insignificante burguesía y un débil proletariado, aunque con campesinado fuerte numéricamente, y socialmente importante. Era un país en el cual, aparentemente, no se podía hablar de irreconciliable antagonismo entre una creciente fuerza de trabajo industrial y un sistema capitalista plenamente maduro.

Aunque la combinación de circunstancias en 1917 suponía, particularmente para Rusia, un estado excepcional que daría lugar a la destrucción catastrófica de todo el sistema industrial. Lenin escribiría en esa época: Era muy fácil iniciar la revolución en esta situación particularmente única de 1917.

Las condiciones especialmente favorables serían:

- 1) La posibilidad de unir las proclamas de la revolución social con la demanda popular de finalizar la guerra mundial imperialista, que había producido un agotamiento e insatisfacción entre las masas;
- 2) la ocasión de permanecer, tras un cierto periodo, fuera de la esfera de influencia de los grupos europeos capitalistas que continuaban la guerra;
- 3) la oportunidad de iniciar, incluso durante el breve periodo de tiempo de esta tregua, la labor de reorganización interna y preparar las bases para la reconstrucción revolucionaria;
- 4) la inusual posición favorable de Rusia, en caso de una nueva agresión por parte del Occidente europeo imperialista, como consecuencia de su vasto territorio y los insuficientes medios de comunicación;
- 5) las ventajas de tales condiciones ante una posible guerra civil; y
- 6) la posibilidad de satisfacer inmediatamente la mayoría de las demandas de tierra del campesinado, a pesar del hecho de que el punto de vista esencialmente democrático de la población agrícola era completamente diferente del programa socialista del Partido del proletariado que debía asumir las riendas del gobierno.

Además, la Rusia revolucionaria contaba también con una gran experiencia, como la de 1905 cuando la autocracia zarista logró aplastar la revolución por la simple razón de que en última instancia esta había sido exclusivamente un alzamiento político y, por lo tanto, no podía atraerse a los campesinos ni podía movilizar, incluso, a buena parte del proletariado.

La Guerra Mundial, al poner de manifiesto la completa bancarrota del gobierno constitucional, sirvió para preparar y avivar el gran movimiento popular, un movimiento el cual, por virtud de sus propios orígenes, sólo podía desarrollarse en una revolución social.

Anticipándose a las medidas del Gobierno, en ocasiones incluso desafiando a este último, las masas revolucionarias por su propia iniciativa comenzaron, mucho antes de Octubre, a poner en práctica sus aspiraciones sociales. Tomaron posesión de la tierra, de las factorías, de las minas, de los talleres y de los instrumentos de producción. Se quitaron de encima los más odiados y peligrosos representantes del gobierno y de las autoridades. En su gran estallido revolucionario, destruyeron todas las formas de opresión política y económica. En la Rusia profunda, los procesos de la revolución social estaban en marcha intensamente incluso antes de que Octubre tuviera lugar en Petrogrado y Moscú. El Partido Comunista, con el objetivo de la dictadura, desde un principio juzgó correctamente la situación. Tirando por la borda todo el andamiaje democrático de su plataforma, mantuvieron las proclamas de la revolución social con el objetivo de lograr el control del movimiento de masas. En el curso del desarrollo de la revolución, los bolcheviques dieron forma concreta a ciertos principios y métodos fundamentales del anarco-comunismo, como era, por ejemplo, el rechazo al parlamentarismo, la expropiación de la burguesía, tácticas de acción directa, el control de los medios de producción, el establecimiento de un sistema de Concejos Obreros y Campesinos (soviets).

Además, el Partido Comunista explotará todas las demandas populares del momento: finalización de la guerra, todo el poder en manos del proletariado revolucionario, la tierra para los campesinos. Esta actitud de los bolcheviques tendrá un gran efecto psicológico en el sentido de precipitar y estimular la revolución.

Esta última es un proceso orgánico que brota con fuerza elemental a partir de las necesidades del pueblo, a partir de la compleja combinación de circunstancias que determinan su existencia. La revolución instintivamente sigue la senda marcada por el gran estallido popular, reflejando de manera natural tendencias anarquistas. Destruye los viejos mecanismos estatales y proclama en el devenir político el principio de la federación de soviets. Emplea los métodos de la expropiación directa para abolir la propiedad privada capitalista. En el terreno de la reconstrucción económica, la revolución estableció los comités de talleres y factorías para gestionar la producción. Comités de vivienda cuidaban de la apropiada asignación de habitaciones.

Era evidente que el único, justo y sano desarrollo, que pudiera salvar a Rusia de sus enemigos externos, liberarla de los conflictos internos, expandir y profundizar la propia revolución, descansaba en la directa creativa iniciativa de las masas trabajadoras. Solo ellas, que durante siglos habían soportado las cargas más pesadas podrían, por medio del esfuerzo consciente sistemático, encontrar el camino hacia la nueva y regenerada sociedad.

Sin embargo, esta concepción entraba en un irreconciliable conflicto con el sentido del marxismo en su interpretación bolchevique y en particular con el punto de vista autoritario del propio Lenin.

Formados durante años en su peculiar doctrina clandestina, en la cual se mantenía una ferviente creencia en la revolución social que, por no se sabe de qué extraña forma se vinculaba con su no menos fanática creencia en la centralización estatal, los bolcheviques concibieron un nuevo sistema de tácticas, en el sentido de que la preparación y consumación de la revolución social necesita de la organización de un equipo conspirativo especial, constituido exclusivamente por teóricos del movimiento, investidos con poderes dictatoriales con el objetivo de clarificar y perfeccionar de antemano, por sus propios medios conspirativos, la conciencia de clase del proletariado.

La característica fundamental de la psicología bolchevique es la desconfianza frente a las masas. Dejado a su suerte, el pueblo, de acuerdo con los bolcheviques, sólo puede desarrollar una conciencia de pequeños reformistas. Las masas deben ser liberadas por la fuerza. Para instruirlas en la libertad no se debe vacilar en el uso de la coacción y la violencia. Se renunciaba a la vía que conducía directamente a la creatividad de las masas. Coaccionar al proletariado en todas sus formas, como escribía Bujarin, uno de los más famosos teóricos comunistas, comenzando con la ejecución sumaria y concluyendo con el trabajo obligatorio es, a pesar de que pueda sonar paradójico, un método para refundir el material humano de la época capitalista en la humanidad comunista.

Ya en los primeros días de la revolución, a comienzos de 1918, cuando Lenin anunció por primera vez al mundo su programa socioeconómico en sus más mínimos detalles, los papeles del pueblo y del Partido en la reconstrucción

revolucionaria estaban absolutamente separados y definitivamente asignados. Por un lado, una completa sumisión de la multitud social, un pueblo sin voz; por el otro lado, el omnisciente y dominante partido político. Lo que sería inescrutable para todo el mundo, es un libro abierto para ellos. Sólo hay una fuente indiscutible de verdad, el Estado, aunque el Estado comunista es, en esencia y en la práctica, la dictadura de su Comité Central. Todo ciudadano debe ser, en primer lugar y ante todo, un siervo del Estado, un obediente funcionario que ejecuta sin cuestionar los deseos de sus amos. Toda libre iniciativa, ya sea individual o colectiva, es eliminada en esta concepción del Estado. Los soviets del pueblo son transformados en secciones del partido gobernante; las instituciones del Soviet se transforman en simples oficinas, meras transmisoras de las decisiones desde el centro a la periferia. Todas las expresiones de la actividad estatal deben tener estampado el sello del visto bueno del comunismo, según es interpretado éste por la facción que está en el poder. Todo lo demás se considera superfluo, inútil y peligroso.

En su afirmación, *L'Etat c'est moi*²³⁹, la dictadura bolchevique asume la plena responsabilidad frente a la revolución en todas sus implicaciones históricas y éticas.

Habiendo paralizado los esfuerzos constructivos del pueblo, el Partido Comunista a partir de entonces sólo puede contar con su propia iniciativa. ¿Con qué medios, por lo tanto, espera la dictadura bolchevique sacar beneficio de los recursos de la revolución social? ¿Qué camino elegirá, no solo para subyugar maquinalmente a las masas a su autoridad, sino para educarlas, para inspirarlas con las avanzadas ideas socialistas, y estimularlas, exhaustas como están tras una larga guerra, la ruina económica y la represión policial, con una nueva confianza en la reconstrucción socialista? ¿Qué utilizarán en lugar del entusiasmo revolucionario que tan intensamente han consumido hasta ahora?

Dos cosas marcan el principio y fin de las actividades constructivas de la dictadura bolchevique: 1) la teoría del Estado comunista y 2) el terror.

En sus discursos sobre el programa comunista, en las discusiones en conferencias y congresos, y en su famoso panfleto *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*, Lenin gradualmente desarrollará su peculiar

doctrina del Estado comunista, la cual será llamada a jugar un papel dominante en la actitud del Partido y determinará todos los pasos siguientes de los bolcheviques en la esfera de la política práctica. Es la doctrina del camino político en zigzag: de la pausa y del tributo, de los acuerdos y los compromisos, de ventajosas retiradas, avances, retiradas y capitulación, una verdadera teoría clásica del compromiso.

Compromisos y negociaciones, por los cuales los bolcheviques denunciaron y estigmatizaron despiadada y justamente a todas las otras facciones del Estado socialista, se convirtió en la estrella de Belén que señalaba el camino de la reconstrucción revolucionaria. Naturalmente, tales métodos sólo podían conducir a la ciénaga de la confrontación, la hipocresía y la carencia de principios.

La paz de Brest—Litovsk; la política agraria con sus espasmódicos cambios de la clase campesina más empobrecida al campesinado explotador; la perpleja actitud frente a los sindicatos; la irregular política frente a los expertos técnicos, con sus vaivenes teóricos y prácticos entre la gestión colegiada de las industrias al control personal, con sus angustiados llamamientos al capitalismo de Europa Occidental, saltándose al proletariado ruso y extranjero; finalmente, la más inconsistente y serpenteante medida, como fue la indiscutible y clara restauración de la abolida burguesía. Este es el sistema bolchevique, un sistema de inaudito descaro puesto en práctica a escala gigantesca, una política escandalosa de doble rasero en donde la mano izquierda del partido comunista conscientemente ignora e incluso niega, por principio, lo que la mano derecha está haciendo; cuando, por un casual, se proclama que el más importante problema del momento es la lucha en contra de la pequeña burguesía (y, por cierto, en la fraseología estereotipada bolchevique, eso significaba en contra de los elementos anarquistas), la otra mano está emitiendo nuevos decretos creando las condiciones tecno—económicas y psicológicas necesarias para la restauración y apuntalamiento de esta misma burguesía; esta es la política bolchevique que permanecerá para siempre como un monumento a la total falsedad, a la total contradicción, determinada sólo por un instinto de conservación política oportunista de la dictadura del Partido Comunista.

Sin embargo, a pesar de lo que pueda jactarse la dictadura de los grandes éxitos de sus métodos políticos, lo que de verdad permanecerá será el trágico hecho de que las peores y más profundas heridas recibidas por la revolución vinieron de manos de la propia dictadura comunista.

Hace tiempo, Engels afirmó que el proletariado no necesitaba del Estado para proteger su libertad, aunque sí con el propósito de aplastar a sus adversarios; y que cuando sea posible hablar de libertad, ya no habrá ningún gobierno. Los bolcheviques adoptaron esta máxima no sólo como un axioma socio—político durante el periodo de transición sino otorgándole carácter universal.

El terror siempre ha sido la última razón de ser de un gobierno alarmado por su existencia. El terrorismo es muy tentador, con sus múltiples posibilidades. Ofrece una rápida solución, como es él mismo, en situaciones carentes de esperanza. Psicológicamente, se justifica como una cuestión de autodefensa, como una necesidad de buscar el mejor método para golpear al enemigo.

Sin embargo, los principios del terrorismo inevitablemente conllevan un perjuicio mortal para la libertad y la revolución. El poder absoluto corrompe y derrota tanto a sus partidarios como a sus opositores. Un pueblo que no ha conocido la libertad se acostumbra a la dictadura: luchando contra el despotismo y la contrarrevolución, el propio terror se convierte en su mejor herramienta.

Una vez por la senda del terror, el Estado necesariamente se aliena del pueblo. Es necesario reducir al mínimo el círculo de personas investidas con esos extraordinarios poderes, en nombre de la propia seguridad del Estado. Y entonces surge lo que podría denominarse como el pánico de la autoridad. El dictador, el déspota, siempre es un cobarde. Sospecha de traiciones por todos lados. Y cuanto más atemorizado se vuelve, más salvaje se vuelve la furia de su atemorizada imaginación, incapaz de distinguir el verdadero peligro del imaginado. Su imaginación siembra el descontento, el antagonismo, el odio. Al elegir este camino, el Estado está condenado a seguirlo hasta el final. El pueblo ruso permanece en silencio, y en su nombre, bajo el disfraz de combate mortal con la contrarrevolución, el gobierno entabla la más despiadada guerra contra todos los opositores al Partido Comunista. Cualquier vestigio de libertad es

segado de raíz. Libertad de pensamiento, de prensa, de reunión publica, autodeterminación de los obreros y sus organizaciones, libertad de trabajo, todo será declarado viejas tonterías, disparates doctrinarios, prejuicios burgueses o intrigas de una renaciente contrarrevolución.

Esta es la respuesta de los bolcheviques al entusiasmo revolucionario y la profunda fe que inspiró a las masas al principio de su gran lucha por la libertad y la justicia, una respuesta que se expresó en una política de compromiso en el exterior y el terror en el interior.

Apartado de la directa participación en la labor constructiva de la revolución, acosado a cualquier paso, víctima de la constante supervisión y control del Partido, el proletariado se acostumbrará a considerar a la revolución y su futuro destino como un asunto personal de los comunistas. En vano los bolcheviques señalan la Guerra Mundial como la causa del colapso económico de Rusia; en vano se lo atribuyen al bloqueo y el ataque armado contrarrevolucionario. Estas no son las verdaderas causas del colapso y la debacle.

Ni el bloqueo ni las guerras con la reacción extranjera podrían abatir o vencer a un pueblo revolucionario cuyos inigualables heroísmo, abnegación y perseverancia han podido derrotar a todos los enemigos externos. Por el contrario, la guerra civil realmente ayudó a los bolcheviques. Sirvió para mantener vivo el entusiasmo popular y abrigar la esperanza de que, con el fin de la guerra, el partido gobernante haría efectivos los nuevos principios revolucionarios y aseguraría al pueblo el disfrute de los frutos de la revolución. Las masas esperaron con impaciencia la anhelada oportunidad para la libertad social y económica. Aunque pueda sonar paradójico, la dictadura comunista no contó con mejor aliado, en el sentido de fortalecer y prolongar su existencia, que las fuerzas reaccionarias con las cuales se enfrentaba.

Sólo con la finalización de las guerras, se pudo apreciar plenamente la desmoralización económica y psicológica que la ciega política despótica de la dictadura había conducido a Rusia. Entonces se hizo evidente que el más temible peligro para la revolución no estaba en el exterior, sino dentro del país: un peligro como consecuencia de la propia naturaleza de los acuerdos

sociales y económicos que caracterizan el sistema de los bolcheviques. Su rasgo característico, la abolición de los intrínsecos antagonismos sociales, sólo lo es formalmente en la República Soviética. En realidad, estos antagonismos existen y están profundamente arraigados. La explotación de la fuerza de trabajo, la esclavitud de los obreros y campesinos, la anulación de la ciudadanía como expresión del ser humano, como personalidad y su transformación en una parte microscópica de un mecanismo económico universal propiedad del gobierno; la creación de grupos privilegiados favorecidos por el Estado; el sistema de servicio laboral y sus órganos punitivos; estas son las características del bolchevismo.

El bolchevismo, con su partido dictatorial y el comunismo de Estado, no es, ni nunca podrá ser, la antesala de una sociedad comunista libre y no autoritaria, ya que el propio sentido y naturaleza del gobierno, con un comunismo obligatorio, excluye tal evolución. Su centralización económica y política, su gubernamentalización y burocratización de todas las esferas de la actividad y esfuerzo, su inevitable militarización y degradación del espíritu humano, que destruye automáticamente cualquier germe de la nueva vida y extingue los estímulos creativos, la labor constructiva.

La histórica lucha de las masas obreras por la libertad necesaria e inevitablemente tiene que proceder de fuera de la esfera de influencia gubernamental. La lucha contra la opresión, política, económica y social, contra la explotación del hombre por el hombre, o del individuo por el gobierno, siempre será una lucha contra el propio gobierno como tal. El Estado político, sea como fuere su expresión, y el esfuerzo constructivo revolucionario son irreconciliables. Se excluyen mutuamente. Toda revolución al desarrollarse debe hacer frente a esta alternativa: o desarrollarse libre e independiente al margen de los gobiernos, o elegir un gobierno con todas las limitaciones y estancamiento que este conlleva. El camino de la revolución social, de la constructiva independencia de las organizadas y conscientes masas, conduce a la ausencia de gobierno, esto es, a la anarquía. Ni un Estado ni un gobierno son necesarios para la creación de la nueva sociedad, sino la sistemática y coordinada reconstrucción social por parte de los trabajadores. No el Estado ni sus métodos policiales, sino la cooperación solidaria de todos los elementos

obreros, el proletariado, el campesinado, y los intelectuales revolucionarios, apoyándose mutuamente unos a otros en una voluntaria asociación, nos permitirá emanciparnos de la superstición del Estado, acortando la distancia entre la abolida vieja civilización y el comunismo libertario. No por decreto de una autoridad central, sino orgánicamente, a partir de la propia vida, permitirá surgir la más robusta federación de las asociaciones industriales, agrarias y otras; sólo los trabajadores pueden organizarse y gestionarse a sí mismos, y entonces, y sólo entonces, la gran aspiración del trabajo a favor de la regeneración social tendrá unas firmes bases. Sólo con tal organización del bienestar común podrá construirse un espacio realmente libre, creativo, una nueva humanidad y podrá actuar de antesala del verdadero no gobierno, el anarco—comunismo. Vivimos la víspera de grandes cambios sociales. Las viejas formas de vida están rompiéndose y dejándose de lado. Nuevos elementos están tomando carta de naturaleza, buscando su adecuada expresión. Los pilares de la actual civilización están comenzando a tambalearse. Los principios de la propiedad privada, la concepción de la personalidad humana, de la vida social y de la libertad están siendo reevaluadas. El bolchevismo llegó como un símbolo revolucionario, la promesa de una mejor vida. Para millones de desheredados y esclavizados se ha convertido en una nueva religión, el faro de la salvación social. Sin embargo, el bolchevismo ha fracasado, completa y absolutamente. Como el cristianismo, una vez la esperanza de los oprimidos, ha expulsado a Cristo y su espíritu de la Iglesia, así los bolcheviques han crucificado la Revolución rusa, traicionado al pueblo, y actualmente busca engañar a otros millones de personas por medio del beso de Judas.

Es imperativo desenmascarar el gran engaño, que, de otra forma, podría llevar a los obreros occidentales al mismo abismo que sus hermanos en Rusia. Incumbe a aquellos que han visto directamente el mito el exponer su verdadera naturaleza, revelar la amenaza social que se oculta tras él, el jesuitismo rojo que llevaría al mundo a la edad oscura y a la inquisición.

El bolchevismo es el pasado. El futuro pertenece al ser humano y su libertad.

Notas anexo

237. Anticlímax en inglés, de ahí el título del capítulo.

238. Juggernaut, palabra proveniente del sánscrito Jagannatha, que es uno de los nombres con que se conoce al dios Krishná en la religión hindú. Su significado sería: "Fuerza irrefrenable que en su avance aplasta o destruye todo lo que se interponga en su camino". Su iconografía es un enorme carro de dieciséis ruedas.

239. En francés en el original, El Estado soy yo.



ALEXANDER BERKMAN

Proveniente de una familia acomodada —su padre fue autorizado, como judío, a vivir en San Petersburgo, y ejercía el comercio mayorista de calzado—, Berkman fue un rebelde precoz: a los quince años fue expulsado de la escuela por insubordinación y ateísmo; a los diecisiete, ya huérfano, tuvo que emigrar a los Estados Unidos, después de no poder estudiar en las escuelas oficiales y ser perseguido por sus actividades conspiradoras. Según parece influyó poderosamente en su evolución ideológica su "tío Maxim", al que Paul Avrich ha identificado como Mark Andreevich Natanson, una de los personalidades más destacadas del primer populismo ruso, creador virtual del grupo de los "Chaikovtsy", en el que también participó el joven Kropotkin.

Berkman llega a Norteamérica en un período especialmente convulsivo desde el punto de vista social. Acababan de ocurrir los sucesos de 1886 que dieron lugar al asesinato de los "mártires de Chicago", todo lo cual le llevó a acercarse a Johann Most. Más tarde pasó a colaborar con el periódico yiddish *Pioneros de la Libertad*.

Berkman preparaba su retorno a Rusia cuando, el 22 de julio de 1892 protagonizó el atentado que le haría famoso y que le llevaría a las mazmorras. La víctima tenía que haber sido el brutal gerente de las acerías Carnegie, Henry Clay Frick, principal responsable de la matanza de once obreros durante una huelga, un detalle sin apenas importancia para el "talón de hierro". Pero, mientras que Clay, levemente herido, no tuvo que rendir cuentas por este asesinato masivo, Berkman fue condenado a 22 años de cárcel, cuando la sentencia prevista por un atentado frustrado era de siete.

Cumplió nada menos que catorce años, durante los cuales, leyó, estudió, y escribió, al tiempo que sufría unas condiciones carcelerías a veces infráhumanas, y por supuesto, desesperó muchas veces. Cuando salió a la calle reanudó sus vínculos con Emma Goldman, y se mostró sediento de acción militante, aunque por entonces ya era muy crítico con la acción terrorista individual que pregonaba el terrible Johann Most. Fueron años de una intensa actividad propagandística a través de mítines, conferencias, manifestaciones y trabajos para la prensa libertaria. En 1912, Berkman tomó parte en la creación de la Ferrer Modern School de Nueva York, donde también ejerció como profesor intentando propagar los métodos de Ferrer i Guardia.

Había dirigido anteriormente una revista con Emma Goldman, la mítica *Madre Tierra*, y publicado sus *Memorias de un anarquista en prisión*, que había ofrecido infructuosamente a Jack London que empero, se inspiró en los recuerdos de cárcel de Berkman para escribir *El vagabundo de las estrellas*, obra que causó la profunda indignación de Alexander que se sintió estafado por el famoso novelista que, empero, consiguió una de sus obras más logradas e inclasificable; empero años después, Berkman trató de componer un guión cinematográfico con el que trató de convencer entre otros a Lionel Barrymore, pero no le hicieron el menor caso.

Berkman se marchó después a California donde publicó, en San Francisco, una revista propia, *La explosión* entre 1915 y 1916. Junto con Emma fue uno de los principales artífices del movimiento contra la intervención norteamericana en la guerra europea, desarrollando una intensa propaganda contra el militarismo y la guerra. Esta actividad le llevó de nuevo a prisión durante siete meses, y fué deportado. Favorable con matices a la revolución dirigida por los bolcheviques, Berkman regresó con Emma a la Rusia de su juventud y fue recibido como un revolucionario perseguido por el capitalismo.

Su actuación se inició bajo el signo de la colaboración crítica pero también entusiasta y durante la guerra civil, trabajó sin problemas en un frente amplio. Luego continuó intentando contrarrestar la represión contra los anarquistas para llegar finalmente a la ruptura con ocasión de los acontecimientos de Kronstadt. Sobre toda esta experiencia publicó varios libros: *La rebelión de Kronstadt* (ver. I. L. Horowitz, *Los anarquistas. 2. La práctica*, obra aparecida en Alianza en dos volúmenes), *La tragedia rusa: reseña y perspectiva*, y sobre todo *El mito Bolchevique*, que supuso uno de los primeros alegatos doctrinales del anarquismo contra el curso que tomaba la revolución, un curso que Alexander y Emma veían más desde el ángulo de lo que “tenía que ser” que desde “lo que podía ser” en unas circunstancias que, si no justifican toda la actuación bolchevique, sí la explican bastante.

Para Berkman, *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, la autocrítica leniniana contra la “línea de ofensiva” expresada en los dos primeros congresos de la Internacional Comunista, y especialmente en las acciones de los recién constituidos partidos comunistas en lugares como Hungría y Alemania, no era parte de un debate político necesario, sino que, lisa y llanamente era algo que “negaba todo lo que él había creído desde siempre”. Como si la revolución fuese una línea recta determinada por la grandeza de los ideales emancipadores.

En diciembre de 1921, Berkman se marchó a Alemania ilegalmente, y después, a Francia, donde vivió, cada vez más solitario y desesperanzado, amenazado constantemente con la expulsión y trabajando como publicista y traductor. En París escribió su último libro, *ABC del comunismo libertario* (Júcar. Madrid. 1981) por encargo de la Federación Anarquista Judía de Nueva York. Este libro

muestra el alto grado de dominio de las concepciones anarquistas de Berkman, encarando un riguroso análisis del capitalismo y a sus instituciones (religión, tribunales, cárceles, escuelas, familia, parlamento, etc.) con una crítica simultánea de la experiencia bolchevique.

Para Berkman "La libertad plena es el aliento mismo de la revolución social; y no se olvide nunca que el mal y el de-sorden se curan con más libertad, no con su supresión". Toma parte amargamente en las disputas que enfrentan a las diferentes tendencias del anarquismo ruso en el exilio, mostrándose contrario a las posiciones de Archinoff. Enfermo, desfondado en plena penuria se suicidó disparándose una bala en Niza, el 28 de junio de 1936. Emma Goldman. En el prefacio del ABC, escribe en sus memorias: "Se entregó a su ideal y le sirvió resueltamente, excluyendo cualquier consideración de sí mismo. Si hubiera anticipado remotamente la llegada de la revolución española. Habría hecho un esfuerzo para continuar viviendo a pesar de su psiquismo quebrantado y de otros muchos handicaps..."

Pepe Gutiérrez Álvarez